

DOCUMENTACION JURIDICA

Carlos III
y la legislación
sobre universidades

TOMO XV
ENERO-MARZO 1988

57



TOMO
XV

57

Secretaría General Técnica

Centro de publicaciones

DOCUMENTACION JURIDICA

Carlos III
y la legislación
sobre universidades

Mariano Peset
Pilar Mancebo

TOMO XV
ENERO-MARZO 1988

57



MINISTERIO DE JUSTICIA

Secretaría General Técnica

LA REVISTA NO SE SOLIDARIZA NECESARIAMENTE CON LAS OPINIONES MANTENIDAS POR LOS AUTORES EN LOS TRABAJOS QUE SE PUBLICAN.

El presente trabajo, del que son autores D. Mariano Peset Reig y D.ª Pilar Mancebo Alonso, obtuvo por decisión unánime del Jurado el premio extraordinario del Concurso convocado por el Ministerio de Justicia por Orden Ministerial de 17 de julio de 1987 para la concesión de ayudas a la realización de trabajos de investigación sobre las Actividades jurídicas y legislativas en España durante la Ilustración.

ISSN: 0210-3419

Depósito legal: M. 24.377-1974

NIPO: 051-86-003-7

Gráficas Arias Montano S. A. - Móstoles (Madrid)

INDICE GENERAL

	<i>Páginas</i>
PRÓLOGO	7
PRIMERA PARTE. ILUSTRACIÓN Y UNIVERSIDADES	11
Kant, la ilustración y las facultades	13
Las universidades españolas y la ilustración	19
La decadencia	22
La ilustración	24
El despotismo ilustrado	30
SEGUNDA PARTE. SALAMANCA, UN MODELO PARA EL CAMBIO	35
La vieja universidad	37
La reforma carolina	43
I. Estructura de la universidad	47
<i>Director en el consejo</i>	50
<i>Censores regios</i>	52
<i>Sobre nombramiento de rector</i>	58
<i>Otros asuntos menores</i>	66
II. Grados o control de saberes	69
III. Cambios en la docencia	78
<i>La lección ordinaria en las cátedras</i>	79
<i>Las repeticiones de los catedráticos de propiedad</i>	83
<i>Disputas o actos pro universitate</i>	83
<i>Lecciones de extraordinario de bachilleres</i>	88
<i>Las repeticiones de los bachilleres</i>	90
<i>Las academias dominicales</i>	91
<i>Algunas instalaciones complementarias de la enseñanza</i>	92
<i>Disciplina académica</i>	93

IV. Estudios y facultades	97
<i>Estudios de gramática</i>	97
<i>Facultad de artes y filosofía</i>	101
<i>Facultad de medicina</i>	106
<i>Facultad de leyes</i>	110
<i>Facultad de cánones</i>	116
<i>Facultad de teología</i>	120
V. Oposiciones o selección del profesorado	123
<i>Las normas carolinas de selección</i>	124
<i>Vicisitudes de las cátedras</i>	129
TERCERA PARTE. REFORMAS EN LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS Y AMERICANAS	135
I. México, una universidad impenetrable	137
II. Una universidad nueva: Cervera	148
<i>Los orígenes</i>	148
<i>Reformas carolinas</i>	154
<i>El poder sobre la universidad</i>	156
III. Dos reformas fracasadas: San Marcos de Lima y Santa Rosa de Caracas	158
<i>El plan del virrey Amat</i>	159
<i>Intentos de renovación en Caracas</i>	166
IV. Las universidades jesuitas	180
<i>Unos datos sobre Gandía</i>	180
<i>Intentos de reforma y extinción</i>	183
<i>Santa Fe de Bogotá, una difícil reforma</i>	185
<i>El plan de Moreno Escandón en 1774</i>	192
<i>Renovación ilustrada</i>	197
V. Los planes de las universidades castellanas	202
<i>Una introducción general</i>	202
<i>Valladolid se reforma</i>	204
<i>El plan de estudios alcalaíno</i>	208
<i>Santiago de Compostela, 1772</i>	219
<i>La universidad de Oviedo. Plan de 1774</i>	227
VI. Una reforma lenta, profunda... El plan del rector Blasco para Valencia	233
<i>Una universidad de la corona de Aragón</i>	233
<i>La lentitud de la reforma</i>	236
<i>La implantación</i>	243
Últimas consideraciones	251
Índice de personas citadas	257

PRÓLOGO

Desde hace muchos años he estudiado, en colaboración con mi hermano José Luis, la historia de las universidades españolas. Como historiadores, buscamos en el pasado una respuesta a la de aquel presente, que empezaba a cambiar durante la década de los sesenta. ¿Había sido siempre la universidad igual o logró mayor elevación en siglos anteriores? ¿Por qué se presentaba empobrecida frente a ejemplos extranjeros y desde cuándo? ¿Cuáles eran las claves históricas de su mediocridad? ¿Cuál era el remedio...?

En un primer momento, centramos nuestro interés en los años finales del antiguo régimen y los inicios del período liberal: precisamente en el reinado de Carlos III y sus sucesores, desde Carlos IV hasta Isabel II. Dirigimos nuestra primera mirada a Salamanca, que fue modelo de las demás hasta finales del absolutismo. Uno de nuestros primeros estudios fue *El reformismo de Carlos III y la universidad de Salamanca*, aparecido en 1969 (1). Más adelante estudiaríamos las reformas carolinas en Valencia, en especial los estudios médicos, sobre los que fue decisiva su aportación y análisis del plan Blasco (2).

Asimismo continuamos el estudio de la política universitaria durante los reinados siguientes, con sendas vías paralelas, vertidas, en especial, hacia el derecho y la medicina, por razón de nuestra respectiva especialidad, desde Carlos IV a Isabel II (3). Con esta preparación nos atrevimos a presentar el período en nues-

(1) M. y J. L. Peset, *El reformismo de Carlos III y la universidad de Salamanca. Plan general de estudios dirigido a la universidad de Salamanca por el real y supremo consejo de Castilla en 1771*, Universidad de Salamanca, 1969.

(2) J. L. Peset, «Reforma de los estudios médicos en la universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 1786», *Cuadernos de historia de la medicina española* 12 (1973) 213-264. También nuestra comunicación «El sistema de enseñanza en la universidad de Valencia y el plan Blasco de 22 de diciembre de 1786», *Actas del III congreso nacional de historia de la medicina*, 3 vols. Valencia, 1969, II, 295-315 y «Reforma de los estudios en la universidad de Valencia. El plan del rector Blasco en 1786», *I congreso de historia del país valenciano*, Valencia, 1973-1980, 4 vols., III, 767-768.

(3) M. Peset, «La enseñanza del derecho y la legislación sobre universidades durante el reinado de Fernando VII (1808-1833)», «Universidades y enseñanza del derecho durante las regencias de Isabel II (1833-1843)» y «El plan Pidal de 1845 y la enseñanza en las facultades de derecho», *Anuario de historia del derecho español*, 38 (1968), 229-375; 39 (1969) 481-544 y 40 (1970) 613-651; así como «La recepción de las órdenes del marqués de Caballero de 1802 en la universidad de Valencia. Exceso de abogados

tro libro *La universidad española (siglos xviii y xix). Despotismo ilustrado y revolución liberal* (4), de 1974, en donde intentamos una presentación conjunta y sistematizada de anteriores trabajos, con nuevas aportaciones. Cada uno de estos siglos se exponía en sus diversos aspectos: la política universitaria, los profesores y alumnos, la filosofía y la ciencia universitarias, los problemas económicos... Era un esfuerzo de síntesis e interpretación de dos modelos universitarios, el antiguo y el nuevo, surgido de la revolución liberal.

No consideramos agotado el período con la publicación del libro, pues siempre es posible ir más allá, mejorar materiales o publicar elementos que nos habían sido de utilidad en su redacción. Así, publicamos en 1975, el plan de estudios escrito por Gregorio Mayans a petición del ministro Manuel de Roda (5), o unos años más tarde *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, que fue la tesis doctoral de mi hermano, con arduo estudio de su archivo, completada por mí en algunos puntos referidos al derecho (6). Asimismo, dos volúmenes de *Bulas, constituciones y documentos de la universidad de Valencia*, que comprendían los años 1707 a 1724 y 1725 a 1733 —con la edición crítica de las constituciones valencianas de esta última fecha—, en colaboración con María Fernanda Mancebo y Ana María Aguado (7). Por desgracia, no se continuó esta publicación documental sobre Valencia, que hubiera dotado a su universidad de un apropiado *corpus* documental histórico.

A partir de estas fechas dos nuevos cauces se abrieron ante nosotros. De un lado, el estudio de la población universitaria, de Valencia y, en general, del xviii hispano, en colaboración con María Fernanda Mancebo (8).

De otro, ampliar el período abordado, con algunos trabajos sobre universidades medievales (9) y en el otro extremo, acerca de los años finales del xix y

y reforma en los estudios de leyes, *Saitabi*, 19 (1969) 119-148. J. L. Peset, «La enseñanza de la medicina en España durante el siglo xix. La herencia de Carlos IV y los primeros intentos liberales de reforma (1804-1814)», «El reinado de Fernando VII (1814-1833)» y «Minoría de Isabel II y gobierno provisional (1833-1843)», así como —en colaboración con Mariano Peset— «El informe de 15 de septiembre de 1820 para la reforma de las universidades», *Medicina española* 59 (1968) 148-157; 59 (1968) 381-392; 63 (1970) 115-130 y 60 (1968) 28-35 y 98-105.

(4) Madrid, Taurus, 1974.

(5) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España, 1 de abril de 1767*, Valencia, 1975.

(6) J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, Madrid, C.S.I.C., 1983.

(7) Los dos volúmenes, llevan como subtítulos (1707-1724). *La nueva planta y la devolución del patronato y (1725-1733). Conflictos con los jesuitas y las nuevas constituciones*, Universidad de Valencia, 1977.

(8) M. Peset, J. L. Peset, M. F. Mancebo, «La población universitaria de Valencia durante el siglo xviii», *Estudis d'història contemporània del país valencià* 1 (1979) 7-42, así como M. Peset, «Estudiantes de la universidad de Valencia en el siglo xviii», *Actes du I colloque sur le pays valencien à l'époque moderne*, Pau-Valencia, 1980, 187-207; M. Peset, M. F. Mancebo, «La población universitaria de España en el siglo xviii», *El científico español ante su historia. La ciencia en España entre 1750-1850. I congreso de la sociedad española de historia de las ciencias*, Madrid, 1980, 301-318, con traducción francesa en la *Histoire sociale des populations étudiantes*, tomo I, París, 1986, 187-204.

(9) M. Peset, J. Gutiérrez, «Clérigos y juristas en la baja edad media castellano-leonesa, *Senara* (Vigo) 3 (1981) Anexo 7-110; M. Peset, «Estudiantes hispanos en las universidades francesas. Siglo xiv»,

el xx (10), en un intento de construir todo el largo camino que han recorrido nuestras universidades (11). Estas últimas fases presentaban, sin duda, graves dificultades, por la mayor complejidad del mundo universitario, y al mismo tiempo, por la dificultad de analizar el desarrollo científico que se producía en fechas más cercanas...

Por fin, ampliamos asimismo nuestro interés por las universidades del nuevo mundo en la época moderna, en los años de la colonización que, son obligado complemento para comprender la enseñanza universitaria en tiempo de los Austrias y Borbones. Unos primeros trabajos de acercamiento a la otra orilla del Atlántico (12), se fueron completando con otros más ambiciosos, gracias a la ayuda recibida de algunas instituciones, como la Comisión asesora para la investigación de la ciencia y la técnica, en un programa que comprendía los años 1985-1987, que ha sido continuado por otro de la comisión interministerial de ciencia y tecnología, para el trienio 1988-1990, dependiente de la secretaría general del plan nacional de investigación científica y desarrollo tecnológico del ministerio de educación y ciencia, así como la Generalitat valenciana, que han permitido unas posibilidades para alcanzar este nuevo ámbito. De este modo, hemos podido encarar el estudio de las universidades históricas con gran amplitud y perspectiva... Un libro colectivo *Universidades españolas y americanas. Epoca colonial* (13), un congreso internacional, en noviembre de 1987, cuyas actas aparecieron recientemente, con el título de *Claustros y estudiantes*, son fruto de esta actividad, propia y de otras personas que laboran en esta materia. En este último libro, en el prólogo, he establecido las líneas genéricas de la investigación actual sobre universidades españolas y america-

Estudios dedicados a Juan Peset Aleixandre, Universidad de Valencia, 3 vols. III, 273-294, así como «Interrelaciones entre las universidades españolas y portuguesa en los primeros siglos de su historia», *Estudos em homenagem a los profs. Manuel Paulo Merêa e Guilherme Braga da Cruz*, Coimbra, 1983.

(10) Hemos trabajado este período, con ayuda de la fundación March, los años 1980-1984, con un equipo. Algunos estudios han sido publicados, como el colectivo, *Pasado, presente y futuro de la universidad española*, Madrid, 1985; M. Peset, «Cuestiones sobre la investigación de las facultades de derecho durante la segunda mitad del siglo xix, *I seminario de historia del derecho y derecho privado. Nuevas técnicas de investigación*, Bellaterra (Barcelona), 1985, 327-396; «Oposiciones y selección del profesorado durante los años de la Restauración, *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, 1,2 (1987) 3-28; «La ideología en las facultades de derecho durante la restauración», *Historia ideológica del control social*, Barcelona, 1989, 127-150.

(11) Versiones más panorámicas: M. Peset, «Spanische Universität und Rechtswissenschaft zwischen aufgeklärten Absolutismus und liberaler Revolution», *Ius Commune* (Frankfurt), 6 (1977) 172-201; «Universidades españolas y universidades europeas», *Ius commune* 12 (1984) 71-89; «La monarquía absoluta y las universidades», *Revista de História* (Oporto) 6 (1985) 145-172, traducción francesa en *CRE-Information* 72, 4.º trimestre (1985) 75-104, también «Les universités hispaniques de la période moderne et contemporaine», *CRE-Information*, 69, primer trimestre (1985) 187-204; en colaboración con mi hermano José Luis, «Una historia de siglos», *Universidades valencianas*, Valencia, 1987, 13-32.

(12) M. Peset, «Poderes y universidad en México durante la época colonial» en J. L. Peset (ed.), *La ciencia y el nuevo mundo. Actas de la I reunión de historia de la ciencia y de la técnica de los países ibéricos e iberoamericanos*, Madrid, 1985, 57-84; «La ilustración y la universidad de México», en *La real expedición botánica a Nueva España, 1787-1803*, Madrid, 1987, 131-146.

(13) Valencia, 1987.

nas (14), pues aunque aquí me refiera tan sólo a la labor personal, no se trata de un sector aislado, propio, sino que se están realizando valiosos estudios por muchos otros investigadores...

En este libro sobre la legislación de Carlos III hemos pretendido sus autores recoger una visión general de cuanto significó la política universitaria del monarca ilustrado. Basados en estudios anteriores y nuevos, hemos encontrado una ocasión oportuna de alcanzar una síntesis acerca de la ilustración y las universidades. Salamanca, como modelo primero, y las demás —en la península o en América—, absorbiendo y extendiendo las nuevas ciencias y modos de enseñanza ilustrados. Hemos procurado establecer los rasgos esenciales de aquel esfuerzo de la corona y de sus consejos, de los claustros, de los profesores y escolares. Con claroscuros a veces, pero, sin duda, con etapas ilusionadas que, más tarde, se verían desbordadas por períodos llenos de dificultades, mientras estallaba la independencia americana y la revolución de los liberales.

Hemos de agradecer al Ministerio de Justicia —Secretaría General Técnica—, la oportunidad que nos han brindado, para su elaboración y publicación, así como al jurado que nos otorgó su confianza. Por último, a mi hermano José Luis, por la ayuda que nos prestó siempre para la redacción de estas páginas, quien debe ser considerado coautor de este libro.

Mariano Peset

PRIMERA PARTE ILUSTRACION Y UNIVERSIDADES

(14) *Claustros y estudiantes. Actas del congreso internacional de historia de las universidades americanas y españolas*, Valencia, noviembre 1987, Prólogo de M. Peset, 2 vols. Valencia, 1989. También, M. y J. L. Peset, «Poderes y saberes en la universidad ilustrada», *Actas del congreso internacional sobre Carlos III y la ilustración*, 3 vols. Madrid, 1989, III, 31-135.

La ilustración es algo más que un intervalo cronológico entre la revolución inglesa de 1688 y la francesa de 1789, aproximadamente. No es un mero concepto historiográfico para designar un período dado, como pueda ser la alusión a un siglo por medio de un numeral o a una época por un significativo acontecimiento, un personaje o una institución: la época de las Cruzadas o el imperio de Carlomagno. No, no es un mero concepto historiográfico por una evidente razón: es un término y una idea que se usa en su tiempo, dotándolo de unos significados más o menos precisos o definidos. ¿Es entonces expresión de una mentalidad generalizada en el siglo de las luces, en el xviii? Tampoco lo creemos, pues no está la idea ampliamente extendida; más bien es un modo de pensar de una minoría que se siente inmersa en un horizonte histórico nuevo, mientras considera al resto sometido a la barbarie y la ignorancia. Unas élites que se esfuerzan en conducir a alturas nuevas a los hombres, a la humanidad...

No es la misión de estas páginas concretar una idea de Ilustración —más bien interesa sólo perfilarla un tanto, contrastando diversos sectores—. No obstante, antes de entrar en su sentido e influjo en las universidades españolas, nos permitiremos algunas consideraciones acerca de qué entendieron algunas preclaras mentes ilustradas bajo esta palabra, singularmente Immanuel Kant, el filósofo de Königsberg. Hay que partir de una categorización previa para seleccionar el material, sin perjuicio de volver después sobre el concepto.

KANT, LA ILUSTRACIÓN Y LAS FACULTADES UNIVERSITARIAS

Utilizamos algunas obras del filósofo alemán de la ilustración, porque nos parecen muy penetrantes, muy exactas. Igual pudimos utilizar a Voltaire o a Feijoo, a un inglés. Pero su *Der Streit der Fakultäten*, el conflicto de las facultades, es esencial para estas cuestiones. Por si fuera poco, su análisis de qué es la ilustración, nos parece también insustituible. Bien conocida es su definición: «La ilustración es la salida del hombre de su culposa minoridad». Esa minoría significa la incapacidad de servirse del entendimiento sin la dirección de otro, y

era culposa porque no se debía a un defecto del entendimiento, sino a la falta de ánimo para utilizarlo. «Ten ánimo para usar de tu propio entendimiento», era la consigna que proponía. La pereza o comodidad, el temor, son los enemigos de esa emancipación... Es preciso acabar con los prejuicios paulatinamente, ya que una revolución no hace más que sustituir unos prejuicios por otros... Pero distingue entre un uso público de la libertad de pensar que hacen los sabios y favorece la ilustración, frente al uso privado de los ciudadanos o empleados, que, si no obedeciesen, pondrían en peligro los fines públicos: «Aquí no está permitido razonar, sino se ha de obedecer». Un miembro activo de un conjunto no es como el sabio que se dirige al público; éste puede hacerlo sin que sufran los negocios de la sociedad, a los que se encuentra unido como miembro pasivo (1).

No se sabe si admirar más la agudeza de Kant o su lúcido conocimiento de las circunstancias que imperaban en Alemania, en la Prusia de Federico II. El oficial ha de obedecer, aunque después, como sabio, puede publicar acerca del servicio militar; como el ciudadano ha de pagar, aunque después condene el impuesto, y el párroco ha de cumplir con la iglesia que se le ha encomendado, aun cuando pueda realizar su crítica. Un pueblo no puede imponerse una religión, ni tampoco un monarca puede hacerlo...

Podemos preguntarnos, dice, si nos hallamos en una época ya ilustrada; la respuesta es que no, sino en una época de ilustración, porque los hombres todavía se encuentran sometidos a otros en materia de religión. Pero está abierto el campo para trabajar con libertad y eliminar los obstáculos. «En este sentido esta época es la época de la ilustración o el siglo de Federico» (2). Porque muestra gran tolerancia en las cosas de la religión... Creemos esencial en la ilustración la materia religiosa, porque sobre ciencias o artes no tienen ningún interés los poderosos en sojuzgar a sus súbditos. Hay una libertad de pensamiento público, mientras se obedece... La distinción kantiana entre el sector público y el privado, entre el decir y el hacer, era, sin duda, un deseo de

(1) I. Kant, *Werke in Sechs Bänden*, edición de W. Weischedel, Frankfurt, 1964, VI, 53-61, literales en 53 y 55-56. Sobre su lema horaciano, *Sapere aude*, F. Venturi, *Utopia e riforma nell'Illuminismo*, segunda edición, Turín, 1970, 9-27. La idea de ilustración como concepto filosófico se ha desarrollado modernamente por Adorno y Habermas, de la escuela de Frankfurt. Prescindimos de esta perspectiva, véase J. Habermas, «La modernité: un project inachevé», *Critique*, oct. 1981, 950-967; M. Horkheimer, T. W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt, 1969. Véase, también, E. Subirats, *La Ilustración insuficiente*, Madrid, 1981, 127-140.

(2) I. Kant, *Werke*, VI, 59. La bibliografía histórica sobre la ilustración es extensísima, remitiremos a las obras que hemos tenido a la mano para la redacción de estas páginas, desde E. Cassirer, *Filosofía de la ilustración*, México 1943, a las más recientes de J. Marie Goulemont-M. Launay, *El siglo de las luces*, Madrid, 1969; P. Casini, *Introduzione all'Illuminismo. Da Newton a Rousseau*, Roma-Bari, 1973; F. Venturi, *Settecento riformatore*, 2 vols., segunda edición, Turín, 1969; P. Gay, *The Enlightenment. An interpretation*, 2 vols. New York-London, 1977, en donde se recoge una amplísima bibliografía. Una valoración de las principales interpretaciones en M. S. Anderson, *Historians and Eighteenth Century Europe 1715-1789*, Oxford, 1979, comentado por F. Diaz, «L'eredità del Settecento» en *In occasione del Quinto Congresso Internazionale sull'Illuminismo* (Pisa), *Rivista storica italiana*, 91 (1979) 527-534.

cohesionar el absolutismo con la libertad —como pensador se aseguraba su entorno—. Su halago al gran Federico evoca su sombra sobre las circunstancias que vivía.

Los elementos más notables del programa ilustrado pueden espigarse en otros textos. Parece evidente que se trata de un cambio fundamental, que se está desarrollando con fuerza, que hace progresar, como nunca, la historia. Voltaire muestra idéntica convicción en *Le siècle de Louis XIV^e*, en el comienzo:

No es tan sólo la vida de Luis XIV de lo que se pretende escribir; se propone un más grande objeto. Se quiere ensayar a pintar para la posteridad, no las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que jamás fue (3).

Para él, ha habido cuatro grandes siglos —Grecia, Roma, el Renacimiento y el siglo de Luis XIV, que, de los cuatro, es el que «más se aproxima a la perfección». Enriquecido de los descubrimientos de los otros tres, ha hecho más en algunos sectores que los tres juntos. Las artes, en verdad, «no han sido impulsadas más allá...», mas la razón humana en general se ha perfeccionado. La sana filosofía no ha sido conocida más que en este tiempo...» (4). El eterno tema entre antiguos y modernos posee un acento nuevo, único en la historia... Y el cambio se halla en la libertad de pensar: «todo hombre puede instruirse: es vergonzoso poner el alma en manos de personas a quienes no confiarais vuestro dinero; osad pensar por vosotros mismos...» (5). Parece un calco de Kant, pero el *Dictionnaire philosophique* se había escrito antes.

Si el filósofo germano mostraba sus reticencias con la religión —luego veremos los problemas que se le originan— ¿qué decir de Voltaire, martillo de la ortodoxia? (6). Y aunque tuvo enormes problemas con monarcas, no está exenta su obra de cierto equilibrio, capaz de ensalzar a Luis XIV o a Federico de Prusia, o de hacer sus críticas con cautela: distingue en abstracto entre opresores y oprimidos, sin nombrar para nada la organización política, o dice preferir la tiranía de uno que la de cien (7). En definitiva, ese profundo cambio basado en la razón también se muestra engarzado en el absolutismo del altar y el trono,

(3) Voltaire, *Le siècle de Louis XIV^e*, 2 vols. París, 1966, I, cap. I, 35.

(4) Voltaire, *Le siècle...*, 38.

(5) Voltaire, *Dictionnaire Philosophique*, París, 1967, 280, voz *Liberté de penser*. Sobre la polémica de antiguos y modernos anterior, más literaria Fénelon, *Lettre sur les occupations de l'Académie française*, edición de E. Gaumont, París, 1893; también, desde un enfoque más amplio, J. A. Maravall, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo de una sociedad*, Madrid, 1966.

(6) Bastaría recorrer su obra, o más en concreto, el *Dictionnaire philosophique*. En contra G. Gusdorf, *La conciencia cristiana en el siglo de las luces*, Estella (Navarra), 1977. Más profundo el vol. I de P. Gay, *The Enlightenment... The Rise of Modern Paganism*. Sobre España, J. Saugnieux, *Foi et Lumières dans l'Espagne du XVIII^e siècle*, Lyon, 1985.

(7) Nos referimos a las voces *Egalité y Tyrannie*, 175-178 y 412; también en *Tolérance* puede verse la idea que pretendemos resaltar: «... la discorde est le grand mal du genre humain, et la tolérance en est le seul remède», pág. 405. Véase R. Pomeau, *Voltaire según Voltaire*, Barcelona, 1973, 65-75.

sobre intentos de concordia que, cuando quiebren, darán nacimiento al liberalismo, a la revolución. Los ilustrados son un grupo de personas que sienten el orgullo de su pensamiento, de su nueva filosofía, que se aplica no sólo a la física, sino a todos los ámbitos de las ciencias —la ciencia de Galileo o de Newton se extiende; Kant en su crítica de la razón pura admite como válidos sólo los conocimientos que se establecen desde estos paradigmas—. Al mismo tiempo, por la necesidad de lograr un ámbito exento para el pensamiento, se enfrentan a los poderes del antiguo régimen, buscando la libertad; oscilan entre alcanzar la concordia o realizar una crítica más profunda, que un pensamiento libre permite, exige... O quizá, que las nuevas clases que presionan hasta alcanzar la revolución empujan para su legitimación ulterior...

Pero hemos sobrepasado el límite que nos habíamos impuesto, de no intentar una definición de la ilustración en general.

De inmediato, nos ocuparemos de las universidades, de la mano de Kant. Su librito ya citado sobre conflictos de las facultades es sugestivo. Su publicación se debe a la necesidad de justificarse ante el poder por la edición de la *Religion innerhalb den Grenzen der blossen Vernunft*. Federico Guillermo II había publicado en 1788 un edicto de religión y poco después otro de censura, que limitaba la actividad literaria. El 1 de octubre de 1794 se le dirigía un rescripto real, que le acusaba de desfigurar y envilecer diversos dogmas en aquel libro y le exigía justificarse y no cometer, en el futuro, errores semejantes. Su descargo se basaba en que como maestro de la juventud, nada de esto ha enseñado; como maestro del pueblo tampoco, pues es un libro incomprensible, cerrado y sólo puede ser comprendido por los sabios de las facultades; y, desde luego, se refería tan sólo a la religión natural, pues su valoración del cristianismo es elevada. En cuanto al punto segundo de no reincidir, se declara el más fiel súbdito de su Majestad Real, y que se abstendrá de toda exposición pública referente a la religión... (8). Con este motivo publicó su *Der Streit der Fakultäten*.

La universidad es una fábrica de la ciencia; en ella, por la división del trabajo se establecen tantos maestros públicos o profesores como materias. Juntos forman una especie de ente común sabio llamado universidad, con autonomía —«denn über Gelehrte als solche, können nur Gelehrte urteilen»— y dividido en varias facultades. Admiten a los estudiantes que vienen de escuelas inferiores, así como doctoran... Aparte debe haber sabios libres en academias o sociedades, que cultivan la ciencia sin normas públicas, como aficionados; también letrados o profesionales que ocupan cargos oficiales y aplican lo apren-

(8) I. Kant, *Werke...*, VI, 265-393, aparecido en 1798; estas puntualizaciones en *Vorrede*, 267-274. Existe una traducción de Buenos Aires, 1963, de Elsa Tabernig, de la que nos hemos servido, aunque hay que hacerlo con cuidado. Ya se utilizó esta obra de Kant en M. y J. L. Peset, *La universidad española, (Siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, 1974, págs. 21-36; podía completarse por el *Plan d'une université pour le gouvernement de Russie* de Diderot, en *Oeuvres complètes*, París, 1875. III, 409-534, Reprint 1966. Ninguno de ambos textos, Kant o Diderot, se conoció en la península, pero son esenciales para orientar acerca de qué fue la ilustración en las universidades.

dido en las universidades, aun cuando hayan olvidado, en buena parte, la teoría. Estos eclesiásticos, magistrados y médicos no pueden usar públicamente de la ciencia, no pueden dirigirse al público que está compuesto de ignorantes —*idiotas* les denomina, con conciencia elitista, aun cuando la palabra no tenía el sentido actual, tan fuerte (9)—. El gobierno, para formar a los profesionales indica las doctrinas que deben enseñar las facultades mayores de teología, derecho y medicina, más debe dejar libertad a la facultad menor de filosofía, porque sin ella no podría la razón hablar con franqueza y surgir la verdad —facultad menor porque no manda sobre nadie, a diferencia de las otras, aunque es libre—. Las facultades mayores tienen señalado, por estatuto, el texto a enseñar: la Biblia, las leyes o los reglamentos del ejercicio médico. Deben atenerse a su literalidad, sin intentar una explicación filosófica —sobre lo justo y lo injusto—. La filosofía se enfrenta a todas las materias para determinar su verdad, para de este modo mejorarlas en la discusión académica —los profesionales en su ejercicio no pueden introducir ni la duda ni la discusión—. Sólo las cuestiones estrictamente prohibidas o la discusión que se hace con astucia, la corrupción o la fuerza deben ser ilegales. Mediante esa discusión se logra evitar que los profesionales se comporten como magos; el pueblo quiere ser guiado, no engañado por ellos y, en consecuencia, el gobierno impone sus doctrinas a las facultades, que influirán en el pueblo a través de los profesionales. Pero ha de dejar a la facultad de filosofía la posibilidad de analizar y contradecir mediante la razón, como un proceso sempiterno, continuado, dentro del mayor respeto por el gobierno... Este antagonismo o conflicto mutuo de dos partidos, en vista de un fin común, no puede ser calificado de guerra, sino de concordia en la discordia. El gobierno encontrará en la libertad de la facultad de filosofía, mejor que en su autoridad absoluta, el medio de alcanzar sus propios fines... (10).

Este es el esquema general de su armonización entre saber y poder —de los anhelos de libertad que están presentes en la ilustración y la existencia de un poder, al que no se puede o no se quiere derribar—. Un poder fuerte sobre una sociedad muy jerarquizada. Las ideas de Kant muestran una impronta, un cuño de ambigüedad, entre el demoler y el apuntalar, característico de un período de transición como fue el ilustrado —Voltaire está más decantado hacia el futuro, como Francia, en contraste con Alemania—.

Después, en la parte final, reúne Kant un conjunto de cuestiones variadas que interesan menos a nuestro objeto. *Der Streit* es una obra en donde unió diferentes elementos —el mismo Kant lo advierte en la introducción—. Pretende dar ejemplos de ese conflicto, pero, sólo cuando trata de la facultad de teología se ocupa de distinguir entre el teólogo bíblico y el filósofo, que trata de la religión natural, mediante el análisis de la razón. Incluso quiere demostrar que

(9) Tiene sentido de ignorante, pero no de oligofrénico, como ha adquirido después por su uso médico.

(10) I. Kant, *Werke...*, VI, 279-300.

la interpretación bíblica, en cuanto actividad racional, corresponde al filósofo. En las partes segunda y tercera, al examinar el conflicto con la facultad de derecho y con la de medicina, los temas tratados son un tanto diferentes de cuanto hemos visto hasta aquí. En pocas palabras, va a tratar del progreso —otro de los grandes mitos ilustrados— y de las reglas para prolongar la vida del médico Hufeland. Este último punto, es interesante para su biografía, al presentar al filósofo, ya viejo, con algunos achaques y varios consejos sobre el dormir o el insomnio, el comer, el pasear, el pensar... (11).

Mayor interés por estar conectado con la época, con la mentalidad ilustrada, presenta su visión del progreso: ¿existe éste? ¿es posible hacer una historia profética o hacia el futuro que nos asegure el progreso? Concluye afirmativamente por el gran entusiasmo que ha despertado la revolución —aunque ha supuesto tantas miserias y horrores que ningún hombre sensato se resolvería a repetirla por segunda vez con la esperanza de un resultado feliz; se ha afirmado el derecho de un pueblo a establecer su propia constitución política y se ha demostrado que sólo es legal y moralmente buena, cuando evite la guerra agresiva, es decir, cuando sea republicana. Todo esto nos revela una capacidad humana hacia el mejoramiento, el progreso. Los monarcas absolutos pueden tratar a los hombres como animales, conducirlos a la masacre, pero no debe ser de esta forma el gobierno. El filósofo enseñará a los hombres sus derechos y deberes, que se basan en el sentido común; no los puede enseñar el profesor de derecho puesto por el estado, sino los profesores libres del derecho, los filósofos, que son llamados ilustrados y declarados gente peligrosa. «La idea de una constitución en concordancia con el derecho natural de los hombres, a saber que aquellos que obedecen la ley, deben, al mismo tiempo reunidos, ser legisladores, está en la base de las formas de estado...», no es una quimera vana, sino la norma eterna para toda constitución civil y aleja toda guerra». Pero, de inmediato, adapta sus ideas, tan avanzadas, a la monarquía prusiana: «... es deber de los monarcas, aunque dominen autocráticamente, gobernar republicana (no democráticamente), o sea tratar al pueblo según el espíritu de las leyes de la libertad...». En él, ambos principios de cambio y de conservación espejean en un sentido u otro, intentando su mezcla imposible en el antiguo régimen. Para Kant, los poderosos emplearán cada vez menos la fuerza, habrá más obediencia a las leyes, más beneficencia, menos discordias en los procesos, más seguridad en la palabra... En suma, espera que se logre ir evitando la guerra que es lo más nefasto; el progreso no puede basarse en la educación, pues los particulares no gustan gastar en ella y el estado tampoco, ya que reserva grandes sumas para la guerra. Sólo de la desaparición de ésta, por una constitución bien fundada en el derecho, por la providencia, hay que esperar el progreso (12).

(11) I. Kant, *Werke...*, VI, 369-393.

(12) I. Kant, *Werke...*, VI, 349-368, cita en 364-365. Su preocupación por la paz en *Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf*, 189-251. Acerca de la república en la época de las luces, F. Venturi, *Utopía e reforma...*, 29-117.

Una visión tan abstracta de las universidades, no puede sugerirnos todas las líneas o rasgos que las caracterizan en la época ilustrada. Alguna luz, no obstante, proporciona: equilibrio entre la libertad de pensamiento y el poder, entre la filosofía y el despotismo... Filosofía como saber primordial sobre los tradicionales de las facultades mayores. Minorías que escamotean al pueblo los conocimientos —con clara consciencia e intención—, que pretenden también intervenir políticamente, desde arriba, en una reforma y una mejora de la sociedad... Ahora, examinaremos respecto de España qué fue la ilustración en sus universidades, pero ya disponemos de un buen guía que ha indicado la línea esencial que puede ser denominada como ilustrada. Añadiremos, además, otras que miran, más directas, a las realizaciones y reformas que se intentaron desde el poder.

LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS Y LA ILUSTRACIÓN

A fines del xvii existen ya fuertes presiones de las nuevas ideas en España. Se puede hablar de un movimiento preilustrado o renovador —son los *novatores* que pugnan por la introducción y cultivo de las nuevas ciencias—. Más adelante, es Feijoo quien divulga y presenta las nuevas ideas (13). Las aulas y la enseñanza se hallaban, sin duda, en niveles muy bajos durante el siglo xvii y la primera mitad del xviii. Felipe V había reformado las universidades catalanas, con su unión en Cervera de todas, bajo normas salmantinas, o había anunciado en otras algunos cambios que no se dieron. Macanaz intentó alguna reforma en el tiempo que tuvo poder (14). La situación era penosa a juzgar por los escritos de Pérez Bayer, aunque tal vez exagera, pues su finalidad era destruir los colegios: «Quiera Dios se logre al fin —dice a este respecto— y no lo impidan nuestros pecados, pues parece que Dios castiga ya cerca de siglo y medio con la ignorancia» (15). Los primeros Borbones optaron, más bien, por crear instituciones paralelas antes que empecinarse en reformar las universidades: las academias,

(13) Acerca de nuestro pensamiento preilustrado, en algunos temas, J. M.^a López Piñero, *La introducción de la ciencia moderna en España*, Barcelona, 1969, resumido en *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos xvi y xvii*, Barcelona, 1979. También O. V. Quiroz-Martínez, *La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español de los siglos xvii y xviii*, México, 1949. Desde una perspectiva europea, estos primeros años ilustrados, P. Hazard, *La crisis de la conciencia europea (1690-1715)*, trad. J. Marías, Madrid, 1958, obra clásica, si bien, anticuada en sus planteamientos.

(14) Véase M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España, 1 de abril de 1767*, Valencia, 1975, págs. 58-67; M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 74-80; una descripción de las reformas de Macanaz referidas a leyes en el estudio preliminar de M. Peset a G. Mayans y Siscar, *Epistolario IV. Mayans y Nebot. Un jurista teórico y un práctico*, Valencia, 1975, xxix-xxxviii.

(15) G. Mayans y Siscar, *Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*, edición de A. Mestre, Valencia, 1977, 316, en que alude a su memorial *Por la libertad de la literatura española*, sobre el que remitimos a M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 41-43 y 107-114 y L. Sala Balust, *Visitas y reforma de los colegios mayores de Salamanca en el reinado de Carlos III*, Valladolid, 1958.

como centros de saber, o los colegios de cirugía para formar especialistas para el ejército. Con Carlos III no se corta esa vía de creaciones paralelas, pero se intenta alcanzar con reformas los núcleos universitarios.

Su estado era de grave enfermedad, de notable decadencia. Los viajeros extranjeros lo confirman, a veces, con propias observaciones: el italiano Norberto Caimo visita algunos centros y alcanza esta conclusión. Acompañado de un profesor de Cervera admira el edificio, pero abomina de las diferentes escuelas, «donde la pobre juventud pasa las horas enteras bien infructuosamente, porque no está permitido tratar allí de otra cosa que de esas cuestiones inútiles, que, consistiendo únicamente en términos abstractos, no enseñan absolutamente nada, no dejan nada en la inteligencia en cuanto esos términos son olvidados y de los que no queda sino el haber perdido su tiempo». Su valoración de otras universidades es también negativa, si bien, posiblemente el buen fraile jerónimo exageró un tanto: no es posible que asistiera en Sigüenza a una tesis sobre las ventajas o inconvenientes de tener un dedo más, y en Salamanca a otra sobre si Nabucodonosor se había convertido o no en bestia. Posiblemente no hubo semejantes tesis, pero se lo contarían los mismos profesores, entre los que se advierte cierta renovación: «... poco a poco los españoles, volviendo de sus prejuicios, abjuran los viejos sistemas, que se sostienen entre ellos más por compromisos que por cualquier otra razón; incluso allí hay profesores que desaprueban altamente un método de enseñar que no sirve más que para llenar de tinieblas la inteligencia en lugar de aclararla» (16). El conde Gustavo Felipe Creutz, ministro de Suecia en Madrid, en cambio, era tajante, en 1765, diez años más tarde:

Desde que estoy en este país me parece que el género humano está diez siglos atrás. Los Pirineos son, en mi opinión, las barreras del mundo ilustrado, que la filosofía jamás ha podido pasar. Los habitantes de estos tristes climas, hundidos en las tinieblas y en la más vergonzosa ignorancia, se sienten orgullosos de su ceguera. La libertad de pensar y de obrar les parece un bien despreciable; su genio, tan seco como sus campos, no produce más que embriones informes, y no se eleva sino por saltos y por brotes. El pueblo, cuya subsistencia está devorada por los frailes, aplastado bajo el peso inmenso de la superstición y del poder arbitrario, se corrompe en la miseria y en la holgazanería y ni siquiera tiene la fuerza de gemir por ello... (17).

Un tanto excesivo, sin duda, el juicio del aristócrata sueco. En todo caso, es anterior en el tiempo a las reformas de Carlos III, a los levantamientos de 1766 y el gobierno ilustrado del conde de Aranda, que, indudablemente, haría visible

(16) «Viaje de España», en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 3 vols. Madrid, 1952-62, III, 396-397, 406, 454, 459 y 461, sobre la biblioteca del Escorial, 433 ss.

(17) Conde Creutz, «Carta a Marmontel», en *Viajes de extranjeros*, III, Pág. 584. En cambio, en las de Casanova se refleja mejor la presencia del equipo ilustrado, con quien tiene alguna relación, 609-612.

cómo nuevas fuerzas apoyaban transformaciones que latían en la sociedad española. La ilustración en las universidades puede detectarse en los textos de aquella reforma. A través del plan proyectado por Gregorio Mayans en 1767 o el salmantino de 1771, cabe pulsar algunas ideas acerca de nuestra ilustración.

No creemos necesario relatar ahora las reformas carolinas (18), que se inician casi con el reinado y suponen una serie de disposiciones legales, que se unifican en 1786, y sendos planes, para las universidades, desde el sevillano de 1769 hasta el de Valencia en 1786 —después vendría la revolución de Francia—. La cuestión estriba en ver en ellos el reflejo de la nueva filosofía, en sentido amplio, y la utilización que hizo el poder de anhelos e ideas... No es bueno alejarse de textos concretos cuando tratamos de perfilar ideas y sentimientos; son tan difíciles de precisar que, sin esa limitación, podemos engañarnos con facilidad...

En primer lugar resaltaremos el intenso sentimiento de cambio que se advierte en las reformas. Para entrar en una nueva época ilustrada, hace falta un profundo cambio en nuestras universidades: «Conocemos con dolor —dice Olavide— que en el estado actual de las Letras en España no bastan paliativos para conseguir tan importante fin, pues no se curan las gangrenas con colirios, sino con cauterios» (19). La noción de atraso o decadencia en nuestros estudios se halla muy ligada al sentido de las reformas, con referencias a las naciones más cultas que han logrado grande adelanto sobre nosotros. Así se expresaba, en fechas anteriores Feijoo (20), y, desde luego, Olavide (21). En un proyecto de plan para Valencia, en 1772, un voto particular de un catedrático atribuye el hundimiento de la filosofía a ser las cátedras temporales y regentadas por jóvenes, cuando debería profundizarse en su estudio:

(18) Puede verse M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 875-116; G. M. Addy, *The Enlightenment in the University of Salamanca*, Durham, 1966. Sobre la universidad hispalense, F. Aguilar Piñal, *La universidad de Sevilla en el siglo XVIII. Estudio sobre la primera reforma universitaria moderna*, Sevilla, 1969. En la segunda parte de este libro volveremos sobre los planes y reformas de Salamanca; y en la tercera, sobre los de otras universidades.

(19) *Plan de estudios para la universidad de Sevilla*, edición de F. Aguilar Piñal, Barcelona, 1969, 79.

(20) Véase la carta XVI de sus *Cartas eruditas*, tomo II, Pamplona, 1786, 215-234, y la XXXI, tomo III, 252-389. También, sobre este autor, M. y J. L. Peset, «Política y saberes en la universidad ilustrada. Congreso internacional sobre Carlos III y la ilustración», 3 vols. Madrid, 1989, III, 31-135, 72-75.

(21) *Plan de estudios...*, 80: «Para que la nación vuelva a su antiguo esplendor literario de que ha decaído, poniéndose al nivel de las naciones cultas, que le llevan dos siglos adelantados en descubrimientos y progresos, nos parece indispensable dar nueva planta a nuestros estudios, contentándonos por ahora con estudiar lo que dichas naciones han adelantado; y esperando que luego que estemos en proporción con ellas, los genios españoles, siempre felices y vivos, sobrepujarán a los demás, como hicieron en los antecedentes tiempos». Un desarrollo de la política universitaria, en este sentido, en el texto, atribuido a Campomanes, *Discurso crítico-político sobre el estado de literatura en España y medios de mejorar las universidades y estudios del Reyno*, edición de J. E. García Melero, Madrid, 1974, págs. 24 ss. Se ha dicho que es el traductor de Adam Smith al español, el primero en emplear el concepto de nación atrasada, en 1794, B. Lésnodorski, «Les universités au siècle des Lumières», en *Les universités européennes du XVIII^e au XIX^e siècle*, Ginebra, 1967, 143-159, en concreto 154.

Apenas dudo —escribe Matamoros (22)— que el no haberse practicado esto comúnmente en las nuestras, ha sido la principal causa de estar la filosofía tan atrasada en España al paso que la vemos tan floreciente de todo este siglo en los otros reinos, como también que, por haberlo hecho así, los extranjeros se han puesto en estado de dar tantas y tan bellas producciones de filosofía con quienes nada tenemos comparable en nuestros filósofos nacionales...

En definitiva, existe una clarísima consciencia de que es menester una profunda reforma en la universidad para sumarse a la Europa del momento, que nos lleva una amplia ventaja... La ilustración es, por lo tanto, algo profundamente nuevo, que vemos en todo su esplendor en los países del norte. La hispana sería, sin duda, un movimiento imitativo, que era preciso alcanzar pronto, para evitar la postración y decadencia en que se hallaban nuestras universidades.

Incluso los conservadores claustros de Salamanca saben bien que se ha producido esa mutación en la filosofía, aunque la temen por su posible heterodoxia o prefieren conservar su tradición. Pero no se desconocen sus principios: «... los de los modernos filósofos no son a propósito para conseguir los fines que se intentan por medio de este estudio. Como v.g. Newton, que si bien disponen a el sugeto para ser un perfecto matemático, nada enseñan para que sea un buen lógico y methafísico; los de Gassendo y Cartesio no simbolizan tanto con las verdades reveladas, como los de Aristóteles...». Más adelante aludirá a la Lógica de Port Royal, Malebranche, Hobbes, Locke o Wolff, Musschenbroek, etcétera. El fiscal, forzando su respuesta, dice que «la misma universidad conoce la inutilidad y defectos de las asignaturas de estas cátedras...», y con cierto eclecticismo, estructura la enseñanza de forma que mantiene líneas antiguas con nuevas (23).

A partir de esa primera idea de la Ilustración como cambio, inducido desde el exterior, si hemos de analizar más de cerca su sentido, a través dos conceptos: decadencia o atraso, y su contrario, ilustración o reforma.

LA DECADENCIA

Es la cara negativa de la ilustración, su falta o carencia. Es la rutina, la superstición o la ignorancia (24). En las universidades, el atraso reviste dos elementos, según Olavide: los partidos o escuelas y el escolasticismo. «Dos espíritus se han apoderado de nuestras universidades, que han sofocado y

(22) Debemos una copia de este proyecto a Salvador Albiñana, que lo estudia en *Universidad e ilustración. Valencia en la época de Carlos III*, Valencia, 1988, 200-205.

(23) *Plan general de estudios dirigido a la universidad de Salamanca por el real y supremo consejo de Castilla y mandado imprimir de su orden*, en Salamanca. Por Juan Antonio de Lasanta, Año de 1772, 12, 14, s. y 88 ss. Ha reeditado este plan G. M. Addy, citado en nota 18.

(24) J. Sarrailh, *L'Espagne éclairée dans la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954, 43-56.

sofocarán perpetuamente las ciencias. El uno es el de partido o de escuelas; y el otro el escolástico» (25). El primero estriba en que, en España, el cuerpo social está compuesto de numerosos cuerpos que se combaten y perjudican. Las provincias, las comunidades religiosas, los colegios, los gremios... las profesiones, cada grupo, forma un mundo aparte. «De aquí nace ese espíritu de cofradías, con que el pueblo, desde el alto al bajo, se divide cada uno en su clase y quiere distinguirse...». Todos se encuentran en una guerra de poder, el espíritu de partido apaga el nacional. En las facultades se ha de pertenecer a una u otra escuela, en la que, «adoptando cada gremio o comunidad sobre cuestiones inútiles y abstrusas una opinión particular, se forma un partido que se sostiene por empeño...» (26). Hay en estas observaciones muchas cosas mezcladas: quizá atisba tensiones profundas en los diversos pueblos que constituyen España, en la víspera de la independencia americana, el jurista peruano. En las universidades constata la fuerte presencia de los colegios mayores o de las órdenes religiosas, con sus diversas opiniones. Ya Mayans había abominado de las diferencias de doctrinas a seguir, según las diversas cátedras, en su plan de 1767 (27). El rey suprime la escuela suarista o jesuítica y, en los diversos planes, terminaría con las cátedras específicas para las opiniones filosóficas o teológicas... Mayor problema parece encontrar con los colegios mayores, que también reformaría entre 1771 y 1777. Pero, ¿eran realmente las órdenes religiosas y los colegiales quienes impedían un más alto nivel a las universidades hispanas? Entendemos que no: sus rutinas y limitaciones tenían causas más hondas. La falta de libertad —esencia de la ilustración según Kant— está fundada, no en culpas individuales, sino en los mecanismos colectivos que la impiden. Aunque la inquisición ya no es demasiado fuerte, en la segunda mitad del XVIII, la ortodoxia sí que es un freno indudable; el aislamiento que arrastraban nuestras universidades por siglos, desde la contrarreforma, las había encerrado en sí, las había empobrecido (28). Pero no hemos de lanzar aquí un diagnóstico de urgencia sobre la decadencia intelectual española; la primera polémica de la ciencia española, por estos años, discutía su situación presente y pasada (29).

Esa misma rutina y sujeción determina la pobreza del método y contenidos del saber: el espíritu escolástico de que habla Olavide.

(25) *Plan de estudios...*, Sevilla, 80-89; también en *Discurso crítico-político*, en especial 28, al hablar de la variedad de escuelas.

(26) *Plan de estudios...*, Sevilla, 82 y 84. Sobre la reforma de las cátedras y supresión de turnos, M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 314-315; A. Álvarez de Morales, *La ilustración y la reforma*, 93-103.

(27) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*, 181.

(28) M. Peset, «Universidades españolas y universidades europeas», *Ius Commune*, 12 (1984), 71-89; E. y E. García Camarero, *La polémica de la ciencia española*; Madrid, 1970, y M. Peset, «La monarchie absolue et les universités espagnoles», *CRE-Information*, 72, 4 (1985), 75-104.

(29) J. Sarrailh, *L'Espagne éclairée...*, 379 ss.; F. López, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII^e siècle*, Burdeos, 1976, 317 ss.

Pero aún todavía consideramos por más perjudicial al progreso de las letras, el segundo espíritu, que es el escolástico; pues si el primero ha podido pervertir los ánimos, éste ha pervertido ciertamente el juicio. Este es aquel espíritu de horror y de tinieblas que nació en los siglos de la ignorancia, en la que mantuvo por mucho tiempo a la Europa, y de que no se han podido sacudir enteramente algunas naciones hasta el siglo pasado, época feliz de la resurrección de las ciencias. Esta gran evolución se debió a un solo hombre, que no hizo otra cosa que abandonar el método aristotélico o escolástico, subrogándole otro geométrico. Este dio a a las ciencias nueva forma, desterrando las frívolas cuestiones escolásticas, y buscando con orden práctico y progresivo aquellos conocimientos útiles y sólidos de que es capaz el ingenio humano.

Por nuestra desgracia no ha entrado todavía a las universidades de España ni un rayo de esta luz... (30).

¿Descartes? ¿Galileo? En todo caso, estas ideas del plan sevillano, se encuentran en otros, más tímidamente. Mayans rechaza también el escolasticismo, aun cuando se halla menos avanzado en la introducción de nuevas ciencias (31), y en los planes de las universidades castellanas, se percibe asimismo ese rechazo. En el salmantino, puede apreciarse bien el escolasticismo de sus profesores, a que se opone el fiscal, quien achaca a la antigüedad de su fundación el declive en que se hallaba (32). En el proyecto de 1772 valenciano, se quiere desterrar la barbarie y la sofistería en nuevos manuales que se han de redactar para filosofía y teología; para realizarlos, empezarán por preparar un *Lexicon antibarbarum scholasticorum* y un *Elenchus logomachiarum et questionum inutilium*, que, aprobados por el claustro, servirán de pauta. La verdad es que parece una escolástica expurgada por sí misma; con todo, sus propuestas son bastante razonables (33).

LA ILUSTRACIÓN

Frente al escolasticismo, la ilustración en las universidades significaba cosas muy concretas. Era, sin duda, la afirmación de las nuevas ciencias que piden el rango que les corresponde. El escolasticismo clerical debe retroceder, desaparecer ante las luces, como método y como contenidos.

Como método, el escolasticismo significaba un casuismo y una discusión: se planteaban problemas específicos, aun cuando pudieran tener un grado de abstracción y de irrealidad muy notables, a la vez que se argumentaba sobre

(30) *Plan de estudios...*, Sevilla, 84-85.

(31) Aun cuando Meerman le señala excelentes autores, Mayans se limita a Tosca y otros de menor talla y coetaneidad, M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*, 127-131.

(32) *Plan de estudios...*, Salamanca, 1772, 78.

(33) Véase la referencia de la nota 22. Esta lista de cuestiones inútiles se recomendaba también en Alcalá y otras, véase nota 37.

ellos para mostrar conocimientos y capacidad de discurrir. La nueva ciencia, en cambio, se presentaba muy diferente; no parte de textos, sino de realidades, que contrasta empíricamente para establecer hipótesis y teorías. Su conocimiento, más que de casos y disputas se basa en principios racionales, demostrados sobre la realidad. El racionalismo cartesiano, aun cuando superado, pues la ilustración huye de los sistemas (34), estaba presente en la filosofía. Hay que aprender por principios generales y en forma panorámica, como decía el fiscal en el plan salmantino: «... se deben sacar los fundamentos o principios más sólidos y seguros de las ciencias; las nociones y extensión de los tratados que comprende; las reglas para discurrir y gobernarse en ellas...» (35). Deben introducirse, en cada materia, libros o manuales sencillos y claros por donde se explique y se estudie, que, a un tiempo, pongan las ciencias al nivel de la nueva época... (36) Es, por tanto, un modo nuevo de pensar y discurrir, más libre, menos rígido y silogístico.

En conexión con este cambio, se subraya que deben terminar las sofisterías y cuestiones inútiles que para nada sirven en las ciencias. ¿Qué significa? Son las cuestiones que el escolasticismo decadente puede plantear en busca de originalidad o porque desbarra hacia temas como aquéllos que escandalizaron al padre Norberto Caino. Los planes rechazan una y mil veces esas cuestiones (37), que ante la ciencia moderna presentan toda su arcaica estupidez. De otra parte, insisten en las ciencias útiles, frente a las tradicionales, con intención de señalar hacia las naturales y exactas, las ciencias nuevas frente a las viejas (38). En definitiva, la ilustración es la vigorosa presencia de un modo de conoci-

(34) E. Cassirer, *Filosofía de la ilustración*, 17-47, ha examinado con acierto la continuidad entre el xvii y el xviii y, al mismo tiempo, la característica del siglo ilustrado, como ruptura con los sistemas y eclecticismo, expansión de la razón a todos los sectores.

(35) *Plan...* Salamanca, 1772, 79. Esa idea de estudio por los principios está muy extendida y es esencial a la ilustración, véase por ejemplo Diderot, *Oeuvres*, tomo III, págs. 421 y 423.

(36) M. Peset, «L'introduction des manuels d'enseignement dans les universités espagnoles au xviii^e siècle», en *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne xvi^e-xix^e siècles*, Toulouse, 1987, 163-185.

(37) Así lo advierte, por ejemplo, el fiscal en *Plan de estudios...*, Salamanca, 1772, pág. 124, que quiere termine el «pueril abuso de cuestiones reflejas y de meras sutilezas escolásticas en que se solía consumir hasta ahora el tiempo»; en el *Método general de estudios por la Real universidad de Valladolid*, mandado imprimir de orden del real y Supremo Consejo de Castilla, Valladolid, 1771, pág. 249, ordena el fiscal que se elijan dos teólogos, «que noten y entresaquen las cuestiones inútiles y reflejas, introducidas en la teología, y que hagan dos catálogos de ellas, uno con el fin de que el decano de la facultad de teología ni el Censor Real den licencia para defender las cuestiones desechadas; y otro para que los catedráticos no malgasten el tiempo en la lectura y explicación de ellas y otras semejantes»; en el mismo sentido, literal, sólo que el claustro nombra cuatro teólogos en la *Real provisión del consejo que comprende el Plan de estudios que ha de observar la universidad de Alcalá de Nares*, Madrid, 1772, 205 y, con dos, *Plan de estudios de la Real Universidad de Oviedo mandado observar por los señores del Real y supremo Consejo de Castilla en los doce de abril de mil setecientos setenta y cuatro*, 1777, 7.

(38) Podrían multiplicarse los testimonios acerca de las ciencias útiles, en especial referidas a las ciencias naturales, Diderot, *Oeuvres*, tomo III, pág. 518 centra mejor la cuestión: «Entre les sciences, les unes sont filles de la nécessité ou du besoin, telles sont la médecine, la jurisprudence, les premiers éléments de la physique et des mathématiques; les autres naissent de l'aisance et peut-être de la paresse, telles sont la poésie, l'éloquence et toutes les branches de la philosophie spéculative».

to nuevo que genera unas ciencias nuevas —son Galileo y Newton, que penetran ahora en todos los campos del saber, como filosofía nueva, como ilustración...—.

Los resultados o contenidos de estas ciencias tienen diversos nombres, diferentes direcciones según los sectores o facultades. Ese empuje genérico de la ciencia nueva, de la física o la matemática, presenta diversas facetas.

En *filosofía o artes*, existe una clara pugna entre la vieja formación —lógica, física y metafísica escolásticas—, frente a las nuevas ciencias. Los planes de estudio fueron bastante eclécticos, o dicho de manera más negativa, se quedaron a medio camino. Mayans recibió sugerencias del holandés Meerman, acerca de los autores que se deberían estudiar, pero optó por el viejo texto de Tosca, que todavía no había alcanzado el nivel de Leibniz o de Newton (39). Olavide se inclina por el padre Fortunato de Brescia, con algunos añadidos de otros autores, y semejante sentido puede tener la aceptación del Goudin en Salamanca y otros planes, hasta que se escribiese uno por la propia facultad; en Valencia, Juenin posee sentido bastante análogo: son autores escolásticos o tradicionales que, ante el avasallador tiempo que les ha tocado vivir, completan la metafísica con partes dedicadas a los nuevos saberes (40). La física experimental apareció en los distintos planes ilustrados de Carlos III, pero, con la excepción de Valencia, en ninguna universidad logró un mínimo desarrollo (41). Y desde luego, esa potencia de la filosofía ilustrada que señalaba Kant, capaz de penetrar en las diferentes ciencias o inervarlas de nuevas posibilidades, no parece existir en los claustros: la filosofía continuaría siendo una facultad

(39) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria...*, 127-131. En este sector aparece mucho más adelantado Diderot, *Oeuvres*, tomo III, 448-496, con la separación entre ciencias y letras o L. A. Verney, *Verdadero método de estudiar para ser útil a la República y a la Iglesia, proporcionado al estilo y necesidad de Portugal, expuesto en varias cartas...*, traducido por D. Joseph Maymó y Ribes, 4 vols. Madrid, 1760, II, 237-238, 246-320, entre otros lugares. Véase J. L. Peset, «La influencia del Barbadiño en los saberes filosóficos españoles», *Bracara Augusta* (Braga), 28 (1974) usamos separata. Sobre Tosca, V. Navarro Brotóns, *Tradició i canvi científic al país valencià modern*, Valencia, 1985, 119 ss.

(40) *Plan de estudios... Sevilla*, 117-130; *Plan... Salamanca*, 1772, 9-17, 88-99; *Método general de estudios...*, Valladolid, 1771, 224-225, 235-237; *Real provisión del Consejo...* Alcalá, Madrid, 1772, 5-62, 177-186, en donde se separan las artes de los primeros estudios y de las lenguas; *Plan de estudios de la Real Universidad de Oviedo*, 3-11; *Plan de Granada de 1776*, en F. Montells y Nadal, *Historia del origen y fundación de la universidad de Granada*, Granada, 1870, 740-746, *Plan de estudios aprobado por S. M. y mandado observar en la universidad de Valencia*, Valencia, 1787, 5-7.

(41) Lo ha estudiado Antonio Ten en varios artículos, entre los que citaremos, «Un intento de renovación científica en la universidad del siglo XVIII. La cátedra de química de la universidad de Valencia», *Llull*, 5 (1983) 133-147; «La ciencia experimental en la universidad española. El laboratorio químico de la universidad de Valencia», *Asclepio*, 37 (1985) 287-305; «La física experimental en la universidad española de fines del siglo XVIII y principios del XIX. La universidad de Valencia y su aula de mecánica y física experimental», *Llull*, 6 (1983) 165-189; «El primer observatorio astronómico universitario en la España moderna», *Estudis* 17 (1984) 20-22 y «Los comienzos de la astronomía institucionalizada en la universidad de Valencia. La enseñanza tras el plan Blasco, 1787-1807», *Actas II Congreso de la Sociedad española de historia de las ciencias*, Zaragoza, 1984, tomo III, 369-382. Sobre Tosca y la etapa anterior, V. Navarro Brotóns, *Tradició i canvi científic al país valencià modern*, Valencia, 1985.

menor y los intentos por crear un colegio de filosofía en Salamanca, ya en tiempo de Carlos IV no lograrían demasiados resultados (42). Las universidades hispanas no podían romper, en pocos años, su atraso; reflejan elementos ilustrados, pero sin excesiva brillantez. Acaso en menor medida que otras extranjeras, de nueva creación o reformadas más a fondo; en general, las universidades no pueden considerarse motores de la ilustración —si comparamos los enciclopedistas o las nuevas ciencias con las más de las universidades europeas, tendríamos que admitir, que, en buena parte, no son demasiado ilustradas (43).

En *medicina*, el viejo galenismo está superado (44). Un cierto eclecticismo se impone con Boerhaave, el gran maestro de Leyden, que había resumido, desde ideas iatroquímicas, el saber de su época, e introduce la clínica o práctica. Su esplendor pertenece a inicios de siglo, continuado por sus discípulos, Cullen en Edimburgo y Van Swieten en Viena. En nuestros planes existe gran unanimidad, si bien las primeras cátedras de clínica no se alcanzan hasta su instalación en Granada y Valencia. La introducción de la botánica logra completar la formación del médico, así como la química (45). Towsend, el médico viajero inglés, al llegar a Valencia comprueba que los médicos conocen a Boerhaave y a Piquer, no a los autores más modernos; no han hecho disecciones ni han practicado experimentos en química... El plan Blasco pretendía mejorar la situación (46). En todo caso, en medicina parece que estamos ante un nivel más avanzado, gracias a las últimas reformas. La botánica logra extraordinario desarrollo... ¿Por qué hay estas disarmonías en la importación de las ciencias? Porque éstas no afectan a problemas de ortodoxia y, en consecuencia, logran una mayor libertad. Son útiles y existe una demanda social y una protección regia... (47).

En *teología* no podemos imaginar que se desenvolviese entre nosotros una teología natural, al estilo kantiano. Frente la multiplicidad de escuelas, que no

(42) Véase en J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, Madrid, 1983, 98, 112 y 151 y en N. Cuesta Dutari, *Filosofía natural y pugna de facultades en la universidad de Salamanca (1779-1976)*, Salamanca, 1971 y, sobre todo, su libro *El maestro Juan Justo García*, 2 vols. Salamanca, 1974.

(43) Tal vez las alemanas son las más avanzadas, según puede verse en H. Coing, *Handbuch der Quellen und Literatur der neuen europäischen Privatrechtsgeschichte*, vol. II/1, Munich, 1977, 3-102, sobre universidades y facultades de leyes; unas páginas del vol. II/3, con el nombre de «Las facultades de leyes de la ilustración europea», *Anales valentinos*, 3 (1977) 357-375.

(44) Su superación, además de las referencias citadas en nota 13, véase V. Peset, «El doctor Zapata y la renovación de la medicina en España», *Asclepio* 12 (1960) 35-93.

(45) *Plan de estudios... Sevilla*, 130-138; *Plan... Salamanca*, 1772, 21-29, 94-99, en donde puede verse cómo se acepta la propuesta del claustro; *Método general de estudios...* Valladolid, 1771, 237-240; *Real provisión...* Alcalá, 1772, 62-65, respuesta fiscal en 196-200; *Plan de estudios...* Valencia, 1787, 5-11.

(46) J. Towsend, «Viaje a España hecho en los años 1786 y 1787», en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros...*, III, pág. 1641, acerca del plan Blasco, 1631 ss. Su edición y estudio, se hizo por varios autores, con ocasión del segundo centenario de su rectorado, Valencia, 1984.

(47) Acerca del nivel en medicina, J. L. y M. Peset, *Carlos IV...*, 279-300.

se aceptan en los planes, se trata de unificar (48). Frente al escolasticismo, se afirma una teología bíblica, que atendiese más directa a la sagrada escritura. Mayans le dedica más atención que a las demás cátedras de teología dogmática, moral o escolástica —los santos padres, dice, aprendieron la teología leyendo y meditando las divinas letras— (49). Olavide es mucho más claro:

En pocas palabras, la teología es la ciencia de Dios, escrita en la Biblia e interpretada por la Iglesia y los Santos Padres.

De aquí fluyen dos consecuencias claras: la primera, que sólo es verdadera teología la que enseña la Revelación y la Tradición. La segunda, que en las verdades que esta ciencia abraza, no tienen lugar los conocimientos naturales, ni más oficio el arte que ordenar lo que la ilustración hace ver por el farol de la fe...

Estas dos consecuencias, que nacen de un principio evidente, prueban la inutilidad de la teología escolástica, que por lo común se estudia en la nación. Fundada sobre los cimientos de la filosofía aristotélica, nada tiene de la Revelación y la Tradición, habiendo subrogado en su lugar las formas sustanciales y accidentales, tratando por mayor parte cuestiones inútiles o dudosas. Por este modo suele un teólogo de éstos, concluidos los años de su curso y en disposición de recibir el grado de doctor, no saber más de la verdadera teología que lo que aprendió en el catecismo (50).

La idea de suprimir las escuelas y opiniones es evidente en los planes de estudio; sin embargo, más bien se unifican adoptando a santo Tomás y la línea dominica, con algún añadido de Sagrada Escritura o de historia eclesiástica. O no se atrevieron o no supieron los fiscales cambiar el rumbo. El agustinismo, con ciertos ribetes jansenizantes, apenas logra algunas concesiones en Valencia o en Murcia, en el seminario de San Fulgencio (51). La teología continuó siendo un fuerte bloque escolástico —era el centro de la ortodoxia—.

Por fin, vemos las facultades de *derecho*, dejado en último lugar por sus conexiones con el poder, ya que, a continuación hemos de tratar del despotismo ilustrado. Como es sabido son dos: leyes y cánones, una más laica, la otra clerical. Hasta estas fechas, las facultades de leyes estaban enteramente dedicadas al derecho romano; ahora van a introducir el derecho natural y de gentes y el derecho patrio —como puede verse en el programa de Diderot para

(48) La supresión de la suareciana, por la expulsión de los jesuitas, fue el primer paso, *Novísima recopilación*, 8, 4, también 8, 9, 7, con nueva regulación de la oposición en las siguientes. Con claridad en el *Discurso crítico-político*, 38, que busca unificar santo Tomás y san Agustín, ecléctico.

(49) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria...*, 163-172, el texto 253-260.

(50) *Plan de estudios...* Sevilla, 151-152, en general hasta 159.

(51) *Plan de estudios...*, Salamanca, 1772, 54-76; 120-127; *Método general de estudios...*, Valladolid, 1771, 247-250; *Real provisión...*, Alcalá, 1772, 66-82, 90-98, y en 200-210 la respuesta del fiscal; *Plan de estudios...*, Valencia, 1787; C. Mas, *Jansenismo y reforma educativa en la España ilustrada. El seminario de San Fulgencio de Murcia*, tesis doctoral inédita, Alicante, 1986.

Catalina II de Rusia (52). ¿Qué significado poseen estas disciplinas que reducen el derecho romano? Los monarcas pretenden que se estudie en las aulas sus normas, como implantó Luis XIV en su reforma de París, en las facultades francesas, a fines del xvii o se había introducido en otras naciones (53); su poder, para ser más efectivo debe lograr situar sus leyes a la altura del derecho romano, con que ya no son algo inferior, un simple *ius singulare* frente al *ius commune* que encierra la perfección. Entre nosotros se había intentado a inicios del xviii por Felipe V, con éxito nulo (54). Ahora el monarca logra suficiente poder para imponer sus leyes como materia de estudio en la facultad —no sólo en las posteriores pasantías— (55). El derecho natural, de otro lado, era la razón aplicada al derecho, según vimos a través de Kant; era la gran creación del siglo xvii, desde Grocio a Wolff, que, por provenir de países protestantes, tenía graves dificultades para entrar en España. Mayans y Olavide lo establecieron en sus planes (56), pero, en cambio, no se atrevieron a ponerlo los fiscales en las universidades castellanas. Hasta 1776 en Granada y 1786, en Valencia, no se establecen cátedras de este derecho, que desaparecerían pronto, por el miedo ante la revolución, mediante una disposición de 1794 (57). No fue, por tanto, muy larga su existencia en nuestras universidades, como tampoco asomó temprana la economía política, que aparece, por primera vez en el plan

(52) Diderot, *Oeuvres*, III, 437-438, en donde se refiere a la realidad existente: «Notre faculté de droit est misérable. On n'y lit pas un mot du droit français; pas plus du droit des gens que s'il en avait point; rien de notre code ni civil ni criminel; rien de notre procédure, rien de nos lois, rien de nos coutumes, rien des constitutions de l'Etat...»; en 505-510 propone las asignaturas de la nueva facultad de derecho.

(53) Una sucinta visión de la penetración en las universidades alemanas y otras, del derecho regio, puede verse en el artículo citado en la nota 43; sobre Luis XIV y la introducción del derecho real en las facultades de Francia, véase M. A. Lemasne-Desjobert, *La faculté de droit de Paris aux xviii^e et xviii^e siècles*, París, 1966; Ch. Chêne, *L'enseignement du droit français, en pays de droit écrit (1679-1793)*, París, 1985. También a Luis XIV se debe una renovación del derecho francés, con varias ordenanzas que representan modos ilustrados en el derecho; entre nosotros no se lograrían resultados análogos, aunque existen intentos, M. Peset Reig, «Una propuesta de código romano-hispano, inspirado en Ludovico Antonio Muratori», *Homenaje al prof. Santa Cruz Teijeiro*, 2 vols. Valencia, 1974, II, págs. 217-260. Sobre Muratori y su obra jurídica, F. Venturi, *Settecento riformatore*, I, págs. 161-177, 177-186.

(54) M. Peset Reig, «Derecho romano y derecho real en las universidades del siglo xviii», *Anuario de historia del derecho español*, 45 (1975) 273-339, pero, en especial, 302-310. Los intentos de reforma en Bolonia a fines del xviii en M. Cavazza, «Riforma dell'università e nuove accademie nella politica culturale dell'Arcidiacono Marsili», en *Universit , Accademie e Societ  scientifiche dal Cinquecento al Settecento*, Bolonia, 1981, págs. 245-282.

(55) Acerca de las pasantías, M. Peset «La formación de los juristas y su acceso al foro en el tránsito de los siglos xviii al xix», *Revista general de legislación y jurisprudencia*, 62 (1971) 605-672. Recientemente, A. Risco, «Los trabajos y los días de un pasante letrado en Madrid, hacia 1756», *Revista crítica de derecho inmobiliario* 59, 559 (1983) 1517-1527.

(56) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria...*, 144-150; *Plan de estudios...*, Sevilla, 144-145; también se muestra en esta línea L. A. Verney, *Verdadero método*, III, 25-32, 51-56.

(57) F. Montells y Nadal, *Historia del origen...*, 758-759; *Plan de estudios aprobado...*, Valencia, 1787, 12. Su supresión puede verse en *Novísima recopilación*, 8, 4, 5.

de 1807 (58). Todo ello permite afirmar que si hay fuertes indicios de corrientes jurídicas ilustradas, se veían frenadas a partir de la revolución francesa...

En la facultad de *cánones*, también el poder real deja ver su impronta, sus intereses. Un fuerte regalismo quiere imponer los derechos del rey frente a los pontífices, para lo que consideran los planes conveniente extender la obra del canonista heterodoxo Van Espen (59). Con él, se insiste en la importancia de los viejos concilios que presentan un poder real más fuerte que las *Decretales*; esta tendencia conciliarista, de vuelta a fuentes más antiguas, inspiró esta facultad. Tendencia que seguiría en planes posteriores, incluso en la época liberal (60).

En resumen, la ilustración tuvo menor roce, más facilidad de entrar en medicina; menor influjo en filosofía y en teología eclesiástica, ya que los clérigos dominaban estas dos facultades. En derecho, el poder del rey prevaleció sobre la iglesia de Roma... Sin querer establecer una afirmación definitiva, parece claro que su exigüidad se debió, especialmente, a una presencia eclesiástica muy fuerte que se atrevió a condenar a Olavide (61): la ortodoxia es inquebrantable. El poder real salió triunfante... Pero veamos este aspecto con detalle.

EL DESPOTISMO ILUSTRADO

Carlos III es citado siempre como un monarca ilustrado; aun cuando su pasión era la caza, dejó que sus ministros trazaran planes y reorganizasen las universidades (62). Desde los inicios de su reinado hay elementos en esta dirección; no obstante, es desde 1766 con la subida de Aranda al poder, cuando el ritmo de cambio se acelera y empiezan a promulgarse diferentes normas (63). Tras su caída y destino en la embajada de París, en 1773, se ralentiza la reforma

(58) Véase M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 296-301 y más ampliamente, sobre el plan de 1807, M. Peset Reig, «La enseñanza del derecho y la legislación sobre universidades durante el reinado de Fernando VII (1808-1833)» *Anuario de historia del derecho español*, 38 (1968) 229-375, especialmente sobre economía en el plan de Carlos IV, 241-242.

(59) Olavide apenas deja lugar al derecho canónico en su facultad de jurisprudencia, tan sólo un año de Instituta canónica, *Plan de estudios...*, Sevilla, 146, el plan de Mayans, 155-162, 258-253, está basado en Van Espen; *Plan de estudios...*, Salamanca, 1772, 109-116, citas del autor en 111 y 115; *Real provisión...*, Alcalá, 1772, 105-135, respuesta fiscal, 210-223; *Método general de estudios...*, Valladolid, 1771, 244-246 (aunque por error figura 446).

(60) Puede verse el artículo citado en nota 58, o, para épocas posteriores M. Peset, «Universidades y enseñanza del derecho durante las regencias de Isabel II (1833-1843)» y «El plan Pidal de 1845 y la enseñanza en las facultades de derecho», en *Anuario de historia del derecho español*, 39 (1969), 481-544 y 40 (1970), 613-651.

(61) Remito a M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*, París, 1959.

(62) Acerca de estas reformas, M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 86-116. Una historia general sobre este monarca, A. Ferrer del Río, *Historia del reinado de Carlos III en España*, 4 vols., Madrid, 1856; de su período napolitano, trae cuadros muy exactos F. Venturi, *Settecento riformatore*, en especial en el tomo I. Acerca de sus cacerías, J. Townsend, «Viaje a España...», 1479-1480.

(63) Las que se refieren a los directores de las universidades en consejo, y a los censores regios sobre las tesis, junto con los planes, son las más profundas, M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 98-107, así como la reforma colegial, 107-114.

hasta desembocar en la real cédula de 22 de enero de 1786, en que se resumía todo lo actuado, en vísperas de la revolución —como el plan de Valencia de 1786, inspirado por Floridablanca— que pondría punto final a los cambios: el miedo ensombreció la faz de los cambios universitarios. Algún intento, sin apenas repercusiones, hasta iniciarse de nuevo, en el siglo XIX, por ilustrados y liberales (64).

Primer problema que queremos plantear: ¿las universidades son ilustradas o simplemente son arrastradas por la presión de la minoría que ha logrado la confianza de Carlos III? Entendemos que es menester distinguir diversas situaciones y personas; pero sería demasiado largo, baste señalar que los planes de medicina y de derecho proceden de los informes de Salamanca y Valladolid, extendiéndose después a las diversas universidades castellanas (65). En cambio, en filosofía y en teología es el fiscal quien ha de introducir mejoras y cambios, que los claustros no encuentran aceptables. Estas facultades son más tradicionales y más peligrosas de reformar; los religiosos que las dominan en buena parte, son menos proclives al cambio que los médicos y los juristas —aun cuando éstos sean colegiales—.

El segundo problema es si la minoría ilustrada —los más de fuera de las universidades— fuerza la mano en sus reformas o reciben fuertes apoyos de los claustros. Más nos inclinamos a pensar que no se reciben bien algunos planes. Sempere y Guarinos los atribuye enteramente al poder, pero hay que sustraer la parte de halago que poseen sus palabras, pues, como ya se ha indicado, algunos planes salen de los claustros, y no sólo de las luces de los fiscales: «... si no fuera por las correcciones que ha hecho en ellos el consejo, a propuesta y con dictamen de los señores condes de Floridablanca y de Campomanes, más bien podría citarse como instrumentos justificativos de nuestra ignorancia, que como prueba del adelantamiento de las ciencias. También es cierto, que aun después de las correcciones hechas por el Consejo, tienen algunos mucho que variar» (66). Es excesivo. Hay personas ilustradas en las universidades, a algunas las veremos más adelante militar entre los afrancesados o los liberales doceañistas, aunque son también numerosos los conservadores. Una respuesta definitiva sólo podrá darse cuando dispongamos de unas completas biografías de los profesores universitarios de la época... (67).

El problema principal —el tercero— es determinar hasta qué punto era

(64) M. y J. L. Peset, *La universidad española*, págs. 121-122, acerca del intento de Jovellanos en Salamanca; J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, véase nota 42.

(65) Esta idea —y su demostración— la abordaremos en la segunda parte, al tratar de Salamanca.

(66) J. Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritos del reinado de Carlos III*, 8 vols. Madrid, 1785-1789, edición facsímil, 1969, IV, 210.

(67) Los repertorios regionales o de determinadas materias no cubren por igual y con suficiencia esta prosopografía de los universitarios. Puede constatar la insuficiencia de las biobibliografías de los profesores de derecho del XIX, en la comunicación al I seminario de historia del derecho privado, de M. Peset, «Cuestiones acerca de la investigación de las facultades de derecho durante la segunda mitad del siglo XIX», Bellaterra, 1985, 327-396.

capaz el poder de los ilustrados de lograr un cambio profundo. En España, a diferencia de otros reinos y territorios (68), el poder real tropezaba con la iglesia en el seno de las universidades; por esta razón, apenas hay innovaciones estructurales o de organización de los viejos establecimientos. Se conforman los ilustrados ministros con variar contenidos de la enseñanza, pero no pueden entrar en el dominio profundo de las universidades: sus rentas y sus autoridades se apoyan en la iglesia. Los dos primeros Borbones optaron por instituciones paralelas (69), mientras Carlos III se encara directamente con las universidades. Por otra parte, el trono se sostiene en la ortodoxia y con la religión, por lo que no puede emprender grandes batallas contra Roma. El poder del déspota ilustrado, en los países católicos, se halla internamente trabado por la iglesia; quiere estar sujeto y sabe la fuerza que recibe del clero. La ilustración, en general, es un difícil equilibrio entre la libertad de pensar, de un lado, y su apoyo al trono del príncipe, de cuyo poder espera todo y a quien defiende. Por ello sus cambios son menores, limitados...

Ese sentido de conservación del antiguo régimen confiere, asimismo, a la ilustración un sentido elitista —a pesar de lo que decía el bienintencionado Immanuel Kant—. Los cambios en las universidades no pretenden ampliar las luces a las mayorías, aunque en alguna ocasión pueda parecer lo contrario. Con frecuencia lo confiesan, como por ejemplo, Olavide en su plan, tan sincero: la universidad es «un Tabor donde deben formarse los pocos hombres que han de servir al estado, ilustrando y dirigiendo la muchedumbre» (70). La ilustración tiene dos sectores, ya que responde a una sociedad jerarquizada, desigual. Y continúa su texto: «Pero éste no debe abrirse para todos. Se hallaría muy mal aquella nación en donde el gusto o empeño de la literatura arrancara a los muchachos del arado, de la oficina o del taller de sus padres para transportarlos a un colegio». Su idea es que una cabeza dirige muchas manos; debe educarse a nivel superior a la nobleza, que es la que dirige el gobierno, a la gente acomodada que pueda pagarse su coste, pero no se distraigan «los hijos de los maniobrantes del ejercicio de sus padres»; no conviene que los pobres se dediquen a las letras, pues aunque se pierdan ingenios, pero también los hay entre lo noble y lo acomodado... (71). También Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, sostiene análogas ideas (72).

(68) Véase H. Coing, «Las facultades de leyes...», citado en nota 43.

(69) M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 65-83, en especial los colegios de cirugía, 276-282, donde puede verse su bibliografía. Otro aspecto, no muy estudiado en España son las academias —no las oficiales, sino las de otro tipo—. Hay interesantes trabajos en el citado libro *Università, Accademie e Società scientifiche in Italia e in Germania dal Cinquecento al settecento*, Bolonia, 1981. *Annali dell'Istituto storico italo-germanico*, quaderno 9, a cura de L. Boehm, E. Raimondi; entre nosotros A. Risco, *La real academia de Santa Bárbara de Madrid (1730-1808)*, 2 vols. Toulouse, 1979.

(70) *Plan de estudios...*, Sevilla, 91.

(71) *Plan de estudios...*, Sevilla, 91-92.

(72) P. Rodríguez de Campomanes, *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, Madrid, 1775, edición de J. Reeder, 1975, 144-153; también, en la misma edición, *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, 1774, 47-50. De esta última hay edición facsímil, Oviedo, 1979.

En universidades puede comprobarse bien estas tendencias que nos atreveríamos a calificar de malthusianas, desde el momento que suprimen algunos establecimientos o dificultan los estudios, lo que, sin duda, frena la población estudiantil, como puede comprobarse (73).

Hemos de poner final a estas consideraciones primeras sobre la ilustración española y las universidades, que merecerían, sin duda, un desenvolvimiento más amplio que las perfeccionase y precisase más. Con todo creemos que se pueden concluir algunas ideas. La primera, que es nuestra ilustración imitativa y menor, si se compara con situaciones más allá de los Pirineos —lo que no significa que no tenga sus propias peculiaridades y aun sus medianas figuras—. La segunda, que no fueron las universidades focos de ignición para impulsar el cambio —como lo fueron otras extranjeras, que también necesitaron de la intervención del poder—. Por último, el poder, las decisiones, estuvieron en manos de unos cuantos personajes ilustrados, que, con limitaciones, introdujeron las nuevas ideas en las aulas, con cierta colaboración de los profesores... La ilustración existió, en la segunda mitad del siglo XVIII, en las universidades y en la política educativa, aunque fueran muchos los obstáculos y aunque se cortase —en parte— por el estallido de la revolución, o mejor, cambiase de sentido: en las reformas de 1802 sobre las facultades de leyes se conjugan las mejoras ilustradas con los temores ante la revolución (74). Años más tarde, los liberales desenvolverían las ideas ilustradas sobre las universidades, dando el decisivo paso de la revolución...

(73) M. Peset, «Estudiantes de la universidad de Valencia en el siglo XVIII», *Actes du I^{er} Colloque sur le Pays valencien à l'époque moderne*, Pau, 1980, 187-207; M. Peset, M.^a F. Mancebo, «La población universitaria de España en el siglo XVIII», *I congreso de la sociedad española de historia de las ciencias*, Madrid, 1980, págs. 301-318 y M. Peset, J. L. Peset, M.^a F. Mancebo, «La población universitaria de Valencia durante el siglo XVIII», *Estudis d'història contemporània del país valencià*, I (1979), 9-42.

(74) M. Peset Reig, «La recepción de las órdenes del marqués de Caballero de 1802 en la universidad de Valencia. Exceso de abogados y reforma en los estudios de leyes», *Saitabi*, 19 (1969), 119-148.

SEGUNDA PARTE
SALAMANCA, UN MODELO
PARA EL CAMBIO

LA VIEJA UNIVERSIDAD

Salamanca es la primera y más antigua universidad de España (1). Su organización, por sus raíces medievales, conserva una estructura autónoma, de equilibrios en la distribución de poderes. Aun cuando, en su decadencia, ha mermado, en gran parte, aquella participación conjunta, todavía late en las constituciones y estatutos del siglo xvii. Su organización es compleja y en las

(1) Las fuentes más importantes para Salamanca son: *Constituciones apostólicas y Estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca. Recopilados nuevamente por su comisión*. En Salamanca. Impreso en casa de Diego Cusio. Año mdcxxv (1625).

Colección de reales decretos, órdenes y cédulas de Su Magestad (que Dios guarde), de las reales provisiones y cartas-órdenes del real y supremo consejo de Castilla, dirigidos a esta universidad de Salamanca, para su gobierno, 3 vols. Salamanca, 1770-1774.

Plan general de estudios dirigido a la universidad de Salamanca por el real y supremo consejo de Castilla, y mandado imprimir de su orden. En Salamanca: por Juan Antonio de Lasanta, año de 1772.

Real Cédula de S. M. y señores del Consejo, por la qual se manda que en todas las Universidades de estos reynos..., Mallorca. En la Imprenta real, 1786.

La bibliografía general sobre universidad y la especial sobre la salmantina: A. Gil de Zárate, *De la instrucción pública en España*, 3 vols. Madrid, 1855; V. de la Fuente, *Historia de las universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols. Madrid, 1884-1889; C. M.^a Ajo G. y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las universidades hispánicas. Orígenes y desarrollo desde su aparición a nuestros días*, 11 vols. publicados. Madrid, 1957-1979, en general; M. Dávila, S. Ruiz, S. Madrazo, *Reseña histórica de la universidad de Salamanca*, Salamanca, 1849; A. Vidal y Díaz, *Memoria histórica de la universidad de Salamanca*, Salamanca, 1869; E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática e interna de la universidad de Salamanca*, 2 vols. Salamanca, 1914-1917. G. M. Addy, *The Enlightenment in the University of Salamanca*, Durham, 1966; L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina del barroco, período 1598-1625*, 3 vols. Salamanca, 1986. J. L. y M. Peset. *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, Madrid, 1983; P. Valero García, *La universidad de Salamanca en la época de Carlos V*, Salamanca, 1988; F. Méndez Sanz, *La universidad salmantina de la ilustración*, Salamanca, 1990; *La universidad de Salamanca*, coordinada por M. Fernández Álvarez, L. Robles Carcedo y L. E. Rodríguez-San Pedro, 3 vols. Salamanca, 1989-1990; A. M.^a Rodríguez Cruz, *Historia de la universidad de Salamanca*, Salamanca, 1990. Hemos utilizado para estas páginas, con mayor desarrollo y datos, M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España*, 1 de abril de 1767, Valencia, 1975, págs. 33-43 y M. y J. L. Peset, *El reformismo de Carlos III y la universidad de Salamanca. Plan general de estudios dirigido a la universidad de Salamanca por el real y supremo consejo de Castilla en 1771*, Salamanca, 1769.

decisiones y funciones, todavía se mezclan diversas instancias: canciller, rector, claustros, alumnos...

El canciller o escolástico es, a primera vista, la autoridad máxima de la universidad, como representante del pontífice. Las constituciones de Martín V de 1422 señalaban:

Scholasticum, cui Universitas ipsa post Apostolicam Sedem immediate subiecta existit (2).

Es, por tanto, el canciller o maestrescuela, figura central, pero decae en la época moderna, sobre todo, en los años ilustrados. Posiblemente, el canciller arzobispo ejerciera su ministerio a través de uno o más viceescolásticos, apoyado en el maestrescuela de su iglesia mayor. Luego, éste quedaría con el cargo y dignidad de canciller, elegido por el claustro de diputados, más tarde por el rey, en un canónigo de la catedral, al que se proveería de la correspondiente bula pontificia. La confirmación papal permitía que ejerciera su delegación en los actos, funciones y juicios del estudio general.

La figura del canciller —durante los siglos xvii y xviii— aparece todavía como central, pero un tanto alejada del concreto funcionamiento y problemas de la universidad. Sus funciones, no obstante, son muchas y, entre ellas, la concesión de los grados académicos y la jurisdicción del estudio, las más importantes. Participa en la elección del rector y de diputados, si bien la elección concreta, queda fuera de su poder, como veremos. Si asiste a claustros los preside, y, sobre todo, por las facultades delegadas del pontífice, interviene decisivamente en la presidencia, celebración, juramento y recepción de los grados y ejerce la jurisdicción académica, que suponía fuero especial para los estudiantes, profesores y oficiales de la universidad (3).

Segunda autoridad: el rector.

In primus siquidem statuimus, et autoritate apostolica ex certa scientia tenore praesentium ordinamus, quod in studio Salmantino perpetuis temporibus unus sit Rector, et Consilarii octo quolibet anno... (4).

(2) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. xxxm, pág. 65. Una descripción de su contenido en la nota 21 de esta parte, así como en M. Peset Reig, J. L. Peset Reig, *El reformismo de Carlos III...*, 11 y n. 1.

(3) Sobre nombramiento del canciller, véanse las reales cédulas de 15 de mayo y 3 de diciembre de 1615 y la de 5 de abril de 1637, E. Esperabe de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 695, 698-699, 754-755. Las funciones del canciller, en las *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. I, pág. 6-7; tit. I, n. 4 y VII, n. 9, págs. 137-138 y 144; presidencia de claustros, dispensas, tit. V, n. 6; XXI, n. 11; XXXII, n. 3, en págs. 141-142, 216 y 218; grados y su incorporación, tit. XXXII, n. 6-10, 18-19 y 62 ss., págs. 219-221 y 229-230. La jurisdicción del maestrescuela, const. XII y XIII, tit. 68 completo, págs. 36, 37-38, 330 ss., así como la ayuda de los corregidores en 338 ss. Véase *Partidas*, I, 6, 7 y una visión de conjunto, V. de la Fuente, *Historia de las Universidades...*, I, 264 ss. y L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina...*, I, 381-400.

(4) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. I, 4.

Rector y consiliarios son alumnos, quienes, a través de estos cargos y en la votación de las cátedras, poseen cierta fuerza en el primitivo sistema salmantino. Pero las votaciones desaparecerían a mediados del siglo xvii y, aunque se conserve el rector estudiante, con sus consiliarios, va perdiendo importancia y reduciéndose a figura nominal, sin excesivos poderes. El jesuita Jerónimo Julián le escribe a Mayans cuando éste se halla en Salamanca.

Has hecho prudentísimamente en excusarte de el empleo de Rector en esa Universidad, y a más de lo intempestivo que venía para este año —era el de 1719— en cualquier otro será razón evitar unos gastos tan grandes y tan inútiles (5).

Las constituciones salmantinas de 1625 determinan la elección del rector y consiliarios, por el claustro de consiliarios, representantes de las distintas naciones o provincias, el día de San Martín de cada año; a continuación prestan juramento solemne con una fórmula preestablecida el uno y los otros. Son requisitos para ser nombrado rector que alternadamente habría de ser un natural de León y Castilla, sin que sea natural de Salamanca. Debería ser —al menos en las constituciones— un clérigo, no casado, mayor de 25 años, no pudiendo alcanzar este cargo ningún catedrático, ni sustituto; asimismo se excluye a los poderosos o personas representantes del cabildo de la Catedral y otra iglesia, y a los religiosos de los conventos de la ciudad.

... ni persona que tenga cátedra, así de propiedad como no de propiedad, sustitución, media multa, ni curso, aunque lo renuncie; ni tenga oficio (excepto si no fuere diputado en la Universidad), ni colegial de ningún colegio (6).

El rector aparece, pues, como un poder de los estudiantes, que ni siquiera necesita ser bachiller. Durante los siglos xvi y xvii acostumbró a ser rector un caballero o noble titulado del estamento estudiantil, mientras en el xviii suelen ser graduados (7). Su poder, está basado, además en la imposibilidad de hacerle cesar en su cargo anual, a no ser que lo determinen los propios consiliarios (8).

Las facultades y actividades del rector son numerosísimas. Convoca el claustro de diputados y asiste a él con voto, presidiéndolo si no se halla el canciller

(5) J. Julián a G. Mayans, 8 nov. 1719, Archivo del Corpus Christi, sin duda, Mayans exagera un tanto, acerca de esta propuesta.

(6) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. II, así como los tit. II y III de estatutos, 9, 139 y 140.

La cita, tit. I, n. 1, véase también el 2 en que no se permite serlo a los opositores de rector, escolástico y viceescolástico, en el tit. VI, n. 4-5, págs. 137 y 142-143, respectivamente.

(7) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. IV, est. 1, 140, referido a consiliarios. Desaparece la elección de los consiliarios por el procedimiento citado en 2 de octubre de 1646, E. Esperabe de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 767-768. Acerca de la elección de rector en tiempos de Carlos III nos ocuparemos en la segunda parte, págs. 58 a 66; los rectores, en el reinado siguiente, J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca...*

(8) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. I, est. 7, 138.

presente. En épocas del siglo xv, fijaba las lecciones y explicaciones que habían de dar los catedráticos, más adelante éstas quedaron fijadas en los estatutos, debiendo el rector procurar que se cumpliesen y señalándoselas a los pretendientes que no las tuviesen indicadas —naturalmente— en las constituciones. Y asimismo vigila, mediante visitas, el desarrollo de la docencia.

Item estatuímos y ordenamos —reformaba Zúñiga en 1594— que el rector con el catedrático propietario más antiguo de la facultad visite las cátedras por los tiempos que manda el estatuto, y esto sea general en todas las facultades, y sentencie las visitas que hicieron dentro de tres días, so pena de perder los derechos que les pertenecen por razón de las dichas visitas, y el rector las ejecute, sin que se puede recurrir al Claustro...

Reciba información si los catedráticos leen sus asignaciones y si las pasan conforme al estatuto, si leen toda la hora y en latín, y si leen con cuidado y aprovechamiento de los estudiantes, y si los juristas, médicos, y los propietarios de artes dan a escribir más de la cuarta parte de la hora, y los teólogos si ya que se les permite que puedan dar a escribir lo que les pareciere, si juntamente declaran *in voce* lo que es necesario, y si los regentes de artes dan a escribir a sus discípulos, por sí o por interposita persona (9).

También interviene decisivamente en los exámenes de suficiencia de paso a otra facultad, participa en el grado de licencia y, sobre todo, en el bachiller; responde de los pases de cursos; ordena los actos y funciones; las provisiones de cátedras... (10). Está omnipresente. Para prevenir excesos de poder, no se le permite graduarse durante su mandato. También debe dar cuentas de su gestión económica al síndico de la universidad, al término de su periodo (11).

Pero, sin duda alguna, son los claustros quienes disfrutan de máximo poder en los asuntos de la universidad, en las decisiones y en el manejo de las rentas. El claustro general de todos los doctores, que debió ser fundamental en los primeros siglos muestra tendencia a ceder poderes a un claustro de diputados —unos veinte— para el desempeño usual de la gestión universitaria. En las constituciones de Martín V le vemos compuesto por diez profesores y otras diez personas nobles o dignidades; actúa, en cierta manera por delegación, pero su número reducido le hace más eficaz y su atención a detalles le permite

(9) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 22, est. 7 y 8, 196.

(10) Sobre convocatoria de claustros y exámenes, const. XXXIII, tít. 9, est. 5 y 40; tít. 27, est. 1, tít. 28, est. 1, 3, 15, 22 y 23; tít. 32, est. 56, págs. 65 ss., 153, 203, 204-211, 277 s.; su intervención en repeticiones y cátedras, tít. 31, est. 3, tít. 33 al 40, así como 46 y 47, 230-262, 266-269, en donde puede verse la votación por los estudiantes. Sobre la distribución de materias por el rector, un ejemplo en nota 119 de la parte segunda. Sobre este cargo, L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina...*, I, 346-380; A. M.^a Rodríguez Cruz, *El oficio de rector en la universidad de Salamanca y en las universidades hispanoamericanas. Desde sus orígenes hasta principios del siglo xix*, Salamanca, 1979.

(11) Véase *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 32, est. 4 y tít. 44, est. 6; también tít. 1, est. 8, páginas 218, 265-266 y 138.

manejar realmente la universidad (12). En la reforma de Zúñiga de 1594 se percibe claramente cómo los catedráticos de propiedad o perpetuos van dominando el claustro, haciéndose cada vez más cerrado, ya que se autoelige y determina quiénes deben formar parte del mismo. Decía Zúñiga:

... por cuanto los catedráticos de propiedad en quien siempre ha estado y está la mayor parte del gobierno de la universidad, por la noticia que del y de la hacienda tienen, importa mucho que asistan con rector y maestroescuela a claustros ordinarios... (13).

Pero es en la reforma de Gilimón de la Mota en 1618, donde se percibe el enrarecimiento decisivo de los claustros de diputados, aun cuando se respete el claustro general de doctores para las cuestiones más generales, cuestiones de métodos de estudio y enseñanza, grados, etc.

Estatuímos —dice— que de aquí en adelante sean diputados continuos y perpetuos los veinte y ocho catedráticos de propiedad de todas las facultades que hay en la universidad... (14).

Antes no podían ser reelegidos, se turnaban; ahora son por derecho propio todos los perpetuos; otros dos diputados serían de nombramiento del rector y del maestrescuela y los diez restantes se nombrarían por el mismo claustro de diputados —se desgaja del claustro pleno—, y cuatro de ellos serán, precisamente, colegiales mayores. Los catedráticos y, por detrás de ellos los colegios van dominando la universidad salmantina (15).

Los diputados aceptan el cargo y lo juran ante el rector. Se reúnen con mucha frecuencia —cada ocho días— y aun más si fuera necesario, deciden por votaciones sobre los problemas universitarios, nombran comisiones para resolver asuntos concretos. En suma, manejan la universidad (16). Los retoques en el modo de proveer las cátedras, que de los votos de estudiantes y doctores, pasan a conferirse por los mismos catedráticos y con la aprobación del rey —del consejo de Castilla—, perfilan mejor esta línea de evolución de la salman-

(12) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 7, est. 4, 144 reduce a doce su número, frente a la const. XXXIII, 62 ss.

(13) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 9, est. 3, pág. 146.

(14) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 7, est. 10, 144-145.

(15) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 7, est. 11, 145. Véase disputas sobre precedencias en la real provisión de 31 de mayo de 1710, entre los colegios mayores, C. M.^a Ajo G. y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las universidades...*, IV, 187-188. M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 38-52, acerca de los colegios, basados en L. Sala Balust; investigaciones más recientes de A. M.^a Carabias Torres, *Historia del colegio mayor de Cuenca y de la universidad de Salamanca*, Salamanca, 1983 y *Colegios mayores: centros de poder*, Salamanca, 1986.

(16) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XXXIII, 64 s.; tít. 9, en especial, est. 1, 2 y 5, 11, 22-23, y en general todo el título, 146-153; también tít. 10 y est. 1 y 2, 153.

tina y vieja universidad (17). Un texto de 1604, de la reforma de Caldas resulta significativo y demostrativo de estas aseveraciones:

Item, porque algunas veces ha acaecido, después de acordarse alguna cosa en el claustro, el Rector y Maestrescuela alterarla y mudarla, o dejarla de ejecutar; estatuímos y ordenamos, que los dichos Rector y Maestrescuela ejecuten inviolablemente lo acordado por el claustro, sin alterarlo ni mudarlo, so pena de diez mil maravedies por cada vez que lo contrario hicieren, aplicados para el Hospital del Estudio... (18).

Además de los claustros de rector y consiliarios y del claustro de diputados, existe otro, formado por doctores y maestros, presidido por el primicerio, cuya función es menor: defensa del estamento. Y, por encima de todos, el claustro pleno de doctores y maestros, junto a diputados y consiliarios, rector y maestrescuela, que es la mayor autoridad del estudio. Su frecuencia es mayor, resolviendo los asuntos más generales, como reforma de estatutos, irregularidades en las cátedras, pleitos o discrepancias entre las diversas autoridades, etc. Tratan numerosas cuestiones en paralelo con los claustros de diputados...

Prescindimos de los restantes cargos universitarios, por no hacer excesiva esta exposición del modelo salmantino. Secretarios, encargados de la biblioteca, bedeles, alguaciles, maestro de ceremonias y tantos otros. En los aspectos financieros, un mayordomo maneja el dinero, dando cuenta a rector y consiliarios; cobra rentas y fianzas, hace arrendamientos, realiza, en general, los pagos y cobros de la universidad (19). Es de nombramiento del claustro pleno —pues nunca Salamanca perdió cierto equilibrio en sus poderes. Por fin, un síndico gestiona los concretos asuntos, pleitos y deudas y recoge las multas del tribunal del maestrescuela (20).

Este es el esquema salmantino, cambiabile y diferente al correr de los tiempos, pero siempre con una personalidad indudable, en la que las presiones y modificaciones no quebrantan por entero el viejo equilibrio —la intervención de muchos—, heredado de la época medieval.

(17) Sobre participación de los estudiantes véanse votaciones y nombramiento de consiliarios, notas 10 y 7. La provisión de cátedras por el Consejo de Castilla —tras oposiciones e informe de los miembros del tribunal— es de 26 de mayo de 1623, aunque su implantación en las universidades, los titubeos continuaron largos años, véase C. M.^a Ajo y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las universidades...*, I, 602-603, 626, 627, 639-640, 640-641, 641, 641-642, IV, 74-75, 257-258, en donde una copiosa legislación muestra estas dudas. La disposición de 1623 se insertó en la Nueva y en la Novísima Recopilación. Autos, 1, 7, 10 y 8, 9, 5, respectivamente. Véase V. de la Fuente, *Historia de las universidades...*, III, 9-17.

(18) Caldas, 1604, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 9, est. 41, 153. Los estatutos de Caldas y Gilimón los ha editado L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina...*, III, 564-583 y 601-609, sobre claustros, votaciones y demás oficios de la universidad, I, 401-517.

(19) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, sobre primicerio, tít. 8, pág. 145; sobre el *administrador maiordomus*, const. VIII y tít. 48, 16-17 y 269-271, quien por cierta antigua vinculación recibía su nombramiento del arzobispo de Compostela.

(20) Sobre el síndico, puede verse *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 49, est. 1-3, 5-6, 271-272.

LA REFORMA CAROLINA

La reforma de Carlos III se efectúa sobre una universidad regida —aun cuando no los cumpla estrictamente— por sus seculares constituciones y estatutos. Salamanca sigue manejándose con la recopilación hecha en 1625. En ella se reúnen las constituciones dadas por el pontífice Martín V en 1422, diversas bulas papales posteriores y abundante material —sistemizado— proveniente de las reformas de Covarrubias (1561), Zúñiga (1594), Caldas (1604), Gilimón de la Mota (1618)... (21). Pues bien, sobre esta normativa tradicional de los siglos xv, xvi y xvii, se vierte una serie de disposiciones de reforma, entre las que se destaca el plan salmantino de 1771.

El motor inmediato de aquel plan fue la real cédula de 14 de marzo de 1769, al establecer directores de universidades en el consejo de Castilla. Son ministros del consejo, especialmente encargados de conocer la situación y velar por aquella que les haya correspondido, para ir planteando la necesaria reforma; se les confiere algunas facultades propias para mantener el orden y el cumplimiento de las leyes y estatutos en su respectiva universidad. Pero, en suma, eran procuradores ante el consejo para la mejora y reforma; conocimiento y preparación de las futuras innovaciones son las dos tareas impuestas a los directores (22). Para ello se les facilitaría por la universidad toda clase de estatutos, reformas y disposiciones del consejo, incluso un índice de todos los

(21) Su cita bibliográfica en nota 1. En 24 de septiembre de 1624, el claustro de diputados de la universidad de Salamanca decide que se recopilen y pongan al día sus estatutos. Comisiona a Martín López de Hontiveros y Antonio de Ledesma, quienes lo realizan en el mismo año, aprobándose y publicándose en el siguiente. Tras una introducción histórica siguen, en su texto, las treinta y tres constituciones de Martín V, que anulan todo lo anterior, seguidas de bulas y disposiciones de Eugenio IV, Inocencio VIII, Julio II, León X, Clemente VII, Alejandro IV, Paulo III y Gregorio XIV, en número de doce, y una declaración de la sagrada congregación. A continuación y separada —aunque con foliación seguida— va impresa la puesta al día de los estatutos, con sistematización de las reformas de Felipe II —Diego de Covarrubias 1561 y Juan de Zúñiga 1594— y de Felipe III —Juan Álvarez de Caldas, 1604, y Baltasar Gilimón de la Mota en 1618—. Por último, se añaden una serie de provisiones y cédulas reales dirigidas a Salamanca, desde Juan II hasta Felipe III, más algunos cuadros de salarios, fiestas de la universidad... Lleva índices separados de las constituciones y de los estatutos, al frente de cada parte dos: uno corrido, otro alfabético o de materias. Los estatutos de Covarrubias fueron editados por E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 217 ss.; los de Caldas y Gilimón de la Mota, recientemente por L. E. Rodríguez-San Pedro y Bezares, *La universidad salmantina del Barroco...*, III, 564-583 y 601-609. Quedan, por tanto, sólo inéditos los de Zúñiga. También se publicaron los *Estatutos de la universidad de Salamanca, 1529. Mandato de Pérez de Oliva*, rector, edición de J. L. Fuertes Herrero, Salamanca, 1984.

(22) Es claro que eran piezas para el cambio: el auto acordado de 20 de diciembre de 1768, inserto en la real cédula que crea los directores de 14 de marzo de 1769, les señala como función que «se entere de sus estatutos, estado, rentas, cátedras, consurso de discípulos, cumplimiento de los catedráticos y demás ejercicios literarios y económicos, formándose una Instrucción particular, a cuyo efecto pase este expediente a los señores fiscales, para que propongan sobre ello las reglas prácticas que les ocurran...» y en la Instrucción —también inserta— «los señores directores se instruirán de todo lo demás que su celo, talento y experiencias les sugiriese, como necesario o conveniente al mejor desempeño de su encargo, al adelantamiento de los estudios y a la mayor gloria del rey y de la nación...», *Colección...*, Salamanca, I, 153, 164.

papeles de su archivo, los pleitos ante el juez académico, copia de las actas de claustros, expedientes de oposición de cátedras, quejas o recursos, etc. Sobre estos materiales podrá sugerir las vías de reforma. Deberá «enterarse del estado de la universidad, cuya dirección le está confiada, debe fijarse por objeto de sus averiguaciones y cuidados la instrucción originaria de la misma universidad, y la situación actual, con cuyo paralelo verificará su progreso o decadencia, las causas de que proviene y los remedios y adelantos que puedan proporcionarse». Se les indica los puntos en que deben procurar vigilancia y que tal vez sean —al parecer de los fiscales— las causas de esa decadencia: la elección del rector, el cuidado sobre catedráticos y graduados, en relación a asistencia, lecciones y exámenes de grado, represión de lujo, manejo de rentas, bibliotecas, etc. También, que puntualicen las cátedras existentes y procuren den curso completo, el desempeño de los catedráticos, abuso en la sustitución por ausencias o vacantes, la concurrencia de estudiantes, su buena formación en las disciplinas básicas, que repriman fraudes de matrícula, restablezcan los repases públicos y las lecciones de extraordinario, etc. (23).

Pues bien, dirigido a su director —Manuel Ventura de Figueroa—, Salamanca producirá un extenso informe sobre estas cuestiones; el consejo lo examinará y dictará un nuevo plan de estudios para esa universidad. Por la real provisión de 3 de agosto de 1771 se aprobaba el plan que examinamos, interesante por su extensión y su peculiar estructura. Recoge la real provisión amplio material: el informe de la universidad, la respuesta fiscal y su aceptación —casi por entero— en la parte dispositiva. Estos diversos estratos permiten apreciar bien el alcance y sentido de las reformas.

Los informes de la universidad se dan por sus diversos claustros, sobre gramática, artes, medicina, derechos —canónico y civil— y teología. Se pronuncian sobre la situación en que se hallan las enseñanzas y las propuestas para su mejora. También —en un segundo punto— se expone su opinión sobre la escasez de oyentes en sus cátedras y los remedios deseables. A continuación, la respuesta fiscal —de Rodríguez Campomanes, seguramente— se ocupa uno a uno de los informes de las facultades, modificando y estructurando nuevas líneas para la enseñanza. A veces, como en medicina, aceptando las propuestas; otras, no haciendo caso de ellas, como en leyes, donde se inspira en las sugerencias de la universidad de Valladolid. También se permite el fiscal expresar su opinión sobre las sustituciones y las explicaciones de extraordinario, así como unas observaciones generales para el cumplimiento de sus sugerencias. Luego, por fin, la parte dispositiva de la real provisión que acepta la propuesta fiscal, con muy ligeras variantes. En su impresión —en 1772— se acompaña de la real provisión de 16 de octubre de 1771, en donde se resuelven las dudas

(23) Real cédula de 14 de marzo de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 159, en general 153-166. La finalidad de procura y protección la cumple el director ante el consejo de Castilla «yendo instruido de los antecedentes y Estatutos, a fin de que enterado este Supremo Tribunal, tome la resolución que convenga», 164.

inmediatas que el nuevo plan provocó en la universidad de Salamanca (24). Ya advertíamos que una numerosa legislación acompañará al plan; dentro de ella se encuentran disposiciones muy importantes —por ejemplo la real cédula de 24 de enero de 1770, sobre grados—, otras menos, más limitadas. El consejo ordenará su impresión, su colección, para que sirva de guía y precepto a Salamanca. El plan salmantino —insistimos— es un elemento de un conjunto de reales provisiones, cédulas y órdenes, que suponen la reforma y restauración de aquella universidad en la época de Carlos III.

La reforma del Borbón intenta restablecer el prestigio de la universidad en siglos anteriores; para ello, en muchos casos se apoya en sus estatutos tradicionales. Pero no obstante, supondría una innovación completa, muy profunda. Procuraremos destacar las modificaciones introducidas, contrastándolas con la normativa tradicional y la situación en que se hallaba la universidad en 1771. Interesa, ya que representan una transformación completa de la vieja universidad por contacto con las ideas ilustradas del consejo. La tradición pesaba demasiado en Salamanca, la decadencia exigía su renovación. Decía el fiscal:

Uno de los motivos más conocidos de la decadencia de las universidades es la antigüedad de su fundación; porque no habiéndose reformado desde entonces, el método de los estudios establecidos desde el principio, es preciso que padezcan las heces de aquellos antiguos siglos, que no pueden curarse sino con las luces e ilustración que ha dado el tiempo y los descubrimientos de los eminentes sujetos de todo el Orbe literario (25).

Y a esta modernización dedicará sus esfuerzos el consejo de Castilla.

Las líneas generales —que analizamos más despacio a lo largo de estas páginas— pueden sintetizarse en los aspectos siguientes. En cuanto a la forma de enseñanza y los mecanismos de docencia se muestra poco innovador. Las lecciones ordinarias o las magistrales, los diversos tipos de actos o las academias, le parecen adecuadas tal como estaban en aquel momento. Procura su vigencia

(24) Su cita en nota 1. Comprende la real provisión de 3 de agosto de 1771 hasta la página 140; de la 141 a 155, las *Dudas propuestas por la universidad de Salamanca, sobre algunos puntos del Plan de estudios que antecede, y declaración de ellas por el Real Consejo*. Se ordenó su impresión con envío de 50 ejemplares al Consejo y para que se vendiese el resto, por carta orden de 5 de diciembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, II, 178-179.

Como antecedentes, se nombró director y se pidieron sus papeles, por auto de 20 de diciembre de 1768 y órdenes de 31 de octubre de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 125 ss., 247, 268. Se pidió el informe por real cédula de 14 de marzo de 1769 al señalar los puntos que interesaban al director, se evacuó el informe en 11 de septiembre de 1770, *Plan...*, Salamanca, 1772, 1-2.

También a Valladolid se solicitó por real provisión de 12 de julio de 1770, remitiéndose en 11 de septiembre de 1770, *Método...*, Valladolid, 1 ss. En Alcalá con motivo del cambio de nombre de dos cátedras de Sexto y Decretales se pide, por carta orden de 28 de noviembre de 1770, se de en 40 días informe sobre su situación y propuesta de arreglo, luego el consejo reforma, *Real Provisión...*, Alcalá, 1772, 1 ss. Estos planes se citan completos en la nota 37 de la primera parte.

(25) *Plan...*, Salamanca, 1772, 78.

y aplicación en lo que no se cumplan. Abomina de la supresión de actos *pro Universitate* en las facultades de derechos, o su reducción a meros actos formularios o toreros. Restaura las explicaciones de extraordinario a cargo de bachilleres que aspiran a licenciarse. Sólo se ocupa de dotar a medicina —la ciencia más práctica del momento— de instalaciones que las demás facultades no necesitaban: teatro anatómico, jardín botánico, museo de simples.

Le importa más al consejo el contenido, la materia de la enseñanza. Abandona el estudio de los clásicos —Galeno o Justiniano— y la enseñanza de títulos sueltos. Tampoco quiere el estudio por varios autores —típico de teología—. Prefiere compendios sucintos, completos, modernos. Si es posible uno que abarque toda la facultad —Goudin, Boerhaave, Santo Tomás—, o bien toda una disciplina. Con ello busca simplificar la enseñanza, reuniendo en un libro toda la materia estudiada, conformándose con la opinión de un solo autor. También se buscaba la sencillez, arreglando cuidadosamente cada carrera; todas las cátedras eran utilizadas, incorporando las de no obligada asistencia. Ordenaba los cursos, en menos años, acortando la permanencia en las aulas, porque

no conviene —decía el fiscal— a la causa pública tan larga residencia de los profesores en la universidad. De ellas se deben sacar los fundamentos o principios más sólidos y seguros de las ciencias; las nociones y extensión de los tratados que comprenden; la regla para discurrir y gobernarse en ellas; pero la intención y juicio cabal de lo que comprende, se ha de adquirir después por un largo estudio de por vida (26).

Con estas reformas los estudios salmantinos se modernizan años, tal vez siglos. En artes o filosofía se procura buena formación, a fin de que la base sea firme; si se acepta el Goudin, es por su carácter sistemático, aunque se reconocen los méritos de otros autores más propios. Medicina se renueva intensamente. Se separa por entero de la cirugía, al menos, durante medio siglo; Boerhaave sustituye a los antiguos y la anatomía se protege activamente. En derecho civil, el derecho patrio empieza a rivalizar con el romano, creándose las primeras cátedras destinadas a su enseñanza. En cánones, un marcado regalismo exige el estudio de los concilios más antiguos, frente a las decretales de los pontífices. Van Espen se usa ampliamente en sus estudios, mientras en leyes se imponen Vinnio, Cujacio, Heineccio, etc. Termina el complicado sistema de escuelas teológicas, suprimidas en 1766 y 1767. La teología tomista predomina, completada por la teología positiva para el estudio de las verdades reveladas y la historia de los dogmas.

Para asegurar el cumplimiento y ejecución de estas miras, el consejo regulará la provisión de cátedras con toda minuciosidad. Pero también los grados académicos. De entre ellos regulará el de bachiller, como más importante por

(26) *Plan...*, Salamanca, 1772, 79.

servir para el ejercicio de las carreras. Lo uniforma con cuatro años para todas las facultades mayores, lo impone a todas las universidades; simplifica su examen y fija su incorporación de una a otra universidad. Todo ello en 1770, antes del plan, que precisamente removerá las enseñanzas para adaptarse a este acortamiento de tiempo. Licencia y doctorado le preocupan menos, se limita a ordenar que se cumplan estrictamente los estatutos, a moderar el exceso de sus gastos, camino ya iniciado por Fernando VI. En cambio, el plan de 1771 introduce en algunas facultades algo desconocido hasta el momento en Salamanca: los estudios para licenciarse, en derechos y en teología.

Salamanca es la universidad principal o modelo en esta época. La reforma debe realizarse sobre sus aulas para después extenderse a las demás de España y del nuevo mundo. Sin duda una comprensión de lo que significa aquella universidad y de las disposiciones que se adoptan sirve para entender mejor —en su cronología y en sus diversos aspectos— el desenvolvimiento de los cambios. La historiografía acerca de los años de Carlos III no es suficiente, aun cuando contamos con algunos trabajos ajenos y propios (27). En los primeros años del reinado hay algunas determinaciones que todavía no expresan la reforma que se pretende (28). No es demasiado notable que se saque a oposición una cátedra de digesto viejo o se resuelva una disputa entre rector y canciller acerca de la colación de un grado... La expulsión de los jesuitas sería el inicio de las reformas, pues, hasta aquel momento, el germen nuevo se hallaba tan sólo en el consejo de Castilla...

Creemos conveniente, para evitar una farragosa descripción de normas de la reforma carolina, agruparlas por materias, para poder penetrar el sentido de los cambios. De este modo, obtendremos una visión organizada de la política de Carlos III: primero sobre la estructura o poderes de la universidad, después, sobre las enseñanzas o docencia.

I. ESTRUCTURA DE LA UNIVERSIDAD

Las reformas fueron, sin duda, limitadas en su objetivo. Las universidades poseían una estructura y organización, que no se intentaría violentar. Dentro

(27) Me refiero a G. M. Addy, *The Enlightenment...*; M. y J. L. Peset, *El reformismo de Carlos III...*; o también Gregorio Mayans y la reforma ilustrada... y *La universidad española*. Aparte obras generales como las de C. M. Ajo o A. Rodríguez Cruz, éstas para América. Para la universidad posterior, J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca...*

(28) Por vía de ejemplo, citaré la real provisión de 26 de abril de 1759 para establecer carnicería en la ciudad, editada por E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática*, I, págs. 935-936, también en C. M. Ajo, *Historia*, IV, pág. 382; la de 16 de diciembre de 1763, que se encuentra en *Colección...*, M. Ajo, *Historia*, IV, pág. 392, *Salamanca*, I, 11-12, y también en las colecciones posteriores, Esperabé, I, 939-940 y C. M. Ajo, IV, 392, sobre oposición a digesto viejo; ya más interesante por encontrarse en las disputas que después hemos de ver entre rector y cancelario, sobre un grado, *Colección...*, *Salamanca*, I, 101-1-3, también en C. M. Ajo, IV, 422.

de su vieja distribución de poderes se pretendía que funcionasen al servicio de la corona. A este respecto interesaba destruir las fuerzas que mediatizaban su funcionamiento, sin cambiar claustros o canciller, apenas el rectorado...

Primero se quebró, por la expulsión, el poder de los jesuitas, que tenían su presencia en los estudios primeros y en las cátedras de su escuela. Los problemas de la expulsión son complejos, y no puede atribuirse su causa a la reforma universitaria (29); en todo caso, el nombramiento de las cátedras salmantinas —o de otras universidades— con fuerte intervención de los padres confesores jesuitas de los reinados anteriores, se debía sentir como una fuerte opresión para los académicos. Ahora bien, esa intervención era general para los cargos de real patronato, por lo que, aun en este extremo, la expulsión posee alcances mayores... (30).

Por real cédula de 12 de agosto de 1768, que se circuló a todas las universidades peninsulares, quedaron extinguidas las cátedras de la escuela «llamada jesuítica y que no se use de los autores de ella para la enseñanza...» (31). En la exposición de motivos de dicha célula, se añadía que estaban en el consejo diferentes expedientes sobre doctrinas de autores jesuitas, tales como Pedro de Calatayud, Busembaum, Alvarez Cienfuegos y otros. También está en conexión alguna otra disposición sobre libros de las casas de jesuitas o el juramento que deben hacer los profesores de no defender la doctrina del regicidio o tiranicidio, en donde, aunque no se aluda a los padres, es sabido que se atribuía a Mariana, a su tratado sobre el monarca (32).

Los bienes de los jesuitas despertaron de inmediato deseos de la universidad para mejorar sus instalaciones o sus rentas. En otras universidades —Sevilla, por ejemplo— se concedieron a la universidad; en Salamanca —como en Lima (33)— se buscó otro destino, erigiendo un convictorio carolino, en donde estudiarían clérigos y laicos, a partir de aquellos años. El obispo Felipe Bertrán sería el gran inspirador de aquella obra, que constituiría una institución adosada a los estudios universitarios. A través de la real provisión de 20 de agosto de 1769 se puede comprender aquella realización. Los distintos comisionados para la administración de las temporalidades de los jesuitas habían informado del destino que se podía dar a sus bienes, iglesias y colegios, después de consultar

(29) C. Eguía Ruiz, *Los jesuitas y el motín de Esquilache*, Madrid, 1947; P. Rodríguez de Campomanes, *Dictamen fiscal de la expulsión de los jesuitas de España*, Ed. de J. Cejudo y T. Egido. Madrid, 1987; T. Egido «Motines de España y proceso contra los jesuitas». La «Pesquisa reservada», de 1766, *Estudio Agustiniiano*, 9 (1976) 219-260; J. A. Ferrer Benimeli, «La expulsión de los jesuitas por Carlos III», *Historia y vida*, 6, 62 (mayo 1964), 157-234. La real pragmática de expulsión se encuentra en *Colección...*, *Salamanca*, I, 41-53.

(30) En los expedientes que existen en Simancas, Gracia y Justicia de las diversas universidades puede verse la provisión de las cátedras de las castellanas por los confesores reales.

(31) *Colección...*, *Salamanca*, I, 97-100. *Novísima Recopilación*, 8, 4, 4, también la anterior.

(32) *Colección...*, *Salamanca*, I, 54, 55 y 61 sobre que se sigan pagando diezmos de los bienes de jesuitas.

(33) Sobre este convictorio limense, A. Ten, «El convictorio...» citado en nota 84 del capítulo correspondiente a Lima, en la tercera parte de este libro.

a los ayuntamientos o a quienes juzgasen oportuno, y, en todo caso, a los obispos. En Salamanca se consultó, además, al abad y capellanes de San Marcos, al rector y colegiales de los Irlandeses, etc. Pasados estos informes a Campomanes, éste expresó su dictamen al consejo, que elevó al rey la solución siguiente: el colegio e iglesia que fue de los regulares pertenecía a la corona, al real patronato, por libre y plena disposición. El convictorio serviría para mantener y albergar a estudiantes que cursen, en la universidad, lengua griega y hebrea; serían sesenta y dos pensionistas, aparte otros que pagarían pudiendo vivir en el colegio. Se reservan para los americanos de los virreinos de Perú, México y Santa Fe, doce plazas. Campomanes era gran helenista y tenía gran convicción de las ventajas de las lenguas clásicas. Estos estudiantes cursarían después medicina, leyes y cánones, o teología, y se procuraría favorecerles por la cámara con destinos altos. Por lo demás, el convictorio carolino estaría regido por un director, licenciado, de buena vida, costumbres y prudencia, elegido de una terna o de seis, por el consejo, a propuesta de la universidad. También habría un capellán para decir misa. No llevarán becas —nada semejante a los colegios— ni realizarán ejercicios en el convictorio, ni se mantendrán en él hasta su colocación... (34). Como se percibe no quiere crear un nuevo colegio mayor en las vísperas de su reforma.

Sin embargo, los bienes de los regulares eran bastantes. En consecuencia, en el mismo colegio podían establecerse los irlandeses, dejando las casas que ocupan ahora para lograr rentas. También se establecerían los seminaristas y todavía quedaría espacio que se reserva el rey para otras finalidades. La iglesia, separada por pared del colegio, se concede a la real capilla de San Marcos de Salamanca, así como a tres parroquias que, por su corta feligresía, considera el obispo que deben unirse. Los ornamentos y vasos sagrados se darán a San Marcos y la parroquia nueva, para un decente culto, y el resto lo distribuirá el obispo de acuerdo con los comisionados entre las parroquias pobres de la ciudad. Y lo que más nos interesa, «que a la universidad de esa ciudad se le entregue la Librería de ese Colegio, reservando los libros útiles al uso común de irlandeses o convictores y seminaristas conciliares, todo bajo inventario y noticia de mi Consejo...» (35). En 20 de enero de 1770 se instaba al claustro para que hiciese la propuesta de director del convictorio, en persona que sea graduado de doctor o licenciado por aquella universidad en cualquiera de las facultades mayores, hábil, celoso e instruido, no casado, ya que tiene que vivir en el convictorio, y que no tenga otro empleo o dignidad (36).

(34) *Colección...*, *Salamanca*, I, 226-236.

(35) *Colección...*, *Salamanca*, I, cita en 233, en general 231-236.

(36) *Colección...*, *Salamanca*, I, 253, el cargo debía ser atractivo, pues su director no se presentará a rector, según luego veremos.

Director en el consejo

Ya vimos que una norma esencial para el cambio fue la real cédula de 14 de marzo de 1769 que creaba los directores de las universidades (37). Fue origen del plan de estudios, pero también se pretendía controlar las provisiones de cátedras, que deberían pasar a informe del fiscal y votarse en el consejo por todos los miembros, antes de pasar al monarca, quien, en definitiva, resolvía; sobre todo, creaba directores que eran miembros del consejo que se encargaban, cada uno de ellos, de una universidad —no habría de ser la suya para evitar conexiones—. Deberían enterarse de los estatutos, estado, rentas, cátedras, número de alumnos y ejercicios literarios, e informar en los expedientes de cátedra. Se pasaría la orden a los fiscales Campomanes y Floridablanca —todavía José Moñino simplemente— para que elaborasen una instrucción, que se añade a esta disposición real.

En primer término debería disponer de completa información sobre su respectiva universidad. En la instrucción se determinaba, que cada universidad enviase ejemplares o copias auténticas de sus estatutos, visitas o reformas, con las posteriores declaraciones del consejo para que conociesen las normas por que se habían de regir. Disposiciones generales o reales cédulas debían añadirse para completar la información que deberían tener a la mano los directores consejeros de Castilla. Asimismo, por si no bastara, enviarán un índice de todos los papeles y documentos que figuran en su archivo, para mejor entender su gobierno y adelantamiento en los estudios. Colección aparte deberá tener del fuero académico de su universidad y de los papeles que figuran en su archivo, para «ponerse en estado de saber a los abusos e imperfecciones que pueda haber en el ejercicio de la jurisdicción académica». Reunidos estos materiales, el rector deberá remitir informes mensuales de los acuerdos de claustro y si encuentra el director algún caso que requiera mayor información, debe solicitar copia del acuerdo literal. Tendrá en libro un copiadore de las cartas y en legajos las órdenes generales que se remitan a la universidad respectiva; si son generales, dice la instrucción con minucia burocrática, deberá darse copia a cada uno de los directores para que las incorporen a sus archivos o colección documental. Los expedientes de cátedras formaran legajos separados, y se unirán incluso las quejas o votos particulares que pudieran producirse. En todo caso se pasarán al fiscal para que informe de lo que conviene en cada caso.

XIII. Como uno de los encargos principales de cada señor director es enterarse del estado de la universidad, cuya dirección le está confiada, debe fijarse por objeto de sus averiguaciones y cuidados la instrucción originaria de la misma universidad y la situación actual, con cuyo paralelo verificará su progreso

(37) Colección..., Salamanca, I, 153-166, se reproduce por C. M.^a Ajo, *Historia*, IV, 443-449, en donde se hace constar otras procedencias de otras universidades. *Novísima Recopilación*, 8, 5, 1 y 2.

o decadencia, las causas de que proviene y los remedios o adelantamientos que puedan proporcionarse.

XIV. Ha de advertir el señor director si la decadencia nace de la misma fundación y sus estatutos, por la variación de los tiempos y sus circunstancias, que pidan alteración; o de algún error o de importunas preces, o del abuso, inobservancia o mala inteligencia de la misma fundación, reglas u órdenes comunicadas a la universidad.

Se busca, por lo tanto, la información y control como medio insoslayable para la reforma. Con un orden burocrático detallado, se pone en manos del director —especie de ponente para la respectiva universidad— los papeles y datos completos. Después, según se percibe en los números XIII y XIV de la instrucción fiscal, se les pide un diagnóstico. La decadencia no sería un fenómeno común, general a todos los establecimientos universitarios, sino un error o una mala aplicación de las normas. La fe en el derecho es esencial para los juristas Campomanes y Moñino: basta cambiar las normas para que vuelva a funcionar una universidad.

Se reserva al consejo la futura innovación legítima y autorizada —el poder es quien decidirá, en último término la reforma—. Pero mientras, los directores contribuirán a ese fin, no admitiendo dispensas de estatutos sin grave causa; he aquí, confirmada la idea que antes expresábamos, pues se considera que de la aplicación de la ley, aunque sean viejos los estatutos, se logra el florecimiento de las universidades. Pero había que cambiarlas... Según la misma instrucción la rotación anual de los rectores y las condiciones de los electos podrían ser, tal vez, causa de su decadencia; es inconveniente que recaigan en principiantes, y por tiempo corto. Cuidarán los directores de que se elija a persona «provetca», acreditada por su talento, prudencia y doctrina... Asimismo habrán de cuidar de los catedráticos y graduados, del modo de celebrar sus claustros plenos o de facultades, de la asistencia a las cátedras, de la moderación en el ejercicio académico, en las oposiciones o en los grados, limitando el excesivo lujo en éstos, así como disipar el espíritu de partido que existe en las universidades. Otra de las cuestiones que debe atender es el estado de las rentas universitarias: saber si se invierten en fines distintos de su destino y averiguar con qué formas y cómo se manejan los caudales. Donde falten, debe proponer los medios de obtener y aumentar fondos, con anexión de beneficios o aplicación de otras rentas.

La biblioteca, en caso de no tenerla o ser insuficiente, debe de ser otro de los centros a promocionar. Habrá una relación de las cátedras, empezándose todos los años curso, para que puedan estudiar los que de nuevo acceden a las aulas; procurará que traten materias generales y que no se dividan inútilmente entre varias escuelas, así como que los catedráticos cumplan y no se ausenten, viniendo a la corte, ni abusen de las sustituciones bajo pretexto de ausencias. Se le remitirán listas de matriculados y materias y ejercicios que cursaren; evitará fraudes de personas que no se matriculan o no asisten, velará por los

pases o *fes de curso*, así como de que se incrementen los oyentes, tanto en las lecciones ordinarias como de extraordinario, evitando pasantías y estudio privado... En fin, hasta debía plantear si conviene que los graduados sean obligados o se les permita matricularse, puesto esto no tenía más fin que sustraerlos de la jurisdicción ordinaria. «Finalmente —dice el número XXVIII— los señores directores se instruirán de todo lo demás que su celo, talento y experiencias les sugiriese, como necesario o conveniente al mejor desempeño de su encargo, al adelantamiento de los estudios y la mayor gloria del rey y de la nación, proponiendo y solicitando activamente del consejo sobre todos estos particulares y sus incidencias, la expedición de estos negocios...»

En suma, las grandes cuestiones de la reforma estaban encomendadas a los directores, como personas que habían de impulsarla. No obstante, funcionó mal: tenían otras actividades en el consejo, y además, estaban lejos de las respectivas universidades. Era una forma de vertebrar la burocracia de la reforma, pero competía al consejo y a sus fiscales, al rey, en fin, acordar los cambios.

Para Salamanca, Manuel Ventura Figueroa solicitó que se le informase de su estado y de cuanto fuere conveniente (38). Sin duda, actuaría en el consejo pero, quien toma el protagonismo de las sucesivas órdenes que se envían a Salamanca, fue el fiscal. El director apenas sirve de eslabón o transmisor de los papeles; pide de nuevo que se le envíen las copias, y al no recibirlas en cuatro meses, insiste y se le remiten los seis primeros pliegos del índice que se va formando. Los seis pliegos se verán en el consejo y por carta orden de 28 de marzo de 1770, se le indica a Salamanca «que será muy de la satisfacción y agrado del consejo que adelante, quanto sea possible, el índice principiado, con la misma claridad y exactitud que se advierte en los pliegos de que ha remitido copia...» (39). Burocracia... O en 28 de julio de 1770 le dirigía el director una carta —mera formalidad o cortesía— en que le dice que se interesará porque se provean las cátedras que están vacantes (40).

Los directores no cumplieron misión importante en la reforma carolina. Más bien fueron intento de instrumentarla, pero pronto se reveló su ineficacia, pues, sin duda, el motor estaba en el poder de los fiscales...

Censores regios

Con ocasión de la lectura de unas tesis antirregalistas en la universidad de Valladolid se instituyó otra de las piezas de la reforma: los censores regios, que tenían una mayor virtualidad, para censurar las ideas que se podían defender en las tesis. La real provisión de 6 de septiembre de 1770 ordenaba:

(38) *Colección...*, Salamanca, I, 167-168.

(39) Véanse sus cartas en *Colección...*, Salamanca, I, 223, 247 y 268.

(40) *Colección...*, Salamanca, II, 6.

... se nombre en cada una un censor regio, que precisamente prevea y examine todas las conclusiones que se hubieren de defender en ellas antes de imprimirse y repartirse, y no permita que se defiendan ni enseñe doctrina alguna contraria a la autoridad y regalías de la Corona, dando cuenta al nuestro Consejo de cualquiera contravención para su castigo e inhabilitar a los contraventores para todo ascenso... (41).

El texto merece ser tenido en cuenta, ya que nos facilita una buena idea de las doctrinas que entonces resultaban peligrosas a la corona. El bachiller Miguel de Ochoa las había defendido, bajo el lema *de clericorum exemptione a temporali servitio, et saeculari jurisdictione*. Se envió al colegio de abogados de Madrid, quien retornó un amplio informe sobre aquella controversia entre las potestades espiritual y temporal, sobre que «hay compuestos innumerables volúmenes». El informe es largo, relevante... Como españoles, dice, debían vindicar el derecho de la patria, sin faltar al profundo respeto de la iglesia, «como cathólicos debemos propugnar los de la religión, sin abandonar las obligaciones que nos exige la nación por los vínculos de naturaleza...». Prescinde del extraño gusto del autor por ocuparse de ideas u opiniones que no son las más fundadas, y que en España merecen la censura de improbables, y examina las distintas conclusiones.

La primera afirmaba que el derecho canónico y la disciplina eclesiástica se hallan instituidos por Jesucristo y por su vicario, por los concilios generales y particulares, y fundamentalmente por la colección de las *Decretales* y de otros pontífices. Por de pronto, olvida a Graciano, —que significa la disciplina conciliar más antigua y menos favorable a los papas, podríamos añadir—. Las *Decretales*, sigue el colegio, poseen varias decisiones apócrifas y otras opuestas a nuestras leyes reales que forman la práctica del reino. Las leyes reales no pueden mirarse con indiferencia por los letrados españoles a quienes les obligan no sólo como vasallos, sino aún más por su profesión. Muestran los autores —Doujat, el celeberrimo Van Espen— que Gregorio IX el autor de las *Decretales* omitió muchos pasajes de cánones que se encuentran en colecciones más antiguas, alteró otros o los mudó de forma. Son, de otra parte, contrarias a las leyes, costumbres y sistema de gobierno nuestros, en algunos puntos. Por tanto, no tienen aplicación por ser contrarias a las regalías y potestad independiente de los príncipes supremos. Consultado Inocencio III por el conde de Tolosa, admitió que no puede intervenir el papa en decretar la confiscación de los bienes de los herejes, pues es cosa del poder temporal; tampoco podía revocar el pontífice los tributos impuestos por el conde, ni intervenir como juez eclesiástico en la jurisdicción de los jueces temporales —a diferencia de lo que ordena *Partidas* (1, 6, 48), que tan sólo se refiere a la posible amonestación del obispo—. No es cierta la tesis en que se proclama que el sistema jurídico gregoriano ha sido

(41) *Colección...*, Salamanca, II, 28-90, cita en 89; C. M.^a Ajo, *Historia*, IV, 487-489, sólo reproduce la parte dispositiva. En América se extendieron en época posterior.

objeto de general observancia y que hace falta una corrección formal de las *Decretales* para que dejen de ser aplicadas. El papa no puede conceder un privilegio para que intervengan los tribunales suyos en lo temporal, pues sólo corresponde a los príncipes concederla o limitarla. «La doctrina de la thesis... es intolerable en España...» (42).

La segunda tesis dice que el obispo tiene potestad para juzgar, castigar y corregir canónicamente a su clero —y es innegable conforme a la *Nueva recopilación*, 1, 3, leyes 4 y 5—. En cambio la tercera es también de un marcado sabor contrario a las regalías: ninguno se atreverá a negar que no es lícito que los ministros del altar se sujeten a arbitrio de las potestades seculares. Parece sacada de *Partidas* 1, 6, 50, sin embargo su apoyo es perverso, pues afirma que la exención pasiva del clero dimana no de la liberalidad de los príncipes, sino de la iglesia, cosa enteramente contraria al texto alfonsí, quien hace ver que son privilegios concedidos por los reyes y emperadores. Sólo los príncipes del mundo pueden formar leyes en materias temporales, lo contrario es error; nadie puede cambiar ni limitar la ley sino el legislador que la forma, luego no pudo la iglesia exceptuar a los eclesiásticos de la ley general de los príncipes y sólo ellos pueden eximir a la madre iglesia en los tributos o en las inmunidades, como dice el concilio cuarto de Toledo en el canon 47. En la inmunidad de cosas espirituales, como en la religión o los sacramentos, se verifica lo contrario, ya que en ellas no puede intervenir el príncipe; aun cuando en algunas leyes romanas aparece el emperador legislando materias de disciplina eclesiástica, no se ha de colegir que es por propia autoridad; así encontramos leyes de Zenón o de Justiniano, de Constantino, sobre materias que pertenecen a la iglesia. Los preceptos evangélicos —Dad al César lo que es del César— o cartas de San Pablo reconocen con todo el derecho de los monarcas. Son, pues, las exenciones privilegios concedidos por el poder temporal, y no se pueden alterar sin él, como ocurre en las concesiones de derecho de patronato o de tercias que poseen los reyes de España en virtud de la autoridad espiritual... Pero, como vio santo Tomás, se han concedido por servicios que una a otra potestad se han hecho, por lo que son remuneraciones onerosas e indelebles que no se pueden revocar. «Apenas se lee en la historia triunfo grande de las monarquías cathólicas que no se deba en gran parte a la poderosa mediación de la iglesia con el rey de los ejércitos; y quando el rigor del cuchillo no ha alcanzado a vencer muchas perniciosas turbaciones y rebeldías, se han visto allanar con la dulzura de la voz evangélica y con el apremio terrible de la censura» (43). Magnífica descripción de lo que significa la unión del altar y del trono, y de los medios de que se valía la iglesia para ayudar a los reyes en la batalla y con la persuasión.

La cuarta tesis defendía que la iglesia había vindicado sus antiguos derechos,

(42) *Colección... Salamanca*, II, cita en 37 en general 31-37.

(43) Cita en pág. 43 del II, de *Colección... Salamanca*.

confirmados por los concilios y por decretales de los pontífices, fortaleciendo la libertad eclesiástica, de modo que, ni aun voluntariamente pueden los clérigos sujetarse a los juicios seculares. Esta situación de fuero particular no puede derogarse por consentimiento ni por costumbre en contrario. La afirmación puede ser válida para remotos tiempos, en que los emperadores se comportaron de modo cruel y en odio de la religión, pero no para los siglos posteriores, desde que el Evangelio dominó a los príncipes cristianos, desde Constantino hasta Focio. Aunque no faltan escritores que quieren ampliar el dominio de la iglesia sobre lo temporal, con ofensa de los monarcas píos y cristianos, que dejan lejos tiempos, incluso como el de Constantino en que tanto sufrió Atanasio, en época del concilio de Nicea, con la herejía de los arrianos o de los donatistas. Y sigue haciendo una sucinta historia de persecuciones... Pero no está entre ellas señalada España, que fue distinguida por el Altísimo con la pureza de su religión y piedad. Es verdad que en algún tiempo los papas intervinieron como jueces supremos, poniendo y quitando reyes, pero estos ejemplos no pueden elevar o ampliar la jurisdicción eclesiástica a terrenos temporales. Ni el juez secular puede entrometerse en materias espirituales, ni el eclesiástico puede prorrogarla hacia lo temporal. «La jurisdicción real es la parte más esencial de la corona; luego no puede ser perjudicada por el consentimiento de los vasallos. Y si el rey puede delegar en los eclesiásticos su jurisdicción, como lo hace, también el papa lo executa en algunos seglares...» Y le recriminan al autor:

Si no hubiera sido tolerable en las universidades tanta libertad en escribir y defender, como si fueran unos cuerpos exemptos de la república e independientes de sus leyes y gobierno, debería haberse atemperado el autor a lo que nuestras leyes prescriben, venerando a la costumbre como uno de los fundamentos principales de los recursos regios en materias eclesiásticas (44).

Y llega al meollo de la cuestión: si sostiene que la inmunidad eclesiástica es de derecho divino, no se puede alterar por ninguna potestad. Pero los mismos pontífices derogaron privilegios eclesiásticos por disposiciones o por concordatos con los príncipes...

La tesis quinta pretendía minorar la dureza de aquellas conclusiones. El aserto en favor del estado eclesiástico debe entenderse —decía— sin ofensa del bien público y regalías de los príncipes. «La religión no intenta perjudicar al estado, antes bien por su enlace fraternal incesante y recíprocamente se auxilian». Los clérigos deben cumplir las leyes como ciudadanos y principales miembros de la república, sin perjuicio de su inmunidad. En algunos casos, los jueces seculares tienen autoridad, por *tutoridad* de los cánones para juzgar y castigar a los clérigos. Aunque se disfraze con la idea de que el príncipe sólo tiene autoridad directiva y no coactiva sobre clérigos, la cuestión es que el derecho

(44) Cita en página 48.

eclesiástico o canónico es quien define las situaciones, se niega la jurisdicción de los príncipes sobre ellos, como una pura administración —dicen los abogados del colegio de Madrid—. Luego, significa que no están sujetos a su coacción. Salgado de Somoza —citan— para evitar las consecuencias terribles de la Bula de la Cena, señala que la regalía que se ejerce en los recursos de fuerza o revisión por la autoridad civil de las causas eclesiásticas se hace extrajudicialmente. Ahora, a la altura del XVIII, los abogados pueden afirmar que, en aquellos recursos, aun cuando no hay traslados entre partes ni otros ritos del foro, por una simplicidad en el estilo de conocer, no obstante son judiciales. En otros sobre nuevos diezmos y retención sí se advierten aquellos procedimientos —no importa el procedimiento con que se conoce, sino la competencia para hacerlo—. Son verdadera jurisdicción, sobre materia temporal, no espiritual. Y se entregan a una amplia descripción y valoración de los recursos de fuerza, los de diezmos o los de retención de bulas. No entraremos en este punto, por no pecar de exceso. Un párrafo clarísimo nos da la clave de la discusión entre la autoridad civil y eclesiástica:

XCIV. La Iglesia no es otra cosa, que el Orbe Christiano compuesto de Monarchías y Repúblicas de Gobiernos notablemente diversos e independientes, y todas sujetas en lo espiritual a una Ley, y a una Cabeza. ¿Y esto pudieron presentir aquellos Sabios? Más es; y ahora nos acercamos al asunto: La Iglesia es un Cuerpo, donde no sólo caben potestades Supremas, e independientes entre sí, sino que en cada parte principal de este Cuerpo, esto es, en cada Reyno Cathólico concurren estas dos Altísimas Potestades, que siendo soberanas en su línea, lejos de producir cisma o división, como se ha visto en otras mundanas, lejos de embarazarse en sus ejercicios, se fortifican y perfeccionan. ¿Y podrían los sabios de la antigüedad, cuyas máximas adoptan los posteriores, conciliar estos arcanos con sus leyes y sythemas? Dentro pues de cada parte principal de la Iglesia, como es un Reyno Cathólico, sin ofender su unidad, residen estas dos supremas potestades, reconociendo ambas un mismo origen que es el divino legislador de quien son vicarios en sus líneas los sumos pontífices y los príncipes temporales, como afirman nuestras leyes patrias, los antiguos cánones y padres de la Iglesia (45).

No son dos repúblicas, sino una compuesta de dos partes esenciales, la espiritual y la temporal: éste es el principio capital que el regalismo de Carlos III puede pronunciar. Hay una independencia de las soberanas potestades espiritual y temporal, dentro de un cuerpo, como la carne y el espíritu, la gracia y la naturaleza. ¿Qué quiere decir toda esta meditación regalista? Que el monarca Borbón posee, en esta época, un poder suficiente para plantear su fuerza y sus facultades de decidir a la iglesia. Y naturalmente, no va a permitir que en las universidades peninsulares se defiendan doctrinas contrarias. Este pequeño tratadito compuesto por los abogados de la corte hispana, deberá tenerse en

(45) Colección..., Salamanca, II, 55.

cuenta, en su día, para entender aquellas pugnas (46). Según concluye el examen de la quinta tesis, los recursos de fuerza y otros son la necesaria defensa para la conservación del estado temporal. Se puede pensar que, en cambio, en materias concedidas por la iglesia, como tercias, diezmos y patronatos, se pueden haber fijado limitaciones por la misma, por lo que se debe de estar al derecho canónico o concordado; pero una vez concedidas son profanas y por tanto están abarcadas o es competencia de la jurisdicción real. Como puede percibirse, el regalismo se muestra fuerte; igual que al recabar para su jurisdicción temporal las causas benéficas que se ven en las audiencias o las causas criminales contra clérigos. Las ideas, cuando el poder es fuerte, se pliegan y justifican las realidades —no es que defendamos un trasnochado antirregalismo, sino que pretendemos interpretar estas páginas como un momento de una historia entre dos poderes (47). El rey respeta las materias de dogma y doctrina, protege a la iglesia interviniendo en los concilios y en la confirmación de los decretos eclesiásticos, siempre que no perjudiquen al estado, pero conserva sus regalías de modo que en lo temporal no admiten injerencias... El poder de la iglesia, lejos de embarazarle está fundado según los padres en el lazo armonioso, suave y firme de ambas potestades. Si no se varía hay que reconocer una soberanía temporal, una potestad suprema independiente que resiste a la iglesia con una constancia igual a su veneración. Los reyes de España deben su imperio en ambos mundos a Dios, pero su poder obliga a todos los vasallos, a los eclesiásticos, sin que se disminuya el alto papel que tiene la iglesia. Las leyes civiles en cuanto se ajustan a la ley eterna del divino legislador, como copias de un original —el uso retórico embebe toda esta doctrina—, las leyes civiles son obligatorias para todos, sin que se necesite aceptarlas o confirmarlas por otro poder.

La última tesis se refiere a la exención de clérigos de los oficios o cargas personales, cosa muy conforme con las leyes reales, con la ya citada de *Partidas* (1, 6, 50). En suma, advierten los letrados, hay demasiada libertad en las universidades españolas, como dijimos; en Alemania o Francia se aceptan las *Decretales*, pero con alegación de las leyes reales cuando existe contradicción con ellas, como aparece en el libro de Cabasucio, y más todavía en el de Francisco Florente, Claudio Fleury o Engel anotado por Barthel. Por otra parte, los poderes temporales han ejercitado corrección cuando en la universidad se han intentado sostener opiniones que hieren el sistema del gobierno. «En España, sin embargo, de uno u otro exemplar ruidoso, por lo general se ha mirado este punto con indiferencia...» (48). Y propone como remedio un reglamento de las opiniones que toquen a la regalía, a las leyes patrias, al gobierno o de cualquier

(46) T. Egido, «El regalismo y las relaciones iglesia-estado en el siglo XVIII», *Historia de la iglesia en España*, BAC, IV, Madrid, 1979, 123-249; R. Olachea, *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII, La agencia de preces*, 2 vols. Zaragoza, 1965. También, *Novísima recopilación*, 8, 5, 3 y 4.

(47) Colección..., Salamanca, II, 68 y ss., de forma extensa, pero no podemos entrar en su análisis.

(48) Colección tantas veces citada, II, 87.

modo ofendan al estado... En segundo lugar una impresión de las *Decretales* que colocasen en las notas oportunas las censuras en estas materias, que se podrían usar en las universidades, en las catedrales y en todos los concursos. Cosa que, naturalmente, no se hizo. Y en tercer lugar la creación en las universidades de un censor regio que controlase las tesis o las conclusiones para que no hiriesen, ni siquiera indirectamente estos puntos. Esta fue la solución que se aplicó, según ya hemos visto. Si bien su implantación no fue inmediata; en 1773 todavía se decía que ejerciesen esa censura los decanos donde no había censor regio y se solicitaba de la universidad salmantina que enviase una lista de tres personas para elegir al censor (49).

Sobre el nombramiento de rectores

Ya se ha podido percibir, en la real cédula que creó a los directores, que no se estaba de acuerdo con el nombramiento de rectores por periodos cortos de un año o en personas que fuesen estudiantes o bachilleres, que se proponía averiguar sus cualidades personales. La misma idea estaba en la mente de Rodríguez de Campomanes, el autor principal de las reformas. Esta convicción estará también presente en la universidad de Salamanca (50).

Las primeras intervenciones sobre las elecciones de 1768, fueron tormentosas, como anuncio de las reformas. Escribieron representaciones al consejo el cancelario y el rector con su claustro de consiliarios, en donde hacen ver las irregularidades formales que se habían dado en aquella elección. Por la real provisión de 24 de febrero de 1769 se ordenó repetirla, bajo la presidencia del catedrático de prima de leyes jubilado, don Gerónimo de Ruedas y Morales, absteniéndose de toda intervención el cancelario (51). La dualidad de cabezas en la universidad salmantina, empieza a hacer crisis en este momento, con disputas con el maestrescuela o cancelario, como años antes había ocurrido en Cervera (52). En la carta orden de 15 de abril de 1769 se indicaba ya la nueva forma, que no fue bien recibida:

para el nombramiento de Rector en lo sucesivo en esa universidad, aunque sea con alguna alteración de los Estatutos, y teniendo preferente lo expuesto en el asunto por el Señor Fiscal, ha resuelto, que esa universidad informe por mi mano, si será conveniente, no se eligiese Rector a quien no tubiese el Grado de Bachiller en alguna Facultad, y hubiese cursado dos años por lo menos en esa Universidad, ni se eligiese tampoco para Consiliario, a quien no hubiera cursado, y tubiere la matrícula de dos años, y si podrían hacerse viennales las

(49) Carta orden de 15 de junio de 1773, *Colección...*, Salamanca, III, 164-165.

(50) Se hallaba en la real cédula de directores de 1769, ya analizada, así como en un luminoso informe de Campomanes, muy temprano que se encuentra en Simancas, Gracia y Justicia, legajo 950.

(51) *Colección...*, Salamanca, II, 128-143.

(52) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria...*, 58-67.

Consiliaturas, para que entrando cada año la mitad de Consiliarios nuevos, pudieran ser instruidos por los antiguos, y estubiese siempre esse Claustro en disposición de cumplir y desempeñar exactamente los negocios que están a su cuidado, declarándole a favor de estos Oficios, alguna qualidad de preferencia para Cáthedras y otros ascensos proporcionados; con cuyo medio, cree el Consejo no faltarán Sugetos dignos y hábiles que los quieran y soliciten, ni que tampoco falten personas de mérito que aspiren y pretendan el Rectorado, especialmente, si se encontrase arbitrio de cercenar alguna parte de su gasto, o si la Universidad les podrá ayudar en algo para hacerlo más llevadero (53).

En 1770 se prorrogó al rector don Joaquín Morago por un año más, a petición de consiliarios y doctores, que veían con buenos ojos la política del consejo (54). De esta forma se despojaba, en parte, el poder de los electores, que sin embargo —eran los consiliarios— se mostraban de acuerdo en la transformación de la universidad en un organismo más estable. La real cédula con esta reforma es de 11 de diciembre de 1770, con motivo de la elección del 68, en que el elegido Fernando Velasco y Arjona, no tenía 25 años, no era ni clérigo ni bachiller ni tenía el año de asistencia, por lo que el cancelario la reclamó y anuló. Ahora, visto por el consejo y el fiscal, se ordenó:

que el rector de esa Universidad en lo sucesivo, dure dos años continuos en su oficio, y sea precisamente Graduado de Doctor o Licenciado por esa Universidad, o que haya incorporado en ella legítimamente el Grado de tal Doctor, o Licenciado obtenido en otra. Que los Consiliarios sean también bienales, prefiriendo a los Bachilleres, siempre que los haya, o que a lo menos tengan dos Cursos legítimamente probados, excepto en la facultad de Artes: cuyo grado, ni Cursos en ella, no serán estimados para este efecto. Que la mitad de los que se elijan, por la primera vez duren por sólo un año, a juicio de los Electores, o por suerte; y que en los años siguientes vayan subintrando la mitad en lugar de los que cesen, o hayan faltado de la Universidad por muerte, o ausencia, sin hacerse novedad en todas las demás calidades que sobre Rector, y Consiliarios dispongan los estatutos (55).

Poco después, más por sujetar a los colegios, entonces en reforma, que por consolidar poderes del rector, se dio la real provisión de 20 de septiembre de 1771; se mandaba que para lograr cursos en la universidad, conforme un edicto del rector protegido por el poder central, debían los oyentes acudir a sus cátedras y oír las lecciones, estando matriculados. Los colegiales oponen que al sacar las becas ya son bachilleres y los licenciandos no tienen por qué ser

(53) *Colección...*, Salamanca, I, 209. Es una reforma esencial, que nos indica cómo el consejo estaba decidido a transformar la autoridad académica; la reforma no es sólo de cátedras o enseñanzas, como en general se ha querido ver, G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 85-118, 118-141.

(54) Carta orden de 3 de octubre de 1770, confirmada por otra del 5 de diciembre, *Colección...*, Salamanca, II, 107 y 117-118.

(55) *Colección...*, Salamanca, II, 128-129, cita en 129. *Novísima Recopilación*, 8, 6, 8 y 9; en realidad se recogen los puntos de la real cédula de 22 de enero de 1786.

calificados de oyentes, ni tampoco debían prestar el juramento de obediencia al rector, como tenían reconocido por anteriores disposiciones reales. O tenían facultad para dar lecciones o repasos, mientras el edicto, ahora, pide que sea en presencia de algún miembro de la universidad. Al pronto el consejo retocó algunos puntos del decreto, y volvieron los colegiales que estaban nerviosos a la carga ante el supremo consejo. Les permitía la matrícula personal, pero no les eximía del juramento, por lo que reclaman de nuevo, pues el rector no les quiere matricular si no juran. Pero el consejo, que está sosteniendo la reforma del rector, fue en este punto inflexible: que juren los colegiales mayores *de obediendo rectori in licitis et honestis*, en la misma conformidad que el cancelario, catedráticos, doctores, licenciados, bachilleres y cursantes... (56).

Poco más tarde el cancelario se quejaba del rector al consejo por las dificultades con que tropezaba en su cargo, que serían las siguientes: en primer lugar, que debería ser contenido el rector en los límites de su autoridad, pues quiere elevar su representación con detrimento de su cargo, haciéndole numerosos desaires y provocaciones —sin duda, al iniciarse las reformas y cambiar el equilibrio de los poderes se está removiendo claustro y autoridades—. Se apoya el rector en algunos descontentos y usurpa facultades, para lo que se vale de numerosas juntas y claustros, en los que con mayor número de partidarios logra alcanzar sus deseos. Con dolor de quienes poseídos del amor a la aplicación y al estudio se ven obligados a pasar mucha parte del año en sesiones impertinentes y ajenas. En segundo lugar —como más concreta queja— expone que de inmemorial se anotaban las matrículas en un libro del juez del estudio, que entonces era el mismo cancelario, para saber quiénes están aforados a la jurisdicción suya, académica. Tuvo que llamar la atención del secretario para que no alterase la práctica; el rector convoca claustro para decidir, tras larga discusión que sería él quien aceptase la matrícula. En tercer lugar, le quitó la propina de los actos, al acordar que no se diese con la caución que se acostumbra a prestar ante un notario. «El aviso de este nuevo desayre me hizo acabar de creer que este rector busca motivos de encontrarse con mi jurisdicción, porque sin duda conoce lo limitado de la suya y se propone acrecentarla con movimientos y disputas» (57); también resucitó un viejo estatuto del tiempo en que los estudiantes votaban en las cátedras y regulaban los votos rector y consiliarios, para apropiarse de propinas, rebajando las que cobran bedeles y oficiales, a pretexto de que su trabajo no es grande, si bien es verdad que devolvió después lo cobrado, para que se gastase en libros para biblioteca; y lo que al fin le interesa al cancelario, también se la quitó a él... El cedería sus emolumentos si pudiera resistir, pero al no serle posible, no puede menos de representar al consejo.

(56) Colección..., Salamanca, II, 170-177.

(57) Colección..., Salamanca, II, 186-193, cita en 189.

El consejo daba toda la razón al rector —era su hombre— de modo que el maestrescuela o cancelario tan sólo podría en la matrícula verificar que llevasen arreglado el traje los estudiantes y en cuanto a las propinas le sometía a fortísimo castigo que no resistimos a reproducir literal:

acerca del exceso de Propinas, que el Juez del Estudio imputa al Rector en las Posesiones de Cátedras; mandamos que el citado Juez del Estudio comparezca en Claustro-pleno de esa Universidad, donde el Decano de ella, le reprehenda a nombre del nuestro Consejo, por la injuria que en su Representación de seis de Julio hizo al Cuerpo de la Universidad, a su Rector, y al Claustro de Consiliarios; amonestándole, que en adelante los trate con el respeto que deben, y que se abstenga de iguales expresiones, porque de lo contrario, se tomara contra él severa providencia (58).

Por lo demás reconocía el derecho de rector y consiliarios conforme al viejo estatuto, sin que tengan que gastarlo en libros. El derecho se adapta —viejo o nuevo— a las necesidades de la reforma...

Todavía sería más humillado, en un asunto que venía desde años, casi siglos antes, como es la precedencia de los médicos sobre los teólogos artistas —es decir quienes tenían cátedras de artes, pero el grado de doctor en teología—. Varias representaciones o memoriales confluyeron. Primero, uno de los catedráticos de medicina, haciendo ver que su preeminencia venía desde 1660, siendo confirmado en 1686 por el tribunal del maestrescuela —confirmando otra de 1671—. En 1658 también se había parado los pies a los teólogos artistas que pretendían preferencia frente a otros catedráticos de artes, que, en esa facultad, tenían el grado más antiguo. Ahora un teólogo artista, Juan Rodríguez Biezma, colegial en el militar del Rey y catedrático de Lógica magna, promovió de nuevo la cuestión. Al ser teólogo y graduado formulariamente en artes, se suscitó problema en una oposición, la dicha precedencia, diciendo que, aunque eran doctores médicos, si participaban en una oposición de artes —conforme a real cédula de 1769— no tenían ningún grado en aquella facultad de artes. En el claustro se discutió, pero acordaron que se acudiese al consejo para ver qué decidía (59).

Se pidió informe al cancelario y al rector, y aquel empezó, en tonos quejumbrosos, a exponer los desaires que se le hacían, pues se quiso obligar a un notario de su tribunal a que se ejecutase la preferencia de los médicos, por unas cartas que tenían de su majestad. Las aceptó y trasladó al rector para que éste lo supiese, pero el rector metió en la real cárcel al referido notario que se las comunicaba, con el auxilio del alcalde mayor de la ciudad. En el claustro que se celebró para discutir el hecho, el rector señaló que le había faltado el respeto el notario. Le envió comisarios o delegados al maestrescuela para que

(58) Cita en II, 192, la misma referencia.

(59) Esta larga real cédula de 31 de octubre de 1771, en Colección..., Salamanca, II, 193-199.

se llegase a paz en el asunto de la jurisdicción entre ambos poderes, a lo que el maestrescuela dijo que podía el rector haberse dirigido a él, para que pusiera justicia en la actitud del notario; se le respondió que el rector no necesitaba de su jurisdicción, pues la tiene ordinaria en algunos casos. Una nueva provocación del rector, entre otras muchas que me ha inferido —decía el doctor Agustín Pelegrín Venero, maestrescuela y cancelario de Salamanca— (60).

El rector, sabiendo el apoyo con que contaba, hizo una larga diatriba contra quienes se oponían a las leyes del monarca, el cancelario y algunas comunidades —los colegiales seguramente—. Le atacaba por el flanco más débil, al acusarle de no haber querido jurar el concilio de Constanza contra el regicidio y tiranicidio, que había sido ordenado por la real cédula de 15 de marzo de 1767, a pesar de la enormidad que supone; ni el ejemplo de los demás, ni dos llamamientos del claustro habían dado resultado... Iba a arrestarle, pero temió la tremenda reacción y escándalo que suponía — como tampoco había querido cumplir otras órdenes sobre matrículas que ya hemos visto, ni tampoco hacerle el juramento de obediencia—. Los colegiales estaban de su lado, y hubo alguno, de Cuenca, que exigió hacerlo con los requisitos estatutarios... No podía, por tanto, ejercer el cargo de cancelario, por no estar en la matrícula ni haber jurado, pero siguió viendo las causas y actuando sin someterse a las reales órdenes. Aparte, refería, desde su punto de vista, la insolencia del notario al notificarle las ejecutorias viejas de los médicos. La solución acordada por el rector y claustro era que se turnasen en la presidencia, pero no lo aceptaron los médicos. El maestrescuela no había cumplido el acuerdo de claustro, pues la legislación ordenaba que él y el rector procurasen el cumplimiento. Todavía hay otras representaciones de Biezma, del rector y de los médicos, de que prescindimos por no alargar estas páginas (61).

El consejo zanjó las cuestiones en favor del rector Morago, que era la pieza clave de las reformas. Si no lograba imponerlo, poco podría avanzar la política ilustrada. Sus preceptos eran tajantes: I, El cancelario debería jurar en el plazo de diez días al rector; II, en igual plazo, sin dilación ni pretexto, el juramento contra el regicidio y tiranicidio; III, el cancelario deberá asistir sin excusa a los claustros; IV, el juez del estudio debe hacer el mismo juramento al rector y matricularse para formar parte de la universidad; V, no llevará más derechos que los establecidos en el arancel..., y así sigue, con otros números de menor interés. En ellos confirma la prisión del notario por el rector, castigándole en 50 ducados y apercibimiento de ser privado de su oficio a la menor desatención o la preferencia a los médicos, conforme estaba, pero en caso de concurrir en oposiciones, se atenderá a la antigüedad en el grado, sin tener en cuenta la

(60) La representación del maestrescuela o cancelario, II, 199-203.

(61) La representación o informe del rector, II, 203-210, las otras que se omiten, II, 210-213, 213-217, 217-221, 221-224.

facultad, y esto mismo se entenderá para todos (62). Luego veremos cómo se aminoró este castigo.

Sin embargo, la matrícula colegial individualizada tenía un inconveniente, que entonces no estarían los bienes de los colegios aforados o sujetos a la jurisdicción académica. Una orden inmediata de 30 de octubre de 1771, resolvía este problema declarándolos bajo la jurisdicción de las autoridades académicas, a petición del colegio de los Verdes de Alcalá de Henares, lo que se comunicó a Salamanca (63).

La política carolina se centró en el rector. Una representación de la universidad, cuando se acercaba la siguiente designación, hacía ver que el anterior decreto no se podía aplicar y era necesario un rector que se embeba de los estatutos y nuevas leyes del estudio, en quien hubiera mucho celo y una vigilancia infatigable. Por la tradición no era posible elegir a quien no fuera manteísta, pues los individuos de los colegios o comunidades pueden coligarse entre sí; tampoco podría serlo un catedrático ni un canónigo o dignidad de las iglesias. Se procuraba que fuesen gentes de ilustre sangre, estudiantes mayores de 25 años para que puedan tener el discernimiento. Ahora el rey había ordenado que fuese licenciado o doctor, lo que limitaba mucho la posibilidad de elección, pues la mayor parte del claustro de doctores incurre en alguna de las prohibiciones, y los pocos manteístas que hay o son casados o son catedráticos. Para no coartar las posibilidades de los consiliarios se solicita que sea suficiente ser bachiller en facultad mayor y de edad bastante para obrar con madurez y reflexión. La real cédula de 12 de noviembre de 1771 les permitía que eligiesen dentro de lo posible, si no había sujetos que reuniesen todas las condiciones (64). Al mismo tiempo se ordenaba que no hubiesen festejos o gastos en la elección de rector y consiliarios (65).

No obstante seguía con la idea de que fuesen graduados mayores y así lo confirmaba por la cédula de 20 de diciembre, al prever la elección. La universidad se dirigió al consejo y le narró lo sucedido; habían dos doctores que querían serlo, pero uno era el director del convictorio carolino, el otro por haber sustituido al rector saliente estaba inhabilitado por estatutos, título 1.º, estatuto 6.º. Entonces, al no existir graduado mayor, se permitió elegir bachiller manteísta. La real cédula de 17 de febrero de 1772 aprobaba la elección, a pesar de que no había habido sujeto que tuviera aquellas calidades; se había permitido que fuese bachiller en facultad mayor y de edad suficiente para obrar con madurez y reflexión, con la instrucción y celo necesario para desempeñar el oficio. Aprobaba el nombramiento de Miguel Munárriz, declarándola

(62) La parte dispositiva en II, 224-227.

(63) Colección..., Salamanca, II, 227.

(64) Colección..., Salamanca, III, 1-6.

(65) Colección..., Salamanca, III, 6, carta orden de 26 de noviembre de 1771. Más adelante veremos cómo ese espíritu de ahorrar gastos y festejos se halla también en materia de grados.

por legítima, aunque era tan sólo bachiller (66). No es interesante que tenga ésta u otra calidad, sino, sobre todo, que el consejo haga y deshaga en la universidad, con ocasión de estos nombramientos; que tengan que justificarse los catedráticos y maestros que han puesto dificultades a la elección. En suma, que los reformadores saben que para intervenir, para que funcionen las universidades con ritmos nuevos, se requiere poner al frente personas de confianza y controlar el cargo de rector...

El viejo poder y autonomía parecía estar defendido por el cancelario, a quien en 4 de diciembre de 1771 se desautorizaba, en una serie de puntos que planteaba incansable al consejo: los claustros de presentación de candidatos al grado o las horas en que se asignan puntos deben ser señaladas por el cancelario, siempre que sea en las horas acostumbradas de diez a diez y media de la mañana —escaso poder de decidir dentro de la media hora, aunque podría designar día—. No anula algunas designaciones hechas antes, y establece que los comisarios de cenas y refrescos —convites por los grados o fiestas— se harán por el claustro. El cancelario no puede pedir al secretario certificaciones de claustro, sino en los casos preceptuados —por tanto, deben archivar los autos que hizo contra el vicesecretario—. Minucias más concretas, pedidas por el cancelario, también se anulaban.

Por lo perteneciente a la pretensión del mismo Cancelario en orden a que quando la Universidad va formada en el Paseo o Acompañamiento que precede al Examen de la Capilla de Santa Bárbara, que pasa por su habitación, y casa morada, le haya de esperar hasta que salga de ella, y se incorpore con el acompañamiento, y que el Maestro de Ceremonias se separe de dicho Cuerpo, entre hasta la puesta misma de la casa del Cancelario, y le acompañe desde ella; declaramos, que la Universidad debe pasar por la casa, calle del referido Cancelario, pero sin detenerse, ni separar de su Cuerpo considerablemente al Maestro de Ceremonias y que el Cancelario, que no puede ignorar el tiempo, ni aun el momento de acercarse el Acompañamiento y paseo, debe estar pronto y dispuesto para incorporarse con ella (67).

Igualmente mandaba anular los autos que el cancelario había formado contra el maestro de ceremonias, así como el mandamiento que hizo contra el catedrático de prima de cánones por no haber querido ir a su casa a recogerlo.

Hay que preguntarse por el significado de todas estas tensiones. No debemos creer que se trata de un mero problema personal, por el talante de aquel personaje frente a los rectores; ni tampoco —aun cuando pueda haber una dosis— se trata de las pugnas de poderes usuales en la vida universitaria, con sus querellas y complicaciones que surgen siempre entre profesores y autori-

(66) Colección..., Salamanca, III, 7-10 y 48-51, las dos reales cédulas.

(67) Colección..., Salamanca, III, 21-24, cita en 23.

dades. Hay que interpretar todos estos memoriales y luchas como resultado directo de la reforma; se están destruyendo los colegios mayores, no de un plumazo, sino lenta y profundamente (68). Se está cambiando el orden cristalizado de la universidad, y naturalmente, cada persona defiende sus posiciones: quienes quieren conservar y quienes saben que, con la reforma, pueden alcanzar mejores situaciones. El consejo, como árbitro supremo, va zanjando las situaciones con clara inclinación hacia sus designios...

Las luchas seguirían. El juez del estudio pediría y conseguiría que no se le hiciese comparecer para ser reprendido ante el claustro pleno, conforme a la orden que dio el consejo; y aunque ya se ha impreso aquella disposición que no se tenga por puesta (69). También el cancelario, en 27 de abril de 1772, recibía instrucciones por una real cédula —la batalla estaba ganada por los reformadores—. Se refería a la norma que obligaba al maestrecuela, por el consejo, a prestar su juramento al rector, el de rechazo al tiranicidio, estar en los claustros, etc. Antonio Pelegrín y Venero, el citado cancelario o maestrecuela, incansable, volvía a representar al consejo. No veía por qué se había de introducir tan notable novedad de juramento al rector. Conforme a las constituciones de Martín V de 1422 y los estatutos vigentes debe hacerlo, pero no como los demás oficiales, cada año. Ya lo había hecho, pero el actual rector se empeña en que lo preste de nuevo, —quiere que baste el que juró al comienzo de su empleo—. Los otros oficiales son anuales y es normal que lo hagan, pero no debe entenderse con el cancelario, salvo superior juicio del consejo para cambiar esa costumbre. La pugna era evidente, pues aunque no niega que merezca estimación el rector, está subordinado al escolástico o cancelario, como se muestra en las constituciones y en la concordia; el rector sólo dura un año y es siempre un estudiante. Mientras que el cancelario está nombrado por el rey, autorizado por el papa, y su dignidad es perpetua, con jurisdicción... «Yo, señor, no tengo repugnancia a un juramento que no me obligaría a más que a lo que quedé obligado cuando lo hice al tiempo de mi posesión» (70).

En cuanto al juramento sobre regicidio y tiranicidio, de la real orden de 15 de marzo de 1767, declara aborrecer esa doctrina, que por primera vez conoció, hace 35 años, en el padre Márquez, pero no puede llamarme sin más el claustro para exigírmelo. Yo, dice, como sacerdote, juro no defenderlo ni enseñarlo, conforme a la fórmula que usa la universidad de Salamanca a este efecto. Pero su orden dice que deban jurar graduados, maestros o catedráticos, y no es éste su caso, pues ni recibe ahora grado, ni cátedra alguna; más bien se le usurpaba

(68) L. Sala Balust, *Visitas y reforma de los colegios mayores de Salamanca en el reinado de Carlos III*, Valladolid, 1958; M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 107-116; G. M. Addy, *The Enlightenment*, 52-68. También sobre la vida colegial anterior, L. Sala Balust, *Reales reformas de los colegios de Salamanca anteriores a las de reinado de Carlos III*, Madrid, 1956; R. L. Kagan, *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid, 1981.

Véase las normas de la reforma en *Novísima recopilación*, 8, 3, 6, a 9.

(69) Colección..., Salamanca, III, 78-80, real cédula de 11 de abril de 1772.

(70) Colección..., Salamanca, III, 80-98, cita en 90.

una facultad, pues ese juramento debían hacerlo los graduados ya catedráticos ante él, por ser cancelario del rey y del papa y quien confiere los grados. El rector y el claustro, estando sometidos a mi jurisdicción no me pueden obligar a hacerlo ante ellos. En relación a asistir a los claustros, no ha visto en doce años que lleva de oficio, que a nadie se le haya exigido asistencia, ni a doctores ni a profesores; sólo a él se le obliga, cuando es notoria su poca salud y fuerzas. De algunos años a esta parte «la ocurrencia de cosas ha sido ocasión de que se alarguen excesiva y notablemente los claustros, y no se consiga aquella circunspección y tranquilidad que debe haber en ellos, y que mi autoridad ha decaído tanto como yo tengo representado en varias quejas a V.A., pues de todo resulta mi inutilidad» (71). Narra algunas discrepancias en claustros, y alega la constitución 22 o el título 9 de los estatutos, para que se vea que no tiene esa obligación. En cuanto a la exacción de derechos en su tribunal, todos se han arreglado al arancel. La multa del notario fue pagada y se pidió indulto al rey, pero con todo el secretario, de orden del rector le llevó preso por la ciudad. En materia de asientos entre médicos y teólogos, recurre a la vieja legislación, con empeño de que se mantuviese la vieja norma y orden de la universidad salmantina.

El consejo contesta lacónico, tajante, para que cumpla lo ordenado, sin entrar en detalles de los diversos puntos del conflicto:

os mandamos dispongais la egecución, y puntual cumplimiento de todo lo prevenido en la anterior que queda citada de treinta y uno de Octubre de el año antecedente próximo, sin embargo de lo que contra ella ha representado el Cancelario de esa Universidad, y en su consecuencia mandamos asimismo, que éste haga al Rector el Juramento de obedecerle *in licitis, et honestis* en el término que le está mandado, repitiéndolo él y sus Sucesores de dos en dos años al reingreso de los Rectores en este Oficio, lo que se le previene al actual Cancelario por orden separada, que se le dirige con esa fecha para que lo tenga entendido y cumpla en todas sus partes sin más recurso ni dilaciones. Que así es nuestra voluntad (72).

La cuestión había finalizado. Salamanca sufría una latente transformación de su poder, se concentraba en los nuevos rectores...

Otros asuntos menores

Para poner fin a estos cambios políticos o de poder en la universidad, traeremos algunos datos sobre otras reales cédulas y actuaciones del consejo sobre el cuerpo salmantino. En verdad, tienen menor interés, pues la reforma

(71) En III, 92-93 la cita entrecomillada. *Novísima Recopilación*, 8, 4, 3.

(72) El texto en III, 98.

no se atrevía a cambiar los poderes de aquella universidad. Más que cambio, podría decirse que son intervenciones varias en los problemas concretos que se suscitaban. Al menos eso parece: una afirmación de que el consejo de Castilla está dispuesto a saber, entender y decidir sobre las universidades, en especial sobre Salamanca.

Algunas disposiciones sobre rentas o hacienda podrían hacer pensar que —conforme a lo que se mandó a los directores— iba a hacerse alguna intervención en tan delicadas partes (73). Otras, como la ya citada de juramento contra el regicidio o tiranicidio podrían referirse más al control de las ideas (74). Pero no son demasiado profundas...

La supresión de los jesuitas ya vimos que dio lugar a la creación del convictorio carolino. También los libros de la compañía se entregan —como en tantas otras universidades— a la salmantina (75). O se extingue el curso de Suárez o cátedras de la escuela jesuita... Son modificaciones mayores, pero que no se encaminan a variar estructuras de poder en la universidad.

La real cédula de 27 de septiembre de 1769 (76), se dirige al *juez de rentas*, ante una petición del mismo en que reclama su jurisdicción privativa sobre rentas universitarias, y otras cuestiones relacionadas, como posturas, remates, arrendamientos, aprobación de cuentas, etc. Pide que se le respete su preeminencia de asiento y presidencia en este punto, pues si bien se había pensado cambiar las normas por el claustro, no se había hecho, y ahora se le quiere rebajar y negar sus facultades, en especial por el catedrático de prima de cánones Dr. Casamayor. La universidad contestaba al juez de rentas, Antonio Roldán, volviendo sus ojos al estatuto 28 del título 50, que establecía mejor derecho a los diputados del claustro, ya que la jurisdicción que tenía era derivada de la universidad, por lo que quedaría subordinado a aquéllos. Como se ve un simple roce por precedencias, que el consejo resolvió que se estuviera a los estatutos de la universidad, cualquiera que sea la costumbre o práctica abusiva que haya existido. No parecía interesarle...

Todavía se volvió sobre este cargo, pues la universidad presentó un memorial en que reivindicaba sus facultades para recaudar y administrar sus rentas, por lo que había hecho nombramiento de dicho juez, pues en otro caso se vería con dificultades si tenía que acudir a los jueces de cada uno de los pueblos. Su labor es hacer efectivo cada año el ingreso de las rentas, que consistían en tercias decimales o en fincas, estrechando o ejecutando a sus poseedores, con facultades de jurisdicción real y también eclesiástica. En 1764 el obispo de

(73) *Colección...*, Salamanca, I, 18-26.

(74) *Colección...*, Salamanca, I, 55-57, en C. M.^a Ajo *Historia...*, IV, 419-421. En general, el control de las ideas se verifica por una serie de reales cédulas de prohibición de algunos libros o doctrinas, pero, fundamentalmente en los planes de estudio.

(75) Sobre la expulsión de la compañía y sus bienes, ha realizado su tesis doctoral Pilar García Trobat, quien ha analizado estas normas sobre entrega de libros a las universidades.

(76) *Colección...*, Salamanca, I, 237-295, notificación 246.

Salamanca se quejó de sus procedimientos, pero la universidad salió victoriosa en su legítima jurisdicción sobre rentas. Y pide que se le mantenga en su institución para poder proceder contra sus deudores, con acatamiento del corregidor y demás jueces reales. Estos se resistían pretextando disposiciones del consejo por las que se fortalecía la jurisdicción ordinaria real. El consejo confirma la jurisdicción, sin perjuicio de aquellas normas que había dado. No se interesaba por las rentas ni la administración y jurisdicción de ellas... (77).

Otro cargo que también llegó a regularse por el consejo fue el de *síndico*, ya que se ordenó su nombramiento por el claustro. Y después se dio una real cédula de 14 de noviembre de 1770, ya que se suscitó problema sobre si había de nombrar por el claustro pleno o por el de diputados; decidió el consejo que fuera el pleno. En todo caso, podemos repetir que no interviene el consejo apenas, y que tan sólo pretende solucionar y expresar la dependencia que la universidad ha de tener de su poder regio (78).

Sobre la *jurisdicción académica del maestrescuela* también se legisló, pero asimismo sin ánimo de innovar, sino tan sólo de templar dificultades. Se habían seguido unos expedientes en el consejo sobre las personas matriculadas, que pueden gozar de ese fuero o jurisdicción. El resultado fue el siguiente: tenían ese fuero por la *Recopilación*, 1, 7, 18, todos los de su gremio —es decir doctores y licenciados— los bachilleres y cursantes matriculados, en un ámbito de dos dietas o días; así como secretario, bedeles y demás oficiales de la universidad, incluidos artesanos o ministros inferiores como el relojero o el obrero o el barrendero. También deben gozarlo los comensales, notarios, depositarios, alguacil y otros pertenecientes al tribunal. Pero es fuero pasivo, en el caso de estos dependientes, por lo que no pueden atraer a él a otros vasallos de la corona y se excluyen los delitos atroces, abastos, policía, resistencias a la justicia, juicios universales de testamentaria, concursos, etc. Las apelaciones en casos de doctor o graduados se hacen al tribunal eclesiástico superior, si se trata de problemas de la universidad. Actúa el tribunal directamente en la ciudad, pero fuera debe hacerlo a través de las justicias ordinarias del lugar (79). Una buena descripción de cómo se conservaba la justicia en el fuero académico del setecientos...

A través del fuero académico se solucionó, en cierto modo, la obligación de los regulares de asistir a las aulas, ya que tenían por costumbre estudiar en sus colegios y conventos y graduarse después en la universidad. La real cédula de 14 de octubre de 1772, decía:

todos aquellos Colegios o Conventos de Regulares Calzados o Descalzos, que quieran gozar del Fuero Académico, y de los efectos de la Incorporación a las Universidades Reales, deben sugetarse a lo dispuesto por sus Estatutos, por

(77) *Colección...*, Salamanca, I, 274-280. *Novísima Recopilación*, 8, 6, 7.

(78) *Colección...*, Salamanca, II, 8-9, la anterior en 7, es de 4 de septiembre de 1770.

(79) *Colección...*, Salamanca, 91-95. *Novísima Recopilación*, 8, 6, 6.

Leyes Reales, y por declaraciones, o Ordenes y nuestro consejo, matriculando a sus Escolares, embiéndoles a oír las Lecciones de Theología en las Cáthedras de la Universidad, suspendiendo dentro del Claustro las Lecciones, Conferencias, repasos y demás Egercicios literarios, en aquellas horas que se tienen en la Universidad. Y omitiendo en los días Lectivos del Curso los Actos y Conclusiones que suelen tener en sus Conventos con asistencia de otras Comunidades Regulares, o sin ellas, y que no sugetándose a estas obligaciones y Leyes se les borrarán de la Incorporación a la Universidad, ni se les admitirá a la Matrícula no gozando del Fuero Académico y sus efectos, ni les admitireis a los Actos, y demás Funciones de la Universidad, teniéndolo en todo y por todo por estraños de ella (80).

En suma, que sólo en materia de rector se entró a fondo en las reformas. O no hubo tiempo, o mejor, no se quería cambiar más a fondo la universidad, pues ni existía intención ni posibilidad de tan gran cambio. Los cambios se introdujeron en materias, en actos, en grados, en selección de los catedráticos...

II. GRADOS O CONTROL DE SABERES

La regulación de grados se planteó, como problema, muy precozmente en el consejo de Castilla; ya en 1763, con motivo de una incorporación de grados falsos de Sigüenza y Toledo en Alcalá de Henares (81). Entonces, el consejo mostró intención de solucionarlo, y a instancia del fiscal, se pide informe a las universidades sobre cómo se confieren e incorporan los grados, para regularlos uniformemente (82). En 1768 estaba reunido el material pedido, y se daba la respuesta fiscal. La tramitación llega a 1770, cuando la real cédula de 24 de enero dispone la uniformidad en el grado de bachiller y en su incorporación en universidad distinta a donde se hubiera alcanzado. Ya que,

... debiera ser un público y auténtico testimonio de la idoneidad del graduado, por lo cual en ningún grado debe ponerse tanto cuidado como en éste, por ser el único que casi generalmente se recibe por todos los profesores, y el que abre la puerta y da facilidad y proporción, no sólo para la oposición y logro de cátedras, sino también para los exámenes y ejercicio de la abogacía y medicina,

(80) *Colección...*, Salamanca, III, 125-127, cita en 126.

(81) Sobre la incorporación que, al parecer la motivó, citada en el texto, véase la carta orden de 20 de marzo de 1764, *Colección...*, Salamanca, I, 12-13.

(82) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 254-264, carta orden de remisión de 23 de febrero de 1770, I, 265. Su importancia es grandísima: origina la reestructuración del plan, al reducir estudios a cuatro años, *Plan...*, Salamanca, 1772, 35, 99, 113 se le cita; se recoge en la *Real Cédula...*, 1786, 45 ss., y en Nov. *Recopilación*, 8, 8, 7. Puede verse, E. Ibarra y Rodríguez, *Origen y vicisitudes de los títulos profesionales en Europa, especialmente en España*, Madrid, 1920.

en que tanto interesan la felicidad, quietud y salud pública; con cuyo motivo la *Ley once, título diez y seis, libro tercero de la Recopilación* llama importante al grado de bachiller, dando a entender no sólo que la causa pública interesa más en la justicia de este grado que en la de todos los otros, sino también que él es cuasi único importante para los efectos más útiles y comunes... (83).

En los otros dos grados, en cambio, no había novedad, mandaba que se cumpliera estrictamente lo ordenado en constituciones y estatutos. En Salamanca, seguirían las normas de la recopilación de 1625, con toda la rigurosidad y requisitos establecidos. La razón de este mantenimiento de los grados mayores era,

... porque el grado de doctor es de cuasi pura ceremonia y solemnidad, como porque el de licenciado en todas las Universidades pide un examen formal y riguroso; que si se hace con exactitud y conforme piden los Estatutos respectivos de todas ellas, basta para probar la literatura que requiere el grado... (84).

El grado de bachiller —según vemos— se alteró sustancialmente por la real cédula de 24 de enero de 1770, tanto en sus requisitos previos, como en la forma de examen. La manera de conferirlo —que ya viene descrita en las constituciones de Martín V— quedó sin modificación. Se señalaron los cursos necesarios, pero las materias a oír subsistieron hasta la renovación de plan en 1771. Precisamente la determinante fundamental del plan era la reducción del bachiller ordenado por la real cédula.

Expondremos primero cómo se hallaba según los estatutos antiguos, para poder valorar el cambio que supone la nueva regulación borbónica. En la disciplina tradicional, era requisito para presentarse al examen de bachiller haber cursado un número determinado de años en las cátedras que se señalaban. Tres en las facultades de artes, cuatro en medicina y teología y cinco en la facultad de derechos. En medicina y teología era menor el tiempo, tal vez por exigirse previamente a entrar en ellas el bachiller en artes. En este período debían existir a las cátedras, a explicaciones de extraordinario de los bachilleres pretendientes y, algo más tarde, a las academias (85). La unificación borbónica de 1770 dejaba sólo dos cursos para artes y cuatro para las demás facultades. La exigencia de bachiller en artes previo quedaba tan sólo para medicina, bastándole a los teólogos haberlo seguido y a los juristas legistas o canonistas— conocer la dialéctica (86). Luego, el plan de 1771, se sometía a esta pauta.

(83) Real Cédula 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 256-257.

(84) Real cédula 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 256.

(85) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, artes, tít. 28, est. 4 y 21; teología, tít. 28, est. 11; medicina, tít. 28, est. 12; derechos, tít. 28, est. 9 y 10, tít. 21, est. 15, págs. 205 ss. En las constituciones XV y XVI de Martín V otros números, tres en artes, cuatro en medicina, seis en derechos, 23 ss.

(86) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 259-260, 260, 260-261 y 261 para las distintas facultades.

Distribuía la enseñanza en cuatro años para el bachiller de las facultades mayores y —a veces— no pudiendo comprimir en tan corto período las diversas disciplinas y las cátedras existentes, deja algunas para los bachilleres que quisieran licenciarse, apareciendo los estudios para licencia. En filosofía o artes, especifica los cursos que deben seguir cada tipo de graduados, que no son iguales, ni los mismos. No exige, en ningún caso, el grado de bachiller en artes para pasar a facultad mayor; sólo haber cursado algunas cátedras, en unos años. Después examinaremos el detalle de estos cursos, al tratar de las materias de las respectivas enseñanzas. En suma, podemos adelantar que la reforma borbónica tendió a establecer cuatro años de estudio para el bachiller en las distintas facultades. Supone un acortamiento de los estudios en derecho, quedando los demás con análoga duración (87).

Además de los cursos se requería haber realizado como sustentante un acto público, mayor o menor, por la real cédula de 1770 sobre grados. Pero solamente en las facultades de medicina y derecho (88). De esta manera, cumplidos los requisitos, podía entrarse en el ejercicio de grado.

La materialidad del examen traía su origen desde antiguo. Consistía en la exposición de una cuestión ante los doctores de la facultad, que le argüían sobre la materia. El examen no se describe suficientemente en estatutos, sino para artes y medicina. Consideramos este último representativo del examen de bachiller, ya que para artistas es menos específico y con particularidades. Se hacía ante los doctores examinadores de la facultad, examinándose un bachiller por día. Exponía una hora sobre la conclusión o texto que se le escogiese de las nueve que presentase, oídas en sus años de estudios, preparadas especialmente. Luego le arguyen cuatro doctores —los más modernos— y cada uno con dos argumentos precisamente. Después podía preguntarle cada uno de los doctores presentes (89). Este era en sustancia el examen en medicina; no parece excesivo extenderlo a cualquier facultad mayor; en todo caso, en la época que examinamos se llegaba a su derogación, en 1770.

Finalmente, la colación o dación del grado no cambiará, seguramente por tratarse de mera ceremonia desde antiguo practicada en la universidad de Salamanca. Se pide previamente el grado a un doctor por el bachiller ya examinado y aprobado. Este doctor, su padrino, lo comunica al rector, para obtener su licencia. Se fija un día y hora, públicamente anunciados, y llegada ésta, se

(87) Cómo quedarán los estudios previos y el bachiller en las distintas facultades mayores, será objeto de análisis en las páginas 101-123.

(88) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 260, 261. En la antigua disciplina se exigía haber expuesto diez lecciones, pero terminó en 1618, con Gilimón de la Mota, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28, est. 1, 32 y 33, 204-205, 212.

(89) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVI; para artes, tít. 28, est. 22; para medicina, tít. 28, est. 13 s. y 33; 24-25, 210-211, 207-208 y 212. Entre el claustro de artes y medicina existe estrecha relación entrando un examinador de artes en medicina y viceversa, tít. 28, est. 14 y 22. También *N. Recopilación*, 3, 16. En el mismo sentido la separación de las facultades de artes y medicina, en 1771 y 1772, *Real Cédula...*, 1786, 53.

coloca el doctor en una cátedra, y el graduando abajo, de pie, le pide con un discurso o arenga el grado. El doctor se lo concede y le sube a la cátedra, donde el bachiller invoca al Altísimo y expone una lección; después da las gracias (90). No obstante, no hemos podido comprobar la efectiva celebración de esta ceremonia en el XVIII; la real cédula sobre los exámenes de grados no la menciona.

Al regular grados se modifica —si la descripción del médico sirve a todos— la forma del examen, así como el tribunal que lo compone. En artes se haría por los tres catedráticos más modernos, mediante preguntas sueltas o argumentos durante un cuarto de hora cada uno, en examen público y a puerta abierta. Los tres catedráticos —o dos con un graduado, si no los hubiese— votan a continuación secretamente la aprobación o reprobación. En las restantes facultades —más rigurosas— actuaba el mismo tribunal en idéntica forma, pero el examen consistía en «media hora de lección, con puntos de veinticuatro, al texto o aforismo que elija el pretendiente entre los tres pique que le tocaren a suerte; responder a los dos argumentos de los examinadores de cuarto de hora cada uno, y a las preguntas, que por el mismo espacio de tiempo le hará el tercero de los examinadores...» (91). Es decir, una disertación latina sorteada, picando una hoja del libro considerado adecuado. Veinticuatro horas de preparación, exposición, argumentos y preguntas.

Se reconocía una forma especial de examen de grado de bachiller, en la misma real cédula: el examen a claustro pleno, como especie de conservación de formas anteriores. Parece ser sólo para las facultades de derechos, donde se describe.

Si algún estudiante —dice— pasados tres cursos, quisiere sujetarse al examen público del Claustro entero de su facultad, en que todos los individuos concurrentes puedan hacerle las preguntas que les pareciesen, se le admita a este examen, bajo las mismas formalidades y ejercicios que el privado; y hecho, el Claustro de la facultad vote en secreto sobre su admisión en el mismo General y hallándole hábil se le confiera el grado, expresándose en su título haberlo obtenido de esa forma (92).

(90) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVII, en donde se nombra cierto refrigerio, tít. 30, est. 6, 26-27, 214. En leyes y cánones se les señala «dos días antes que le hayan de recibir una decretal o una ley, a la cual pongan el caso, saquen la conclusión y razón de dudar y de decidir, y hecho esto pidan su grado y el doctor se le de», tít. 28, est. 32, 212.

(91) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 259, 260; se aclara quiénes son los más modernos en artes por real provisión de 23 de diciembre de 1771, en III, 36 ss. La real cédula citada admite facilidad para recibir el bachiller en ambos derechos, al igual que el plan. Análogo en *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28, est. 30, 211-212.

(92) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 261; parece aplicar a medicina en la real provisión de 23 de diciembre de 1771, en III, 36 ss., pero parece claro que limitado el cap. XI a derechos, en carta orden de 11 de marzo de 1772, en III, 77. Al menos, años después, prevalecerá este criterio. Por lo visto fue muy frecuente la utilización de esta vía más rápida, según *Real Cédula...*, 1786, 61-62, que recoge una regulación más estricta de noviembre de 1780.

También la real cédula de 24 de enero de 1770 regula la incorporación del grado de bachiller, obtenido en una universidad, a otra. Sujeta al examen usual a quien quiera lograrla.

Y aunque en esta parte —justificaba la orden— parece que no sería disonante alguna diferencia y distinción entre los graduados de bachiller por alguna de las Universidades de mayor nombre, cuando quisieran incorporar sus grados en otras de menor forma, para el efecto de oponerse a sus cátedras u otras semejantes; tengo por más conveniente el que se observe en todas las Universidades indistintamente lo que queda prevenido, sin que haya diferencia entre unas y otras Universidades, en punto de incorporación de grados (93).

Efectivamente, Salamanca protestará de esta igualación, pero el consejo insistirá en su postura. En su día, le comunicaba, se concederían los oportunos privilegios, sin negarle el antiguo de enseñar en cualquier universidad —salvo París y Bolonia— a los graduados en sus facultades (94).

Los requisitos, examen y colación de los grados de licenciado y doctor quedaban intactos por la real cédula de 1770, sujetos a sus constituciones y estatutos, si bien, en la época, se introdujo alguna modificación menor. El grado de licenciado, aunque se distingue del doctorado, forma un todo con él. De otra manera dicho, este grado es una reválida de estudios por un examen, mientras que su solemne colación o conferimiento es el doctorado, mero festejo académico. Paulatinamente se van diferenciando, pero hasta muy entrado el siglo XIX son dos caras de una misma unidad. Lo costoso del doctoramiento, su valor limitado, provoca con frecuencia que muchos queden en licenciados, pudiéndose reputar como dos grados, dos títulos distintos (95).

Para el grado de licenciado se exige previamente un número de años desde la recepción del bachiller, o desde el momento en que pudo recibirse. En las facultades mayores son cuatro para derechos, tres para medicina y teología;

(93) Real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 262.

(94) Véase carta orden de 5 de diciembre de 1770, *Colección...*, Salamanca, 11, 118-119; se pondrán dificultades a un graduado de Osma, real provisión de 26 de febrero de 1772, en III, 75-76; existiendo otras numerosas en relación a incorporación de estudios de regulares y derecho transitorio en esta materia, véase II, 151-156, III, 47-48, 52-54; en cambio no hay problema en incorporar cursos, que pasarán por el tamiz del examen, III, 124-125. Un extenso debate sobre cédulas falsas de la universidad de Sigüenza, *Colección de las reales órdenes y providencias...*, Alcalá, 243, ss., se comunica a Salamanca por carta orden de 20 de marzo de 1764, *Colección...*, Salamanca, I, 12-13.

Sobre incorporaciones anteriormente, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XIX, tít. 32, est. 53 y 62, así como disposiciones del final, 32, 227, 229, 356, 394 ss.; el privilegio citado en el texto —de Alejandro IV—, 124 ss.

(95) Donde mejor se percibe la unidad es en la constitución XVIII, al decir: «Item statuimus, et ordinamus, quod nullus Baccalarius in iure canonico vel civili ad examen privatum pro licentia ad gradum Doctoratus obtinenda admittatur...», *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 26.

Sobre los derechos del grado de doctor, señalase propinas en grados, entrar en claustros, en examen de santa Bárbara, y presidir los actos pro Doctoribus; para un catedrático, *Colección...*, Salamanca, II, 178. La exención de tributo. es común con licenciados, *N. Recopilación*, I, 7, 8 y 9.

para artes posiblemente tres también (96). Durante ese tiempo deben realizar lecturas de extraordinario y una repetición al menos, como veremos. Con el plan salmantino de 1771 afloran ya los estudios propios de licenciado, la asistencia a determinadas cátedras en las facultades de derechos y teología. Asimismo participan en las academias de su facultad.

Pues bien, con estos requisitos previos cumplidos, se puede acceder al difícil examen de licenciado en la capilla de santa Bárbara de la catedral salmantina. Se encuentra regulado en las constituciones de Martín V y en los estatutos de la Universidad. Con base en ellos intentaremos describirlo. El bachiller licenciando debe presentarse antes del examen al maestrescuela, por medio del doctor más antiguo. El maestrescuela le exige juramento de decir verdad y le conmina a declarar si ha sobornado dando o prometiendo, «*ex causa licentiae obtinendae*» (97). Saliendo positivo, le señala hora para su examen ante doctores, acerca de su vida y costumbres. Luego le asignará día y hora para elegir puntos.

Llegado el momento marcharán en solemne procesión hacia la catedral. Maestrescuela, secretario y vicesecretario, maestro de ceremonias, catedráticos examinadores, otros doctores, graduados, bedeles, etc., le acompañan entre trompetas y atabales (98). Oyen misa cantada del Espíritu Santo en la capilla catedralicia de santa Bárbara. Finalizada, se señalan puntos; el maestrescuela toma juramento a los dos doctores que han de abrir el libro, de no haberse comunicado con el examinando. Abren los libros picando por tres lugares, eligiendo el bachiller el capítulo, título o ley que guste, y cada doctor le señala el punto a desarrollar. Se fija la hora del examen para el día siguiente, disponiendo el bachiller de unas veinticuatro horas para prepararse (99).

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde —o las cinco según la época del año— se reúnen en la iglesia el bachiller y los examinadores catedráticos, al menos los cuatro más modernos de la facultad. Lee el examinando de una a dos horas; después le arguyen los cuatro examinadores catedráticos encargados

(96) Zúñiga establece los años disminuyendo los de las constituciones XVI y XVIII; queda duda en artes, que no lo menciona, aunque anteriormente tenía tres, *Constituciones...*, Salamanca, tit. 32, est. 2, const. XVI y XVIII, 218, 25, 27-28; la posibilidad de dispensar de cursos o actos, tit. 32, 1 ss., 218. aunque no de examen, tit. 32, est. 61 que deroga al 30, 228-229, 223; desaparece: Caldas suprime toda dispensa, tit. 31, est. 19, 217. Sin embargo, el Consejo dispensa de tiempo de formalidades mal hechas, *Colección...*, Salamanca, II, 24, 116-117.

Sobre los actos o repeticiones sabemos que no valen al efecto los sustentados *pro Universitate* por el bachiller, en *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 23, est. 13, tit. 31 est. 14 y 17, 198, 217.

(97) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVIII, 28.

(98) Véase la real provisión de 4 de diciembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, III, 21. El maestro de ceremonias es pieza clave en grados, actos y disputas, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 57, est. 4, 6 ss., 17 ss., 299 ss.

(99) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVIII, tit. 32, est. 5 ss., y 18, 28-29, 218-219. Caldas quiso se picase por persona inocente, pero se volvió a lo antiguo, est. 8 y 9.

Previamente se anunciaba el día, con tres de anticipación —para doctor eran nueve— en las cátedras de prima y víspera y el secretario lo comunicaba a quienes se debían hallar presentes, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 32, est. 51-52, 226-227.

—en teología sólo tres— por orden de menor antigüedad. Si quisiera cualquier otro más antiguo, argüirá en el lugar del más antiguo de los encargados. Y después de éstos podrán los demás, cuantos quisieren. Cada uno presenta un máximo de dos argumentos al primer punto y uno al segundo. Cada vez responderá el futuro licenciado sin que haya limitación de tiempo. Por último la votación, por bolas con letras, que se reparten en este momento. Cada uno de los doctores catedráticos presentes vota y va saliendo; en la puerta están el maestrescuela, examinadores y secretario. Se hace el recuento de las letras A y R, ateniéndose a la mayoría. Siendo el examen una unidad de acto, terminaba muy tarde, por ello se servían bebidas por la tarde y acababa en una cena a costa del licenciado (100). Un día después se notificaba el resultado por el maestrescuela, y cabía recurso al obispo (101).

En relación a los tribunales de grado se planteó si debían entrar los sustitutos, conforme a los estatutos 55, 24 y 25 del título 32 de las constituciones de 1625. Según ello se podía examinar por catedráticos o quienes lo hayan sido, como también por los sustitutos en la capilla de santa Bárbara. Ya que explican y hasta que se provean las cátedras se les debía guardar ese privilegio, solicitaban. La universidad en claustro pleno de 12 de noviembre de 1768 juzgó que de acuerdo con los estatutos sólo podían estar los catedráticos por oposición. El consejo por la real cédula de 10 de julio de 1770 accedió a que por ahora y sin ejemplar —es decir, sin perpetuidad de la gracia concedida— entraran los sustitutos de cátedras vacantes, con iguales propinas que los demás, al examen de licenciatura (102). Por otra parte, los sustitutos eran aprobados, en teología, por el consejo, luego, al par que éste seguía expresando su poder, consolidaban sus posiciones (103).

La cuestión de los sustitutos siguió después, por no haber sido determinada para siempre. Cuando algo más adelante se proveyeron las cátedras, se ordenó que cesase la presencia de los sustitutos en la capilla del licenciamiento. Entrarán los examinadores que sean necesarios, empezando por los doctores, si faltasen entrarán los licenciados, evitando que tengan parentesco dentro del

(100) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 32, sobre hora y argumentaciones, est. 13 ss., votación, est. 19 ss., 219 ss. La cena se regla en el informe de Covarrubias, de forma «que no sea obligado a dar más de una ave, con que no sea pavo, ni gallina de las Indias y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes y otra después, y su vino y su pan», est. 31, 233, pero no se debe cumplir cuando Gilimón de la Mota insta a su cumplimiento. También insiste la real provisión de 26 de febrero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 66-75.

(101) Un caso de acudir al obispo y también al consejo, en *Colección...*, Salamanca, I, 101-111.

(102) Sólo entran catedráticos, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 32, est. 24 ss., si bien se modifican por otros, est. 17 ss., sólo admiten a éstos. En 1770 unos sustitutos, que regentaban cátedras de leyes piden entrar y no se les concede, si faltan catedráticos se completará por doctores o licenciados, se admite, *Colección...*, Salamanca, I, 228-294, 111, 118-119. Se recogen en *Real Cédula...*, 1786, 43-44. La carta orden de 27 de enero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 131, se opone a que se echen dos bolas y manda a los examinadores añadir a su juramento que no «casarán o empatarán su voto».

(103) *Colección...*, Salamanca, II, 120.

cuarto grado. Los sustitutos —como situación provisional— quedaban excluidos (104).

Hubo después algunas dudas acerca del nuevo sistema de conferir grados. Unos doctores médicos preguntaron por la interpretación que debía darse al arreglo hecho por la universidad para aplicar la real cédula de 24 de enero de 1770. Si en artes sólo habían dos catedráticos, ¿cómo se formaría el tribunal? La universidad primero dijo que entrasen a falta de titulares doctores teólogos y médicos, alternativamente; luego indicó que fuesen los catedráticos de regencia o temporales de artes. ¿Cuál era la solución? El consejo prefirió, con cuidadosa enumeración, que entrasen los de regencia de artes o de otras cátedras sueltas como matemáticas o álgebra (105).

La solemnidad y coste de este grado se moderó por la real provisión de 26 de febrero de 1772, sobre un acuerdo del claustro pleno de la universidad de Salamanca. Sólo dejan el refresco de dos bebidas por la tarde del examen, y concreta en sus especies la cena. También limita las entregas que habían de hacerse, pero no entra en propinas y gastos, ni tampoco en las solemnidades.

La citada norma se había gestado por un informe de la universidad que preguntaba si sería conveniente minorar el coste del grado de licenciado, pues aunque Covarrubias en el estatuto 31 del título 32, ya lo había procurado, se abusaba; Zúñiga estableció por su lado que las propinas se pagasen en dinero. Los claustros, ya en 1758, habían reducido propinas y colación a términos muy inferiores, pero a través de aquella larguísima enumeración todavía se percibe las notables cantidades que habían de desembolsar y se proponen nuevas rebajas. Como ya dijimos, el consejo limitó a las dos bebidas y una cena moderada de ensalada, un par de huevos y un ave, que no sea pavo, ni gallina, un platillo de dulce y chocolate para el examinador que no quiera cenar. Esta cena se extiende a los oficiales que han de asistir y a los compañeros o criados de los doctores que asisten al examen. Al rector un hacha de seis libras de cera, al sacristán 71 reales, mientras dejaba las anteriores propinas —muy análogas— al campanero, atabaleros y otros, al arca de la universidad. Cuatro velas y dos hachas para la iglesia; al cancelario 24 libras de azúcar, dos velas y 220 reales, y otro tanto al padrino. Al examinador principal 24 libras de azúcar y 170 reales, a los otros 18 libras de azúcar, media vela y ciento cuarenta reales —igual al secretario—. A los bedeles y al maestro de ceremonias, la misma cantidad de azúcar y setenta reales a cada uno; a un alguacil 18 libras y 50 reales, al otro sólo sesenta reales, sin azúcar, y al vicesecretario once libras de azúcar y 80 reales. Nos hemos permitido esta enumeración de la real cédula de 26 de febrero de 1772 —que todavía contiene más propinas y especificaciones—

(104) Menor interés tienen en materia de grados, las dispensas de casos concretos o puntos de detalle, *Colección...*, Salamanca, II, 24-25, 114-115, 116-117, 151-156.

(105) Real cédula de 23 de diciembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, III, 36-44.

no para que aparezcan las extrañas formas de la vieja universidad sino para comprobar el elevado coste del grado (106).

En fin, alguna otra disposición prohibía que echasen dos votos los examinadores de la capilla de santa Bárbara, como aprobado y reprobado, uno de cada clase. Debía significar duda o abstención, pero esto no era posible en la vieja universidad (107). Estas disposiciones, junto con algunas mucho más concretas, constituían las intervenciones complementarias a la regulación de 1770 sobre bachiller; por tanto la licenciatura no se alteró demasiado...

El grado de doctor era pura apariencia o ceremonia; colación solemne del grado que en el examen de santa Bárbara se ganó. La enormidad del gasto lo separó, luego, en un nuevo grado, cuando en origen es sólo el acto final de la obtención de la licencia para enseñar. Si las constituciones de 1422 no mencionan la pompa, en los estatutos se ha rodeado de una ceremonia, de un festejo sin relación con ningún aprendizaje académico. Precedido de una colación la tarde anterior, en la fecha se organiza solemne procesión hacia la catedral. Rector, maestrescuela, padrino, doctores, graduados, bedeles con mazas, etc. acompañan al doctorando. Cuantos estaban interesados podían acompañarle, para lo que se anunciaba con nueve días de anticipación —en las licencias sólo con tres— en las cátedras de prima y vísperas de la facultad respectiva. Primero se dirigen a la catedral, donde se celebra la ceremonia académica en la nave del evangelio, profusamente adornada; juramento del grado e imposición de insignias, guantes, bonete... Después se dirigen a las casas que la universidad tiene para ver las corridas de toros. Finalmente una copiosa cena a cargo de quien recibe —o quienes reciben— el título de doctor (108). La pompa se percibe a través de los viejos estatutos salmantinos, que a veces quieren poner coto al exceso, pero en

(106) *Colección...*, Salamanca, III, 66-75. El coste, según consta en las peticiones de D. Jacobo Caamaño, quien quería se le redujese a la mitad por ser catedrático, real provisión de 12 de abril 1771, otras de 7 de agosto 1771 y 20 de noviembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, II, 144-146, 164-166, III, 13-14. Estaba concedido en el *Plan...*, Salamanca, 1772, 94, y recogido en *Real cédula...*, 1786, 26; también en la real cédula de 2 de octubre de 1646, E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 767-768. Los gastos de repetición eran una de sus partes, así para excusar gastos se dan por válidos en real provisión de 25 de mayo de 1771, *Colección...*, Salamanca, II, 151 ss., en 151. La *Nueva Recopilación*, I, 7, 6 y 7, ordena que se atengan a Estatutos recoge el bachiller de pobre; también éste en la real cédula de 24 de enero de 1770, cap. XIV, *Colección...*, Salamanca, I, 263.

(107) Sobre el ceremonial tradicional de grados, D. Simón Rey, *Las facultades de artes y teología en la universidad de Salamanca en el siglo XVIII*, Salamanca, 1981; J. L. Peset, «En busca del Alma Mater universitaria», *Revista de Occidente* 112 (1972) 68-78.

(108) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 32, est. 42 ss., 225 ss. En su mayor parte dedicados al festejo, apenas se alude, est. 50, a la ceremonia académica.

Una cuestión de importancia en tiempo de Carlos III fue la preocupación por que se jurase en los grados defender la regalía y no enseñar el regicidio y tiranicidio, cartas orden de 15 de mayo de 1767 y 22 de enero de 1771, *Colección...*, Salamanca, I, 55-58, II, 130-131. Aparte el control del regalismo que vimos, dio lugar al establecimiento de censores regios por real provisión de 6 de septiembre de 1770, *Colección...*, Salamanca, II, 28-90, completada por otras y refundidas en la de 25 de mayo de 1784. Ambas en *Novísima Recopilación*, 8, 5, 3 y 4.

ningún caso están dispuestos a prescindir de ella (109). Por lo demás, suelen hacerse dispensas de gastos, especialmente el año de luto después de la muerte del rey o persona de la real familia (110).

Pero el exceso es tan evidente que en 1752 —reinando Fernando VI— se decide su limitación: la supresión de toda pompa. Es la real cédula de 11 de enero de 1752, dirigida a moderar gastos de grados mayores, en especial al de doctor. Se suprime el paseo, dejándolo reducido al patio de la universidad y se limitan festejos y propinas. Suprime el festejo de los toros, cesa la colación y merienda, así como la cena. Tan sólo permite un refresco de dos bebidas, con entrega de dos libras de dulces a cada asistente graduado y una a los criados de la universidad que asisten usualmente. También modera otras propinas. Poco después, la real cédula de 11 de julio del mismo año —por una disputa entre catedral y universidad, acerca del local de la colación del grado— decidía que fuese el antiguo; pero por no embarazar el culto, se pondría el teatro y estrados, el tablado, dos veces al año tan sólo, en San Lucas y Pascua; en caso de ser gravoso a la iglesia catedral ordenaba «que la Universidad confiera los grados y haga los exámenes en la capilla y salas del claustro de sus escuelas» (111).

Quedaban pues, limitados ambos grados de licenciado y doctor. Aquél además, por la disposición de 1772, que traíamos. El problema del excesivo coste de los grados es continuo en la época. El de licenciado costaba unos 8.000 reales. Por ello se concedía una minoración —la mitad de su coste— a los catedráticos de cátedras menores. También se concedía uno de pobre de cada diez de bachiller. Además las reducciones de pompas y festejos. En todo caso, no se logró una mitigación sustancial, ni una reforma profunda, al dejarlos regidos por las distintas constituciones de las universidades españolas. Tal vez estaban interesados en ellos muchas personas; prestaban un colorido tradicional de que no se querían desprender los universidades.

III. CAMBIOS EN LA DOCENCIA

En la universidad de Salamanca —antes y después de las reformas— existe un sistema de enseñanza múltiple. La lección ordinaria ocupa un lugar des-

(109) En 1621 se queja de que el maestrescuela dispense, pues sería «en mucho menoscabo de la grandeza y lustres de esta universidad», est. 58, también el 59, del tít. 32, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 228. Se mantienen, según la real cédula de 5 de febrero de 1621, C. M.^a Ajo G. y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las universidades...*, III, 590-591.

(110) Véase E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 919-920.

(111) Reales cédulas de 11 de enero y 11 de julio de 1752, en C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, IV, 348-349, 349-350. La primera de ellas en *Novísima Recopilación*, 8, 8, 15.

tacado, pero no es única; se halla acompañada de otras formas de transmisión del saber, de aprendizaje y de formación. Catedráticos de propiedad y de regencia, sustitutos, bachilleres en vías de licenciamiento coadyuvan en esa tarea corporativa de la enseñanza. Los catedráticos y sustitutos son los encargados de la explicación ordinaria en las cátedras; de entre aquéllos, los de propiedad, pronuncian anualmente sendas lecciones magistrales, en forma de solemnes repeticiones. En los actos *pro Universitate*, sean *pro Doctoribus* o *pro Cathedris*, los doctores que forman el claustro o los catedráticos de cátedras menores, presiden actos de disputa, sustentados usualmente por bachilleres. Todavía más, los bachilleres que aspiran a licencia cooperan a la enseñanza mediante sus explicaciones de extraordinario; además con el acto de repetición que han de realizar para graduarse. Las academias funcionan en las distintas facultades; instalaciones varias —la biblioteca, especialmente— ayudan a la enseñanza. Por otro lado, se exige al cursante una asistencia, un aprovechamiento de todos estos medios y se comprueban sus conocimientos. Incluso la disciplina de la universidad vela por las costumbres y buen estudio de quienes acuden a ella. Este, a grandes líneas, es el método de enseñanza tradicional que se restaura en la época estudiada. Método variado, lleno de posibilidades, en donde el oír en las cátedras las materias se combina con las argumentaciones tradicionales.

La lección ordinaria en las cátedras

Debe distinguirse claramente de las lecciones o repeticiones magistrales de los catedráticos de propiedad, así como de las lecciones de extraordinario de los bachilleres, que son objeto de otros apartados. Aunque su factura es análoga —exposición de una materia— es la clase ordinaria la forma usual y más amplia en el aprendizaje de los alumnos.

Las explicaciones ordinarias se dan por los catedráticos y sus sustitutos, desde el 18 de octubre, festividad de San Lucas, hasta el 8 de septiembre, Nuestra señora de septiembre. Los catedráticos de propiedad o perpetuos sólo enseñaban hasta el 18 de junio, dejando hasta septiembre la cátedra en manos de los sustitutos —elegidos anualmente, sin retribución—, quienes terminarán la asignatura, o la repetirán, como repaso, si se hubiere concluido; esta explicación de los sustitutos se denominaba cursillo. En cambio, los catedráticos de regencia —de las cátedras temporales— así como los de lenguas, humanidad, latinidad y retórica estaban obligados a dar sus lecciones de octubre a septiembre. Unos y otros explican diariamente, salvo en las fiestas específicamente determinadas: domingos, días de precepto, carnestolendas, miércoles de ceniza, semana santa, día de difuntos y los jueves de las semanas en que no hubiera fiesta, destinados a los actos *pro Universitate* (112).

(112) *Plan...*, Salamanca, 1772, 116 ss., 129-130, 139-140, Dudas, 154. En Salamanca, las fiestas tradicionales —aparte los asuetos de jueves— eran pascua, domingos y fiesta de nuestra señora,

Según el plan nuevo de 1771 se enseña en las dieciocho aulas de que dispone la universidad y en uno de sus colegios, el Trilingüe. En éste se aprendía gramática hasta este momento en que se trasladan, además, las cátedras de retórica, humanidad, lengua griega y lengua hebrea. Los preceptores de gramática han de explicar cinco horas, tres de mañana y dos por la tarde. Los alumnos de las facultades oyen sólo tres horas diarias. Si en ese curso solamente hay una cátedra, explicará dos horas por la mañana y una por la tarde; habiendo dos cátedras explicarán mañana y tarde, respectivamente, durante hora y media (113). Este es el horario vigente para los días lectivos.

El primer día de clase, el catedrático pronunciará una oración latina inaugural en la que expondrá a los alumnos en qué consiste su asignatura, su importancia, cómo la explicará y cómo debe estudiarse. En las demás clases se atenderá a los autores que el plan designa, en latín y sin dictar, dedicando el final de la clase a el llamado ejercicio del poste, esto es, a contestar dudas y preguntas que sobre la materia explicada le presenten los alumnos (114).

En la Salamanca antigua las explicaciones —sea por permisión ante la falta de libros, sea por corruptela— se hacían dictando. Se leían en clase las lecciones preparadas o sacadas de algún autor; sencillamente se dictaba. Sin duda, esta forma convivía con otra de exposición más fluida, sin leer, en que el profesor recitaba sus conocimientos. A finales del siglo XVI y principios del XVII se prohíbe radicalmente dictar por algunos reformadores de la universidad, en especial, por la pragmática de 1617. Se ordena explicar *in viva voce, in fluxu orationis*, exponiendo con fluidez la lección, sin sujetarse a lectura; tan sólo una corta parte de la clase, al final, se emplea en dictar una «breve teórica», pequeño resumen de lo expuesto en aquella clase (115). En 1771 se prohíbe incluso la «breve teórica» y solamente se admite la explicación *in voce*. Quizá para suplirla, les está permitido escribir un cuaderno de observaciones para la mejor com-

apóstoles y evangelistas; eran días de clase exactamente 42 desde san Lucas a navidad, 36 en enero y febrero, 34 en marzo y abril, y en mayo y junio 32 para las cátedras de propiedad y 37 para las de regencia. Luego 49 para sustitutos y 45 para regentes, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, est. 1, tít. 11, est. 1, tít. 21, 153-154, y 189; también 407 ss. y cons. XI, 19. el fiscal coincide con la tradición de Salamanca, *Plan...*, Salamanca, 1772, 129-130.

(113) *Plan...*, Salamanca, 1772, 132, Dudas, 147, 152. Caso de cátedras únicas por curso son lugares teológicos, filosofía moral, filosofía natural, álgebra, geometría y aritmética, matemáticas y música. No entramos en los horarios de los antiguos estatutos. Sobre que la lección sea diaria, ya la real cédula de 2 de octubre de 1646, E. Esperabé, *Historia pragmática...*, I, 767-768.

(114) *Plan...*, Salamanca, 1772, sobre oración inaugural, 84-85, 128-129, Dudas, 150-151, 154, sobre sistema de enseñanza, 129, 153. Si la clase dura hora y media el ejercicio de poste en la media hora última. Sobre algunas cátedras, *Colección...*, Salamanca, III, 145-146.

La real orden de 11 de septiembre de 1753 insiste en el uso de la lengua latina, *Novísima Recopilación*, 8, 4, 2.

(115) Sobre la reforma en tiempo de Felipe II y Felipe III, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 21, est. 16 ss.; tít. 22, est. 8, 192-193, 196. *Nueva recopilación*, 3, 16, 11, referente a medicina. Algunos datos de Nebrija y Mayáns, M. Peset Reig, «Inéditos de Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781) sobre el aprendizaje del derecho» *Anales del seminario de Moncada*, 6, 11 (1966) 49-110, en 94 ss.

El informe de Salamanca desea mantener la forma de los estatutos, *Plan...* Salamanca, 1772, 35-36, 37, 40 y 42.

prensión de su asignatura, que entregan a sus alumnos; con el tiempo podría imprimirse como anotaciones a los libros de texto. Los catedráticos celan la asistencia de sus alumnos: apuntan cuidadosamente en un librete sus faltas, que deberán recuperar en el cursillo, so pena de no alcanzar el pase del curso, como veremos. Un bedel vigila la asistencia de los catedráticos y la permanencia en el aula durante el tiempo de clase de profesor y alumnos. Los consiliarios —elegidos entre alumnos— velarán la conducta y aplicación de su nación respectiva. El rector, junto con el catedrático más antiguo, visita las cátedras cada dos meses. Rector y cancelario o maestrescuela, por lo demás, son los encargados de mantener el rigor de los estudios, el orden, disciplina y buena conducta de los estudiantes (116).

En real provisión de 15 de julio de 1772, se recordaba otra anterior de marzo, en la que se previno que no se ausentasen los catedráticos de la enseñanza. El rector había solicitado mayores facultades conforme a los estatutos, para que se les forzase a pedir licencia. Se establecía que los catedráticos de regencia pudiesen dejar de leer treinta días seguidos o interpolados, con tal de enviar un sustituto. Si quieren obtener el mes de gracia que les conceden los estatutos, tendrán que solicitarlo del rector y lograr que se acuerde, *nemine discrepante*, como se ordena en el estatuto primero del título cuarenta y siete. Por ninguna razón podrán exceder de sesenta días los que dejen de leer, bajo pérdida de salario, salvo enfermedad demostrada, en cuyo caso el sustituto será nombrado por rector y consiliarios, con preferencia de doctores sobre licenciados y éstos sobre bachilleres; en este caso, se pagará la mitad del salario al sustituto.

Los catedráticos de propiedad, como leen tres meses menos, sólo podrán disfrutar de quince días, por razón de enfermedad —certificada en todo caso por los catedráticos de prima y vísperas de medicina— o de ausencia de Salamanca, con licencia del rector y del claustro de diputados; los días que faltaren serán recuperados después de san Juan, en el verano, por ellos mismos, y se les descontarán por cada día cuatro ducados en beneficio del arca de la universidad, salvo que sea por enfermedad. Explicarían los sustitutos nombrados al principio del curso por el claustro de la facultad, sin que haya que pagarles, a no ser que se superen por enfermedad los quince días, en cuyo caso recibirán la cuarta parte de su salario de los días que sustituyen. Si faltan sin justificación de

(116) *Plan...*, Salamanca, 1772, cuaderno de observaciones, 127, sobre este complejo sistema de vigilancia, 128, 131, 139. Todo ello está en la más pura tradición salmantina, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, bedel vigila a catedráticos, tít. 47, est. 6, 269; el rector visita cada dos meses las cátedras, tít. 22, 195-196; el cancelario, tít. 21, est. 29, tít. 68, en general, 194, 331 s.; sobre puntual asistencia de alumnos, tít. 28, est. 27, tít. 21, est. 28, 211 y 194. Este último —de Caldas— dice: «Item, porque los estudiantes que salen de la lección antes de hora, no pueden sacar della el fruto, que se desea: Estatuímos y ordenamos que tengan cuidado de entrar en las lecciones, juntamente con sus maestros y no salgan de los generales hasta que sean acabadas, y si antes se salieren, no ganen curso, y así no lo pueden ganar los que no tuvieron el libro que se lee en la lección de la cátedra en que pretenden cursar».

enfermedad, por más de quince días, perderán toda su renta que se dividirá por mitad entre sustituto y arca de la universidad, y si fuera por más de seis meses, perderán la cátedra —los de regencia la perdían por dejar de explicar más allá de los sesenta días a que tenían derecho—. El bedel controla estas faltas, bajo su responsabilidad, para que se apliquen estas disposiciones, que, con todo su casuismo, revelan un designio de exactitud y cumplimiento de las obligaciones (117). En 1774, se produjo un supuesto de faltas, del catedrático de prima de cánones Pedro Casamayor, y el consejo ordenó que pagase el catedrático, el mayordomo por no haber descontado y el bedel por no anotar la falta; recurrieron al consejo, haciendo ver que el expediente no se había tramitado normalmente, y se les condonaron las multas (118).

Finalmente, unas líneas acerca del contenido de las explicaciones. Las materias de las diversas asignaturas son objeto de examen aparte, pero puede presentarse aquí la forma general de su determinación. En las constituciones de Martín V, eran rector y consiliarios quienes las designaban a cada cátedra, en los comienzos del curso. Después, en los estatutos de los siglos XVI y XVII, se especifican con todo detalles para los diferentes maestros. Se describe minuciosamente lo que deberán exponer en cada período: de san Lucas a navidad, enero y febrero, marzo y abril, mayo y junio, etc., —a veces con mayor o menor división de tiempos—. Y en cada tiempo señalan los textos —por poner dos ejemplos— de Avicena o del código de Justiniano. Más todavía, como no cabe explicar el texto en un curso, se distribuye en una serie de años, generalmente cuatro. Los catedráticos lo irán exponiendo sucesivamente; el quinto año podrán elegir tema libre. La precisión de las lecturas es máxima en la Salamanca antigua. A partir del plan de estudios, que nos ocupa, se señalan tan sólo los autores o libros. Queda al arbitrio de quien los explica su distribución en las distintas épocas del curso. La materia se oye completa; termina la explicación en cursos sucesivos y variados. Salvo alguna excepción, se explica materia idéntica todos los años, por el libro asignado (119).

(117) Colección..., Salamanca, I, 107-112.

(118) Colección..., Salamanca, I, 170-171.

(119) Designación por el rector en const. XII de Martín V, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 21, aparte los estatutos determinan en cada cátedra, lo veremos en la parte referida a estudios y facultades. La imposición de libros por el plan, parecía difícil en un primer momento; el consejo autorizará a valerse de los más frecuentes y pide lista de los escasos, *Plan...*, Salamanca, 1772, *Dudas*, 149, 153.

Por dar un ejemplo de la distribución tradicional, reproducimos las materias de la cátedra de mañana de código, en leyes. Primer año: «El catedrático de código de la mañana leerá, de san Lucas a Navidad el título, *C. de edendo*. Enero y febrero el título *C. de pactis*, hasta la ley *In bonae fidei*, marzo y abril hasta acabar la ley *Traditionibus*. Mayo y junio acabe todo el título. Julio y agosto *De transactionibus* todo lo que pudiere». Segundo año: «... leerá *De contrahenda emptione*. De san Lucas a Navidad todo el título. Enero y febrero, de *Rescindenda venditione*. Marzo y abril, *Quando liceat ab emptione discedere* y *C. sine censu, vel reliquis*. Mayo y junio, de *Periculo et commodo rei venditae*. Julio y agosto, de *Actionibus empti*». Tercer año: «Leerá codice de *Pignoribus*. De san Lucas a Navidad, hasta la ley *Debitores* 10. Enero y febrero, acabará el título y el *In quibus causis pignus tacite contrahatur*. Marzo y abril, leerá el título *Si res aliena pignori danda sit*, y el título, *Quae potiores in pignore habeantur*. Julio y agosto los demás títulos». Cuarto año: «De san Lucas a Navidad leerá *Ad*

Las repeticiones de los catedráticos de propiedad

Una de las actividades docentes más solemnes en la Salamanca tradicional fueron las repeticiones o relecciones de los catedráticos de propiedad. Son conferencias magistrales, ante el pleno de la universidad, en que se abordaba algún tema de su materia; fruto máximo de la labor docente de sus profesores, se mantenían en la época que nos ocupa.

Se continuaba el precepto de 1422, de la constitución XIII, de ofrecer una cada catedrático de propiedad de la materia que había de leer o hubiere leído aquel año, bajo la correspondiente multa, en caso de omitirla (120). Se celebrarán en los días festivos, salvo domingos y otras fiestas muy señaladas, anteriores al día de san Juan. El acto era muy solemne: los bedeles acompañaban con sus mazas al doctor catedrático que iba a repetir o exponer su lección; asistían catedráticos, graduados y cursantes de la universidad. La repetición se imprimía, bien por el mismo catedrático con anuencia del claustro y del obispo bien se entregaban firmadas, para su posterior impresión por la universidad; se repartían y se guardaban en la biblioteca (121).

Estos actos aunque no muy frecuentes, eran, por la solemnidad y asistencia de que se les rodea, el nivel más elevado de la docencia salmantina. En otros tiempos significaron mucho; en la época que describimos están en decadencia. Sin embargo, el consejo no se cuidó de impulsar su reposición. Quizá su alto nivel no iba especialmente dirigido a la enseñanza de los alumnos, a quienes un estudio profundo de algunas cuestiones quedaba fuera de su alcance.

Disputas o actos pro universitate

A las repeticiones descritas siguen, en orden de importancia, los actos *pro universitate*. Muy enraizados en la tradición salmantina, consisten fundamentalmente en una discusión o disputa acerca de temas académicos, en presencia de los miembros de su facultad, una defensa de conclusiones, a la que siguen argumentaciones sobre ellas.

Tradicionalmente se celebran en los asuetos de los jueves, en el tiempo que va desde san Lucas a Nuestra señora de septiembre. Su número era distinto según las facultades. Veintidós en teología y medicina, y veinticuatro —en total— para cánones y leyes. En la facultad teológica, además, se distingue entre actos mayores, iguales a los de otras facultades, y menores —doce de

Trebellian, acabe la ley *iubemus*. Enero y febrero acabe el título. Marzo y abril, de *Institutionibus, et substitutionibus*, ley *Generaliter*. Mayo y junio, de *Fideicommissis*, hasta la ley *Quoties*. Julio y agosto, acabe el título». *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 157, 161, 165, 168.

(120) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XIII, 22. «Item statuimus, et ordinamus, quod quilibet Doctorum, et Magistrorum salariarum legentium ordinarie, et Licenciatorum cathedras primae regentium iuris canonici, vel civilis unam repetitionem quolibet anno facere teneantur circa materiam, quam lecturus sit, vel legerit illo anno».

(121) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tit. 43, est. 1 y 3, 264.

ellos—, caracterizados por la menor categoría académica de actuante y asistentes (122).

Usualmente se denominan actos *pro universitate* a estas disputas, si bien el término se aplica también a una forma especial de los mismos, los actos *pro cathedris*, que están obligados a defender los de cátedras menores o de regencia. Para contraponerlos se habla entonces de actos *pro doctoribus*, para designar aquellos estrictamente. La reunión con motivo de los actos o disputas es solemne. Rector y maestrescuela de la universidad asisten; se presiden por uno de los doctores o maestros que componen el claustro, por riguroso turno; estarán presentes todos, doctores, maestros, graduados, estudiantes.

El presidente —un doctor, catedrático o no, por turno— es quien designa al sustentante las conclusiones o puntos de doctrina a defender, quien será bachiller o al menos estudiante de tercer curso. El mencionado sustentante viene obligado a entregar sus conclusiones al presidente doctor con ocho días de antelación. Impresas, se reparten y ponen a la puerta del general. Después, el acto consistiría en defenderlas durante media hora; cuando acaba, le arguyen los doctores, licenciados y demás, por orden de antigüedad, durante dos horas en total. Al fin, el presidente, como especie de resumen, está obligado a dar la solución de cada argumento, para que los oyentes puedan aprovecharse de tales actos.

Como forma especial, debemos ocuparnos de los actos *pro cathedris*. Los catedráticos de las cátedras menores o de regencia tienen especial obligación de sustentarlos en persona. Pero si son doctores o licenciados, pueden hacerlo designando un bachiller, que les sustituye (123).

En la Salamanca del xviii se mantienen vivos los actos de disputas en medicina y en teología. En cambio, andan decaídos en las facultades de derechos, como podremos apreciar. Es de especial interés la descripción que hace el claustro de medicina, en el informe del plan de 1771, sobre cómo se celebraban; presididos por doctores y con la duración y caracteres descritos, solían hacerse sobre dos de las seis conclusiones. Argüían los doctores, si gustaban, pero se procuraba dejar cuatro argumentos de medio cuarto de hora a los estudiantes, sin dejar consumir todo el tiempo en las disputas de los doctores. El tiempo de defensa era de un cuarto de hora; luego un estudiante argüía *de medio* a una conclusión, al que replicaba algún doctor, hasta completar, todo lo más, la primera hora del acto. Inmediatamente nuevos argumentos *de medio* e inter-

(122) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, en general y para derechos, tít. 23, est. 1 y 3; medicina, tít. 27, est. 1 ss.; teología, tít. 35, est. 1 ss.; 196-197, 202-203, 201 ss. En teología hay distinción entre mayores y menores, estos poco regulados, sustentados por no graduados y duran tres horas; posteriormente se altera su número, véase nota 134. Después aparecen también los actos menores en las demás.

(123) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 23, est. 1 ss., 196 ss. Puede verse, sobre que no se enzarcan en disputas los doctores, est. 9 y 10. Unas resoluciones del consejo sobre actos, por un catedrático de decretales, cartas orden de 17 de febrero y 31 de marzo de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 56 ss., 119-120.

vención de doctores sobre las otras conclusiones; tiempo máximo: media hora para cada una. Pero el acto duraba sólo dos horas (124).

Descritos un tanto estos actos, interesa examinar cómo impulsó el consejo su restauración y realización. Ya desde época anterior a Carlos III se busca reponer los de derechos, que no se celebraban desde comienzos del siglo xvii, salvo los *pro cathedris*, como mera caricatura de su vieja forma, como actos formularios o toreros, con duración de tres minutos, sin argumentaciones (125). El primer intento de renovarlos se produce en 1743, a instancia del claustro, con oposición de los juristas. Pero, aunque se regule, nada se conseguirá. En 1766 se vuelve a insistir por teólogos y médicos, hasta alcanzarse la real provisión de 8 de enero de 1769, que recoge extensamente los estatutos salmantinos, devolviendo su pristina pureza a la celebración de estos actos en derecho (126).

La real cédula hacía referencia a los estatutos, en donde se hallaban regulados para las facultades de leyes y cánones, aunque no se celebraban. Exigía su celebración y dar cuenta al consejo para su control, repitiendo la legislación de 1743. El claustro nombró una comisión y se remitió informe al consejo, quien adoptó las siguientes prevenciones: se cumplirán los estatutos, realizándose 24 actos cada año, *pro universitate*, esto es, de dos horas por la mañana y dos por la tarde, «los quales deben ser rigurosos y con toda formalidad que previenen los estatutos, quitando y borrando hasta la memoria (si puede ser) los formularios o toreros, como indecorosos e indignos». Serán presididos por los doctores, por antigüedad, sin que los catedráticos se excusen, sean de propiedad o temporales —con una sola presidencia cumplen como doctores y catedráticos—. Caso de no ser doctores deberán actuar, presididos por un doctor, los catedráticos de regencia. El doctor nombra el sustentante entre los bachilleres y estudiantes de tercer curso, obligándoles bajo pena de perder grados, cursos y derechos a la cátedra... Los sustentantes de los diez primeros, llamados *pro cathedris* no llevarán salario, pero sí los restantes, con propinas de acuerdo con los estatutos; se cargará a la universidad los gastos de impresión de conclusiones,

(124) *Plan...*, Salamanca, 1772, 20, 28, 29, en donde se señalan las materias de las conclusiones en medicina. Para derecho se advierte en una ocasión que sean «concernientes a la asignatura de su cátedra», real provisión de 17 de febrero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 56-57.

También al resolver las *Dudas* se aclara que no se han derogado los asuetos de jueves, en que se celebran, *Plan...*, Salamanca, 1772, 154. Después se acumulan a los 24 primeros, consúltase nota 1, página 24.

(125) Criticados por Mayáns en su carta al conde de Valromé, M. Peset Reig, «Inéditos de Gregorio Mayáns Siscar...», 94, así como en sus *Disputationes juris*, 2 vols. Lyon, 1752, I, *Praefatio*, sin paginación, número 4. Se hace eco la real provisión de 8 de enero de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 188.

(126) Se insertan sus representaciones en la real provisión de 8 de enero de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 186 ss., 192 ss. Los juristas argüían de prescripción por no haberse celebrado en ciento sesenta años, que al ser de doctores, no comprenden a los catedráticos, el exceso de trabajo e incluso, cierta inquina de las demás facultades, «que parece tienen empeño muy particular en ajar a los catedráticos de las facultades de leyes y cánones, con expresiones poco decorosas a su carácter y al respeto que merecen, por ser como son las personas de la primera clase que componen el cuerpo de la universidad», la cita en 197.

para que no se retraigan con esta excusa; no habrá loables, ni refrescos ni convites, ni juegos que se suelen acostumbrar tras la celebración...

Cuatro días antes de la celebración se fija a la puerta del aula o general una conclusión impresa, de acuerdo con estatutos. Se realizarán con toda decencia, sin admitirse palabras injuriosas o denigrantes. Los argumentos de medios se hacen por los bachilleres y estudiantes de tercer curso, y si alguno se resistiese se le borrará de la matrícula y fuero académico, actuando después los doctores, bajo pena de diez ducados. Antes se celebraban desde san Lucas a san Juan, después se prorrogó hasta Santiago y más tarde hasta Nuestra señora de septiembre. Se considera suficiente hasta Santiago —25 de julio— ya que es el término de los estatutos y hay tiempo suficiente. Tras celebrarlos, en julio, se remitirá al consejo lista de todos ellos por el rector y secretario, bajo pena de privación de oficio (127).

En suma, su regulación coincidiría aproximadamente con la tradición salmantina. No obstante cabe destacar algún aspecto nuevo: procuraba excusar gastos, señalaba como fechas hábiles desde san Lucas —18 de octubre— hasta la festividad de Santiago; obligaba al rector a comunicar al consejo la lista de los celebrados, en la última quincena de julio, con expresión de sustentantes, arguyentes y presidentes, así como los motivos o causa que dio lugar a que no se realizase alguno (128).

Particularidad nueva era también ordenar «que en la facultad de derecho haya cada año veinticuatro actos mayores *pro universitate*, esto es de dos horas por la mañana y otras dos por la tarde», lo que suponía un alargamiento del tiempo tradicional de dos horas. En 24 de enero de 1769 se enviaba representación al consejo, por averiguar si se trataba de mero error del amanuense; también otra representación de los catedráticos de regencia exponía sus reparos a sustentar *pro cathedris*, presididos por doctores que habían sido sus oyentes y discípulos, buscando conseguir que se les permitiera presidir, sin obligarles a actuar, a pesar de no ser licenciados o doctores. El consejo —quizá harto de la continua oposición— ordenaba, sin más, el cumplimiento de sus disposiciones; tan sólo concedía a los de regencia un plazo de seis meses para alcanzar el grado, que les eximía, conforme a estatutos, de actuación y defensa personal (129).

Pero todavía siguió la cuestión adelante. Se eleva nueva representación al consejo, en relación con un arreglo, que se había hecho en claustros de 20 y 30 de enero, para la aplicación de la real provisión de 8 de enero de 1769. Según él, se señalaba para el corriente año solamente doce actos, por estar ya avanzado

(127) Real cédula citada en nota anterior. Hay también alguna otra que prohíbe comedias o las regula, para evitar que coincidan con actos, *Colección...*, Salamanca, I, 76, 206-208; otra sobre actos, 144-152.

(128) Real provisión de 8 de enero de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 188-189.

(129) Representaciones y disposición de la real provisión de 21 de febrero de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 144-152.

el curso y se establecía un tiempo de media hora para la defensa de conclusiones y cuatro argumentaciones para estudiantes, dejando las restantes, hasta completar el tiempo, a los catedráticos más modernos, que de momento deberían ser los sustitutos que regentaban algunas cátedras vacantes. El consejo no admitirá «el atentado e irreverente acuerdo o arreglo»; exige que se realicen los veinticuatro actos ordenados, habilitando por días útiles todos los que son para tener actos; los actuantes —de tercer curso— deberían sustentar por media hora —entre mañana y tarde—, después dos estudiantes argüirían por medio cuarto cada uno y completarían el tiempo los doctores. De momento mantenía que fueran los dos catedráticos más modernos en la facultad, quienes, a falta de otros, sostuvieran la argumentación. Parecía quedar zanjada toda dificultad por la real provisión de 22 de abril de 1769 en donde se daban estas soluciones (130). Pero todavía surgirá nueva consulta. Los catedráticos de cátedras más modernas quedaban encargados, de por vida, con las argumentaciones, según la interpretación que se daba en Salamanca. De ahí que, los de cánones, acudan al consejo para lograr disposición más favorable. Representan a Madrid y alcanzan la carta-orden de 3 de noviembre de 1770: debe corresponder la argumentación a los cuatro doctores más modernos, que no hayan intervenido en los dos actos precedentes de la facultad (131).

Por último, nos referimos brevemente a los problemas planteados al consejo, en relación a los actos en la facultad de teología, en los años 1770 y 1771. Dentro de ella, la cuestión era distinta. Los manteístas o seculares —profesores y alumnos— se veían preteridos por las comunidades religiosas (132): éstas se reservaban un acto mayor y otro menor para cada una de ellas, dejando tan sólo un acto de cada tipo a los seculares. También tomaban los mejores bancos en la sesión, alternándolos entre ellas y dejando siempre los últimos a los estudiantes seculares. Tampoco querían que los gastos derivados de la celebración de aquellos actos se pagasen de fondos de la universidad; y si las órdenes podían soportarlos era muy gravoso para los seculares. Los manteístas elevan varias representaciones sobre el particular. El consejo pedirá informe: que se comunicara cuántos actos mayores y menores, *pro universitate* y *pro cathedris* había en esa facultad y si es cierto que los manteístas sólo tienen un acto mayor y otro menor, siendo iguales a cualquier colegio o comunidad; que si es cierto que se permite a los regulares sustentar actos sin ser bachilleres y quien nombra, en cada uno de ellos, a los sustentantes. Si es cierto que los manteístas se sientan atrás, siendo preferidos los regulares. O sea si «se verifica la odiosa distinción de manteístas, colegiales mayores, militares y menores en los asientos, bancos, puertas o en cualquier otra cosa que suene a preferen-

(130) Real provisión 22 de abril de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 211-221.

(131) Carta orden de 3 de noviembre de 1770, *Colección...*, Salamanca, II, 107-110.

(132) La facultad de teología está dominada por las órdenes religiosas, como leyes y cánones por los colegiales, véase M. y J. L. Peset, *La universidad española...* 46-48.

cia» (133). No debe haberla como no la hay en la iglesia, a excepción de doctores y catedráticos que tienen ese derecho... Por la real provisión de 3 de diciembre de 1771, se aumentaba el número de actos a dieciséis mayores y otros tanto menores; doce para regulares y cuatro para seculares, de cada clase. Reserva a los estudiantes manteístas, además, un argumento de medio en los de regulares, les concede mejores bancos y manda costear por la universidad las conclusiones y gastos. Se anunciaba ya el futuro triunfo de los manteístas, relacionado con las reformas de 1777 (134).

Los actos *pro universitate*, vuelven a la universidad salmantina. El consejo de Castilla los apoya decididamente, como vehículo para el aprendizaje y esplendor de aquel estudio celebrado.

Lecciones de extraordinario de bachilleres

Los bachilleres aspirantes a licenciarse estaban obligados a explicar, en el tiempo antiguo. Otra institución decaída, que el consejo pretenderá volver a implantar. Sus explicaciones de extraordinario —como se llaman— poseen una doble finalidad, la formación de los no graduados y la de los propios bachilleres, futuros licenciados y opositores a cátedras. El consejo de Castilla insiste en su valor, ya que, según afirma su fiscal, «en otro tiempo fueron temibles y respetables... pero hoy son ridículas, porque apenas queda sino el nombre de ellas»; han sido sustituidas por «pasos» en casas particulares, que no son dignos de la universidad, tanto «porque no todos los que tienen semejantes pasos son idóneos para enseñar, como porque el corto número de oyentes y el poco respeto que les tienen, impide la aplicación y el estímulo, que es el más poderoso aliciente para el estudio» (135).

Las constituciones XVII y XVIII de Martín V y estatutos posteriores, mandaban que los bachilleres en medicina y teología que han de obtener la ciencia necesaria para el grado de doctor lean de extraordinario durante tres años, los legistas y canonistas cuatro. La lectura era en latín, naturalmente y —a semejanza de los catedráticos— *in voce*, sin dictar, comunicando en la última cuarta parte de la clase una «breve teórica». Se explicaba en las aulas de la universidad, mas si éstas no están libres podían hacerlo en sus propias casas, lo que dio

(133) Se pide informe a Salamanca por carta orden de 4 de septiembre de 1770, en donde se inserta, *Colección...*, Salamanca, II, 10-11.

(134) Real provisión de 3 de diciembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, III, 25-27. En medicina se costean, por ser «regularmente los más pobres», por real provisión 23 de diciembre de 1771, *Colección...*, Salamanca, III, 36-44. Todavía para teología se modifica, dejándose tres de cada clase y ordena se celebren en los 24 primeros jueves, siendo los restantes lectivos, por real provisión de 21 de julio de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 114 ss. sobre su restauración en Valladolid, C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, IV, 454 ss., 457 ss.

(135) *Plan...*, Salamanca, 1772, 119. Carta orden de 4 de septiembre de 1779, *Colección...*, Salamanca, II, 2-5.

lugar al mencionado abuso de los «pasos». Los temas eran los más sencillos, propios de las cátedras de regencia o menores (136).

Las constituciones y estatutos no se cumplían; las explicaciones en casa —«pasos» o «pasantías»— sustituyen a las más adecuadas en los generales de la universidad. Ante la decadencia se intenta una solución. Primeramente por la carta-orden de 4 de septiembre de 1770. El claustro salmantino de juristas ha propuesto que sólo unos cuantos bachilleres expliquen de extraordinario y el consejo decide, tras pedir a la universidad que informe sobre su conveniencia, con el fin de aplicarlo a todas las facultades. Ocho o doce bachilleres, entre los más destacados, serían elegidos en san Lucas para que, explicando en la forma acostumbrada de dos horas por la tarde, repasen los libros de la facultad. El resto de los licenciados ganaría curso asistiendo a cualquier cátedra de su facultad, opositando a una de ellas o concurriendo a las academias (137).

En el plan de agosto de 1771 el consejo reitera el problema pendiente. Ordena su completa restauración y regula estas explicaciones de bachilleres, basado en su tradición y en las normas recientes para Valladolid. Durante un tercio del curso, al menos, el bachiller, con permiso del rector y claustro, explica el libro o título que aquel le asigne, de materias pertenecientes a las cátedras de regencia. La explicación es diaria, en horas que no haya ninguna otra; media hora la emplea en su disertación y otra media en argumentos y defensa; luego el lector resuelve las dudas de sus oyentes. A los no graduados todavía de bachiller, se les exige asistencia anual —al menos durante tres meses— a una de estas explicaciones que verse sobre materias correspondientes al año que cursan o anteriores; los bachilleres explican, los cursantes las oyen (138).

Unos años más tarde la real provisión de 5 de marzo de 1773 ha de insistir. Descubre, a través de la queja de un licenciado en cánones, que no han sido establecidas las explicaciones de bachilleres en la universidad; aún más, el claustro informa

que las explicaciones de extraordinario no han producido los buenos efectos que se prometió el Consejo y que produjeron en otro tiempo, y que impiden el adelantamiento de bachilleres y estudiantes; de aquéllos, porque teniendo obligación de asistir a las cátedras del curso correspondiente, no pueden dedicarse al estudio de las materias que explican de ordinario; y de éstos, porque asistiendo

(136) Constituciones XVII y XVIII; tít. 21, est. 4, 8 y 16; tít. 32, est. 1, 2, 3 y 15, en este último cómo se probaba por testigos; tít. 22, est. 1 y 2, visita del rector, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 27, 187 ss., 217-218, 195.

(137) Carta orden de 4 de septiembre de 1770, *Colección...*, Salamanca, II, 2 ss. Antes de la aparición del plan surge una novedad por la real provisión de 25 de mayo de 1771, en II, 151 ss., se anula, por el momento, la constitución XVIII, admitiendo sin repetición ni lecciones de extraordinario al examen de licenciatura a los bachilleres con cinco años desde que pudieron obtener el título de bachiller, o lo obtuvieron. Intenta facilitar el grado superior, dado que estas prácticas estaban abandonadas.

(138) *Plan...*, Salamanca, 1772, 116-117.

a dos cátedras de distinta conferencia, no tienen lugar para la tercera lección o conferencia, de la explicación de extraordinario —y añade— que de esto puede nacer el que los estudiantes no lleven estudiadas a las cátedras las conferencias con la inteligencia con que lo hacían cuando no asistían a las explicaciones de extraordinario (139).

El consejo les contestaba que no practicándolas, no pueden saber sus efectos y que los bachilleres, durante sus lecciones, están dispensados de asistir a las cátedras, según decreto de 28 de abril de 1772 y provisión a la universidad de Valladolid de 13 de mayo del mismo año; por lo demás, los estudiantes anteriormente no aprendían las lecciones de memoria; no puede, pues, el claustro saber si ahora las llevan mejor o peor. Además, pueden asistir a las explicaciones sin esfuerzo, por ser todas ella de repaso. Opina «que ni hay ni puede haber ejercicio más útil, que el de las explicaciones de extraordinario para los bachilleres y los estudiantes; para aquéllos porque les adelanta y ensaya en el arte difícil de enseñar, que han de ejercer después en las cátedras; y para éstos, porque asistiendo a dos cátedras y a una explicación de extraordinario, por el corto término de tres meses, logran haber dado una vez, y repasado dos cada año, la asignatura de aquel respectivo curso, que es el medio más fácil y mejor para entenderla y conocerla perfectamente, y el mismo que practicó aquella universidad en sus más florecientes siglos». Reconviene severamente al claustro y rector, ordena se ponga en ejecución todo lo dispuesto (140).

Dejemos las explicaciones de extraordinario, que persistirán en la historia de nuestra enseñanza superior hasta los años de 1840, con mayor o menor fortuna. Adentrémonos en otra actuación, también a cargo de los bachilleres.

Las repeticiones de los bachilleres

También en orden a licenciarse, la constitución XVIII y los estatutos salmantinos mandaban al bachiller realizar un solemne acto de repetición pública. La real cédula de 24 de enero y la real provisión de 14 de septiembre de 1770 insisten en su cumplimiento, manteniendo, casi totalmente, las formas tradicionales de estas repeticiones.

Se celebraban en los días no lectivos que no fueran domingos —salvo que se comprometiese a examinarse en los quince días siguientes en la capilla de santa Bárbara, como caso de urgencia—, en los lectivos entre las horas de prima y de vísperas, e incluso, en los días de vacaciones. Ocho días antes de realizarla, debe el bachiller presentar al doctor que actúe como padrino la repetición y las conclusiones; éstas deberán fijarse con tres días de antelación

(139) *Colección...*, Salamanca, III, 105.

(140) Real provisión de 5 de marzo de 1773, *Colección...*, Salamanca, III, 151-158, el texto en 156, algunos detalles de las frases dependen de que la real provisión se dirige a un canonista.

—o antes de las vacaciones, si se repite en ellas— en dos lugares importantes de la universidad. El día anterior se solicita aula al rector, se anuncia el acto en la cátedra de prima o vísperas de la facultad y se entregan en persona las conclusiones a los doctores de la facultad, que luego vayan a examinarle. Ese mismo día avisa al bedel para que acondicione y adorne el general con la tapicería, doseles y alfombras que posee la universidad. Al examen deben asistir los cuatro doctores más nuevos de la facultad y los cuatro examinadores más modernos en santa Bárbara. Debe disertar el bachiller hora y media y defenderse de argumentos durante el mismo tiempo; en la argumentación deben intervenir —aparte los doctores que quisieren según el orden de antigüedad— tres bachilleres o licenciados, nombrados por el rector, proponiendo como máximo cada uno cuatro argumentos, pero pudiendo replicar a las respuestas cuantas veces quisieren. El acto se hace con gran solemnidad, pudiendo concurrir a él hasta seis trompetas y tres pares de atabales, pero no más, y no pudiendo acompañarse de comida. Las repeticiones deben guardarse firmadas en la biblioteca (141).

Las academias dominicales

En este recorrido por las distintas formas de enseñanza en Salamanca, hemos de ocuparnos de las academias. Son, tal vez, la institución que tiene un sentido más práctico, de ejercicio preparatorio para actos, para exámenes de grados. Tienen menor antigüedad, pero están muy arraigadas en la universidad de la época (142). Se celebraban en todas las facultades mayores, seguramente, y, en artes, se solicitaba constituir una propia en el informe de 1771.

Su carácter preparatorio y de iniciación a actos y exámenes de trascendencia determinaba su estilo. Combinan la preparación por un bachiller de una lección con puntos de veinticuatro horas y una disputa que duraba la mayor parte del tiempo. El fiscal y el consejo —en la real provisión de 3 de agosto de 1771, en que se aprueba el plan— no introducen en ellas innovación, describiéndolas aquél brevemente. Se celebraban en domingo, durante tres horas; su dirección y ejecución estaba a cargo del moderante, que, al menos en medicina, es un catedrático. Este nombra una semana antes al presidente, al actuante y a los que vayan a intervenir, procurando que vayan turnando, para que todos los cursantes participen en ellas. Llegado el domingo, en la primera media hora, el

(141) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVIII; tit. 31 en general; tit. 32, est. 14; 27-28, 214 ss., 220. Zúñiga establecía una duración de hora y media para disertación y media de argumentos, suavizando las dos y una de Covarrubias, tit. 31, est. 16 y 8, 216. Véase nota 96. Las órdenes citadas en *Colección...* Salamanca, I, 254-264, II, 24-27, en ellas se altera algo los estatutos, en horario, asistentes...

(142) Hemos encontrado algún dato que permite apreciar su instalación o mejor regulación tardía, pero se refieren a otras universidades: los reales decretos de 7 de diciembre de 1720 y 6 de febrero de 1721 para Huesca, las reales cédulas de 1737 y 1740 en relación a Alcalá, *Estatutos de la Universidad y Estudio general de la ciudad de Huesca*, Huesca, 1723, 78; *Colección de las reales órdenes y providencias...*, Alcalá, apéndice 20, en la real provisión de 19 de julio de 1768, 19 ss. También están en *Estatutos de la Pontificia y Real Universidad y Estudio general de Zaragoza*, Zaragoza, 1753, 71 ss.

actuante, un bachiller cursante de cuarto año, leerá lo que ha preparado sobre los puntos que veinticuatro horas antes le facilitó el moderante, y que han sido fijados con antelación en las puertas del aula. En los siguientes treinta minutos le preguntarán sobre el tema los asistentes designados; en la tercera media hora argumentarán y replicarán los que actuaron y presidieron en la sesión de academia anterior, responderán actuante y presidente de la actual. En la hora y media restante argumentarán alumnos designados de segundo, tercero y cuarto cursos. El moderante vigilará la corrección de las argumentaciones, respuestas y réplicas, señalando los defectos y errores, dando su solución (143).

Como puede apreciarse por sus actuantes y factura, las academias son un escalón menor en la enseñanza, extraordinariamente útil para que los concursantes vayan iniciándose en las ceremonias, actos y exámenes diversos de la compleja universidad.

Algunas instalaciones complementarias de la enseñanza

No se pretende una descripción de locales e instrumentos varios para la enseñanza, sobre los que poca luz nos dan las fuentes manejadas. Más bien queremos describir algunas instalaciones que busca introducir o mejorar el plan. Concretamente consideramos la biblioteca, el teatro anatómico, el jardín botánico y el museo de simples; estos dos últimos ordenados por el consejo.

Biblioteca, es claro, existe desde antiguo en Salamanca. Carlos III recomienda su aumento. Ordena que se halle al cargo de un bibliotecario —no catedrático— con dos subordinados. Destina a ella los libros de las casas jesuíticas, cuando se disuelven. Manda que se compren libros, no sólo con su dotación, sino también con todos los sobrantes de sus rentas. En la biblioteca o librería hay además un esqueleto y una estatua para vendajes que sirven a la enseñanza de la cirugía (144). También dispone la universidad de un teatro anatómico, llamado de

(143) *Plan...*, Salamanca, 1772, 16, 20, 26-27, 42, 97 y 132. Por eso la real cédula de 22 de enero de 1786 y los planes de estudios de 1807 y 1824, se extienden a todas las universidades las academias salmantinas, en medicina —incluso— se crea en todas unas cátedras de moderantía para presidirlas, J. L. Peset, «La enseñanza de la medicina en España durante el siglo XIX: La herencia de Carlos IV y los primeros intentos liberales de reforma (1808-1814)» y «La enseñanza de la medicina en España durante el siglo XIX: El reinado de Fernando VII (1814-1833)» *Medicina española*, LIX (1968) 150, 382, 384; M. Peset Reig, «La enseñanza del Derecho», citado en nota 58 de la primera parte, 246-247, 350-351.

(144) La regulación anterior, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XXX; tít. 55, est. 3 ss., 53, 294-295. También la real cédula de 3 de octubre de 1614, en C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades*, III, 557-558. En lo moderno, la real cédula de 14 de marzo de 1769, *Colección...*, Salamanca, I, 162; en el plan se ordena que estén a su cuidado tres bibliotecarios, uno mayor y dos subordinados, ninguno catedrático; debe destinarse a biblioteca, además de los 2.000 reales que mandan las constituciones, cualquier sobra que haya, *Plan...*, Salamanca, 1772, sobre biblioteca, 123; sobre esqueleto y estatua para vendajes, 25, 98. Se insiste en que se cumpla en real provisión de 15 de septiembre de 1772, E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 840. Acerca de la biblioteca, L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina...*, II, 621-688; en la actualidad está trabajando sobre un inventario del XVIII.

san Nicolás, en que se hacían las clásicas doce disecciones particulares y las seis universales. Ahora se aumentará su número crecidamente a una semanal, obligando la asistencia a futuros médicos y cirujanos. Con iniciativa del catedrático de anatomía, el consejo toma bajo su protección la disección anatómica, se preocupa de ella. Este cuidado está muy en consonancia con la importancia que la anatomía cobra en el XVIII español. Insiste el poder central repetidamente en que se dote adecuadamente de instrumentos y tablas anatómicas al teatro, se nombre un disector anatómico y se faciliten a la universidad los cadáveres necesarios. Ordena al hospital general, al real hospicio y a la casa de niños expósitos de la ciudad, que franqueen los cadáveres de adultos, jóvenes y niños que se requieran para las disecciones, de los difuntos que se produjeran (145). Por último, el consejo y a petición del claustro de medicina, recomienda la pronta edificación de un jardín botánico y un museo de simples o medicamentos naturales, necesarios para la formación de buenos médicos (146).

Junto a las cátedras —unidos a ellas, a veces— una serie de instalaciones más complicadas favorecen la enseñanza. Dotan de vertiente práctica las lecciones y los actos. En su mayor parte —excluida la biblioteca— están ligadas a la facultad médica.

Todo esto —las diversas formas de enseñanza y las instalaciones complementarias— ofrece la universidad a sus alumnos. Veamos, en el último apartado, qué les exige.

Disciplina académica

La asistencia a clase y a los actos varios eran las metas que se proponía la universidad; pero también se preocupaba respecto a los alumnos de problemas que hoy no parecen pertenecer a su incumbencia. Se ocupaba de sus costumbres, de sus alojamientos y conducta, con el fin de asegurar un estudio continuado y suficiente. También bosquejaremos ese cuidado general por las buenas costumbres escolares.

El paso de unas cátedras a otras —el pase de curso— no requería exámenes.

(145) En los estatutos se preceptúa: «Fuera de la lectura ha de ser obligación, a hacer a la hora de su cátedra doce disecciones particulares, tres de ojos, tres de corazones, tres de riñones, tres de laringes, y estas particulares pueden ser de bues o carneros, así mesmo ha de hacer seis disecciones universales»; éstas eran la primera de vísceras abdominales, torácicas y craneales, la segunda de las partes que las tocan y de genitales, la tercera de venas y arterias, la cuarta de músculos de pecho, cerviz, cabeza, pierna y brazo, la quinta de huesos y la sexta, sobre un perro vivo, para demostrar el movimiento del corazón, el uso de los nervios recurrentes y el de las partes del pecho y abdomen, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 13, *Cátedra de Anatomía*, est. 2 ss., la cita en el 2, 179-180; *Plan...*, Salamanca, 1772, 19, 23-24, 96. La representación del catedrático de anatomía y contestación del consejo, en real provisión de 18 de enero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 32-34; sobre cadáveres especialmente otra provisión de la misma fecha y otra de 9 de enero de 1773, III, 35-36, 132 ss.; sobre disector anatómico, entre otras cosas, real provisión de 21 de junio de 1772, en III, 112-122. Véase más adelante el estudio de estas disposiciones.

(146) *Plan...*, Salamanca, 1772, 19-20, 26, 98-99.

Unicamente se precisa estar matriculado, su asistencia y aprovechamiento (147). Sólo hay examen para recibir grado. Excepcionalmente, los estudiantes se examinan también en los estudios de gramática —por su corta edad—, y para la entrada en la facultad de artes; incluso en la de cánones, hay un examen tras haber cursado dos años de instituta civil (148). La mera asistencia y aprovechamiento bastaba, pues los conocimientos se rendían en los exámenes de grado. Debían asistir a las clases desde san Lucas hasta el 18 de junio; y si las faltas, que el catedrático apuntaba cuidadosamente, son menos de quince quedaban dispensadas, si más podían suplirse mediante la asistencia al cursillo. Los catedráticos expiden certificado de aprovechamiento y el secretario firmaba la cédula de curso (149).

Otras asistencias y pruebas son exigidas para los cursantes que aspiran a bachiller, el haber oído explicaciones de extraordinario, referentes a las materias estudiadas ese año o en anteriores, y asistir puntualmente a las academias, como hemos visto. También el futuro bachiller en medicina o derecho debe actuar en un acto público mayor o menor durante sus estudios (150). El bachiller que desee licenciarse deberá explicar de extraordinario y hacer una repetición pública; ya hemos descrito unas y otra. En la antigua Salamanca no estaban obligados a asistir a cátedras, pero a partir del plan de 1771 comienzan a aparecer en la mayoría de sus facultades cátedras o estudios para licenciandos bachilleres.

Estas son las exigencias de la universidad, en la época de Carlos III. En conjunto, muy semejantes a las tradicionales. En estos puntos al consejo le interesa más exigir y restablecer, para remediar la decadencia.

(147) El período de la matrícula era hasta navidad formalizándose ante el secretario. Es requisito indispensable para ganar curso; pagaban entonces 8 maravedís los bachilleres y 6 los demás estudiantes, 4 tan sólo los gramáticos, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 44 y 45, 264 ss. Sobre matrícula y jura de los cursos que se tienen, real cédula de 4 de noviembre de 1587, C. M.^a Ajo, *Historia de las Universidades...*, III, 486 ss.

(148) Sobre el examen de gramática, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 27 en general; tít. 28, est. 2; y disposiciones recopiladas al fin, 203 ss., 205, 346 ss.; *Plan...*, Salamanca, 1772, 45, 136. También la real provisión de 9 de mayo de 1776, recogida en la *Real Cédula...*, 1786, 8 y 5-6, sobre los exámenes de entrada en facultad. El examen de facultad y de cánones, *Plan...*, Salamanca, 1772, 37, 111, 130.

(149) *Plan...*, Salamanca, 1772, 36-37, 130-131. Sobre asistencia —más de seis meses al año—, la real cédula de 4 de febrero de 1605, C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, III, 535-536; así como *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28 est. 8, 27 y 29, 206, 211; sobre la cédula de curso y su probanza, 346 ss. Sobre la necesidad de que los cursos se prueben en el año que se ganan, real cédula de 2 de octubre de 1646, E. Esperabé de Arteaga, *Historia pragmática...*, I, 767-768, se reitera por carta orden de 15 de febrero de 1772, recogida en *Real Cédula...*, 1786, 13-14. Sobre asistencia de regulares, la nota 161.

(150) Acerca de explicaciones de extraordinario. *Plan...*, Salamanca, 1772, 120; sobre la actuación, *Nueva Recopilación*, I, 7, 13; *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28, est. 18, 209; y real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 254 ss. En esta última, al exigir acto menor o mayor en medicina y en ambos derechos, plantea una cuestión: los actos menores sólo existen en teología y además, son *pro universitate*, que no sirven para grados, véase nota 96. Quizás en la época que nos ocupa sean las disputas los mayores, mientras los celebrados a estilo de las repeticiones de licenciados sean menores.

Por último, una referencia general a las costumbres, desde los trajes de los escolares a sus pupilajes o alojamientos. Su regulación es estricta en la universidad salmantina, para dotar a sus cursantes de marco adecuado al estudio, aparte de conservarlos en buena moral y costumbres. En los estatutos de 1625 son detalladísimos y minuciosos los preceptos sobre el particular; en la época de las reformas de Carlos III han variado un tanto en muchos aspectos, con una mayor tolerancia, según se deduce de sus textos.

No entraremos en la descripción de trajes en los siglos XVI y XVII. Los estatutos los regulan con toda precisión, cada pieza, su calidad y forma. No se permiten tampoco —además de determinadas formas de vestir— llevar armas, ni máscara, andar en coche, carroza, litera, mula ni caballo; jugar a pelota o representar comedias en día lectivo; ser padrinos de boda o bautizo; comprar al fiado, etc. (151) Estas prohibiciones nos deparan idea de la vigilancia que ejercía la universidad a través especialmente del maestrescuela o cancelario. Mayor interés tiene la forma de alojamiento y vivienda de los estudiantes: los colegiales vivían en comunidad; para los demás se busca —en los estatutos— un régimen análogo. Tendrían que vivir en casa y bajo la dependencia de un bachiller de pupilaje, «personas de buena vida y fama de costumbres, buenos cristianos y que sean graduados de bachiller» (152). Se sujetaban estos bachilleres a un examen *de moribus, et vita, et sufficientia*, por el maestrescuela y doctores, quienes además visitaban las casas de los bachilleres de pupilos (153). Los alojados cursantes deberían estar por facultades, en grupos de unos veinte por casa, sin poder dejarla durante el año, a no ser con permiso del maestrescuela. Se hallaban bajo la estrecha vigilancia del bachiller: éste escribía a sus padres o tutores, desde el primer momento vigila que asistan a clases y a cuáles de ellas, procura que estudien, les prohíbe salir desde las seis de la tarde —las nueve a partir de primero de marzo—, que jueguen, salvo las tardes de festivos y nunca a naipes o dados, vigila en todo momento su estudio (154), su cuidado es tan general y amplio que alcanza a «que sus pupilos amen y teman a Dios, se confiesen en los tiempos debidos y no hablen palabras deshonestas ni en perjuicio de nadie...» (155).

Pero este sistema no se lleva a práctica estrictamente, incluso se permitirán

(151) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XXI y XXXIII, y tít. 65, en general, 34-35, 40-41, 317 ss.; también algunas de las disposiciones que se recogen de 1553 y 1596, 357-358, 391-392. Sobre estos temas, la real cédula de 2 de mayo de 1587, otra de 25 de noviembre de 1643 y la de 2 de octubre de 1646, C. M.^a Ajo, *Historia de la universidad...*, III, 485, 642-643, 14, IV, 13-14.

(152) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 66, est. 1, 321-322.

(153) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 66, est. 1 ss., 9, 11 y los núms. 22, 27, 28 y 31 ss. de la instrucción inserta en el mismo título, 322 ss., 327 ss.

(154) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 66, núms. 1 ss. Instrucción, 323 ss.

(155) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 66, núm. 10. Instrucción. En ella, núms. 13 s., 16 ss., 25, se regulan los más mínimos detalles: comidas, precio de pupilaje, hasta «que no muestren pasión en cátedra», ni se consienta que los pupilos se apasionen.

o tolerarán otras formas, además de colegios y los descritos pupilajes (156). En la época que pretendemos revivir es evidente su desuso, seguramente sólo queda su recuerdo de aquel «cuidado de destinarles posadas con conveniencia» (157). Cuando lo regule el consejo por la real provisión de 19 de febrero de 1772 se inspirará en aquella disciplina, pero ciertamente con mayor flexibilidad y tolerancia; mandará que «se ejecuten por todos los medios posibles, acomodados al presente tiempo, los pupilajes de bachilleres, de que trata el título sesenta y seis de los estatutos de esta universidad; y para este efecto facilitaréis a los que quisieren tenerlos algunos empréstitos del Arca» (158). Pero el sistema general era dar licencia a vecinos, previo informe, para tener posadas o pupilajes, por maestrescuela y doctores visitantes. En ellos podían reunirse varios, por facultades, pero era voluntario para los alumnos o estudiantes. Se les autorizaba también el estar de pupilos dos alumnos solamente; tan sólo se prohibía la residencia de uno solo, aislado, «porque siendo uno solo es fácil la cohesión con los patronos y la ocultación de una vida licenciosa y desaplicada» (159), pero incluso lo toleraba con tal de que viviesen en casa de algún pariente o persona a satisfacción de sus padres o tutores. También se refería algo la real provisión a los colegios menores, que deberían establecerse por facultades y admitir su máxima cabida y daba algunas disposiciones sobre el traje (160).

Por lo demás, para el mantenimiento de la disciplina era el órgano adecuado el tribunal del maestrescuela, que les vigila y castiga, incluso con pena de prisión. Su actuación está conectada con todos los problemas de fuero académico (161). De sus disputas con el rector, en esta época, nos ocuparemos después.

(156) Zúñiga habla de clérigos y otras personas, que dan alojamiento, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 66, est. 7, 323. Acerca de la vida estudiantil, L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina*, III, 335 ss., alojamientos 359 ss.

(157) *Plan...*, Salamanca, 1772, 73.

(158) Real provisión de 19 de febrero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 58 ss., cita en 58. Se aplica esta misma después a la universidad de Alcalá de Henares, *Colección de las reales órdenes y providencias...*, Alcalá, apéndice 10 ss. J. L. Peset, E. Hernández Sandoica, *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, 1983.

(159) Real provisión de 19 de febrero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 59.

(160) *Colección...*, Salamanca, III, 58-66; asimismo otra de 26 de octubre de 1771, en II, 186-193, establece cierta inspección del traje en el momento de la matrícula; mientras otra prohibía sombreros chambergos con sotana, carta orden de 11 de julio de 1770, en II, 1-2. Otras disposiciones miran al arreglo de las comedias, carta orden de 2 de septiembre de 1767 y dictamen fiscal de 25 de febrero de 1769, en I, 76 y 206-208, respectivamente.

(161) Sobre la jurisdicción del maestrescuela, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XXII y XXIII, tít. 68 completo, 36-37, 37-38, 330 ss.; también sobre ayuda de los corregidores, 338 ss. En *Nueva Recopilación*, I, 7, 18 ss. y 28. En la época de Carlos III varias disposiciones, *Colección...*, Salamanca, II, 91-95, 227, III, 78-80. Acerca de los cancelarios de la época —estará con frecuencia vacante— véase D. Simón Reig, *Las facultades...*, 45, sobre el rector y sus conflictos, 55-57.

Conectado al fuero —aunque también a efectos de ganar curso— se establecía en el plan que los colegios y conventos no deben dar clase a la misma hora, debiendo acudir a las de la universidad, *Plan...*, Salamanca, 1772, 128; recogido por la *Real Cédula...*, 1786, 9-10. Para adentrarse en el problema de asistencia y relación de religiosos con la universidad, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XIX, XXXIII, tít. 28, est. 24 y 28, páginas 32, 59 ss., 211; *Colección...*, Salamanca, II, 111-112, 140-142, 143-144, 170-178, III, 77-78, 125-127; *Real Cédula...*, 1786, 7-8, 57-58.

IV. ESTUDIOS Y FACULTADES

Hemos presentado con suficiente detalle las formas de enseñanza, la disciplina académica y el examen y celebración de grados. En este apartado —finalmente— nos proponemos entrar en el contenido de los estudios en Salamanca, con ocasión del plan de 1771 (162). Los distribuimos en sus diversos sectores, desde la gramática a las facultades mayores. En cada uno intentamos precisar materias y cursos en estatutos —en la gran época de Salamanca— para, después, notar las modificaciones surgidas, a veces por transcurso del tiempo, otras por instigación de la política carolina, especialmente en el plan de estudios. Su inteligencia es necesario complemento del método de enseñanza y grados, que precisamente se nutren de estas concretas materias. Su interés es mayor, si cabe, para conocer el estado de la pedagogía universitaria salmantina del XVIII e ir completando aspectos de la historia de las ideas.

Gramática y artes eran sendero obligado para los estudiantes. Luego derivaban hacia facultad mayor. Salvo, claro es, los maestros en artes que sólo cursaban en esta facultad. Por ello, la formación de cualquier estudiante había de pasar por tres estadios: gramática, filosofía o artes y su propia facultad. La implantación del plan se hizo lentamente, tanto por las resistencias de la universidad, como por la lentitud con que el consejo la impulsaba (163).

Estudios de gramática

Constituyen éstos algo previo a la entrada en la facultad de artes (164). En ellos se trata de adquirir la formación básica latina, griega y retórica, fundamental en la educación tradicional. En este punto, la reforma del consejo, es, sobre todo, restauradora. No busca innovar, ni apenas introducir modificación.

La situación de los primeros estudios latinos en aquellos momentos se describe adecuadamente en el informe de Salamanca. En la época se daban en el colegio trilingüe sólo. El paso del tiempo parece haber variado sustancialmente la organización y parece haber desaparecido esta enseñanza, salvo en el dicho colegio (165). Las explicaciones están a cargo de tres preceptores, de menores,

(162) Acerca del plan de 1771, G. M. Addy, *The Enlightenment...*, en especial, 85-118, 118-157; edición del plan 244-366. D. Simón Rey, *Las facultades de artes y teología de la universidad de Salamanca en el siglo XVIII*, Salamanca, 1981, 178-194; A. Alvarez de Morales, *La ilustración y la reforma de la universidad en la España del siglo XVIII*, 3.ª ed., Madrid, 1986.

(163) La complejidad de la reforma sería también motivo para esa tardía aplicación, según vamos viendo. Está de acuerdo G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 169: «There was general reluctance in the cloister to yield up the arts course to Madrid...», «The council moved slowly...».

(164) Se citan como estudios previos en las constituciones XV, XVI y XVII de Martín V, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 23, 24, 25.

(165) Sobre el trilingüe, como comunidad, para perfeccionarse en latín, griego y hebreo, tít. 64; todavía en 1618 no está constituido. Parece que Zúñiga dejó uno sólo, mientras Covarrubias suponía dos, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 312 ss., 317, 307, 310. Su situación posterior, *Plan...*, Salamanca, 1772, 3. Véase L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La universidad salmantina...*, III, 276-286.

medianos y mayores. Durante un período de tres años, se estudia, seguramente cuatro horas diarias, aprendiendo la lengua latina y familiarizándose con algunos de los autores. Completan esta formación actos académicos los sábados primeros de mes y la representación de alguna comedia. En la primera clase se estudia gramática, en la segunda se insiste en ella durante una hora y las tres restantes se dedican a clásicos, Cicerón, Terencio; en la tercera clase se completan éstos con Virgilio y Horacio, u otros señalados por el rector y el visitador (166).

El paso de una clase a otra se hacía mediante riguroso examen, con un delegado de la universidad, que dará licencia para dicho pase (167). Estos primeros estudios del trilingüe, se continuaban en la universidad, desde este momento. Podían comenzar a estudiar artes, o bien perfeccionar sus estudios latinos o ampliar a griegos, matemáticos, retóricos, etc. Existe en la universidad de Salamanca una serie de cátedras al efecto, pero cabía —al menos en 1771— pasar directamente de las aulas de gramática latina a la facultad de artes (168).

En 1625 existían en la universidad dos cátedras de humanidades —de prima de gramática entonces— en las que los preceptos de Lorenzo Valla se completaban con lectura de historiadores y poetas: César, Suetonio, Valerio Máximo, Séneca, Virgilio y Horacio. Otra de retórica —también latina—, otra de lenguas —hebreá concretamente— sobre gramática y lecturas de la sagrada escritura, una cátedra de música, una de matemáticas y astrología, y tres de griego. Pero en el momento que nos ocupa se han reducido un tanto. Quedan las dos de gramática con el nombre de humanidades, una de griego, la de retórica y las de música y matemáticas (169). Aparte la escasa paga, el problema con que se enfrentan es la reducción paulatina de estas cátedras.

El claustro de Salamanca, en el xviii, propone reducir más todavía. Los tres preceptores de gramática del trilingüe se fusionarían en una, con un pasante. Ello mejoraría su sueldo, y de otra parte, acortaría este estudio, siendo suficiente un año para él. Cada cuatro meses se examinarían, para pasar curso. Trata de abreviar y limitarse a una gramática latina sencilla.

Para esto —proponía el informe— será necesario poner un arte breve, que puedan pasar dos o tres veces de memoria, y que sea comprehensivo de todos

(166) La estructura de Covarrubias, sobre actos los sábados, declamaciones, comedias, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 63, est. 2, 3, 17, 18, 19, 20, 307 ss. Por el reforme de Zúñiga está muy variado; se establece además, los autores citados, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 63, est. 21 ss, 310 ss.

(167) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 63, est. 8, 9 y 15, 308-309.

(168) *Plan...*, Salamanca, 1772, 4, «apenas salen del aula de gramática, cuando sus padres fastidiados del inmenso tiempo que gastan en ella, los ponen al punto a estudiar facultad mayor, sin atender a más perfiles».

(169) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 14, 15, 16, 17, 18 y 20, 182-189. *Plan...*, Salamanca, 1772, 7 ss. En esta época alrededor de la cátedra de matemáticas se originan algunas discusiones y un memorial de Diego Torres de Villarroel, *Colección...*, Salamanca, I, 9-10. Puede verse C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, V, 193-194. Otras reformas en esta materia, órdenes de 12 de noviembre de 1770 y 15 de noviembre de 1772, *Colección...*, Salamanca, II, 112-113, III, 120-122.

los preceptos gramaticales, condenando el uso de platiquillas, explicaciones, etc., en que les detienen mucho tiempo. Nos parecía que el arte del Brocense sería el más conveniente para este fin; para cuyo efecto podía mandarse reimprimir con breves explicaciones en castellano de sus reglas y preceptos. Tampoco es menester cargarlos de libros; un orador como Cicerón y un poeta como Virgilio les basta... (170).

Claro es que cuenta con las cátedras de la universidad —que se desplazan al trilingüe— con el fin de completar los estudios de gramática. Tras el primer año, pasan a la cátedra de humanidades latinas —una de las de prima de gramática en los antiguos estatutos—, por la mañana, y por la tarde a la de griego, para aprender la pura gramática de esta lengua. Se comenzaba, pues, el griego mientras se perfeccionaba el latín por la Minerva del Brocense y con lecturas de Horacio, Ovidio o Virgilio.

El tercer curso serviría para terminar el conocimiento de aquellas dos lenguas en la cátedra de humanidades greco-latinas. Se leería a Homero, se le traduciría al latín y se aprendería un *Arte* adecuado, semejante a la Minerva. Junto a este aprendizaje se asistiría a retórica, sobre el *Organum dialecticum et rethoricum* del Brocense, durante cuatro meses, y a la cátedra de matemáticas para oír los rudimentos de aritmética, geometría y el uso del globo o tratado de la esfera (171).

En definitiva, la posición de la universidad, en estudios gramaticales o latinos, era de reducir y simplificar. Además, ponía más de una asignatura por año, lo que no es del todo usual en la universidad antigua. Limitaba los años de estudio con intención de que —brevemente— se recorriesen todas las materias; si no, se despoblaban las aulas. Aparte traía textos de Vives y el Brocense, que apuntalaban su postura de un rápido estudio de la gramática (172). La limitación mantiene todas las cátedras existentes, y debe comprimir las explicaciones de retórica, matemáticas, etc. En gramática, al unir tres en una, secciona también materia y se atiene a lo esencial.

El fiscal, en su respuesta, no concuerda con este parecer: su reducción es menos drástica, más ponderada. Y, además, no parece establecer una duración media determinada, sino ser necesaria la suficiencia demostrada en los exámenes de pase de curso y en el de entrada en la facultad de artes (173).

... el fiscal —mantenía— juzga imposible este estudio e impracticable este método. El estudio de las buenas letras abraza la gramática, la retórica y todo lo que hay en los autores profanos, en las tres clases de oradores, poetas y filósofos. Sin este estudio no puede esperarse feliz progreso en las ciencias, porque él fortifica la razón, perfecciona el juicio, forma el buen gusto y adorna los ingenios.

(170) *Plan...*, Salamanca, 1772, 6.

(171) *Plan...*, Salamanca, 1772, 9.

(172) *Plan...*, Salamanca, 1772, 3-4; sobre Vives y el Brocense, 4-6.

(173) *Plan...*, Salamanca, 1772, 82 y 130-131.

Debe procurarse pues, el método más exacto que abrace todas las cátedras de letras humanas, en que tienen tan principal lugar las lenguas griega y hebrea (174).

Deben conservarse, pues, las tres preceptorias del trilingüe para aprendizaje de la gramática latina y la sintaxis latina, tal como estaban. Después han de estudiar en la cátedra del griego, donde aprendían los preceptos y se ejercitaban en esta lengua. Deploraba incluso el fiscal la reducción a una cátedra de las tres existentes en los estatutos. Instruidos en latín y griego, los alumnos pasan a la latinidad, donde se perfeccionan en la traducción, la composición y elegancia de ambos idiomas. Luego con el catedrático de humanidades, se aprende la prosodia, métrica, etc., de estas dos lenguas; se termina con retórica, sobre el *Organum* de Sánchez de las Brozas, propuesto por la universidad o por el *Fundamenta stilli cultioris* de Heineccio. La música y las matemáticas las pasaba a la facultad de artes (175).

El consejo, por su parte, aclaraba dos cuestiones en que la respuesta fiscal era oscura y demasiado radical, respectivamente: las dudas acerca de la lengua hebrea y la completa transformación de los estudios de las letras, en su primer escalón.

El fiscal había alabado la lengua hebrea, pero no cuidó de señalar quiénes habían de cursarla y examinarse. El consejo de Castilla lo limita a los que se matriculen para oír teología (176). La reforma de estos estudios de gramática tampoco podía imponerse de inmediato y establecía su inicio para 1774, reduciéndose entretanto los exámenes a latinidad y retórica, como hasta entonces se venía haciendo, hasta que se formasen maestros y discípulos. Norma transitoria necesaria, para no sembrar desconcierto entre los actuales estudiantes (177).

La valoración de estos preceptos exige que nos situemos ante tres planos diferentes: la situación conforme a estatutos, la realidad que de aquéllos quedaba —examen de latín y retórica— y la nueva concepción del fiscal, recogida de sus personales ideas, los estatutos salmantinos y el informe de la universidad. Lo más reducido era tal vez la situación existente, supuesto que podían pasar casi con mera latinidad a estudios en facultad de artes. Lo antiguo —según lo que se puede juzgar por nuestras fuentes— era muy amplio en cátedras y enseñan-

(174) *Plan...*, Salamanca, 1772, 81-82. También insiste repetidamente en el ejercicio necesario a este aprendizaje, 86. La lengua hebrea no se menciona como existente en el Informe de la universidad.

(175) *Plan...*, Salamanca, 1772, 82-88. Al distribuir la materia en latinidad, entre mínimos, menores, medianos y mayores, parece inspirarse en Covarrubias. La reducción del griego cree poderse remediar apoyándose en las otras cátedras, cuyos propietarios deberían saber este idioma.

(176) *Plan...*, Salamanca, 1772, 137, «Declaramos que el estudio de la lengua hebrea ha de ser preciso a los que se matricularen para oír en teología, sufriendo examen del catedrático de este idioma y de otra persona inteligente que señale el claustro».

(177) *Plan...*, Salamanca, 1772, 136. estas materias, así como el plazo, se hallan en la *Real Cédula...*, 1786, 5-6.

zas, muy difícil de saber cómo funcionaba en realidad. El fiscal remozaba, apoyado en estatutos, el aprendizaje de estas materias; simplificaba, en verdad, pero intentando una formación completa, de sabor más moderno. Lo esencial, a través de libros sucintos; y en esta tendencia, le acompañaba el informe de la universidad.

Facultad de artes o filosofía

En esta facultad pueden advertirse mayores deseos y resultados de una profunda variación. Mayores incluso, que entre las *Constituciones* de 1422 y la recopilación de 1625 (178). Es cosa natural desde la historia de estos saberes. En el xvii y xviii se ha operado una mutación brusca en este sector, señalándose por entonces la frontera entre la nueva y la antigua filosofía. Bacon, Hobbes, Descartes, Gassendo, Locke, Newton, han surgido entre la recopilación de Ledesma y López de Ontiveros de 1625 y la reforma de 1771. La universidad, no obstante, se muestra muy retrasada en la recepción de esta nueva filosofía; los fiscales remediarán en parte esta postura conservadora de la primera universidad española.

En la facultad de artes, cuando se llega a 1771, se conserva, en general el número de cátedras y su enseñanza, reguladas en los reformes de Zúñiga y Caldas. Los años no habían modificado muy intensamente estos estudios. Como en 1625, existían siete cátedras de regencia y cuatro de propiedad, aunque se ha variado un tanto las asignaturas. El informe de la universidad, consciente de esa continuidad, propugna, además, mantenerla; seguir en estructura y espíritu con lo anterior:

... nos ha parecido oportuno prevenir dos cosas. La primera, que la facultad de artes de que vamos a hablar y significar el método, que juzgamos más conveniente, no se ha de entender según toda la extensión que tiene esta facultad, bajo nuevos vastos términos están comprendidas todas las artes liberales y mecánicas, las matemáticas, la aritmética, música y las partes todas que concierne la física natural... La facultad de artes de que vamos a hablar es la que hasta aquí se ha practicado y enseñado en estas aulas, y creemos se debe enseñar en donde quiera que florezca la verdadera sabiduría ...

La segunda cosa que debemos prevenir es que para dar la enseñanza de esta facultad, según lo que dejamos prevenido, no nos podemos apartar del sistema del Peripato. Lo primero porque dejando aparte los filósofos antiguos, entre los que, el que merece no pequeña estimación es Platón, cuyos principios no se han adaptado bien con el común sentir; y para el uso de las escuelas, los de los modernos filósofos no son a propósito para conseguir los fines que se

(178) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, const. XVI, tít. 19, 24-25, 183 ss. La continuidad se basa, es claro, en la enseñanza aristotélico-tomista. Véase D. Simón Rey, *Las facultades de artes y teología...*, 72-119, para una etapa anterior.

intentan por medio de este estudio. Como v.g. los de Newton, que si bien disponen al sujeto para ser un perfecto matemático, nada enseñan para que sea un buen lógico y metafísico; los de Gassendo y Cartesio no simbolizan tanto las verdades reveladas, como las de Aristóteles. Lo segundo, porque aun cuando no tuviéramos este tropiezo, que él solo debería bastar a excluir estos principios de las aulas católicas, hallamos que giran sus sistemas sobre principios voluntarios de que se deducen conclusiones también voluntarias e impersuasibles, como diremos luego; y últimamente porque no vemos en sus sistemas que se establezca método que descubra mayores utilidades y adelantamientos en las ciencias... (179).

Estas largas prevenciones ilustran claramente su intención de permanecer en las bases de los antiguos estatutos y constituciones. Sus modificaciones serán mínimas; sobre todo, si se considera cuánto suponía el paso de aquellos ciento cincuenta años para la filosofía. La universidad se empeña en mantener las cátedras y sus materias: busca conservarlas por la gran afluencia de estudiantes y el bien que supone la abundancia de maestros para el estudio (180).

Los estudios para el bachiller de lógica duraban tres años, desde época antigua (181), aprendiéndose lógica, filosofía natural y moral, que en la época de Ledesma y López Hontiveros tienen sendas cátedras de propiedad; para conseguir el bachiller se ha de haber estudiado un año sùmulas, otro lógica y el tercero filosofía natural y filosofía moral.

Cuando se alcanza el año 1770 —según el informe de artes— se cursaba un año de sùmulas y lógica, en que estudian los *Analíticos priores y posteriores* y las *Categorías*; en el segundo año, en filosofía o física natural los ocho libros de la física; en el tercero la *Metafísica* y el *De anima* (182). La universidad desea mantener estos tres años y este orden de estudios. Dispone de once cátedras, cuatro de propiedad (lógica, sùmulas, física natural y filosofía moral) y siete de regencia (dos de sùmulas, dos de lógica, dos de filosofía natural y una de físicos). Con las cátedras de sùmulas, lógica y filosofía componen el plan de estudios; los alumnos asistirán a una de las cátedras de regencia y a la de propiedad, simultáneamente, en el orden y en el tiempo indicado. La diferencia existente entre la explicación de regencia y la de propiedad consistía en los

(179) *Plan...*, Salamanca, 1772, 10, 1-2.

(180) *Plan...*, Salamanca, 1772, 13.

(181) La constitución XVI de Martín V establecía: «Primo de Lógica veteri atque nova, secundo de Logica et Philosophia naturali in simul: et Tertio annis de Philosophia naturali et morali simul audierit», *Constituciones...*, Salamanca, 1625, 24.

(182) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28, est. 4 y 21, 205 y 209-210. Es interesante observar la enseñanza de las cátedras de propiedad: *Analíticos priores y posteriores* y *Predicables* en lógica; *De Coelo*, *De Generatione*, *De Anima* y *Metafísica* en metafísica; en filosofía moral *Ética a Nicómaco*. *Políticos y Economía*, tít. 19, est. 17, 18, 19, 187. *Plan...*, Salamanca, 1772, 10-16. En el informe ya se prevé la creación de una cátedra de filosofía natural o experimental que se pedía por el consejo. En la universidad de Alcalá se había establecido con anterioridad *Colección...*, Alcalá, 184 ss., 193-194, 195-196, 196-197. Por ello expondrá con conocimiento, sobre las dificultades de la filosofía natural moderna o física experimental, en su enseñanza universitaria, *Real Provisión...*, Alcalá, 1772, 48-49.

libros empleados. En las de propiedad se recurría a los originales aristotélicos, en las de regencia a comentadores o autores posteriores. En los antiguos estatutos, estas cátedras empleaban las sùmulas, lógica y física de Domingo de Soto, los libros de *Generatione* de Báñez y los de *Anima* del maestro Toledo. El claustro propone el curso de filosofía de Goudin. A la cátedra de filosofía moral deben asistir los alumnos artistas durante un año.

La cátedra de físicos (llamada así por explicar los libros físicos de Aristóteles) se propone que sea transformada en cátedra de física experimental no aristotélica; también se aconseja la creación de una academia especializada en esta moderna ciencia (183).

Sin embargo, como después veremos, se admitió todavía una oposición de filosofía natural aristotélica, que se había celebrado. Se desató una discusión entre la universidad, que había contraído unas obligaciones, y el consejo que quería que se explicase ya la física experimental; al fin se solucionó, nombrando a Juan Manuel Pérez, graduado en medicina, como interino con un alto salario, lo que despertó nuevos problemas, si bien ganaría el consejo en 1774. Había una fuerte resistencia a novedades... Procedía de San Isidro el nuevo catedrático y había escrito unos *Elementos de física general y particular para uso del real seminario de nobles de Madrid*, que muestran un cierto nivel. También en matemáticas se intentó mejorar. Se hallaba en manos de un sobrino de Torres Villarroel que murió por estas fechas, y su hermano pretendió la cátedra y aunque no era gran matemático, el consejo se conformó con la provisión, siempre que se dedicase al estudio —mientras, en la cátedra de álgebra se hallaba un buen estudioso, Juan Justo García, que dio realce a este tipo de estudios (184).

En general, la parte del informe correspondiente a la facultad de artes es muy conservadora, poco meditada. El fiscal, en su respuesta, variará por entero las propuestas, realizando la reforma necesaria para intentar alcanzar la altura histórica de aquel momento. Campomanes arremete fuerte sobre la exposición de la universidad de Salamanca; parece conceder en un principio, pero, en realidad, modifica totalmente cuanto aquélla proponía. Mediante las seis cátedras de regencia, establece los dos primeros cursos del bachiller en artes. Se estudiará en el primero dialéctica y lógica y en el segundo metafísica (185). Después se diversificaba la enseñanza, estudiando los teólogos física aristotélica, los juristas filosofía moral y los médicos, en dos años consecutivos, aritmética, geometría y álgebra y física experimental. Ello hacía que el bachillerato de los últimos fuese de cuatro años, por lo que se les concedía facultad de alcanzar bachiller en medicina con sólo tres cursos de estudios. Como además autoriza a los juristas

(183) *Plan...*, Salamanca, 1772, 12-13, 16.

(184) G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 126-130, 130-132; sobre posible desdoblamiento de la cátedra de matemáticas, 170, en 1779. Véase N. Cuesta Dutari, *El maestro Juan Justo García*, 2 vols. Salamanca, 1974.

(185) *Plan...*, Salamanca, 1772, 89-90, 91.

para asistir o no a metafísica, resultan estas facultades las más descargadas (186). Precisamente se destinan a estas nuevas cátedras de física experimental y aritmética, geometría y álgebra, las dos de propiedad de filosofía natural y sùmulas.

Dejaba pues, estas dos y la de filosofía moral de propiedad, más las seis de regencia. Le sobraban dos —de propiedad de lógica y de regencia de físicos— que pasarían a la facultad de teología. En cambio, unía a la facultad de artes las de música y matemáticas —antes en los estudios de gramática— que pasaban a ser cátedras sueltas en la facultad. La primera exponía la música en forma científica, como parte de las matemáticas. Esta explicará las formas de las matemáticas

que resten, formando un curso con la otra cátedra de principios de aritmética, geometría y álgebra que va propuesto se erija de nuevo; de modo que esta segunda sirva para perfeccionar a los que se dediquen a las matemáticas, o porque quieran hacer un estudio sólido de esta ciencia, o porque piensen radicarse en ella para entrar con mayores fundamentos con los conocimientos ulteriores (187).

En fin, la reforma del fiscal, aunque tampoco muy innovadora, aseguraba cierta apertura mínima de los estudios de medicina a la ciencia moderna. En los demás —aparte querer suprimir prolijidad y sutilezas, siguiendo, como dice el fiscal a Luis Vives y Feijoo— se mantenían autores y espíritus antiguos. Esto se percibe con toda claridad en la aceptación del texto propuesto por los salmantinos para el estudio de la filosofía.

Conviniendo igualmente —decía el fiscal— en que por ahora, y hasta que por la universidad se de a luz el nuevo curso que ofrece, se estudie por el Goudin, a falta de otro, durando este permiso por un solo trienio, que es término suficiente para escribir este curso, encomendándole a sus profesores... (188).

En su informe, la universidad se había manifestado partidaria de Aristóteles, como vimos. Además, explicaba largamente las razones de decidirse por el Goudin, mostrando cierto acusado despego por las obras de contenido más moderno. Heinneccio y la lógica de Puerto Real le parecen apreciables, pero no completos para toda la materia de Artes. Peuerbach, Malebranche y el autor de

(186) Nos parece ésta la interpretación más acertada de las páginas algo confusas del *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 90-91. Sobre dispensa de un año en medicina, 91, 94. La especialidad para juristas puede verse en real cédula de 24 de enero de 1770, al recomendarles el estudio de la Dialéctica; más específicamente en carta-orden de 12 de noviembre de 1770, en que les señala un curso de filosofía moral por la *Ética* y la *Política* de Aristóteles, que deberán imprimirse en la imprenta real en texto griego, con la versión latina de Juan Ginés de Sepúlveda, al cuidado de Campomanes, *Colección...*, *Salamanca*, I, 261, II, 113.

(187) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 92-93. En general 89 ss.

(188) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 89.

las diecisiete letras, le parecen demasiado cartesianos, y el último anónimo, con proposiciones contrarias a razón natural. A Hobbes le considera demasiado conciso, a Locke oscuro y lleno de riesgo para los jóvenes. Otro tanto opina de Bacon de Verulamio. La Lógica de Wolff tiene algunos vicios señalados por el doctísimo Antonio Genuense. Quizá la metafísica de éste y la física de Musschenbroek —aunque no puede entenderse sin geometría— serían lo más adecuado.

En atención, pues, a que estos libros referidos son muy costosos y raros, juzgamos que por ahora se puede explicar el Goudin, que es conciso y tiene buen latín. Que para lo sucesivo no será difícil a esta universidad trabajar un curso conforme a las máximas de nuestro siempre recomendable ingenio el reverendísimo Feijóo, pues aunque en los tiempos presentes parece ésta la obra que pudiera acobardar a cualquier sabio, la universidad de Salamanca tiene en su claustro sujetos que la pueden desempeñar a satisfacción de los deseos de la nación (189).

El fiscal, al tomarles la palabra para la redacción de un texto, y designar forma y plazo para llevarlo a cabo, estructura los libros, con criterio cercano al claustro informante: para lógica, Puerto Real, Heinneccio y Genuense; metafísica por éste y Malebranche y física por Musschenbroek, insistiendo en que quiten «superfluidades, cuestiones reflejas y sofisterías inútiles, con que se ha hecho ridículo y de corto aprovechamiento el estudio de la filosofía escolástica de nuestras aulas» (190).

Los esfuerzos para la redacción de un texto salmantino de filosofía han sido estudiados por Addy. En 1772 se especifican las condiciones, pero pasarán cuatro años antes de saberse los primeros resultados, a través de un informe en donde sigue predominando Aristóteles frente a la nueva filosofía o Newton. Los trabajos no avanzan y se acabaría por proponer que se estudie por Villalpando, un libro bastante conservador. También se examinó en el claustro de Salamanca los *Elementa* de Juan Benito Gamarra y Dávalos, que había compuesto el ilustrado mexicano, y que sin duda eran mucho más avanzados. A pesar de todo, hay que reconocer que existe un profundo movimiento entre los filósofos de Salamanca, que pretendieron crear un colegio de artes, para reformar los estudios, al final del período de Carlos III (191).

A partir de 1779, los más avanzados de filosofía, quisieron establecer un colegio de artes, con nuevo plan, para desligarse un tanto de la hegemonía que tenían las otras facultades. En 1781 remiten al consejo un informe, que pasó al

(189) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 14-15, cita en la última.

(190) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 92. Es curioso que respecto de Alcalá se examinan otros libros, *Real Provisión...*, *Alcalá*, 1772, 53-54.

(191) G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 133-137, en algún momento por orden de 26 de noviembre de 1779 se impuso el Jacquier, 171-172 nota; 139-141 la discusión sobre Gamarra; 172-175 sobre el colegio de artes.

director de los estudios de san Isidro, Manuel de Villafañe y aunque apoyado por Campomanes no se aprobó por el consejo de Castilla. En 1787 durante el rectorado de Muñoz Torrero se vuelve sobre esta idea, que reformaría el plan, al establecer tres años, como en el plan de 1771, pero con mayor novedad en las enseñanzas; se aprobó en claustro, pero su envío a Madrid fue lento, ya que llegó en 1792. También posterior a la época que intentamos estudiar fue el nuevo plan médico de 1789 (192).

Facultad de medicina

La universidad, como se indica en el informe, ha confeccionado recientemente un proyecto de reestructuración de la enseñanza médica. Una comisión nombrada por el claustro pleno en 22 de noviembre de 1766, formó un nuevo plan de estudios para esta disciplina. Es el que se propone al consejo (193).

Según los estatutos antiguos, el médico debe bachillerarse en artes, y después estudiar durante cuatro años. Dispone la universidad de siete cátedras de esta facultad, tres de propiedad: de prima, de vísperas y la de «diez a once», y cuatro de regencia; método, simples, anatomía y cirugía. En estas cátedras se debe explicar por Hipócrates, Galeno y Avicena fundamentalmente, a excepción de la de cirugía, en que se emplea la obra de Guido. Felipe II, en 1593, intenta sustituir el aprendizaje en clásicos, por la utilización de compilaciones modernas (sin duda las *Instituciones* de Mercado), que debían ser aprendidas de memoria. Su hijo, en pragmática de 1617, aconsejado por el protomedicato y las universidades, ordena la vuelta a la lectura de los antiguos, sin exigir su conocimiento literal. En los cuatro cursos se debía asistir a la cátedra de prima o a la de vísperas, junto a la de filosofía natural en primero, cirugía en segundo y tercero, y método en cuarto. En tercero y cuarto se mandan dos años de práctica con algún doctor de la facultad (194); tras todo ello el examen de grado de bachiller. Como este grado es requisito para el ejercicio público de la medicina, reviste, en la manera de alcanzarlo, forma algo especial.

Felipe II en las Cortes de Madrid de 1563 y posteriormente en 1593, regula la concesión de este grado. Aparte del grado de bachiller en artes, y los cuatro

(192) G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 168-175, 175-177. Véase J. L. y M. Peset, *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, 98, 112 y 151.

(193) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 17. La comisión nombrada está integrada por Juan Martín López, catedrático de anatomía, y por Juan Agustín de medicina. Forman un plan para el estudio de medicina, cirugía, botánica y física experimental, que presentan al consejo; en carta-orden de 30 de mayo de 1767 pide éste informe a la universidad, *Colección...*, *Salamanca*, I, 60.

(194) *Constituciones...*, *Salamanca*, 1625, const. XVI y tít. 28, est. 12 ss., 24 s. y 207 ss. Martín V exigía para la carrera de medicina ser bachiller en artes, oír durante cuatro años y leer otros cuatro de extraordinario. El intento de reforma de Felipe II en *Nueva Recopilación*, 3, 16, 9; la reposición de los clásicos en pragmática de Felipe III, *Nueva Recopilación*, 3, 16, 11. Las lecturas en las diferentes cátedras de medicina, tít. 13, *Constituciones...*, *Salamanca*, 1625, 174 ss.

años de estudios que las constituciones mandaban, añade —dado que en Salamanca y Valladolid no se realiza el examen con el rigor que conviene— la sustentación de un acto público. El secretario no les certifica la concesión del grado, hasta que han realizado —aparte de la práctica hecha durante los años de estudio— dos años de práctica con médico probado. Acabados los dos años y examinados por el protomedicato, reciben el grado y pueden ejercer públicamente (195).

El hecho de que la universidad hubiese redactado recientemente un plan de estudios para la facultad médica, es importante. El informe de Salamanca en esta parte es original; fiscal y consejo se limitan a asentir, e incluso a implantar la reforma en otras universidades (196). El claustro encuentra una serie de defectos en sus estatutos, y, sobre todo, en la relajación de su cumplimiento. Los estudios preliminares le parecen excesivos y carentes de física experimental y matemáticas. Consideran deformante que se cambie de materia, e incluso de autor en cada trimestre, pidiendo un tratado médico completo y uniforme; creen encontrarlo en la obra del sistemático Boerhaave. Con ello quieren evitar el dictar, aumentar el rendimiento del estudiante y facilitar al profesor el conocimiento del adelanto de sus alumnos. No se asiste a las cátedras de anatomía y simples y urge un museo de simples y un jardín botánico; las academias y actos están en decadencia.

Desean mantener ocho cátedras, dos de instituciones, dos de aforismos, una de pronósticos, una de anatomía, una de cirugía y una de partido mayor; estas dos últimas ya no se utilizarían para la formación del médico, sino para enseñar a futuros cirujanos latinos y para moderar la academia médica. Las instituciones serán explicadas en las antiguas cátedras de simples y de método, alternando cada año en la explicación; los aforismos por las de prima y vísperas, que igualmente rotarán entre sí. En las cuatro se explicará por la obra de Boerhaave, sin olvidar las de sus comentaristas Haller y Van Swieten. En la de anatomía se usará el Heister y se harán frecuentes disecciones, al menos una por semana, en cadáver o animal vivo, usando microscopio, inyecciones y todas las técnicas adecuadas. Como tablas para la demostración anatómica se pueden emplear las de Heister, las de Vesalio o las de Eustachio; debe haber un buen director o demostrador anatómico (197). El catedrático de pronósticos explicará

(195) Felipe II en Cortes de Madrid de 1563, a petición de las mismas, que reiteran otras de 1528; y el mismo en 1593, *Nueva Recopilación*, I, 7, 13 y 3, 16, 9.

(196) Refiriéndose a la reforma en la facultad de medicina de la universidad de Alcalá de Henares, el fiscal dice que «deberá establecerse el mismo método que está acordado para Valladolid y pedido para Salamanca uniformándose todos al que propuso con mucho acierto la universidad de Salamanca y adoptó el consejo para Valladolid», *Real provisión...*, *Alcalá*, 1772, 197. También se extiende a la universidad de Santiago, véase real provisión 14 de noviembre de 1772, en C. M.^a Ajo, *Historia de las Universidades...*, IV, 562.

(197) Sobre disección y teatro anatómico, nos ocupamos en págs. 131-133. Para ser nombrado disector anatómico, debe poseerse el grado de bachiller en artes, medicina o cirugía y haber pasado un doble examen, teórico y práctico. Se le elige por votación en el claustro de la facultad; la universidad

los aforismos y pronósticos hipocráticos, no olvidando las obras de Valles y Hollerio.

Todos estos textos estarán explicados el 18 de junio, continuando, en el verano, los catedráticos de regencia y los sustitutos de las cátedras de propiedad, la explicación, con otros tratados. Así, en la cátedra de simples, el *de Viribus medicamentorum* de Boerhaave —ampliado con Geoffroy—; y de esta manera se instruirán los discípulos en las operaciones químicas y composición de medicamentos. En la de método, el tratado de Valles, en la de pronósticos el *de pulsibus et urinis* de Bellini, en la cátedra de vísperas el *de Sanguinis missione*, de Juan Francisco Lefebre o del mismo Bellini, y en la de prima, los libros 1.º y 3.º de las *Epidemias* de Hipócrates, y el comentario de Valles. La cátedra de anatomía acabará o repasará su materia (198).

En el informe se propone que los alumnos médicos asistan el primer y segundo año a las dos cátedras de instituciones, y en tercero y cuarto a las de aforismos; con ello, y teniendo en cuenta la rotación de estas cátedras, tendrán «los Discípulos la ventaja —comentará el fiscal de consejo— de oír a los dos Maestros la explicación de una misma materia, y la de oír explicar las dos materias a un mismo Maestro» (199). En primero y segundo estudiarán en la cátedra de anatomía, en tercero y cuarto en la de pronósticos; durante los cuatro años asistirán a todas las disecciones que se hagan. Se concede gran importancia a la asistencia a actos y academias, e incluso se quiere introducir exámenes de curso, calificándoles anualmente, y negándoles el pase si no demuestran aprovechamiento (200).

El fiscal se muestra conforme en todo. Concreta los años preliminares en cuatro, uno de dialéctica (lógica parva y magna) y lógica, otro de metafísica, otro de aritmética, álgebra y geometría, y otro de física experimental. El bachillerato médico puede alcanzarse con sólo tres cédulas de curso, pues se considera que los dos últimos cursos de artes, se conmutan por un curso médico. La distribución de asignaturas y los libros de texto le parecen adecuados; únicamente recomienda no olvidar a Martín Martínez en anatomía y a Piquer en pronósticos (como comentador hipocrático). Insiste en la importancia de la realización de academias y actos y de la existencia de un buen jardín botánico y de un moderno museo de simples vegetales, minerales y animales; manda instaurar un teatro anatómico, en el que se realicen adecuadamente las disecciones de manera semejante a como se realizan en los colegios de cirugía de Cádiz, Barcelona y Madrid. El consejo de Castilla se muestra acorde con la

decidirá su sueldo, reales provisiones de 18 de enero de 1772 y 21 junio 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 32, 34 y 112-113.

(198) *Plan...*, Salamanca, 1772, 17-21, 21-29.

(199) *Plan...*, Salamanca, 1772, 95.

(200) *Plan...*, Salamanca, 1772, 21 ss. Sobre el examen anual, 20 y 29.

opinión de claustro y fiscal, resaltando la atención que debe concederse a la anatomía y a la enseñanza de la botánica (201).

La reciente creación de los colegios de cirugía, debía influir en la reforma salmantina que nos ocupa. Tradicionalmente, el médico salmantino asistía durante dos años a las explicaciones quirúrgicas, así lo ordenan sus estatutos. Es más, en 1617, Felipe III ordena que:

no se puede dar Grado de Bachiller (en medicina) en ninguna Universidad a ningún estudiante, si no fuese en las tres universidades principales, o en las que por lo menos haya tres cátedras, de Prima y Víspera, y la tercera de Cirugía y Anatomía, que entrambas a dos cosas puede el Catedrático de Cirugía leer en sus tiempos (202).

Junto a este médico-cirujano que las universidades formaban, enseñaban a los llamados cirujanos latinos. Desde Felipe II —1593— los cirujanos universitarios debían presentarse al examen del protomedicato con los estudios de gramática, tres cursos de filosofía —no se precisa bachiller—, tres años oídos en la facultad médica y dos de práctica. Un año después, el monarca aclarará en qué consisten estos estudios:

Item, que en la dicha cátedra —la de cirugía— se haya de leer y lea el primer año hasta Pascua de Resurrección el tratado y materia de tumores *praeter naturam* por Galeno, en el libro de arte curativa *ad Glauconem*, o por quien mejor pareciere a la universidad de los médicos que hay en ésa, y de ahí adelante, hasta el fin del año, se lea del álgebra la parte de dislocaciones, y el segundo año se lea la materia de heridas, hasta el mismo tiempo y lo restante del año la otra parte del álgebra que es de huesos quebrados, y el tercer año la materia *de ulceribus* al cabo de lo del álgebra, y por esta orden se ha de leer y lea siempre. Los que hubieren de ser cirujanos y se hubieren de examinar y aprobar por los nuestros protomédicos, hayan de haber oído tres cursos de Artes, aunque no han de ser obligados a graduarse de bachilleres, y cumplidos éstos, han de oír otros tres de cirugía, cursando en la dicha cátedra, oyendo juntamente a lo menos otra lección de Medicina, y en los dos postreros años de estos tres han de practicar y ganar otros dos cursos en práctica de cirugía, practicando y visitando enfermos con cirujanos de ciencia y experiencia (203).

(201) *Plan...*, Salamanca, 1772, la opinión del Fiscal, 94 ss., la resolución del Consejo, 137-138. Decía el primero: «Todo cuanto propone el claustro por lo perteneciente al estudio de la facultad médica y quirúrgica, parece al fiscal, que está pensado con la más seria y prudente reflexión, y que no debe alterarse, ni omitirse cosa alguna de cuantas propone en su plan», 94.

(202) *Nueva Recopilación*, 3, 16, 11; también en C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, III, 568-569, se ordena se cumpla por la real cédula de 13 de junio de 1622, III, 600 ss.

(203) *Nueva Recopilación*, 3, 16, 9 y la real de 5 de marzo de 1594, en C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades...*, III, 501-s., cita en 502. Sin duda fue Zúñiga quien introdujo esta regulación en Salamanca, *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 28, est. 22 y 25; tít. 13, est. I, 210-211, 180-181.

Estos estudios en universidad les confería el calificativo de latinos, por sus conocimientos de esta lengua; con ello se diferencian de los romancistas, que no se formaban en las universidades, estudiando en castellano (204).

En 1771 Salamanca propone al consejo de Castilla un plan de estudios médicos. Este lo acepta, y lo implanta en otras importantes universidades. Con él se separa durante medio siglo medicina y cirugía: el médico, ya no sabrá cirugía ni el cirujano medicina. Este estudiará anatomía y cirugía por la *Chirurgia repurgata* de Juan Gorter y se les deberá explicar operaciones, vendajes... por Heister o Petit, aprovechando el esqueleto y la estatua que existen en la biblioteca. Asistirán en primero y segundo a instituciones médicas y anatomía, en tercero y cuarto a las cátedras de aforismos, cuando expliquen los quirúrgicos, a cirugía y a anatomía. Quedan en la universidad de Salamanca médicos y cirujanos puros, en otras sólo se formarán médicos, en los colegios de cirugía sólo cirujanos puros (205).

Facultad de leyes

Ambas facultades de juristas, leyes y cánones, evacuan informe conjunto, ya que su claustro es común. Una parte previa se refiere al estudio de ambos derechos en Salamanca, después se abordan los problemas de cada una de sus facultades por separado. Hemos preferido exponerlos de esta manera, incluyendo en la facultad de leyes el discurso previo sobre la situación de los estudios en aquella universidad. El informe del claustro es realmente conservador; con leve modificación, pretende el total mantenimiento de la enseñanza conforme a los estatutos de 1625. Quizá la única alteración sea dejar un corto resquicio para que entre en la universidad el estudio de las leyes patrias, concilios generales y disciplina antigua de la iglesia. Por lo demás, viven persuadidos —dice— de:

(204) Para ejercer de cirujano romancista, Felipe II, en 1563, exigía cuatro años de práctica con cirujano u hospital que lo tuviera, y aprobar el examen del protomedicato; Felipe III, en 1603, ordena cinco años de práctica, tres en hospital y dos con médico o cirujano aprobado, *Nueva Recopilación*, 1, 7, 13 y 3, 16, 10.

(205) La protección dada por el gobierno a los colegios de cirugía, y la gran influencia que éstos tuvieron en la separación de medicina y cirugía, es manifiesta. Por real cédula de 15 de diciembre de 1768 consiguen suprimir las cátedras de cirugía y anatomía de la universidad de Cervera, prohibiendo ejercer la cirugía en el principado catalán sin estar examinado en el colegio de cirugía de Barcelona, en C. M.^a Ajo, *Historia de las Universidades...*, IV, 434 ss. La misma inspiración posee la frase siguiente, sacada del plan de estudios de 1771 de Alcalá de Henares: «La cátedra de cirugía latina, parece al fiscal que se puede suprimir, así porque una sola cátedra no basta para formar buenos cirujanos, como porque hallándose aquella ciudad tan cerca de esta corte, tendrán sus naturales facilidad de aprender esta facultad cuando se establezca en el hospital general el colegio o escuela real de cirugía, sobre que pende un expediente en el consejo», *Real Provisión...*, Alcalá, 1772, 197. De la misma manera en el plan salmantino la cirugía se separará de la medicina, *Plan...*, Salamanca, 1772, 24 ss., 97.

que observando nuestras leyes municipales, podemos aprender las ciencias sin dispendio de tiempo y sin temor de haberle consumido en cosas inútiles. Aunque no aprobamos la nimia adhesión de todo lo antiguo, antes bien conceptuamos de común error enristrar para todo la lanza del *quantaque* juzgamos que inventar métodos habiendo el de la universidad de Salamanca, es querer numerarse entre aquellos de quienes dijo Alciato in *Emblem*. PHILAUTIA.

Qui velerum abjecta metodo nova dogmata quaerunt,
Nilque suas praeter tradere phantasias (206).

En el exordio de su plan, reconocen cierta decadencia de los estudios en Salamanca. Pero atribuyen sus causas a la escasa dotación de las cátedras y a las explicaciones fuera de la universidad, que restan número de estudiantes a las aulas; también a la falta de rigor en los grados de bachiller, la facilidad en las incorporaciones, etc. (207). Por ello, visto el valor del antiguo método salmantino, buscarán conservarlo como estaba, desde el arreglo de Zúñiga en 1594, si bien reduciendo a cuatro años las materias a cursar.

En la facultad de leyes se comprimen los cinco cursos que tradicionalmente tenía, en sólo cuatro. Antes estudiaban un año de instituta, dos de código y dos de Pandectas, para completar los cinco necesarios al bachiller. Ahora quedaban reducidos a cuatro, pero conservando la misma estructura.

En el primer año se propone el estudio de la Instituta de Justiniano, en cátedras de mañana y tarde; un catedrático explicaría el libro primero y tercero, el otro los dos restantes. El año siguiente cambiarían los catedráticos los libros a explicar, pero el alumno —aunque con cierta diferencia de orden —recibe la misma enseñanza. En los antiguos estatutos el sistema era muy semejante, salvo que se señalaban títulos determinados y época en que se debían exponer (208). En el segundo curso, es donde se procuraba remediar esa diferencia de un año, en que se acorta el bachiller. Mañana y tarde, oirán exclusivamente código de Justiniano, reducido a un solo curso. Las materias en cambio, son exactamente las de la antigua tradición salmantina: títulos varios de este cuerpo legal, que los catedráticos debían explicar, alternando las cuestiones durante cuatro años (209). Los discípulos oirán, pues, una parte de lo que es materia de los catedráticos de código, de los títulos que, conforme a estatutos, se explicaban en un cuatrienio por los profesores, de esta disciplina.

En el tercer año estarán obligados a asistir a las cátedras de prima o vísperas o a la de digesto viejo. En realidad, se busca que se estudie en este año digesto,

(206) *Plan...*, Salamanca, 1772, 34. Esa misma confianza en la bondad del método salmantino la expresan repetidas veces, «Confesamos no haber tenido otro objeto en la formación de este plan, que el mostrar el craso error de los que dicen que en la universidad de Salamanca no se enseña...», 53; también la importancia de mantener los estatutos tradicionales, 54, así como la usual recogida de elogios de esta universidad, basados en Posevino, en la influencia sobre Cervera, etc., 31 ss.

(207) *Plan...*, Salamanca, 1772, 30, 36, 33.

(208) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. II. De las lecturas de cánones y leyes, 158, 162, 165, 169; *Plan...*, Salamanca, 1772, 41-42.

(209) *Cuestiones...*, Salamanca, 1625, tít. 11, 157, 161-162, 165, 168-169; *Plan...*, Salamanca, 1772, 43.

o mejor, los títulos que de éste se daban como necesarios en la explicación cuatrienal de los catedráticos (210).

En el cuarto se cursa la cátedra de volumen —sigue el derecho romano (211)—, pero, además, el derecho patrio en la cátedra de prima o vísperas. Esta es la forma de insertar el derecho español en la universidad. Las cátedras de prima y vísperas —conforme al antiguo estatuto— poseen materias asignadas para un cuatrienio, todas de derecho romano del digesto. Pues bien, la universidad propone que el catedrático de prima,

explicará un año el Derecho Real, y en el siguiente explicará el civil, y en el que hubiere explicado éste en el anterior curso, enseñará en el inmediato las leyes patrias. Aunque éstas se dividen en varios cuerpos —sigue diciendo— juzgamos que el de la Nueva Recopilación es más adaptable para los estudiantes, por ser las leyes por donde han de decidirse los pleitos, quedando a cargo del catedrático instruirles de los autos acordados y pragmáticas posteriores a dichas leyes, en los respectivos asuntos que explicare.

La misma alternancia se observará en la cátedra de vísperas (212). Con ello el catedrático posee un programa de materias a desarrollar en siete años, alternando cada dos derecho civil y real. Los estudiantes, por lo demás, están obligados a asistir en cuarto al que explique leyes reales, oyendo una sexta parte de los títulos que se señalan a los catedráticos de prima y vísperas, ya que cada uno de ellos —en relación a leyes patrias— observan una rotación de tres años cada uno, con diferentes materias. Esta era, pues, la propuesta de la universidad salmantina para que se explique el derecho patrio.

Como éste es novedad, el informe del claustro establece con todo detalle de épocas y títulos las materias a explicar de la *Nueva recopilación*, distinguiendo tres años para la cátedra de prima y otros tres para la de vísperas (213). Tal vez esta introducción del derecho patrio les parece demasiado reducida, y todavía conceden otras posibilidades. Como para graduarse en cánones también se requieren dos años cursando en aquella facultad, podrán aprovechar los estudiantes para seguir oyendo en las cátedras en que se explica el derecho patrio, «de manera que en seis años de residencia en la universidad, va fundamentado en los cuatro libros de la Instituta, sabe muchas materias del *Código* y *Digesto*, y medianamente instruido en el *Volumen*, derecho patrio y canónico, sale de esta universidad graduado de bachiller *in utroque jure* y aun capaz de

(210) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 11, 156-157, 160-161, 164-165, 168; *Plan...*, Salamanca, 1772, 44, 45, 45-46.

(211) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 11, 157-158, 162, 165, 169; *Plan...*, Salamanca, 1772, 47 ss.

(212) *Plan...*, Salamanca, 1772, 48-49.

(213) *Plan...*, Salamanca, 1772, 49 ss. Es extensísima, recordando los antiguos estatutos, la distribución de materias.

servir a S. M. en cualquier empleo» (214). En este período tienen lugar las explicaciones de extraordinario de los bachilleres, a que ya nos hemos referido.

La factura de la propuesta salmantina es sobremanera arcaica. Apenas apunta nada nuevo, que no estuviera contenido en sus estatutos venidos del xvi y xvii; a duras penas transige con cierta exposición del derecho real. El señalamiento de materias —incluso en nueva recopilación— respeta el sistema antiguo de alternancia, de títulos sueltos, fragmentario. Sólo la instituta se estudiaría completa. Y nada quiere saber de libros metódicos, de instituciones más concisas. Dice, decididamente que:

las que los Colones del buen justo llaman economías literarias son poderoso hechizo y roban toda la atención a los que desean y logran unir las apariencias de científicos con las realidades de ociosos. Juzgan algunos críticos de estrado hallarse en posesión del Perú de la sabiduría con sólo haber leído alguno de los modernos metodistas. Es cortísimo el tiempo que pueden consumir en su lectura y a costa de tan tenue y deleitosa tarea, con intolerable habilantez censuran todo el género humano y adquieren brío y armas para derribar a los más insignes colosos de la literatura. Así hablaban, así muerden y destrozan, y todavía no hemos experimentado los daños que es capaz de producir esta nueva casta de gentes (215).

Veamos ahora la respuesta fiscal. Precisamente representa aquella tendencia de que abominan. Va a imponer esta nueva forma de estudio, terminando con el método tradicional de la vieja universidad. Se inspirará —para leyes— en la propuesta de la universidad de Valladolid— mucho más moderna y ajustada— y casi sin atender a la propuesta salmantina, moldeará la nueva enseñanza por libros que —metódicamente— comprendan toda la disciplina (216).

De seguir la propuesta de la universidad salmantina,

al cabo de los cuatro cursos sólo habrá oído un profesor de Salamanca la ligera explicación del texto neto de la Instituta civil; diez o doce títulos del *Código*; dos o tres del *Digesto*; un libro del *Volumen*; y seis u ocho títulos sueltos del

(214) *Plan...*, Salamanca, 1772, 54. Pretenden que se conocerá toda la nueva recopilación, lo que no es cierto, pues su enseñanza abarca seis cursos. En este período se profesan las explicaciones de extraordinario.

(215) *Plan...*, Salamanca, 1772, 34. Tan sólo recomienda a Vinnio y algún otro institutista, 42.

(216) El fiscal denunciaba el intento de la universidad de comprimir cinco años de estudio en cuatro: «Como los estatutos de aquella universidad pedían cinco años de estudio para recibir el grado de bachiller y ahora se hallan reducidos a cuatro por la real cédula de veinte y cuatro de enero, ha aumentado el claustro las asignaturas de las cátedras, o por mejor decir ha cargado y aumentado el estudio de los profesores, para que en cuatro años oigan las explicaciones que antes se distribuían en cinco, y a más de ellas las del Derecho real», *Plan...*, Salamanca, 1772, 99.

Es evidente la influencia del plan de Valladolid, del informe de su universidad, mayor en leyes, menor en cánones, *Método...*, Valladolid, 1771, 9 ss., 23 ss., 40 ss., 53 ss. Alcalá de Henares y Santiago le siguen con mayores diferencias, *Real Provisión...*, Alcalá, 1772, 105 ss., C. M.^a Ajo G. y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las Universidades...*, IV, 561 s.

derecho civil y real: de todo lo cual se compondrá un fárrago inútil y no habrá sacado utilidad alguna; y lo peor es que ni aun adquirirá sólidos fundamentos que le sean suficientes para instruirse en lo sucesivo por sí mismo (217).

Entonces decide redistribuir por entero las asignaturas en cuatro años, señalando los libros más adecuados, pero estableciendo dos años más voluntarios —que sustituirían a los de práctica para recibirse de abogados. De esta forma podían ser seis, sin daño para los estudiantes que quisieran ejercer.

Los dos primeros años se estudiará la instituta. Cuatro cátedras —las dos de esta denominación, más las de código— se encargarán de explicarla. Las de mañana la explican a lo largo de los años, las de tarde repiten la lección yendo unas lecciones más retrasadas, para repaso. Como son dos cursos, alternan los catedráticos a fin de que los alumnos acaben con quienes empezaron. En definitiva, dos años de instituta, en que se verá ésta completa, a la letra y con los comentarios de Arnolfo Vinnio y notas de Heineccio; pero los catedráticos deberán advertir a los alumnos lo que las leyes reales disponen sobre la materia que explican, auxiliándose de las *Instituciones* de Antonio Torres. Se irá formando un cuaderno con las notas de derecho real —como hizo Vinnio en relación a su patria— que con el tiempo puede imprimirse.

El tercer curso se dedica a digesto. Dos cátedras —añadiendo la de volumen, que toma este nombre— explican mañana y tarde para exponer breve y por entero los cincuenta libros del *Digesto*, los senadoconsultos y juristas del mismo. Se explicará, por ahora, por la *Paratitla* de Cujacio, el tratado de Gravina y el *De nominibus Pandectarum* de Antonio Agustín, así como los jurisprudenciales menores de Gregorio Mayáns. Provisionalmente, puesto que el fiscal espera también en esta materia nueva obra de texto. «De todas estas obras, de las de Heineccio, etc., podrá con el tiempo la misma universidad arreglar una obra útil y metódica, cual sería un compendio a las rúbricas de los libros y títulos del *Digesto*, con noción de sus partes integrantes...» (218).

En el cuarto —y último curso de bachiller— la materia es el código justinianeo. Dos cátedras, una de código y otra de volumen —las de vísperas antes—, se encargan de esta enseñanza. La primera, por la mañana, explica los nueve primeros libros, por Antonio Pérez. En la de volumen, por la tarde, los tres últimos del derecho público de Roma, por García Toledano, Francisco Amaya y Pedro Pantino; claro es, hasta que la universidad salmantina forme un texto propio.

Cumplidos estos cuatro cursos tendrán los profesores de leyes un conocimiento bien fundamental de las Instituciones de Justiniano, y una noticia general y coordinada de las materias dispersas en el *Digesto*, Código y Volumen; y se hallarán en una proporción muy suficiente para recibir el grado de bachiller en

leyes, para manejar estos cuerpos legales, depositarios de la Jurisprudencia romana y para oír la explicación de las leyes reales (219).

Después se añaden dos cursos más, derecho real e instituciones canónicas, que les valen por los años de práctica. Las cátedras de prima y vísperas de derecho real —las antiguas de prima más y menos antigua, respectivamente— son las encargadas del quinto año. La otra enseñanza —canónica— queda encargada a las cátedras de la otra facultad jurídica.

En el quinto curso se estudia derecho real. Por la mañana en la cátedra de prima de derecho real se explican los títulos y rúbricas de la recopilación. Como es ésta tan extensa, puede distribuirse en tres años —uno por tomo— y se simplifica su exposición. Se lee y como son tan claras, basta su lectura acompañada de explicación, con las acertadas referencias a los autos acordados y leyes añadidas, sin perder de vista un paralelo con el derecho civil de los romanos. También los reinados y las cortes importan, deberían buscarse y exponerse; los libros de Juan Lucas Cortés, Prieto y Sotelo, con el *Arte legal* de Pedraza —historia y método de estudiar— son declarados libros básicos a leer en este año quinto. Por la tarde, en la cátedra de vísperas de derecho real, se estudian las leyes de Toro, conforme la mente de Antonio Gómez, el más famoso de sus comentadores, y como él hizo, enlazándolas con derecho romano. En el sexto año, deben asistir a las cátedras de instituciones canónicas establecidas en este plan, que veremos. Se trata de conocer las decretales o el derecho nuevo eclesiástico, como se le llama para distinguirlo del derecho conciliar antiguo (220).

Dos aspectos más le ocupan: el grado de licenciado y las explicaciones de extraordinario, que son una misma cosa. Deja para graduarse de licenciado los cuatro años a partir del bachiller, establecidos por los antiguos estatutos y constituciones de Salamanca. Tras los cuatro de bachiller se habrán de estudiar tres, asistiendo a la cátedra de prima de derecho real, completando el estudio de la recopilación y —por la tarde— las leyes de Toro. Más los ejercicios y lecciones que requieren las lecciones de extraordinario, es decir, completar la enseñanza en materias de cátedras de regencia. Por la decadencia en que aquellas lecciones se encontraban, las regula con minuciosidad, además de haber señalado estudios para los licenciados de cuatro años, con cuestiones de derecho real y canónico (221).

(219) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, cita en 106.

(220) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 106-107, 108. «Para que todos los profesores juristas de aquella universidad se dediquen con gusto y utilidad al estudio de las leyes reales, que hacen el objeto de estas dos últimas cátedras, podrá declarar el consejo por punto general que la certificación de la asistencia y aprovechamiento en ellas les servirá por curso y año de práctica para efecto de ser admitidos a la judicatura y abogacía, así en el consejo como en cualesquier chancillerías y audiencias, sufriendo sin novedad el examen acostumbrado y de nuevo añadido por el consejo», 107-108.

(221) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 108-109, explicaciones de extraordinario, 116-117; la licencia en cánones, análoga, con estudios especiales, 119-120.

(217) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 102, acude a la autoridad de Duareno.

(218) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 104-105.

Resumamos la reforma. Se busca una enseñanza completa, partiendo de libros y compendios, más que del texto directo de las fuentes justinianas; en derecho real, en cambio, se acude a los textos, con algún complemento histórico o de comentaristas. En cuatro años se gradúan de bachiller, sólo con conocimiento de derecho romano. Luego para recibirse de abogados pasarán los años de práctica, o bien seguirían en dos cursos, el derecho real y nociones de canónico. Por otro lado, aparecen ahora estudios para licencia: estos dos mentados, más otros tantos de derecho real. Luego pueden recibir —habiendo dado o expuesto sus lecciones— el grado de licenciado con el examen correspondiente. Novedades: el aprendizaje por compendio y los estudios para licenciado; el derecho español hace su aparición como sustitutivo de años de práctica —que se encaminaban al mismo fin— y como estudios de licencia.

Aunque no granaron, hay algunos intentos de crear una cátedra de derecho natural, con supresión de la de música, a propuesta de Mintegui y Meléndez que se pidió en Madrid, pero con escaso éxito. Luego vino la supresión de estas cátedras en 1794 para las universidades en que las había... (222).

Facultad de cánones

En esta facultad de derecho, el informe del claustro de leyes y cánones muestra rasgos de mayor innovación. No parece limitarse a reproducir la forma de enseñanza —materias, cátedras a cursar— que desde antiguo seguía. Las alabanzas y el deseo de conservar con que empieza la descripción de las facultades de derecho es común a ambas; no gustan de los que llaman metodistas, creen en las grandes posibilidades de los cauces de enseñanza tradicionales. Ya lo vimos. Pero no hay duda, la concreta propuesta para cánones es más innovadora.

Los estudios de bachiller, en la factura tradicional, comprendían cinco años, más un curso previo en la facultad de leyes, sin duda, dedicado a Instituta. Estudiaban un primer curso en las cátedras de prima y vísperas, destinadas a decretales y, en los dos últimos, Sexto y decretales, en prima y vísperas más antigua, o, si gustaren, en clementinas, en lugar de una de éstas (223). En suma, existe una notable preponderancia en el estudio de las *Decretales*. Precisamente el vuelco —en 1771— va a darse en la marcada minoración de este estudio, pasando hacia el *Decreto* y concilios; es decir, hacia el estudio de los textos conciliares, en detrimento de las disposiciones de los pontífices. Es un cambio de orientación determinado por el regalismo de los siglos xvii y xviii,

(222) G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 184-185, también 178, 193.

(223) *Constituciones...*, Salamanca, 1625, tít. 21, est. 15, tít. 28, est. 9, 192, 206. Desde los Estatutos se habían creado dos cátedras más de prima y vísperas dedicadas a decretales.

aficionado a los cánones más antiguos que concedían al rey mejores posiciones.

Ya el informe de Salamanca para la facultad de cánones iniciaba este camino. Previamente, refuerza el estudio del derecho civil para canonistas, porque «ningún profesor podrá ser admitido a oír sagrados Cánones sin acreditar primero haber asistido dos cursos continuos a cátedras de derecho civil, en ésta o en otra Universidad aprobada» (224). Se trata de colocar dos cursos de instituta, que podían reducirse a uno, sufriendo examen por el catedrático de canónico. Después, en un primer curso, asistirán a las cátedras de decretales menores, en donde aprenderían los dos primeros libros de éstas; en el siguiente completan en las cátedras de prima y vísperas menos antiguas el estudio de los tres siguientes libros de las *Decretales*. En el tercer año ya estudian decreto, en dos cátedras, la existente desde antiguo y la de decretales mayor, que ahora será de decreto menor, o si lo prefieren, en lugar de esta última, clementinas. Se percibe una primera transformación de una cátedra de decretales a decreto, y se le señala —ya que no se hacía en los antiguos estatutos— el contenido de la cátedra transformada (225). En el cuarto año, con la asistencia a dos de las cátedras de prima y vísperas más antiguas, vuelven al estudio de concilios, fundamentalmente:

En la de Prima se explicarán concilios generales y nacionales de España; y en la de Vísperas únicamente el sagrado concilio de Trento, distribuyéndose uno y otro catedrático su respectiva asignatura en los tres tercios del curso, explicándoles *viva voce* a los oyentes, prescribiéndoles la suma de concilios que juzgue más proporcionada a sus talentos y alternando en la explicación del Concilio de Trento un año el de Prima y otro el de Vísperas; y lo mismo en cuanto a la de los concilios generales y nacionales (226).

Dos cátedras más dejan de explicar decretales. No obstante, podían sustituir los estudiantes de cánones una de ellas por la cátedra de sexto, de prolongación de decretales.

Al ser más avanzado, el fiscal lo tendrá más en cuenta. Es verdad que no lo acepta en bloque, pero la mayor coincidencia de opiniones —quizá el mayor número de cátedras— le impide aplicarle la solución de Valladolid, como hizo en leyes (227). Sin embargo, no le gusta por entero: precisamente porque considera excesiva todavía la enseñanza de decretales, «que sirven sólo para la decisión de los pleitos eclesiásticos, sin que se encuentre en ellos noticia alguna

(224) *Plan Salamanca*, 1771, 37.

(225) *Plan...*, Salamanca, 1772, 37, 38-39. Extensamente las materias de esta cátedra nueva. Las materias en las diferentes cátedras en *Constituciones...*, Salamanca, 1625, título 11, 154 ss., 158 ss., 162 ss., 166 ss.

(226) *Plan...*, Salamanca, 1772, 39-40, cita en 40.

(227) Sobre la influencia de Valladolid, véase nota 216.

de la pura disciplina antigua » (228). Un indudable tono regalista —de vuelta a los antiguos cánones— domina estas palabras.

Les admite que comience la facultad con dos cursos de instituta civil —iguales a los de leyes— de que se examinarán con todo rigor ante los tres catedráticos más modernos de cánones. De esta manera existe, pues, una fase preliminar o preparatoria para la entrada en esta facultad (229). En el primer curso, ya propiamente de cánones, se explican decretales, en las cátedras que pasan a llamarse de instituta canónica o derecho eclesiástico nuevo. Profesan los encargados de esta instrucción mañana y tarde, al igual que en las análogas civiles. A ellas se asiste también por los de sexto curso de leyes y segundo de práctica, que cursan en la rama civil. Como libros —ya no los textos antiguos— propone la *Paratitla* de Inocencio Cironio, complementado por Van Espen (230).

Durante el segundo curso —mañana y tarde— asisten los alumnos a las cátedras de derecho eclesiástico antiguo o de decreto transformando en éstas las de decretales mayores y clementinas— para aprender el decreto. Se servirán del epítome de derecho antiguo y *De Emendatione Gratiani* de Antonio Agustín, ayudándose por Carlos Sebastián Berardi. Y ya en este momento puede graduarse de bachiller en cánones, conforme a las normas de la materia (231). A los cuatro años, como en todas, ya que llevan dos de estudios en la facultad de leyes.

En el tercer año, se ha de asistir a decreto y por la tarde a historia eclesiástica, en que se cambia la de sexto. Afirma el fiscal la confusión, cantidad de cánones apócrifos, violencias y mutilaciones que tiene la obra de Graciano; sin embargo, la reputa útil para acercarse a la disciplina antigua, siempre que se corrija (232).

En el cuarto curso, las cátedras de vísperas explicarán «la autoridad, utilidad y contenido de las antiguas colecciones canónicas hasta Graciano exclusive, cuales son la de los cánones llamados apostólicos, la de Martín de Braga, la de Cresconio, la de san Isidoro, Dionisio el Exiguo, los Capitulares, el *Códex Canonum Ecclesiae Romanae*, la de Balsamon» y sigue enumerando, recordando la obra de Van Espen (233).

En el quinto, se asiste a la cátedra de prima para oír concilios nacionales por García de Loaysa y el cardenal de Aguirre. Especialmente atenderán a la

(228) *Plan...*, Salamanca, 1772, 111. «Los que sólo han aprovechado en estos conocimientos limitados, no merecen el respetable de canonistas, esto es, de instruidos en la ciencia de aquellos cánones sagrados, que representan las costumbres y hechos de los Santos Padres, que contienen el régimen y ordenación de la Iglesia; que son conclusiones derivadas del Evangelio y libros canónicos y en los cuales se ve representada la disciplina más pura, con que floreció la iglesia en los ocho primeros siglos y cuya restauración ha deseado siempre la iglesia...», 111.

(229) *Plan...*, Salamanca, 1772, 109-110. Da más rigor al examen de entrada que el claustro proponía por un catedrático solo, 37.

(230) *Plan...*, Salamanca, 1772, 111-112.

(231) *Plan...*, Salamanca, 1772, 112-113.

(232) *Plan...*, Salamanca, 1772, 113-114. Los errores de Graciano debidos a «Reginon, Ivon carnotense y Burcardo».

(233) *Plan...*, Salamanca, 1772, 114-115.

forma de celebrarlos, con cuanto Trento, las leyes del reino e Indias previenen sobre ello, la intervención del ministro de regío y presentación en el consejo supremo, antes de su publicación. También con alguna noticia de las constituciones sinodales de los obispos de España y de las cédulas del consejo para su reconocimiento, «para advertir las limitaciones puestas en lo que es contrario a Regalía». Por la tarde asistirán a la cátedra de vísperas —antes prima menos antigua— que expondrá los concilios generales, en materia de disciplina y jurisdicción, ya que los dogmas se reservan a la facultad teológica. Los libros de texto podrán ser la *Suma* de Cabasucio, Thomasino, Bails o análogos. En este momento podrán ya licenciarse en la capilla de santa Bárbara conforme a la antigua regulación salmantina, que se remonta, cuando menos a Martín V, en 1422 (234). Con estos tres cursos aparecían los estudios para licenciado en la facultad de cánones, en modo análogo a lo que vimos en la de leyes.

Señalemos, por último, que el fiscal dejaba libertad a los legistas —también viceversa— para pasarse a la facultad de cánones tras terminar los comunes de instituta civil; con estos cuatro cursos, podían conseguir el grado de bachiller en una u otra facultad; también podían graduarse en ambas facultades estudiando dos cursos más en la que les faltase, y con el correspondiente examen. En ello seguía la regulación de la real cédula de 24 de enero de 1770 (235).

En resumen, en esta facultad asoma todo el pensamiento regalista del consejo de Castilla. Volver a la disciplina antigua, más pura, frente al derecho más moderno de los pontífices romanos, que era la base de estudio en la Salamanca tradicional; proteger la regalía de su majestad, su intervención en las diversas materias; unirse a la gran corriente que se ha gestado de crítica textual sobre las fuentes del *Corpus* del derecho canónico, primordialmente del *Decreto*, que recoge la disciplina antigua. No hay todavía preocupación por el estudio del derecho real en estas cátedras, aunque sí parcialmente, verbigracia en conexión con los concilios y sínodos españoles. La aparición de estudios para los bachilleres que desean licenciarse, junto a sus explicaciones de extraordinario, colocan su reforma en la misma línea —más moderna— de aparición en estudios para bachilleres.

Dentro de las carreras de derecho queda, por último, un aspecto que importa resaltar: el ejercicio o práctica de la judicatura y abogacía. Bastaba al efecto el bachiller en cualquiera de ambos derechos, completado por unos años de pasantía privada en el despacho de un abogado de chancillería o audiencia; después el recibimiento de abogado en los tribunales. Ahora bien, por orden de 16 de enero de 1773, se prohibía terminantemente que los bachilleres en cánones pudiesen recibirse de abogados. Pero, en cambio, la real provisión de 15 de

(234) *Plan...*, Salamanca, 1772, 115-116, 116.

(235) *Plan...*, Salamanca, 1772, 112-113. Ya en el informe solamente para graduarse los bachilleres de leyes en cánones, cursando decretales menores un año, otro en prima y víspera menos antiguas, 40, 54. La conversión análoga en real cédula de 24 de enero de 1770, *Colección...*, Salamanca, I, 261-262.

febrero de 1772 admitía que los licenciados o doctores por Salamanca —en cualquiera de ambas facultades— puedan ejercer en aquella provincia; y, fuera de ella, previa presentación de su título al consejo. Se reconocía un antiguo privilegio de aquella universidad.

El sistema general seguiría siendo el de bachiller con pasantía, y además, el plan de 1771 concedía valor de pasantía a la asistencia a instituciones canónicas y a prima de derecho real y leyes del Toro, como se dijo (236).

Facultad de teología

Los estatutos de 1625 establecen para esta facultad seis cátedras, tres de propiedad y tres de regencia. Las primeras son la de prima y la de vísperas, encargadas de explicar a Pedro Lombardo por su comentarista santo Tomás, y la de sagrada escritura o biblia, que explicará en dos años, el viejo y nuevo testamento. Las de regencia son las de santo Tomás, Escoto y Durando, en las que se explicará, también, a Pedro Lombardo, pero interpretado por la respectiva escuela. Posteriormente, se crean otras cátedras, la de teología moral, la de san Anselmo, y las jesuíticas de Suárez y san Isidoro. También se cuenta con seis cátedras más, de fundación particular, y pertenecientes a las órdenes de santo Domingo, san Francisco y san Benito. Desde antiguo, los teólogos —así como los médicos— han de graduarse de bachiller en artes para poder comenzar sus estudios. Después debían oír cuatro años en las cátedras de propiedad, el primero y el segundo en la cátedra de Biblia y en la de prima o en la de vísperas; el tercero y el cuarto en una cualquiera de éstas. Tras el grado han de leer de extraordinario —también al igual que los médicos— durante otros tres años (237).

El claustro se mantiene totalmente conservador. Opina que «el orden, y método que se deja ver en la enseñanza de la sagrada teología, que prescriben las leyes referidas de este estudio, nos parece el más acertado, y aun añadimos

(236) La regulación de la práctica en la ley segunda de Toro, que se recoge en la *Nueva Recopilación*, 2, 1, 4. Sobre la práctica y el recibimiento de abogados, M. Peset Reig, «La formación de los juristas y su acceso al foro en el tránsito de los siglos XVIII y XIX» *Revista general de legislación y jurisprudencia* 62 (1972) 605-672.

La carta orden de 16 de enero de 1773 en *Colección...*, *Salamanca*, III, 130-131. La real provisión de 15 de febrero de 1772, en cuya petición que la motiva, se extendía a bachilleres colegiales, en *Colección...*, *Salamanca*, III, 54 ss. El privilegio antiguo de Alejandro IV, *Constituciones...*, *Salamanca*, 1625, 124 ss. Finalmente la regulación en el plan salmantino, fue examinada antes, véase texto en nota 220, y *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 106-107.

(237) *Constituciones...*, *Salamanca*, 1625, const. XXXI, tít. 12, tít. 28 y tít. 32, 56 ss., 170 ss., 204 ss., 218 ss. Una buena descripción en el informe de la facultad, *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 54 s. y 72. La cátedra de prima de la orden de santo Domingo fue creada por Felipe III en el curso 1605-1606, la de vísperas de la misma orden por el duque de Lerma en 1607-1608, *Constituciones...*, *Salamanca*, 1625, 405-406. Alguna disposición sobre las cátedras de jesuitas, en C. M.^a Ajo, *Historia de las universidades*, IV, 39.

que es el único que se puede ordenar, y establecer para bien de la Iglesia y del Reino» (238). Sin embargo, se hace eco de la importancia de la teología positiva, o sea el estudio de las verdades reveladas y de la historia de los dogmas. Para su estudio quiere crear dos nuevas cátedras de propiedad: de lugares teológicos o elementos de teología y de historia eclesiástica. Si la escolástica se aparta de la teología positiva, es insuficiente: «una es la ciencia en la sagrada teología, que se compone de las dos: es parte la positiva de la Teología, en cuanto suministra los principios de que se ha de valer esta ciencia: lo es también la escolástica en cuanto de éstos deduce las verdades que conducen a sostener con solidez, e inteligencia las que son infalibles, y reveladas para nutrir la fe en nuestras almas, aumentarla y defenderla: y para que haya hombres doctos, o doctores de la Iglesia, que sepan dar razón de lo que creemos y esperamos, para instrucción de los rudos, o ignorantes en estas materias» (239). Junto a las cinco cátedras de propiedad, la universidad propone cuatro de regencia: teología moral, santo Tomás, san Anselmo y Escoto (240). Se seguiría explicando por el sistema antiguo, un mismo autor interpretado por cada una de las escuelas. En cuanto a libros a emplear, propone el claustro lo siguiente. Para el estudio de la sagrada escritura se utilizará la obra del P. Lamy (241). En las cátedras de regencia del santo Tomás, san Anselmo y Escoto, según los estatutos, se debe explicar la obra de Pedro Lombardo, comentada por los autores de cada cátedra; el claustro cree conveniente que se añada el estudio de un comentarista de cada uno de los teólogos, así Gonet para santo Tomás, Aguirre para san Anselmo y Mastrio para Escoto (242). En las de prima y vísperas universitarias, se seguirá a santo Tomás, en la de lugares teológicos (243) se estudiará por Melchor Cano, en la de historia eclesiástica por Cabaucio y su seguidor Fulgencio Cuniliati (244). Se advierte en el informe un claro deseo de que se explique por autores modernos.

Se exige cinco cédulas de curso, las tres primeras en las cátedras de regencia y las dos últimas en las de prima y vísperas. En primer año se debe asistir, además, a la de sagrada escritura, en cuarto a lugares teológicos y en quinto a

(238) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 56.

(239) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 60.

(240) Se han suprimido las cátedras de Durando por no tener ya seguidores y, naturalmente, las de san Isidoro y Suárez de los expulsados jesuitas. Se mantienen las seis de creación particular.

(241) Considera también interesantes para esta cátedra las obras de los teólogos Pedro García Galarza y Martín Martínez Cantapetrense; la obra de éste fue ordenada por real provisión de 2 de noviembre de 1768, *Colección...*, *Salamanca*, I, 121 ss. Tras el estudio del autor que se prefiere seguirá la explicación breve de un capítulo de la sagrada escritura, un año del Viejo, el siguiente del Nuevo Testamento, *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 66 ss.

(242) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 65. En el último cuarto de hora se dictará lo dogmático de cada tratado.

(243) En las de prima y vísperas de la orden de santo Domingo también se seguirá a santo Tomás, en las de san Francisco a Escoto, en las de san Benito a san Anselmo, *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 68-69.

(244) *Plan...*, *Salamanca*, 1772, 69-72.

historia eclesiástica. La de teología moral queda, fundamentalmente, para los opositores a curatos (245).

El proyecto no convencerá al fiscal, quien considerará necesario terminar con el sistema de escuelas, al menos dentro de la universidad. Propone que las cátedras de teología moral, Durando, santo Tomás, Suárez, san Isidoro, físicos, san Anselmo y Escoto se igualen en categoría, quedando todas de regencia y quitándoles su nombre. Estas ocho cátedras explicarían el bachillerato en teología en cuatro años, dos por curso, una por la mañana, y la otra, de repaso, por la tarde. Todas ellas tendrían como único libro de texto la *Summa* de santo Tomás, de la cual dispondrían los alumnos. El profesor la comentaría e indicaría las opiniones de los autores más importantes. Las seis cátedras particulares de las órdenes de san Benito, san Francisco y santo Domingo formarían a los miembros de su respectivo instituto, también en cuatro años (246).

Así el futuro teólogo deberá cursar tras los tres años de filosofía, un año en la cátedra de lugares teológicos, en la que se seguiría la obra de Melchor Cano, tal como la universidad propone (247). Después el teólogo estudia los cuatro años de teología escolástica o en las ocho cátedras de regencia, o en las cátedras particulares de su orden; así puede bachillerarse. Dos años más de estudios se exigen a los que desean licenciarse u opositar a cátedras. Se explican en las otras tres cátedras de propiedad: sagrada escritura, vísperas y prima. En quinto año se asistirá a la de biblia y a la de vísperas o de historia eclesiástica. En la primera se seguirán los textos indicados por el claustro, Pedro García Galarza, Martín Martínez de Cantalapiedra o el P. Lamy, y en la segunda, la historia de Natal Alexandro. Si la universidad considera necesaria la enseñanza separada de la teología moral, se lo puede encargar a la de vísperas, siguiendo a santo Tomás y a su comentarista P. Fulgencio Cuniliati, como desea Salamanca. En sexto año, por último, se debe asistir a la de prima, en la que se explicarán los concilios generales (248). Con todo ello el consejo de Castilla, intenta favorecer la entrada de la teología positiva, y acabar con el antiguo sistema de enseñanza por escuelas teológicas.

En definitiva: la universidad de Salamanca —como otras españolas— se está renovando en los decenios finales del siglo XVIII. Está incorporando el fecundo movimiento ilustrado español, que inicia vivir de tiempos nuevos. El

(245) *Plan...*, Salamanca, 1772, 64 ss., 122.

(246) *Plan...*, Salamanca, 1772, 122 ss., y 139. En realidad el fiscal, en lugar de las cátedras de san Anselmo y Escoto, incluía las pertenecientes a la orden de santo Domingo, dejando éstas para explicar a san Anselmo y Escoto, 124. La decisión de incluir las dos propias de la universidad y dejar las seis particulares para la formación de los miembros de las respectivas órdenes, es del consejo en la parte dispositiva del plan, 139.

(247) Es la cátedra de propiedad de lógica convertida, con el mismo rango, en lugares teológicos. La asistencia a esta cátedra es obligatoria, pero no cuenta para el cómputo de los cuatro años del bachillerato en teología, *Plan...*, Salamanca, 1772, 92 y 125-126. Se insiste en la necesidad de ganar curso en esta cátedra antes de comenzar los estudios teológicos, y en su incompatibilidad con cualquier otro estudio en carta orden del consejo de 7 de enero de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 31.

(248) *Plan...*, Salamanca, 1772, 125 ss.

plan de Carlos IV en 1807, general para todas las universidades de España, supone —nada menos— que la extensión de la disciplina salmanticense, como cauce de uniformidad. La guerra de la independencia supondrá el momentáneo corte de esta tendencia; el plan de Calomarde en 1824 su última consagración. Mientras, las ideas liberales y francesas originan una nueva línea de la enseñanza superior, que prevalecerá en el futuro (249).

V. OPOSICIONES O SELECCION DEL PROFESORADO

En este punto vamos a ser sucintos al describir el sistema anterior de provisión de las cátedras, porque, en los estatutos de 1625 todavía se halla el método de proveer por votos de estudiantes, con todas sus complejidades. En 1623 se suprimió, aunque fue después repuesto, para su definitiva extinción en 1642. La presión de los colegiales, aparte las deficiencias que, como cualquier otro sistema tiene, concentraron la provisión en el consejo. Por tanto, nos vamos a centrar en cómo estaba en los años de Carlos III o más bien en qué consistieron sus reformas.

Por otro costado, tampoco describiremos las fases con que se hacía, antes y después. Puede verse una cuidada descripción en Luis Enrique Rodríguez-San Pedro, en su extenso estudio sobre *La universidad salmantina del Barroco*, 1598-1625 (250).

Sus fases eran éstas:

- Vacante de la cátedra y declaración por el claustro de rector y consiliarios, para la fijación de edictos.
 - Firma de los opositores, acreditando algunos requisitos para poder ser admitidos, y la admisión de los mismos.
 - Convocatoria para asignar puntos de veinticuatro, que se logra al picar en el libro fundamental de su disciplina por tres partes, y elección de una por el opositor respectivo.
 - Exposición de la lección, con argumentaciones en contra por los coopositores —las celeberrimas trincas—.
 - Votación de la cátedra, primero por los estudiantes y después por el claustro de doctores. Este es el núcleo fundamental, la decisión, y al que se va a dirigir la reforma carolina.
 - Nombramiento y toma de posesión de la cátedra en propiedad o sólo temporal o de regencia.
- Pues bien, los cambios se van a dirigir a los problemas de votación y de

(249) Véase M. y J. L. Peset, *La universidad española*, la segunda parte referida al siglo liberal, en donde se hallan numerosas referencias bibliográficas.

(250) Citado en la nota 1 de esta parte, II, 42-122.

designación, que le interesaban, en especial, a los reformadores. Una buena selección, significaría unos buenos catedráticos y una buena enseñanza...

En las vísperas del cambio, las cátedras se votaban por el claustro salmantino, que establecía un orden o terna por el número de votos y a continuación pasaba al consejo. El consejo de Castilla se reunía en pleno y a la vista de la propuesta y de los informes que tuviese, determinaba ya el orden en que debería elevarse la terna al monarca. Pero antes, pasaba por el filtro del confesor real: los grandes confesores jesuitas de los Borbones hicieron y deshicieron, con sus informes y conocimiento del mundo eclesiástico. El deán Martí se quejaba de que Daubenton le había excluido de alguna posibilidad.

Los informes del consejo y de los confesores se encuentran en amplias series de las universidades castellanas en el archivo de Simancas (251). Allí puede verse como, sobre la propuesta del consejo decidía el confesor real, y después en nota marginal, el rey confirmaba su propuesta. En suma, que existían tres filtros, lo que dejaba con escasas posibilidades a las universidades —a los expertos en la materia— para la designación. Los nuevos cambios tampoco les concedería designación directa, tal vez la dependencia seguía siendo la misma o parecida, pero cambiaría de signo: los colegiales y sus aliados jesuitas perdían el poder y éste pasaba a los grupos que impulsaban las reformas: Campomanes y los fiscales que informaban, sobre unas bases de designación universitaria...

Veamos las normas sobre cátedras en el reinado de Carlos III, y aparte, algunas de las numerosas intervenciones que realizó el consejo para lograr que las cátedras estuvieran cubiertas.

Las normas carolinas de selección

Las normas en que se hacía la reforma fueron tempranas, dirigidas a unas y otras universidades. Para Salamanca se inician por la real provisión de 28 de octubre de 1769, en que se proponía el sistema para proveer las seis cátedras que estaban vacantes, con arreglo a normas nuevas (252).

Su sustancia es el nombramiento de jueces, que deben ser, presididos por el rector, tres catedráticos de la respectiva facultad, nombrados por claustro pleno. Si fueren de propiedad serán nombrados los de más altas, y en todo caso, no deben de ser de opositores. La cuestión estaba en la de prima o más alta, pues, ¿quién podría juzgarle?

Y quando vaquen las de Prima, a que se opondan todos los de aquella facultad, supliréis nombrando Comisarios de Concurso por el siguiente orden:

(251) Archivo de Simancas, secretaría de Gracia y Justicia.

(252) *Colección...*, Salamanca, I, 249-252, también 169-173.

Para las de Prima de Cánones, entre los Cathedráticos y Doctores de Leyes. Para las de Leyes entre los de Cánones. Para las de Theología, entre los que tienen Cáthedras privatibas de los Regulares, quales son los Benedictinos, Dominicanos y Franciscanos. Para las de Medicina, entre los Cathedráticos de Propiedad de Artes. Para las Artes, entre los de Medicina. Y para las de Griego y Hebreo, Gramática, Rhetórica, Lengua Latina y Humanidad, a los Cathedráticos de estas Professions, que parezcan más oportunos. Por lo tocante a Mathematicas, Música y otras, que no componen cuerpo de facultad; a los que juzguéis más a propósito, entre todos los que componen el Claustro, o aunque sean fuera de él, interin estos estudios se mejoran o restablecen a su primer esplendor.

En relación a las trincas, se formarán por estos jueces o comisarios de concurso, uniéndolos de tres en tres por orden de antigüedad en la oposición, que prevalece sobre el grado conforme al estatuto 26 del título 33. Y respecto de los enfermos se podrá dilatar un tanto, dentro del periodo de la oposición, pero cerrada ésta no se alargará, todo de acuerdo y arbitrio del rector.

Abandonan la actitud anterior de ocuparse cátedra a cátedra, para que se convoque digesto viejo o se vean las excusas de quienes no leyeron prima de cánones menos antigua (253). Se había suprimido ya el turno de escuelas o alternativas, así como las preferencias que tenían los colegiales (254). O se habían intentado, con ocasión de algunas, dar regulaciones más generales (255). El consejo, ni aun con los directores de las universidades, podía estar vigilante de cada una, ni siquiera de la primera de todas, Salamanca.

La reglamentación que se había dado no solucionaba bien los problemas, y se acudía con nuevas representaciones a aquel supremo organismo de la corona. Las trincas, sobre todo, no parecía que se formaban con acierto. El 24 de marzo se remitía una carta orden con la real provisión de la misma fecha, de 1770, para que en la oposición a la cátedra de prima de leyes, que se halla vacante, y en todas las demás —se recalca— se cumpliera lo dispuesto sobre la formación de trincas, que al parecer no hacían bien los tribunales de oposiciones o jueces del concurso. Se deberían componer con arreglo a las tres clases de opositores, doctores, licenciados y bachilleres, cada uno dentro de su clase. Si faltan, pasaran a completarla los de la clase siguiente. Los contrincantes —es decir, los otros dos por cada opositor— han de asistir a ver, dar y tomar los puntos, cuál de ellos elige y firmar la conclusión que ha de leer. Daba ejemplo para la citada cátedra, que puede servirnos para mejor aclarar estas reglas; hay once doctores, seis licenciados, diez y siete bachilleres; en consecuencia, los nueve primeros forman las tres primeras trincas; los otros dos, con el licenciado más antiguo, la cuarta y la quinta tres licenciados, quedando dos con un bachiller, el más antiguo para la sexta. Luego los diez y seis que

(253) *Colección...*, Salamanca, I, 11, 31-36.

(254) *Colección...*, Salamanca, I, 37-39, también 58-59, 82-83.

(255) Puede verse en *Colección...*, Salamanca, I, 28-30, 73-80, 118-120.

quedan forman cuatro y una cuatrinca de los más modernos. Aparte podrá argüir en cualquier caso cualquiera de los opositores, para dar más realce al acto (256).

La cuestión de las trincas todavía se perfiló con mayor cuidado en 4 de septiembre de 1770 por otra real cédula, en que para no cargar en exceso al que se está examinando con la preparación de la trinka o argumento contra su contrincante, se establecía la alternativa de ejercicios por días entre las trincas inmediatas, de manera que el primer día expone un expositor y se le hacen las objeciones de la primera trinka; el segundo, uno de la segunda, y le argumentan; en el tercero, de nuevo otro de la primera y en el cuarto de la segunda, de manera que acaben en seis días las dos primeras trincas. Pero todo este complicado montaje fallaba, si algunos estaban enfermos o ausentes, por lo que no se disculpará la enfermedad, sino por declaración jurada de los cátedráticos de prima y vísperas de medicina, y sólo se admiten las ausencias legítimas y notorias (257). Como el hecho de haber participado en una oposición constituía un mérito —una especie de escalafón de espera— de ahí que se pretendiese estar sin estar; o también podía intentarse dilatar o complicar las cosas para buscar resquicios mejores en la obtención de la plaza. Todavía en relación a aquella cátedra de prima de leyes, una carta orden del consejo de 10 de octubre pediría informe acerca de la enfermedad de un opositor determinado, así como si se habían cumplido las normas y decretos, y solicitaba que se enviasen cerradas las censuras de los jueces (258).

El día 4 de diciembre reunía las normas existentes en la materia, como recordatorio y para solucionar algún concreto problema. Una resolución de 21 de enero de 1766 en que se nombraba a determinados individuos para cátedras de código y dos de Instituta en Salamanca, recordaba legislación anterior de su padre, y que se le consulte todo, hasta las cátedras de ascenso, que podían darse por claustro y hubieran quedado fuera del control del consejo; y que no se ponga a quien haya dejado de leer y se respete, no el turno o la antigüedad, sino «el mérito y circunstancias de los opositores en términos de rigurosa justicia» (259). Aquella legislación anterior, que en esta real cédula se reproduce, es de 12 de mayo de 1714, en que no se admitía ya que los enfermos o ausentes figurasen en la consulta al consejo —también el rey se queja de no estar el voto del fiscal general, aunque eso se refiere más a un defecto de procedimiento en el pleno del consejo—. Asimismo se pedía que en la consulta se incluyan las resultas, pues la oposición puede valer para las que quedan vacantes en el momento de proveerse. Se hacía ver que siempre sacan cátedra los colegiales, pues en 26 años de 15 cátedras sólo una fue para manteísta. Esa norma, sin

(256) Colección..., Salamanca, I, 269-273, también ésta, como se reproduce en C. M.^a

(257) Colección..., Salamanca, II, 21-23, en Ajo, IV, 484-485.

(258) Colección..., Salamanca, II, 98-103, 104-105, en C. M.^a Ajo, Historia..., IV, 491-493, 497-498. Véase también la orden de 4 de septiembre de 1770, II, 96.

(259) Colección..., Salamanca, II, 122, 121-126 completa; C. M.^a Ajo, Historia, IV; 499-501 se reproduce.

duda inspirada por Macanaz en su lucha anticolegial, ahora resulta muy oportuna, aunque quedó muerta durante larguísimos años. Otra resolución, que se reproduce en esta real cédula, es de 21 de agosto de 1716, y tenía igual intención de mejorar la oposición, pero, como se percibe claramente, en una época de dominio colegial. La tercera era una declaración de principios que resultaban un tanto imposibles en la época de los colegios. Decía así:

nada hai mas perjudicial a la Causa pública, que la observancia del turno en perjuicio de méritos; He resuelto, que en adelante se voten todas las Cáthedras en Secreto por el Consejo, como antes se hacía; y que, sin embargo, de esta resolución, se me consulten proponiendo para ellas el consejo en términos de rigurosa justicia, como repetidamente se le ha mandado, y debe hacerlo por la causa pública, y por el grande interés de los opositores; y en la inteligencia de que no le doi facultad para la gracia, ni para estimar el turno, ni antigüedad, si no es en igualdad de ciencia, virtud y juicio, para beneficio de las Escuelas y seguridad de la administración de Justicia en los Tribunales (260).

En la real cédula, que contenía todas estas disposiciones, se terminaba también con un párrafo que consolidaba aquellos principios. Pero los principios o las declaraciones de justicia hay que relacionarlos con su contexto. Felipe V había querido luchar, sin éxito, contra los colegios y las órdenes religiosas. Había fracasado en su lucha y todo quedó en mera declaración. El consejo y los confesores mantuvieron el dominio colegial sin interrupción. En cambio, ahora, con Carlos III la situación es muy diversa, el sentido de sus palabras va acompañado de la destrucción de los colegios, por una parte, y por otra de un cambio en los procedimientos de la provisión de cátedras. Pedía la real cédula de 23 de octubre de 1770 que,

me proponga siempre el consejo, entre los sugetos que se huviesen opuesto y leído, a los más hábiles, idóneos y benemeritos, sin respeto alguno al turno, ni a la antigüedad, ni a la inmediatez de cáthedras que poseyeren, sino al mérito, aptitud y prendas de que estuvieren adornados y se necesitan en los que han de ser elegidos para maestros del público; precediendo para el acierto en las propuestas, los más seguros e individuales informes de la aplicación, talentos, sabiduría y costumbres de los opositores; en los que fueren cathedráticos, de la asistencia a regentar sus cáthedras y del cuidado en el aprovechamiento de sus discípulos; de modo, que todos tengan entendido que no deben fiarse en la antigüedad de sus grados, o cáthedras, para su colocación o ascensos, si no se hacen acreedores a ser atendidos por el estudio, egercicios y desempeño de sus obligaciones (261)

Pero con las órdenes y reales provisiones no se llega a entender bien en qué consiste la reforma. ¿Puras declaraciones de apoyo al mérito y al estudio?

(260) III, pág. 125.

(261) Cita en III, 125-126.

¿Unas reformas procedimentales en las trincas y la seriedad de las oposiciones? Tan sólo a través de un análisis de los fondos existentes en Simancas, aparecerá clara la nueva disciplina o regla de las oposiciones. Allí, en las diferentes universidades de real patronato, pueden verse los expedientes —bastante desordenados— que realizaba el consejo en pleno en cada una de ellas; se ve asimismo las consultas que se hacen a los graves personajes en quienes se confía no sólo el obispo y el rector, sino otros. En Salamanca es muy importante el informe que el obispo Felipe Bertrán daba de cada paso. Este personaje, destructor de los colegios, de acuerdo con Pérez Bayer, fue la pieza esencial hasta abandonar el obispado para ser inquisidor general. En Alcalá es Roxas, el encargado de realizar la reforma en aquella universidad colegial, quien se dirige constantemente al consejo. Pero, además, en éste, los informes de Campomanes o Moñino, de los fiscales, con un debilitamiento del partido colegial en su pleno, permite otra política, que, por lo demás, no está tamizada por la decisión —propuesta se le llama— del confesor. Sin duda, había una decidida intención de terminar con el abuso y monopolio que los colegiales hacían de las cátedras, se quería mejorar el estado de la literatura y el saber. Pero sólo mediante la destrucción de determinados grupos y el ascenso de otros —mejor intencionados, en principio— se pudo llevar adelante aquella reforma...

El 15 de diciembre, el director de la universidad Ventura Figueroa comunicaba un auto del consejo en pleno, para que Salamanca enviase la lista de las vacantes, con distinción de aquellas que se han remitido ya los informes al consejo, las que están en oposición y las que deben convocarse de inmediato por edictos. Era importante una información más amplia para poder decidir con justicia... (262). Poco más tarde se da una extraña disposición, apoyándose en una viejísima petición de cortes de Valladolid de 1528 y 1540: que todas las cátedras sean temporales. Era la real cédula de 27 de enero de 1771, que sería derogada en 1774 (263). Se refería a todas las universidades y suponía un cambio muy profundo en relación a la sempiterna tradición de nuestra enseñanza. Pérez Bayer atribuirá esta decisión a los colegiales que querían ser catedráticos sólo unos años, para después colocarse en mejores posiciones. Tal vez quiera atribuir a los vencidos lo que no desea, como catedrático y acostumbrado a la estabilidad de las cátedras, al menos las superiores... En todo caso fue un aspecto de las reformas que pronto se borraría por entero, quizá cuando los colegios habían perdido ya toda posibilidad de ejercer poder; en aquel momento en que se les estaba yendo, pensaron —si es verdad la afirmación de Pérez Bayer— que, de ese modo, si perdían de momento algunas cátedras, tendrían pronto nuevas oportunidades...

Los catedráticos anteriores se horrorizaron ante la temporalidad de las cátedras. El de lugares teológicos, Juan José Rodríguez Biezma, presentó un

(262) Colección..., Salamanca, II, 127.

(263) Colección..., Salamanca, II, 131-134.

memorial quejumbroso, haciendo ver cuán bien había cumplido con sus obligaciones, y que no tenía más renta para sustentarse que los cien florines que le suponía la cátedra, pudiéndole faltar si no oposita y gana al cabo de tres años. En el plan reciente, se ha mudado de materia, pero ninguno de los catedráticos ha dejado de ser perpetuo (264). En esta cuestión no hubo, de momento, ningún pronunciamiento del consejo, sino que se limitó a pedir informes a la universidad...

La carta orden de 6 de septiembre de 1771 volvía a insistir en que se sacasen a oposición todas las cátedras de las universidades. Esta era la otra gran preocupación del consejo, pues no quería que se leyesen por sustitutos que no habían probado su idoneidad por medio de oposiciones... En 5 de octubre lo volvía a decir *ex profeso*, para Salamanca: que se convoquen las ocho cátedras que están vacantes y que ésta se publique en las demás de Alcalá, Valladolid, Santiago, Oviedo, Sevilla, Granada, Zaragoza, Huesca y Valencia... (265).

La pugna se explica bien entre el interés del consejo de proveer con personas de mérito —aunque de otras universidades— y los grupos universitarios que prefieren conservar vacantes, en manos de personas cercanas. Por otro lado, en los cambios, la universidad intentó mejorar los salarios de los catedráticos bajo la excusa de que con el nuevo plan había mayor trabajo y se habían ahorrado gastos. El 5 de septiembre de 1771 una real cédula prometía, desde ese mismo curso, que se aumentarían las dotaciones de las cátedras (266).

Vicisitudes de las cátedras

Junto a un sistema nuevo de provisión, existe una vigilancia continua de los problemas que tienen las oposiciones en Salamanca. Veamos algunos de ellos, sin entrar en profundidad, para no caer en el detalle, que no puede cubrirse en una visión tan amplia de la política y la legislación de Carlos III sobre sus universidades. Pero los casos concretos, muchas veces, permiten acabar de entender muchas cosas: por ejemplo, las disposiciones sobre la cátedra de anatomía —ya vimos el intento de crear un teatro anatómico— nos acercan a esta preocupación de los ilustrados hacia una medicina práctica y no sólo teórica.

En algunos casos ya hemos hecho referencias a esta o aquella cátedra vacante y sus oposiciones. Se hallaban unidas a cuestiones generales o se regulaban éstas a partir de un caso; pero quedan otras... Primero, cuando todavía no existía una reforma en marcha, el consejo hizo presencia ordenando

(264) Colección..., Salamanca, II, 180-181.

(265) Colección..., Salamanca, II, 169, 182-183, también 186.

(266) Colección..., Salamanca, II, 228-229, también sobre salarios de humanidades y música, III, 168-169.

que se proveyese la cátedra de digesto viejo; luego fue la de prima de cánones más antigua, que ya hemos visto, pues fue el inicio de una intervención y regulación más estrictas (267). Luego, pidió informe sobre la de filosofía moral. Mientras regulaba oposiciones y trincas, excitaba a la universidad para que sacase las seis cátedras que estaban vacantes, a saber: prima y vísperas de leyes, filosofía moral, dos de regencia de artes y humanidades (268). Si se tiene en cuenta que se habían provisto hace poco, con insistencia del consejo, las de matemáticas, vísperas de teología y escritura, es evidente el cambio que se estaba produciendo en los años de la reforma. Porque algunas son temporales, pero otras no...

La carta de 28 de julio de 1770 del director Ventura, junto a otras incitaciones, para que se provean las cátedras que están vacantes, en beneficio de sus beneméritos individuos, indica el interés que tenía el poder central (269). Puede interesarse por un trámite, como si hubo fijación de edictos para prima de leyes o admitir a determinadas personas para la oposición de filosofía natural, si justificaban los requisitos exigidos de cursos tres años antes y bachiller, o abrir de nuevo el concurso en el caso de humanidades por no haberse admitido sino a bachilleres, no siendo preciso el grado conforme estatutos (270). O con un sentido más general —quizá debíamos haberlo puesto en el epígrafe anterior— se permitía que pudieran presentarse más de uno de un colegio o comunidad, según cierto decreto de Felipe V —más bien este monarca quería que no se hiciesen turnos, como se desprende de su legislación—. Una representación al consejo logró este pronunciamiento por real provisión de 15 de julio de 1771, que se pudieran presentar a cualquier oposición a cátedra de cualquier tipo y facultad, aunque sean muchos de una comunidad regular o secular (271). Idéntica amplitud posee la admisión de poder concurrir a la cátedra de filosofía moral todos los que fuesen teólogos, juristas o médicos, además de los artistas o filósofos que quisieren firmarla, porque, decía la real provisión de 6 de septiembre de 1771, se había sacado de la facultad de teología por el plan y se había asignado a artes. En algún caso, admitía la provisión de la cátedra médica de partido en el licenciado Andrés Secades, directa, sin oposición, pero advertía que no debería volver a hacerse (272). Era dejar sin intervención al consejo... Según una representación de dos bachilleres, médicos, Juan Manuel Pérez y José Recacho, al ascender el catedrático de anatomía, Juan Martín, a simples, se pusieron edictos para proveerla. No pudieron firmarla, pero como había

(267) *Colección...*, Salamanca, I, 11-12, 39-40 para que lea el catedrático.

(268) *Colección...*, Salamanca, I, 169-172, 249-252, también 82-83, 121-124.

(269) *Colección...*, Salamanca, II, 6.

(270) *Colección...*, Salamanca, II, 96, carta orden de 10 de octubre de 1770; II, 156-157 la real provisión de 15 de julio de 1771 que pide tres años desde que se acabaron los cursos para el bachiller, no la obtención del grado, conforme al estatuto 24 del título 33; II, 159-163 real provisión de 27 de julio de 1771.

(271) *Colección...*, Salamanca, II, 157-158.

(272) *Colección...*, Salamanca, II, 167-169, 229-231, 231-235.

probabilidad de que la sacase el Dr. Zunzunegui, catedrático de partido, acudimos a la universidad para que nos permitiese hacer oposición, por si se proveía la resultante, como ocurrió. Ahora quieren que no se dé directa la de partido, sino se abran edictos. El consejo, tras informarse, prefirió no complicar las cosas y lo admitió, aunque en el futuro, dado que en el plan la cátedra de partido preside la academia médica, no se volvería a dar por resultas.

La cátedra de anatomía fue objeto de una regulación y de una preocupación grande. Las disecciones se hacían desde la edad media en las universidades, y en el siglo XVI, Vesalio había hecho progresar esta disciplina, superando los viejos fundamentos galenistas. Por tanto no es novedad, pero la ilustración vio claro que sólo con un aprendizaje médico que superase el saber libresco en estas materias —es decir, introdujese más anatomía y más clínica o práctica (273)— se lograría una medicina más afinada, más moderna. Ya hemos visto el esfuerzo por crear el teatro anatómico, en el plan de estudios, ahora nos permitiremos analizar algunas disposiciones sobre esta cátedra.

La ocasión fueron unas peticiones del nuevo catedrático, Francisco Antonio Zunzunegui: que se declare ser vitalicia, se le aumente el sueldo, se declare su distinción y honores, y se ordene a los hospitales y hospicios que le franqueen los cadáveres que necesita; que, en el menor tiempo posible, se construya el teatro anatómico y se nombre el disector hábil que señalaba el plan de estudios y se adquieran tablas y libros necesarios para su oficio. Por fin, pedía hasta que se le señalase la hora en que haría sus demostraciones o enseñanzas. El consejo, por real provisión de 18 de enero de 1772, le indicó que la cátedra era de propiedad, pero no vitalicia, y por tanto, puede oponerse a otras mejores de la facultad y que se le den los cadáveres que necesita, al igual que se hace en Madrid, Cádiz y Barcelona —en los reales colegios de cirugía—. Deberán comprarse los instrumentos, conforme indique el catedrático que escribe, y se nombrará el disector por el claustro pleno, previo examen teórico y práctico en la materia. Es de interés que señala las obras que se deben adquirir, las tablas de Eustachio, ilustradas con notas de Lancisi, y de Albino, las de miología de Cowpero y las grandes de Winslow, con las obras anatómicas de Ruischio Albino y Vesalio. En cuanto a la erección del teatro anatómico, mandaba que se hiciesen en el actual de san Nicolás —aunque el profesor de anatomía se quejaba que por estar junto al río era frío y húmedo— hasta que se haga otro, y la hora —el último detalle— es de 10 a 11, ya que como después no hay lección podrá dilatarse en su tiempo (274). Se ordenó en la misma fecha a las autoridades que facilitasen los cadáveres, y poco tiempo después se insistió a los administradores del hospital general de Salamanca y la casa de niños expó-

(273) M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 263-276, también G. M. Addy, *The Enlightenment...*, 123-126. La reforma de medicina llevaría, años más adelante, a la creación de facultades separadas de la universidad en 1799, aunque duró poco esta situación.

(274) *Colección...*, Salamanca, III, 32-34.

sitos (275). Era otra real provisión de 4 de noviembre de 1772, a partir de una representación nueva, en que se hacía ver que el hospital general no había colaborado, que más bien proporcionaba escasa ayuda; el hospital le reprochaba que no los trasladaba en condiciones, sino de cualquier manera, y porque el profesor no lo hacía en una caja y con otros requisitos, pretendía no darle más cadáveres... A pesar de los esfuerzos de la universidad no se habían podido conseguir. Las dificultades que aparecen en estas normas, parecen señalar que no se hacían en Salamanca anatomías desde hacía tiempo... También solicitaba que se nombrase pronto el disector anatómico, pues sin él no se podía llevar adelante el trabajo. Se pedía que el consejo cumpliera o incitase a los hospitales a cumplir las órdenes reales.

Los detalles de esta preciosa representación de la universidad nos indican que estaba dispuesta a cumplir los mandatos del plan y entendió que la anatomía era esencial para la formación de los médicos. La universidad proponía, que el catedrático elija los cadáveres que crea oportuno, tanto para mostrar la fábrica del cuerpo —recuérdese la obra de Vesalio— como para enseñar casos difíciles raros; como no es médico del hospital se le pueden escapar los más interesantes, porque los sepultan rápidamente, como ya le ha ocurrido. Convendría señalar un pasante en dicho hospital, para que le dé noticia de los fallecimientos y que no sean enterrados hasta haberlos visto. Bastaría que, como en Cádiz o Barcelona, envíe una esquila u oficio en que le señale los que necesita para el curso, haciendo el traslado de día o de noche, cuando lo juzgase oportuno el profesor, en una caja cerrada con las armas de la universidad, que trasladarían dos mozos del teatro anatómico, «como si llevasen otra cosa porque cubierto el cadáver con la tapa de la caja, como no queda expuesto a la vista de los que le encontrase, será tenido por otra cosa diversa...» (276). Y los cadáveres que faltasen se sacarían del hospicio de niños expósitos, pues hay cadáveres de niños y jóvenes con frecuencia. Incluso podía con el disector registrar los casos que se produjesen de enfermedad difícil y rara en la ciudad, para realizar en la misma vivienda una anatomía, de modo que, después de registrado el cadáver, integre armazón y miembros, de modo que sólo falte lo que extraer. El consejo admitía en su mayor parte las peticiones; que se hiciese la conducción por las personas del teatro anatómico, pero con presencia del disector y se encargaba al corregidor o alcalde mayor la ejecución de estas entregas. Lo único que no reconoce es la posibilidad de anatomías en casas particulares.

En 21 de julio de 1772 se daban normas para proveer al nombramiento del disector anatómico —pieza esencial de aquella enseñanza—. Se habían de fijar edictos por sesenta días en todas las universidades mayores y en los colegios de cirugía, con indicación de rentas y de obligaciones, exigiendo grado de bachiller en artes o en cirugía o en medicina, y conocimientos de la cirugía

(275) *Colección...*, Salamanca, III, 132-145, también 35-36.

(276) Cita en III, 142. A continuación en 145-149 las notificaciones a alcalde, corregidor, hospital, hospicio.

latina por la universidad o por los colegios. De momento nombraba interinamente a Mateo Santos, bachiller por esa universidad y por el colegio de Cádiz (277).

Por lo demás, otros problemas menores llegaron al consejo y éste dictaminó y encauzó. El bachiller José Recacho, a quien se le dispensan dos meses para poder opositar a prima de medicina, no puedo argüir, porque en su trínca estaban los otros dos enfermos y ausentes; se disputaron otros para que le arguyesen. Luego no se le quiso considerar como opositor por esta razón, y el consejo mandó se le tuviera por tal, pero sin opción a atribuirle la cátedra, por no complicar aquella provisión (278). Gran interés tienen las declaraciones del consejo en carta orden de 15 de septiembre, acerca de una oposición de matemáticas que se dio a Judas Tadeo Ortiz, que se reconoce que no es un gran matemático, pero que debe ejercitarse en la explicación, enseñando el manejo de la esfera y del globo. Que en vacantes sucesivas de estas cátedras,

los piques para la lección de puntos, se han de dar en todas las obras *Mathematicas* de Neuton, o en las de Wolfio, excluyendo las de Ptholomeo y el Tratado particular de Astronomía. Que las disertaciones, que han de ser igualmente públicas, se han de elegir también por piques en las mismas obras de Neuton, o Wolfio, excluyendo siempre la geografía, por ser la más fácil y trivial, aun a personas no instruidas en las *Mathemáticas* (279).

También se determinaba que los edictos se pongan no sólo en las universidades, sino en los colegios de cirugía, en donde hay gentes que saben esta ciencia; los jueces del concurso deberán hacer preguntas sueltas a los opositores, y estas prevenciones se tengan también en cuenta para aritmética, geometría y álgebra que es preliminar a las matemáticas.

En otra ocasión, carta orden de 16 de septiembre, se pedían mejores censuras para prima de teología, ya que se han comparado entre sí los bachilleres por un censor, pero no los doctores; otro, dice haber estado enfermo y que no puede informar, de modo que no puede proceder el consejo. Que informen bien y en lo sucesivo se haga en todas las oposiciones y lo hagan en tiempo inmediato, de ocho días (280). O reprendía a un opositor a digesto, para que guarde moderación, atención, modestia, en suma compostura, o que se nombren suplentes siempre para los jueces del concurso (281). Unos frailes que no pudieron completar las argumentaciones, por enfermedad del contrincante tercero, y en un segundo arreglo también tuvieron dificultades en la oposición a la cátedra de santo Tomás, con una serie de circunstancias que denotan las argucias y problemas que representaba una oposición. Cansados de tan conti-

(277) *Colección...*, Salamanca, III, 112-113.

(278) Real provisión de 22 de mayo de 1772, *Colección...*, Salamanca, III, 100-102.

(279) *Colección...*, Salamanca, III, 120-122, cita en 121.

(280) *Colección...*, Salamanca, III, 122-124.

(281) *Colección...*, Salamanca, III, 127-129.

nuos y penosos ejercicios solicitaban que no se hiciese oposición, proponiéndose con arreglo a otros antecedentes, pero no han recibido contestación del consejo; el rector convocó a pesar de todo y se hizo con el defecto que se señala. También se podría —segunda posibilidad— leer en el día que se les señalase y argüirse recíprocamente, solución que si no participaban los ausentes y enfermos, le parecía indicada para lograrlo (282). Como puede apreciarse, el consejo está pendiente de los menores detalles en relación a Salamanca.

Mayor interés tienen las cartas órdenes de 26 de febrero de 1773 y 7 de enero de 1774, sobre dos cuestiones diferentes, pero notables: sobre la cátedra de física experimental y sobre unos salarios (283). La cátedra mencionada había resultado de la transformación de física natural, pero en la oposición se siguió picando en los libros de Aristóteles, *de generatione et interitu* concretamente, y el rector acudió al consejo. Por ser para los médicos, convenía que fuese experimental y más adecuada la preparación, con el estudio de los filósofos modernos y la física de Musschenbroek, o la física del cuerpo humano en general, así como la hidráulica, la hidrostática y otros saberes nuevos. Dice el consejo que se saque a nuevo concurso —mientras el colegio médico da su dictamen— y que los jueces sean un médico catedrático, el de álgebra y uno de artes... El arreglo de salarios fue una adaptación del plan, al declarar lengua griega como una de las demás cátedras, con cien florines de renta, tendrían que pagarse del fondo de rentas en florines —al igual que las de retórica y música—; de momento y por excepción, este año se pagará a lengua griega del arca de la universidad.

En fin, nos permitimos subrayar que con un nuevo sistema de oposición y una intervención continua, el poder universitario se traslada, en buena parte a Madrid. La vieja autonomía de las universidades se está empezando a destruir —los liberales terminarían este proceso— porque las reformas sólo pueden crearse desde fuera. Las universidades por sí representan una inercia que es resultado de un determinado juego de poderes y una mentalidad e intereses de sus individuos. Hasta ahora se han destacado sólo los aspectos docentes de la reforma, sin duda porque el monarca y su consejo no querían herir en profundidad a las viejas universidades. Ahora, en estas páginas, al analizar la estructura de poder —directores o censores, modificación del estatuto y equilibrio entre rector y cancelario— o al presentar los mecanismos de selección del profesorado el enfoque se hace más intenso y aparece más nítida la política del rey Carlos III en su inmisión sobre claustros y aulas universitarias...

(282) *Colección...*, Salamanca, III, 158-162 real provisión de 4 de mayo de 1773, el exceso de regulación produce estos quebrantos.

(283) *Colección...*, Salamanca, III, 163-164, 168-170.

TERCERA PARTE

REFORMAS EN LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

No es posible referirse a las más de cuarenta universidades que existen en la península y América, para determinar la presión de la ilustración en cada una de ellas. Para evitar prolijidad hemos preferido establecer algunos tipos de presencia ilustrada, para comprobar que no fue igual en todas. Tampoco el estado de la bibliografía sobre cada una de ellas es suficiente para entrar con detalles en estas cuestiones. Y no tendría sentido intentar el análisis desde versiones generales como las de Ajo o, para América, de Rodríguez Cruz. En general, la ilustración fue más profunda, las reformas más granadas en la península que en América, pero no adelantemos conclusiones.

Vamos a examinar algunas, con una gradación, desde las que fueron impenetrables a las nuevas ideas y docencias, hasta las que pueden colocarse en términos muy análogos a cuanto vimos para Salamanca. Desde México, que reputamos como la más pétrea e insensible, hasta Valladolid o Alcalá, que recibieron el influjo ilustrado peninsular. Naturalmente esta gama de colores tendrá que seguir siendo estudiada para alcanzar un día conclusiones más definitivas, pero ahora veremos cómo es posible empezar a sentar situaciones y realidades. Tal vez nos han faltado algunas fuerzas, pero, sobre todo, nos ha faltado bibliografía, pues todo no se puede construir en un primer intento. Con todo la legislación está bastante completa y el elenco de posibilidades que tuvo la ilustración se vertebró bien. Tal vez falten más el fondo sobre que se proyecta esa legislación, —que es objeto de nuestro estudio—. El esfuerzo que significó la política carolina, los mil problemas que despertó en las viejas y rutinarias universidades creemos que queda evidente...

I. MÉXICO, UNA UNIVERSIDAD IMPENETRABLE

La ilustración, como un nuevo talante y unas nuevas ideas se extendió por el México del siglo XVIII, dentro y fuera de su universidad. Más bien fuera, pues aunque alguno de los grandes ilustrados mexicanos pudo ser catedrático, el

más célebre de todos, José Antonio de Alzate, no se llegó a doctorar siquiera (1). Fue un clérigo que —al estilo de Feijoo— practica un periodismo ilustrado, si bien posterior al benedictino español y con más conocimientos científicos. También religioso, el jesuita Francisco Javier Clavijero publicó en el exilio su documentada historia sobre los aztecas en la que se defendía al nuevo mundo y sus hombres de las estúpidas afirmaciones de Cornelio de Paw acerca de su inferioridad (2). En filosofía, el oratoriano Juan Benito Díaz de Gamarra introductor de un cierto eclecticismo y modernidad (3), completa la pléyade de clérigos ilustrados que, como en la península, confiere a la ilustración española esa conexión con la tradición, con la iglesia, que la debilita y matiza (4). Frente a Inglaterra o Francia, frente a la *Aufklärung* germánica, la ilustración hispana es otra cosa.

No faltan, sin embargo, en la Nueva España, un grupo de científicos, entre los que destaca el doctor José Ignacio Bartolache, médico, que sustituyó a Joaquín Velázquez de León en la cátedra de matemáticas a que éste renunció para dedicarse a la minería y la fundación del colegio de esta especialidad (5). Los peninsulares Fausto de Elhuyar o Andrés Manuel del Río, pueden figurar en este movimiento, sin olvidar a Martín de Sessé o Vicente Cervantes, primer catedrático del jardín botánico, y el criollo José Mariano Mociño (6). Pero si quisiéramos conocer la ilustración mexicana en todo su alcance tendría que

(1) Acerca de Alzate, los estudios y ediciones de Roberto Moreno, *Obras*, I; *Periódicos*, México, 1980, y *Memorias y ensayos*, México, 1985. También J. Hernández Luna, *José Antonio Alzate. Estudio biográfico y selección*, México, 1945; J. L. Peset, *Ciencia y libertad. El papel del científico en la independencia americana*, Madrid, 1987.

Sobre la Ilustración mexicana: D. Tanck de Estrada, *La educación ilustrada, 1786-1836. Educación primera en la ciudad de México*, segunda edición, México, 1985; también de la misma, «Tensión en la torre de marfil. La educación en la segunda mitad del siglo XVIII mexicano», en *Ensayos sobre la historia de la educación en México*, segunda edición, México, 1985, 27-99 y *La ilustración y la educación en la Nueva España*, antología preparada por D. Tanck de Estrada, México, 1985; E. Luque Alcaide, *La educación en la Nueva España*, Sevilla, 1970; también los artículos de J. T. Lanning, «The Church and the Enlightenment in Latin America: An Analysis», *The Americas*, 15, 4 (1959), 333-349 y 381-391; M. Peset, «La ilustración y la universidad de México», *La real expedición botánica a Nueva España, 1787-1803*, Madrid, 1987, 131-146, primera versión de esta parte, antes de consultar el archivo general de la nación en la ciudad de México.

(2) Ch. E. Ronan, S. J., *Francisco Javier Clavijero, S. J. (1731-1787), Figure of the Mexican Enlightenment: his Life and his Works*, Chicago, Loyola University Press, 1977; D. Tanck de Estrada, *La ilustración*, págs. 23-35, la vida de Clavijero, por su contemporáneo Juan Luis Maneiro.

(3) V. Junco de Meyer, *Gamarra o el eclecticismo en México*, México, 1977.

(4) Véase J. Saugnieux, *Foi et Lumières dans l'Espagne du XVIII^e siècle*, Lyon, 1985.

(5) R. Moreno de los Arcos, *Joaquín Velázquez de León y sus trabajos científicos sobre el valle de México, 1773-1775*, México, 1977; también «Apuntes biográficos de Joaquín Velázquez de León, 1732-1786», *Historia mexicana*, 25 (1975), 41-75. Sobre Bartolache, F. Fernández del Castillo, *La facultad de medicina según el archivo de la real y pontificia universidad de México*, México, 1953, 52-58, 242-264; M. de L. Ibarra, *José Ignacio Bartolache. La ilustración en Nueva España*, México.

(6) J. L. Peset, *Ciencia y libertad*, caps. IV a VII; A. P. Whitaker, «The Elhuyar Mining Missions and the Enlightenment», *Hispanic American Review*, 31 (1951), 557-585; A. Arnaiz y Freg, «Andrés Manuel del Río», *Revista de Historia de América*, 25 (1948), 27-68; J. C. Arias Divito, *Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII. Expedición de Nueva España*, Madrid, 1968.

añadir mil nombres más de ilustrados y no ilustrados y entrar a fondo en sus ideas y confrontaciones...

No pretendemos tan ambiciosa tarea, sino más reducida. El monarca Carlos III inició una política de reforma de las universidades peninsulares que, en parte, irradió al nuevo mundo. Después, su hijo y sucesor Carlos IV continuó ese camino, si bien no con tantos ímpetus, ya que, mientras, la revolución en Francia hacía dudar de los cambios, que no convenía que llegasen a ser excesivos. Cuando la ilustración se transforma en liberalismo surgen riesgos para la corona... La política ilustrada sobre las universidades y su presencia en la mexicana, es el objeto de estas páginas. ¿En qué consistía la ilustración y las reformas universitarias? Y más en concreto, ¿hasta qué nivel alcanzó a la real y pontificia universidad de México?

Ya vimos que la actuación ilustrada tuvo tres líneas o núcleos de cambio:

1. Reducir a los grupos que dominaban sobre las universidades, tales como los jesuitas —aun cuando su expulsión tenga mayores vuelos— o los colegiales mayores (7). Apoyar a nuevos equipos de personas, como por ejemplo, en Valencia al grupo del rector Blasco y sus amigos (8). Un cambio en los grupos de poder era esencial para poder intervenir.

2. Una vigilancia continuada sobre las universidades a través de los directores en el consejo de Castilla y de un sinnúmero de órdenes y provisiones que señalaban nuevas líneas o enderezaban situaciones diversas. Todas las peninsulares fueron objeto de extensión de un buen número de las disposiciones dadas a Salamanca a través de la real cédula de 22 de enero de 1786, casi a finales del reinado.

3. Con todo, el haz de medidas reformadoras más importantes son los planes de estudio aprobados para las distintas universidades peninsulares y alguna americana. Primero se quiso alcanzar un plan general para todas las españolas, del que se hizo más de un borrador. Uno se encargó a Mayáns (9), otro realizaría el obispo Tavira (10)... Pero, al fin, se consideró más oportuno introducir sendos planes nuevos en Sevilla, 1769; Valladolid y Salamanca, 1771; Alcalá de Henares, 1772; Santiago, en la misma fecha; Oviedo, 1774; Granada, 1776, y, al final, Valencia, 1786 (11). En sus páginas —a veces son bastante voluminosos— se disciplina o regula la enseñanza en las facultades, cómo se ha

(7) Acerca de la reforma colegial, véase la nota 68 de la segunda parte.

(8) J. L. Peset, «Reforma de los estudios en la universidad de Valencia, El plan de estudios del rector Blasco de 1786», *Cuadernos de historia de la medicina española*, 12 (1973), 213-264.

(9) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayáns y la reforma universitaria...*, citado en nota 14 de la primera parte.

(10) J. Saugnieux, *La ilustración cristiana española. Escritos de Antonio Tavira (1737-1807)*, Salamanca-Oviedo, 1986. Una valoración de este plan en M. y J. L. Peset «Poderes y saberes...», citado en la nota 20 de la primera parte.

(11) Véase, en general, M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 103-107 y «Política y saberes...» 69-86. Algunos serán objeto de análisis más adelante. También las universidades dominicas, como Orihuela, Avila o Almagro fueron reformadas en este período.

de enseñar y qué ha de aprenderse. Se dan normas acerca de la forma de explicar, *viva voce*, sin dictar en las lecciones, o se roza apenas algún aspecto de las disputas; sobre todo, se determinan los cursos, las asignaturas, los manuales o libros por donde se explica y se estudia. A veces viene el informe que hizo la universidad para adaptarse a la nueva norma sobre bachiller en las diversas facultades de 1770, después el informe del fiscal del consejo de Castilla y los cambios que el pleno introduce (12); otras veces, tan sólo es una real cédula de aprobación (13).

No se atrevió el monarca a reformar a fondo las universidades; dependían de la santa sede, y, en consecuencia, hubiera necesitado permiso del pontífice. Tampoco le parecía quizá necesario, puesto que podía variar el programa y la forma de enseñanza; tan sólo en algún caso, Valencia, 1786, reformó, en parte, la estructura de poderes universitarios, reforzando el poder rectoral y de los profesores (14).

La cuestión a plantear en las páginas siguientes es: ¿Qué ocurrió en México, en su universidad, durante estos años? ¿Hubo reforma ilustrada en el seno de sus claustros? ¿Fue ésta hecha a través de un plan o por disposiciones aisladas tan sólo? No sabemos que existiera una regulación semejante a las indicadas para algunas de las peninsulares (15) ¿No hubo pues un plan de estudios? Habrá que preguntarse por qué esa falta.

Existe alguna reforma en México, temprana, que no responde a incitación desde Madrid, sino más bien a sucesos ocurridos muchos años antes. Coincidiría con ideas ilustradas, es verdad, más no tendría orígenes estrictos en la nueva política. El año 1764 se consultaba al virrey acerca del cumplimiento de la constitución 332 que prevenía que la víspera de santa Catalina hiciese un paseo el maestrescuela, doctores y maestros, consiliarios y ministros, estudiantes, a recoger al rector en su casa y llevarle a la universidad. Con sus insignias, a caballo y con toda solemnidad el claustro universitario celebraba la fiesta, mientras los estudiantes vestían máscaras y trajes ridículos; a la mañana siguiente se repetía la procesión o cabalgata... En 1731 el corregidor se empeñó en que se descubriesen los estudiantes, y no queriendo, hubo riña y tumulto, «en que quedaron algunos, y también soldados y ministros de justicia muertos o heridos...» (16). Desde entonces excusaba el virrey estos paseos, hasta la llegada del marqués de Cruilles en 1763. Consultado el consejo de Indias se suprimió esta constitución y aquella antigua fiesta. Otras semejantes, en los grados de

(12) Nos referimos a *Plan...*, Salamanca, 1772, o a otros de las castellanas.

(13) Por ejemplo, Valencia, *Plan de estudios*, 1787, citado en nota 40 de la primera parte.

(14) Analizaremos el plan Blasco de 1786, en el último apartado de este libro.

(15) Tampoco Huesca o Cervera, por ejemplo, logran nuevo plan completo de estudios; sí, en cambio, Orihuela, M. Martínez Gomis, *La universidad de Orihuela 1610-1807. Un centro de estudios superiores entre el barroco y la ilustración*, 2 vols. Alicante, 1987.

(16) J. T. Lanning, *Reales cédulas de la real y pontificia universidad de México*, México, 1946, núm. 154, 206-208, cita en 207. Su reflejo en claustros, A. M.^a Carreño, *Efemérides de la real y pontificia universidad de México, según sus libros de claustros*, 2 vols., México, 1963, tomo II, 626-627.

licenciado y doctor, serían asimismo suprimidas, así como los toros, organizados ante la universidad.

Esa mayor austeridad en sus manifestaciones, esa puesta al día, revela un espíritu reformador, aun cuando sólo indirectamente. Más bien es la sociedad que ha cambiado en torno a la universidad: «... cuando se previno este paseo por las constituciones citadas, casi todos los doctores usaban andar a mula y con gualdrapa, espectáculo que ya no se presenta a los ojos de esta populosa ciudad, sino por algún doctor médico, y si se viera por las calles a algún doctor clérigo en este tren, se expondría a los escarnios del pueblo...» (17).

Por otro lado, algunos elementos de los cambios peninsulares alcanzarían a la universidad mexicana. Después del extrañamiento de los jesuitas llegaba puntual la real cédula en que se extinguían sus cátedras de doctrina suareciana en las universidades, o la que obligaba a los profesores a no enseñar las doctrinas del tiranicidio o regicidio, ni siquiera como simplemente probables (18).

En claustro de 17 de junio de 1769 hay una importante iniciativa: según las providencias del monarca, los libros de los jesuitas, donde hubiere universidad, podrán agregarse a ella. Acuerdan consultar y suplicar al virrey, señalando cómo la «Real universidad tiene una muy hermosa y capaz biblioteca y no tiene libros algunos; el beneficio tan grande que resulta al público de tener una librería común en que aprovechar, de que carece de este reino; tener Su Majestad asignada renta para emplearla en libros para ella; lo que no se ha ejecutado por estar aún pagando con ella lo que se debe según lo mandado...» (19). Se referían a la real carta de 27 de mayo de 1761, en que el rey, a petición de claustro y rector, Manuel Ignacio Beye de Cisneros, aceptó que se aprovechase una parte perdida que tenía la universidad para edificar unas tiendas y arrendarlas a mercaderes; con su producto se pagaría la obra, y una vez terminada, se harían cuatro partes con los arrendamientos de las tiendas: dos para pagar a los bibliotecarios —de mañana y tarde, elegidos por el claustro, dos doctores—, la tercera para reparos materiales de la librería y la cuarta se remitiría a Castilla para adquirir libros (20). Todavía no funcionaba, y la obtención de los

(17) J. T. Lanning, *Reales cédulas...*, núm. 257, de nuevo sobre el paseo de santa Catalina; 159 bis, 163, 167 y XXV, acerca de la supresión de otros paseos que establecían las constituciones de Palafox en los grados de licenciado y doctor, 209-210, 216-219, 222, 227-228. La supresión de los toros en la plaza del Volador, aunque más tarde siguen, los núms. 160 y 171, en páginas 219-222, 228-232. La cita en 216. La real cédula de 14 de mayo de 1771 suprimió la capilla de música que se había formado, por la exclusiva de la catedral, núm. 166, 225-227.

(18) J. T. Lanning, *Reales cédulas*, núm. 159, 214-215, real cédula de 18 de octubre de 1768, y A. Carreño, *Efemérides...*, II, 660-661 sobre la extinción; contra el regicidio es el núm. 158 de Lanning, 211-213, se recomienda la obra del dominico, catedrático de Valencia, Luis Vicente Mas de Casavalls.

(19) A. Carreño, *Efemérides*, II, 635-636.

(20) J. T. Lanning, *Reales cédulas*, núm. 148, 200-202. En los claustros puede verse un robo en las tiendas citadas, así como las vicisitudes para lograr los libros; A. Carreño, *Efemérides*, II, 657-659, con intervenciones que violan la inmunidad universitaria; la petición de los libros, en 1770, diciembre, págs. 642 y 646, en 1772, se insiste, la entrega aparece en abril de 1774, 662. Con ocasión del robo se insiste en la jurisdicción del rector, en claustro de 22 de noviembre de 1773, archivo general de la nación, ramo universidad, vol. 25, fols. 71r-73r.

libros procedentes de los jesuitas se consideraban de tanto interés que se esforzaron en conseguirlos. Parece que algunos se dieron, aun cuando los mejores no, a pesar de la solícita intervención del virrey Bucareli y Ursúa, y el arzobispo Lorenzana, ya electo para la primada de Toledo (21).

También por estos años existe algún intento de remozar la enseñanza anatómica que indudablemente fue uno de los puntos del programa ilustrado. Había dificultad para lograr cadáveres por lo que se hacían en la universidad, disecando «alguna entraña de animal muy superficialmente» (22). Se dirige una representación al virrey Bucareli en 1774, para poder cumplir con las constituciones de la universidad y realizar las tres anatomías exigidas, en hospital general, con algunas afirmaciones de sabor renovador: no hubo «jamás médico (mucho menos cirujano) de alguna reputación bien merecida que no fuese más, que mediano anatómico; y se entiende disecador práctico, y no sólo atenido a racionios y especulaciones meramente teóricas sobre la fábrica del cuerpo humano y el uso de sus partes. Pasado el eclipse casi total de las ciencias humanas útiles, ocasionado por la barbarie de los siglos, renacieron por último los buenos estudios y con ellos el de la anatomía» (23). Se refiere a épocas anteriores, Vesalio y sus sucesores, pero el tono es ilustrado. Algo después, cita como argumento: en «el nuevo plan de estudios de la universidad de Salamanca, aprobado por el consejo, a pedimento del señor fiscal a los 3 de agosto de 1771, desde el número 68 al 70 se dan las más serias providencias, así para la entrega de cadáveres para las disecciones, como para la frecuencia de éstas y asistencia y aprovechamiento...» (24). Conocen, pues, las nuevas reglas y solicitan la autoridad del verrey para introducirlas.

Los claustros saben que se avecinan reformas y tal vez para ayudarlas unos, los otros para conjurarlas, piensan en reimprimir las constituciones que no se habían impreso desde 1668. En el claustro de 26 de abril de 1774 se dividen las opiniones, pues algunos prefieren esperar reformas, como las de Salamanca o Alcalá de Henares, mientras otros creen más oportuno seguir

(21) En escrito de 20 de abril de 1774 se conceden los libros por el virrey; el rector, en claustro de 26, calificaba la donación del «desecho de la librería que tenían los regulares», y se ordenaba que pidiese otros; en 1778 cayó el piso de la biblioteca y hubo que hacer obras, se abrió la lectura al público con el nombramiento de bibliotecarios y se excusaron de celebrar actos de agradecimiento al monarca por considerar mejor gastar el dinero en libros, claustros de 7 de mayo de 1778, Archivo general de la nación, ramo universidad, vol. 25, fols. 104 v.-105 v., 238 v. 239 r., r.-249 r., 263 r.-265 r.

(22) Los escritos del cirujano Mateo de la Fuente en este sentido se presentan a claustros de 16 de noviembre de 1772 y 22 de noviembre de 1773, y se acude al virrey Bucareli en 23 de julio de 1774; A. Carreño, *Efemérides*, II, 649 y 663-664. Toda la documentación y desarrollo de la anatomía en F. Fernández del Castillo, *La facultad de medicina según el archivo de la real y pontificia universidad de México*, México, 1953, 160-176, sobre el XVIII, que nos concierne, 206-241.

(23) Representación al virrey de 1774, A. Carreño, *Efemérides*, II, 663-664, véase otros materiales en F. Fernández del Castillo, 235-237, 237-239, 239-241, en que se aprecia la persistencia de la situación.

(24) En el libro del claustro de 5 de junio de 1774, archivo general de la nación, ramo universidad, núm. 25, fols. 113r.-114 v., se encuentra este escrito dirigido por el claustro al virrey, fechado en 23 de julio de 1774, que alude a las constituciones de Palafox 146 y 265, para que se hagan tres anuales, en el hospital real, en cadáveres humanos. Véase A. Carreño, *Efemérides*..., II, 665.

adelante con la reimpresión. El rector la encargaría a un indudable ilustrado, el doctor José Ignacio Bartolache, quien, por otras razones, pronto habría de abandonar los claustros (25). Al fin, fueron impresas sin variación alguna, aunque enriquecidas con las reales cédulas y disposiciones hasta su impresión, hasta aquel año de 1775 (26) ¿Qué significa la aparición de este viejo texto? Sin duda, el fracaso de una reforma interna ilustrada. Pero ¿acaso la realizó alguna universidad del XVIII? Las reformas vinieron desde fuera, desde el fiscal y el consejo de Castilla, porque las universidades —Salamanca o Valladolid...— en sus informes al monarca proponían rutinas o viejos cauces, que poco hubieran alterado los estudios.

En la universidad de México se discutieron esas cuestiones. Hubo, como en todas, algunas personas ilustradas y una masa inerte de escolásticos y conservadores. Quienes pudieron capitanear a los más avanzados, un Velázquez de León o un Bartolache, permanecieron poco en los claustros. El primero, porque estuvo ocupado en tareas o misiones que le encargó la corona. Bartolache le sustituye unos años en la cátedra de matemáticas, pero llegada la renuncia definitiva de Velázquez, aunque se presenta a la oposición, se le da a otro. No parece tener apoyo excesivo en los claustros, a pesar de haber escrito unas *Lecciones matemáticas* dignas, con destino a su enseñanza (27).

Parece que Lima encontró un grupo más fuerte de ilustrados en su universidad; la lucha fue más equilibrada y con apoyo del virrey Amat logra un plan ilustrado, aunque no se aplicaría (28). Por algún momento el grupo ilustrado, con Baquijano a la cabeza, creyó poder alcanzar el rectorado, pero la victoria

(25) A. Carreño, *Efemérides*, II, claustro de 9 de enero de 1775 se suspende la impresión, pero el 26 de abril se continúa la reimpresión sin variación alguna; la discusión a que se refiere el texto, en el año 1774, 26 de abril, 667, 669 y 662. Hemos visto las discusiones, en los claustros, archivo general de la nación, ramo universidad, volumen 25, folios 105 v.-106 v., 134 r. y v., 143 r. y v., así como la entrega gratuita de ejemplares a los profesores y recompensa a sus autores, los doctores Rodríguez Arispe y Fuero, 182 v.-183 v. y 193 r.-194 v.

(26) *Constituciones de la real y pontificia universidad de México. Segunda edición. Dedicada al rey nuestro señor don Carlos III. Con licencia en México. En la imprenta de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle de La Palma, año de 1775.* Enrique González ha realizado un estudio acerca de su sentido, en su comunicación a las III jornadas de Alcalá de Henares, en prensa.

(27) Sobre uno y otro, remito a la nota 5. En los claustros puede verse los problemas que tuvo, *Efemérides*, II, 629-630, ya en 1768; las vicisitudes de su cátedra en 634, 651 y 712; estaba endeudado con la universidad, por 500 pesos, 670, 689 y 705. También, F. Fernández del Castillo, *La facultad de medicina*, 242-263, más completos; en especial nos permitimos destacar su escrito sobre las vejaciones sufridas por el doctor Gamarra y él mismo, por enseñar métodos distintos de los aristotélicos, 260-263. Es esencial el escrito de Bartolache al claustro de 20 de marzo de 1773, en donde se enfrenta a los médicos y expone su conocimiento de las matemáticas, archivo general de la nación, ramo universidad, 36 v.-38 r., en general desde 29 r.

Su libro se titula completo: *Lecciones matemáticas que en la real universal de México dictaba D. Josef Ignacio Bartolache, dedicado al excelentísimo señor Don Carlos Francisco de Croix...*, Impreso con las licencias necesarias en la Imprenta de la Biblioteca mexicana, puente del Esp. Santo, MDCCCLXIX (1769).

(28) Publicado por D. Valcárcel, *Reforma de Santa Marcos en la época de Amat*, Lima, 1955, páginas 31-45.

no fue posible; pronto volvería a la inercia, que también se apoderó de buena parte de las universidades peninsulares. Luego nos ocuparemos de Lima y sus luchas claustrales (29). El reformismo borbónico, por lo demás, se templó ante los temores contrarrevolucionarios, ante la nueva Francia. Se abrió un paréntesis largo en donde se mitigó la fuerza innovadora de la corona. En América, en la universidad de México en especial, la expulsión de los jesuitas o la reforma de los colegios mayores no tuvo la incidencia que logra en España. Naturalmente, afectaría a los centros jesuitas, como Córdoba en Argentina, que pasa a manos de franciscanos (30). De otra parte, las universidades americanas dependen del Consejo de Indias, en donde no figuran poderosos ilustrados como Campomanes o Moñino, impulsores de los planes y de las órdenes; no sorprende, en consecuencia, que la reforma se plantee en términos menos decididos. Ni existe profunda ruptura en el bloque claustral, que permita una intervención virreinal, como en Lima con Amat, ni el Consejo de Indias programa una reforma profunda, amplia... Aquella universidad estaba más preocupada, en antevísperas de la independencia, por la preterición de los criollos en los cargos públicos (31). Se optaría por introducir algunas instituciones paralelas en la ciudad de México.

Alguna, como el colegio de minería, más orientada hacia una enseñanza técnica y práctica, se entiende que se establezca fuera del ámbito universitario. Impulsado por Velázquez de León, se origina en torno a las reformas llevadas a cabo en la minería, a partir de varias reales órdenes del año 1773, por las que se incitaba a constituir una corporación o gremio de mineros, con una jurisdicción propia, a imitación de los consulados que formaban los comerciantes, y a redactar nuevas ordenanzas mineras. La respuesta novohispana va más allá, con la creación de un banco, que no duraría mucho, y de un colegio para la enseñanza de la minería, que se abriría en 1792 —ya en la etapa de Fausto de Elhuyar (32).

Más sorprendente es que el jardín botánico y la cátedra para su enseñanza

(29) Véanse, más adelante, páginas 158-166 de este libro.

(30) Remito a M. Baldó Lacomba, «La universidad de Córdoba ante la ilustración (1767-1816)», *Universidades españolas y americanas en la edad moderna*, 67-99 y sobre el Nuevo Reino de Granada, E. Quevedo, «La ilustración y la enseñanza de la medicina en la Nueva Granada», *La ciencia moderna y el nuevo mundo*, edición de J. L. Peset, Madrid, 1985, 85-110; también J. L. Peset, *Ciencia y libertad*, los últimos capítulos dedicados a Mutis; sobre Guatemala, J. T. Lanning, *The Eighteenth-Century Enlightenment in the University of San Carlos de Guatemala*, Guatemala, 1956.

(31) Sin entrar en tan amplia cuestión, véase la representación de la universidad en 1777, publicada, con otra del ayuntamiento de 1771, por D. Tanck de Estrada, *La ilustración*, págs. 61-74 y 47-59 respectivamente.

(32) S. Ramírez, *Datos para la historia del colegio de minería, recogidos y compilados en forma de efemérides*, México, 1890; R. Moreno, *Joaquín Velázquez de León*, citado en nota 5. También del mismo, «Las instituciones de la industria minera novohispana», en *La minería en México*, México, 1978, pp. 68-164; M. Bargalló, *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*, México 1955; D. A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, 1975; E. Luque Alcaide, *La educación...*, 357-386.

quedasen fuera de la universidad. Se creó a semejanza del madrileño y en la capital hispana no había universidad, pero, en Salamanca o en Valencia, se crearon aquellas instituciones anejas a medicina, con diferente éxito por los planes ilustrados (33). El jardín botánico de México es iniciativa de Martín de Sessé, aprobada por el rey, que le nombra director, al frente de una comisión de cuatro naturalistas. Uno de ellos, Vicente Cervantes, es el primer catedrático: sus lecciones seguirían el libro de Casimiro Gómez Ortega y servirían para quienes cursaban medicina en la universidad. El virrey notificó la nueva creación y el plan aprobado por el rey al claustro, y éste, a pesar de alguna reticencia, prestó el local para la inauguración, y reconoció todos los derechos como catedrático al botánico (34). El día primero de mayo se hizo la apertura mediante «una elegante e instructiva oración inaugural que pronunció con mucha energía el director de la expedición y jardín don Martín de Sessé. Después de haber manifestado en ella la antigüedad de esta ciencia, la sublime y apreciable estimación en que la tuvieron los principales héroes de todas las naciones, y las utilidades que ofrece al Estado su cultivo, se extendió a insinuar las respectivas al comercio, agricultura, a economía y demás artes, y particularmente a la medicina, alentando íntimamente la aplicación de los jóvenes dedicados a ella en los tres ramos a seguir el estudio metódico de toda la historia natural» (35). No pudo asistir el virrey, presidió el regente de la audiencia, y acudieron oidores, doctores y religiosos, regidores de la ciudad y gran número de caballeros... Se iluminó la universidad —a las siete de la tarde, había comenzado a las cinco—, hubo música y fuegos artificiales; en éstos se representaron tres árboles de papaya, uno masculino y dos femeninos a sus lados, y los focos de fuego o escupidores representaron el polen que se arrojaba desde el central a los laterales... El día 2 se inició el curso por Cervantes, con una introducción a la botánica, y a partir del 5 continuó con las lecciones... Pero ya no en la universidad.

En 1789, con ocasión de un escrito de Cervantes para imprimir conclusiones que quería defender, surge, de nuevo la reticencia del claustro; el nuevo virrey, conde de Revillagigedo intervendría en su favor. Un año más tarde de nuevo llama al rector para transmitirle otra queja: que no ha sido convocado a claustro. En 1794 Sessé obtenía una real orden para obligar a la universidad a que permitiese actos públicos de botánica, en lugar de oponerse, lo que retrae a los jóvenes de su estudio. Aun cuando se negó que hubiera mala voluntad, ésta era evidente (36). ¿Por qué esa enemiga hacia la nueva institución?

(33) Remitimos a las páginas que tratan de Salamanca y de Valencia.

(34) Claustro de 23 de abril de 1788, A. Carreño, *Efemérides*, II, 745-746. Las clases ordinarias se darían fuera hasta años más tarde, en un aula que facilitó, en su casa, el arquitecto mayor de la ciudad, «Suplemento a la Gazeta de México», transcrito por D. Tanck de Estrada, *La ilustración y la educación*, 126. En general, E. Luque Alcaide, *La educación*, 333-356.

(35) «Suplemento a la Gazeta...», citado en nota anterior, 125-129, cita en dos primeras.

(36) A. Carreño, *Efemérides*, II, 750, 754-756, 776-777.

Sin duda, la pugna entre españoles y criollos puede jugar un papel; en el último informe de Sessé citado, tal vez quiere suavizar, al mencionar a los buenos discípulos que había logrado Cervantes, «como eran don Josef Mosiño y don José María Maldonado, destinados por ese superior Gobierno a la expedición de límites en Nootka, desde donde habían dado evidentes pruebas de la perfección y utilidad de sus observaciones...» (37). La polémica de Alzate, a quien se vedó la posible entrada en la cátedra por ser clérigo —se les excluye expresamente— posee elementos científicos acerca del sistema de clasificación, que prefiere más ecléctico que linneano. Más también hay una reivindicación de Francisco Hernández y aun de la nación indígena, de los jardines que tuvo Moctezuma... (38). Sin embargo, en la pugna es elemento fundamental el atraso de la universidad, núcleo de escolástica y de privilegios corporativos, frente a las novedades, vengan de donde vengan. Así, rechazará el claustro la propuesta de Antonio de León y Gama para enseñar aritmética, álgebra y geometría, física experimental e historia natural, «no habiendo en esta ciudad estudio público formal y diario de ellas», bajo el pretexto de la cátedra de matemáticas en la universidad y otra en la academia de san Carlos; tendría que sujetarse a examen y visita del rector, como los preceptores de pupilos, aunque se reconoce su aplicación a dichas ciencias... (39).

También hay que mencionar en el campo médico, la creación de una cátedra de cirugía en México en 1768. Responde a una política de formación de cirujanos para los ejércitos, que la universidad no proporciona con la calidad requerida. Ya desde 1748 se había fundado el de Cádiz, en 1760, Barcelona, 1780, Madrid. El traslado de esta institución al nuevo mundo supone la formación de excelentes cirujanos, frente a los médicos de la universidad, que podían atender a la sanidad pública. Funcionó durante el período restante de la colonia, como un centro más, paralelo, de enseñanza superior (40).

Por último, hemos de referirnos a la instalación de una cátedra de clínica o medicina práctica en el hospital de San Andrés en 1806. Apenas instaurada en Madrid aquella cátedra —aislada, pues en Madrid no había universidad—, el virrey Branciforte consulta en 1796 a la universidad sobre la conveniencia de crearla. En 1804 el arzobispo de México, que está construyendo el hospital general, proyecta establecerla, según comunica al virrey, que consulta al protomedicato y a la universidad. Esta, no opone resistencia, pues si bien nadie puede enseñar fuera de su recinto, en las constituciones se admiten academias

(37) *Efemérides*, II, 776. Véase R. Moreno, *La primera cátedra de botánica en México 1788*, México 1988.

(38) «Carta de 'Pedro el Observador', en que critica el método utilizado en el curso de botánica, 1789», en D. Tanck de Estrada, *La ilustración y la educación*, 131-140, transcrito de la *Gaceta de Literatura*, 7 de enero de 1789.

(39) *Efemérides*, II, 765, en 795-796 se trata de la reforma de la cátedra de matemáticas.

(40) Véase el documentado artículo de Marta Eugenia Rodríguez, «La enseñanza de la medicina y la cirugía en Nueva España, en el siglo XVIII, *La ciencia moderna y el nuevo mundo*, edición de J. L. Peset, Madrid, 1985, 111-122.

prácticas y se exige el ejercicio con médicos a quienes se han de graduar... En 1806 se dicta la correspondiente real cédula, con la creación de la cátedra de clínica —fuera de la universidad— con el nombramiento del doctor Luis Montaña, «profesor de conocida habilidad y empeño, digno de su confianza, y que por más de tres años dirigió la sala de observación establecida con anuencia de ese gobierno en el referido hospital, a solicitud del director de la expedición botánica, don Martín de Sessé, con el objeto de rectificar las virtudes medicinales de las plantas de ese país» (41). En 1808, en vísperas de la independencia, se haría obligatoria la asistencia de los futuros médicos a la cátedra...

La corona, en suma, introdujo una serie de fórmulas para mejorar la universidad de acuerdo con cánones ilustrados. No redactó un plan nuevo, quizá porque los miedos ante la revolución, en el reinado de Carlos IV, paralizaron buena parte de las reformas. Pero, a través de medios indirectos procuró poner al día, un tanto, aquella vieja y clerical universidad, que se entusiasma con sus pleitos y rencillas internas o con la posible canonización del beato Felipe de Jesús. En cambio, más bien se expresaba con frialdad cuando se trata de la estatua ecuestre del último Carlos, iniciativa del virrey Branciforte (42).

La ilustración mexicana tuvo sus figuras y su época. Se reflejó en la universidad real y pontificia, aunque la corona no juzgó oportuno o no encontró incitación para dotarla de nuevo plan. Posiblemente era muy conservador su claustro, pues hasta el libro de Jacquier, un escolástico ecléctico que conoce la nueva ciencia, le resultaba excesivo. Mientras su adopción en el seminario de México despertaba polémica, en la que intervienen Alzate o Mociño, la universidad no permitía siquiera su defensa en un acto (43). Hubo ilustración en la Nueva España, aunque muy poca en la universidad.

En cambio, en Guadalajara, en su nueva universidad, fundada en 1791 —a pesar de la oposición de la mexicana (44)— se percibe mejor el rastro de novedad ilustrada. En sus constituciones de 1806 se recogen, con mayor simplificación y modernidad, las viejas de México de 1649 y también el plan de estudios de

(41) A. Carreño, *Efemérides*, II, 818, claustro de 26 de agosto de 1806. Mucho más completo F. Fernández del Castillo, *La facultad de medicina*, 265-278, cita literal en 272, aunque no debió funcionar adecuadamente, 277.

(42) A. Carreño, *Efemérides*, II, 783, 785 y 787. También se hallan numerosos problemas sobre nombramiento de rector en los claustros, con intervención del rey para reformar constituciones, reales cédulas de 25 de febrero y 23 de diciembre de 1778 y 20 de noviembre de 1792, J. T. Laming, *Reales cédulas...*, núms. 182 bis, 183 y 194, 248 y 251, 251-252 y 269 270. Véase la instrucción del virrey Revillagigedo, en M. E. Rodríguez, «La enseñanza de la medicina», 115-116.

(43) *Efemérides*, II, 794. Acerca de este texto, M. y J. L. Peset, *La universidad española*, 223-224, nota 33; R. Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, 2.ª edición, Madrid, 1971, 141-144. Véase D. Tanck de Estrada, «Tensión en la torre de marfil», 73-74; también sobre la academia de bellas artes, Tanck de Estrada, *La academia de San Carlos de la Nueva España*, 2 vols. México, 1977.

(44) Claustros de 26 de abril y 26 de mayo de 1775, 18 de julio de 1782 y 3 de diciembre de 1802, A. Carreño, *Efemérides*, II, 669-670, 719 y 805. Más ampliamente en C. Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia, 1552-1821*, México, 1984, 165-196.

Salamanca de 1771 (45). En la nueva fundación no había tanta resistencia y los libros y métodos de la política ilustrada podían aplicarse más flexibles. Es posible que la universidad de México por su carácter clerical y conservador, su rezago en el tiempo, se extinguiera años más tarde, en la independencia, siendo sustituida por otras instituciones de enseñanza superior. No quiero decir que fue un castigo —no hablo de justicia histórica—, sino intento sólo buscar una explicación.

II. UNA UNIVERSIDAD NUEVA: CERVERA

Los orígenes

La universidades catalanas fueron castigadas con dureza al tiempo de la nueva planta borbónica. Se realizó una concentración de todas ellas —la vieja Lérida, Barcelona...— en la fiel Cervera, estructurándose, más o menos, desde el modelo de Salamanca, con aplicación de la legislación castellana. (46).

Poco después de la conquista de Lérida en 1713 por el pretendiente Borbón a la corona de España, la ciudad de Cervera pedía que se le adjudicase su estudio general. Cuando en septiembre del siguiente año se rinda Barcelona, la real junta de justicia y gobierno considera oportuno llevar provisionalmente a Cervera las facultades barcelonesas, para evitar disturbios de estudiantes en los momentos críticos de la reforma de las instituciones públicas catalanas; el príncipe de T'Serclaes ejecuta la medida, nombrando rector y vicerrector, que junto a otros once catedráticos pasarían a Cervera. Aunque algunos deseen la vuelta a Barcelona, por las malas condiciones de su nueva sede, y crean suficiente quitar el patronato a la ciudad, no fue ésta la solución. Felipe V, en once de mayo de 1717, constituía definitivamente en Cervera la Universidad del Principado catalán (47). Otorgaba al nuevo estudio cervariense el monopolio de todos los estudios de Cataluña y la reunión de las distintas rentas de todas sus universidades.

(45) Hemos realizado una comparación superficial y primera, de las constituciones mexicanas de 1775, citadas en nota 26, y el *Plan general de Salamanca*, con las constituciones de Guadalajara, editadas por J. L. Razo Zaragoza, *Crónica de la real y literaria universidad de Guadalajara y sus primitivas constituciones*, 2.^a edición, México, 1980.

(46) Recientemente se ha leído una tesis sobre *La universidad de Cervera en el siglo XVIII*, 3 vols. Barcelona, 1987, editada en microficha, de Joaquín Prats, Universitat de Barcelona, 1987. Agradecemos al autor que nos haya permitido consultarla, lo que nos ha facilitado la redacción de este capítulo.

(47) J. Mercader Riba, «La ordenación de Cataluña por Felipe V: la Nueva Planta», *Hispania*, 53 (1956), 358-366, que se reproduce en su *Felipe V i Catalunya*, Barcelona, 1968, 111-117. Sobre esta universidad es fundamental, aunque de factura clásica por su época, M. Rubio y Borrás, *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Cervera*, 2 vols. Barcelona, 1915-1916; también F. Soldevilla, *Barcelona sense Universitat i la restauració de la Universitat de Barcelona (1714-1837). Contribució al centenari*, Barcelona, 1938.

Por quanto las turbaciones passadas del Principado de Cataluña obligaron mi providencia a mandar se cerrassen todas sus Universidades, por haver los que concurrían a ellas fomentando muchas inquietudes; mas, viendo reducido a mi obediencia todo aquel Principado y reconociendo la obligación en que Dios me ha puesto de atender a el bien de aquellos vassallos y no permitir que las torpes sombras de la ignorancia obscurezcan el precioso lustre de las ciencias, por real orden mía de once de mayo de este año, expedida a mi Consejo de Castilla, resolvía restituir a sus naturales esta común utilidad... (48).

Cervera —seguida diciendo— por su fidelidad y la sanidad de su clima sería el lugar de la nueva Universidad, en ella se reunirían los estudios de la facultades mayores y, también, las rentas de las extinguidas de Gerona, Lérida, Barcelona, Vich y Tarragona. Estas y otras dotaciones, la obligación de los catalanes de estudiar en ella, ayudarán a su encumbramiento y, andando el tiempo, Cervera se convertirá en un foco de la cultura del XVIII.

El rey veló por ella constantemente. Al parecer, en los primeros momentos, el colegio de la compañía de Jesús de Barcelona, reunió gran número de estudiantes de filosofía y teología, pero pronto se le prohibió dar grados y que sus estudios valiesen en la universidad salvo a los miembros de la orden (49). Todavía más, el monarca —presionado seguramente por la nueva Universidad— negó posibilidad para que los catalanes estudiasen fuera de España. Felipe V lo prohibió respecto de Tolosa e incluso de las demás, a pretexto de que Francia no reconocía los grados españoles y la escasa calidad de su enseñanza (50). Igual sentido posee otra real orden de 1 de marzo de 1719 que resolvía que «en esa universidad no se admita ni incorpore ningún graduado, que no sea examinado conforme a las órdenes que por ahora se os han dado y se os darán en las constituciones, exceptuando sólo los que estuvieren graduados en las universidades de Salamanca, Valladolid, Alcalá y Huesca» (51). El sentido de esta orden es limitativo, sin duda alguna; el duque de Gandía pidió la facultad de incorporar los grados de su universidad en Cervera, pues su fundación, como casi todas las hispanas, estaba asimilada en privilegios a Salamanca. El monarca accede ante la coherencia jurídica de su argumentación, pero un año después, en 28 de marzo del 1722, revoca su decisión, quizá a instancia del celoso claustro de Cervera. Aclara que la incorporación de grados de Gandía.

(48) *Estatutos y privilegios apostólicos y reales de la Universidad y Estudio general de Cervera*, Cervera, 1750, 1-2. Finestres le escribe a Mayáns en 1 de febrero de 1750, sobre esta edición: «He de cuidar de la impresión de los nuevos estatutos, bulas pontificias y cédulas reales a favor de esta Universidad», I. Casanova, M. Batllori, *Josep Finestres. Epistolari*, 3 vols. Barcelona, 1933-1969, I, 410.

Acerca de la reforma de los estatutos, de 1749 —editados el 1750—, véase J. Prats, *La universidad de Cervera...*, I, 376-418.

(49) Real orden de 12 de noviembre de 1717, *Estatutos y privilegios...*, 193-194.

(50) Real orden de 23 de septiembre de 1718, *Estatutos y privilegios...*, 208-209. Es curioso, que no se recuerde, a pesar de estar inserta en la *Nueva Recopilación*, 1, 7, 25, la prohibición de ir a estudiar al extranjero, hecha por Felipe II.

(51) *Estatutos y privilegios...*, 209-210.

... no deve entenderse ni practicarse con los catalanes, que huvieren ido o fuesen a graduarse en ella, para los cuales he mandado fundar y destinar dicha universidad de Cervera; pero si algún graduado valenciano passasse a esse mi principado de Cataluña con el grado de doctor por la dicha universidad de Gandía, por aora y en el interín que yo mando otra cosa, quiero y es mi voluntad se le tenga por tal graduado... (52).

En otro orden de cosas —más sustancioso— favoreció el monarca a su nueva creación, al concederle todas las rentas universitarias existentes en el principado, y aun favoreciéndole con otras para que alcanzara máximo esplendor. La ciudad debía ayudar y, por su parte, el rey perdonaría todas las contribuciones por veinte años, con el fin de elevar su majestuoso edificio sobre el antiguo hospital municipal (53).

En este arreglo financiero, tropezaba Felipe V con una grave dificultad, que acompañaría todo el proceso de creación de la universidad cervariense. Los establecimientos de enseñanza superior no podían ser objeto de fundación ni variación sin la intervención papal. Las relaciones del Borbón, por aquel entonces, eran especialmente distantes con la santa sede, debido al reconocimiento del archiduque por el pontífice, ante la cercanía de las armas imperiales. La transformación universitaria de Cataluña no contaba por tanto, con su aprobación. En su primer decreto, el rey se limitó a dejar constancia del defecto existente.

Y pediré a Su Santidad los breves necesarios para la erección de esta Universidad y aprobación de sus Constituciones y agregación de las rentas eclesiásticas de las Universidades referidas, y otras que aplicará mi providencia, con más todos los privilegios, gracias y honores con que la Santa Sede ha ilustrado las demás universidades de este reyno, dando a el cancelario que yo nombrase, toda la jurisdicción y potestad que tiene el de Salamanca (54).

El problema era grave. El rey no se atreve a nombrar cancelario y recurre al siguiente subterfugio: el maestrescuela de Lérida sería cancelario en Cervera, pidiendo al obispo de la antigua universidad autorización para el traslado. Fue éste el primer cancelario, don Francisco de Queralt (55).

Queralt y sus sucesores, nombrados por el rey, fueron autoridad suprema en aquel establecimiento literario; Cervera, a diferencia de las demás universidades de España, no tenía rector. Y ello, por azar de la fortuna. En las otras, el poder del maestrescuela o cancelario —originario representante del pontífice—

(52) Reales órdenes de 11 de marzo de 1721 y 28 de marzo de 1722, *Estatutos y privilegios...*, 214-215, 216-217.

(53) Véase el decreto de erección de 17 de agosto de 1717, así como en otras disposiciones de 9 de octubre de 1717, 12 de noviembre de 1717, 17 de marzo de 1718, 31 de marzo de 1718 y 1 de marzo de 1719, *Estatutos y privilegios...*, 2-3, 6-7, 192-193, 193-194, 195-196, 199-200, 210-211.

(54) Decreto de 17 de agosto de 1717, *Estatutos y privilegios...*, 3.

(55) Real orden de 12 de noviembre de 1717; problemas de rentas en la misma y en la de 1 de marzo de 1719, *Estatutos y privilegios...*, 194, 210-211.

se contrapesaba por el rector, de nombramiento claustral, municipal o estudiantil. Este ordena más de cerca los problemas docentes y de disciplina, mientras los cancelarios quedan oscurecidos en la penumbra de su alto cargo y responsabilidad. Cervera también se proyectó así, con inspiración en Salamanca. El rey permite la elección de rector y vicerrector por el claustro, pero, poco después, diferencias entre ambas autoridades, forzaban al rey a una decisión tajante, la de suprimir el rectorado. Se observa con frecuencia, que cuando se crea una nueva estructura, los poderes que la dominan pugnan entre sí hasta alcanzar equilibrio en la costumbre o en nuevas reglamentaciones. Otras veces, en la delimitación de sus funciones, se fija una jerarquía entre ellos. Pero en la universidad de Cervera se optó por la supresión, antes de establecer primacías o ajustar un equilibrio (56).

La situación del cancelario mejoró en su aspecto eclesiástico, cuando el nuncio concedió al monarca la jurisdicción, en tanto se llegaba al breve pontificio, asimilando al maestrescuela a Lérida o Salamanca (57). La aprobación papal definitiva es posterior; hasta el 4 de diciembre de 1730 no se alcanzaría la confirmación de las actuaciones reales y la aprobación de las constituciones de Cervera, por la bula *Imperscrutabilis Divinorum* de Clemente XII. En ella se autoriza la erección, se aprueban las constituciones, la reunión y monopolio de Cervera, se conceden los privilegios de Salamanca, se confirma la jurisdicción del cancelario, bajo la tutela del arzobispo de Tarragona y el obispo de Gerona, jueces conservadores del estudio, y, en fin, se levantan las censuras que pudieran haber recaído en cuantas personas intervinieron en su fundación (58).

Cervera fue el ensayo de reforma universitaria de Felipe V. Las vicisitudes de su creación inclinarían, sin duda, su ánimo a no modificar las restantes universidades de la corona de Aragón. Sus estructuras, por lo demás, no significaron sino el intento de acercarse al esquema salmantino de organización, muy distinto a Lérida o Barcelona, a Valencia o Zaragoza. Pero, además, inicia una mayor dependencia al rey, a través del poder de su cancelario.

El monarca queda siempre un tanto lejano, separado, árbitro a quien acudir en conflictos más importantes; como en aquel enfrentamiento entre cancelario y rector, que terminó con la supresión de éste. Queda, como poder central, el cancelario, «padre de los estudiantes y maestro de este seminario y universidad», como le llaman respetuosamente los estatutos (59). Su misión puede resumirse así: vigila por el cumplimiento de los estatutos y posee la jurisdicción interior y exterior sobre profesores, alumnos y oficiales. Para ello se ayuda de un juez del

(56) Véanse las órdenes de 22 de enero y 31 de marzo de 1718; la disputa era por una cuestión de matrículas, *Estatutos y privilegios...*, 195 y 196-199.

(57) Real orden de 19 de julio de 1718, *Estatutos y privilegios...*, 205-208, también 189-190.

(58) La bula citada en, *Estatutos y privilegios...*, 155-174; disposiciones pontificias posteriores, de 1734 y 1744 en 175-182 y 183-188. La bula también en M. Rubio y Borrás, *Historia*, I, 434-450; concesión de rentas, II, 161-65; 166-169; C. M.^a Ajo, *Historia*, IV, 247-257; 271-275. Véase las cartas de Finestres a Mayáns desde marzo de 1751, *Epistolari*, I, núms. 87, 96, 112...

(59) *Estatutos y privilegios...*, tit. II, 1, 10.

estudio, eclesiástico, sabedor del derecho y no catedrático, así como, en enfermedades y ausencias, de un vicescancelario. El claustro le aconseja y establece cierta prudencia y equilibrio en sus decisiones. El cancelario visita con frecuencia las cátedras de propiedad, y el juez del estudio, con el catedrático más antiguo, recorre cada mes las demás, así como las clases de extraordinario que dan los bachilleres como preparación para alcanzar el grado de licenciado (60). Por lo demás, el juez del estudio —tenaz vigilante de la disciplina escolar— sale por las noches, acompañado de alguaciles y bedeles, para visitar las casas de los estudiantes y comprueba que estudian y se hallan recogidos en ellas. Porque Cervera ha recogido usos salmantinos y exige que los estudiantes vivan en pupillaje, bajo vigilancia de la universidad. En ellos moran bajo la regencia de un bachiller, que cierra a las horas prescritas, procura su estudio y asistencia, reprime costumbres licenciosas (61). En su caso, el juez les reprende o conduce a los estudiantes al tribunal del cancelario, para ser juzgados por éste (62).

El claustro cervariense, que ayuda al cancelario, posee dos posibilidades: claustro pleno de doctores y el de diputados, reducido fundamentalmente a las cuestiones financieras de la universidad. En el primero, con facultades más generales, deben concurrir «a lo menos veinte y una personas, con el cancelario, y los doce de los veinte sean catedráticos de propiedad, sin cuyo número no se puede juntar claustro pleno...» (63). El de diputados se constituye por todos los catedráticos propietarios, que delegan para la gestión concreta en diez doctores catedráticos de regencia; se nombran por turno de antigüedad, salvo dos de ellos, directamente designados por el cancelario. No obstante, el claustro de diputados, se reúne con cierta frecuencia, cuando fuera necesario, e incluso señala una comisión, o junta particular de *antiquiores*, para los asuntos de despacho ordinario (64). Igual limitación de Salamanca suponen los consiliarios, estudiantes representantes de las cuatro naciones; en la vieja Salamanca eran origen del rector, logrando mayor representación; aquí, suprimido este cargo, sólo les resta procurar la vigilancia de su respectiva nación, acompañar en sus rondas al juez del estudio o sugerirle medidas para la enmienda de los estudiantes (65).

Por último, la organización de Cervera se completa con un secretario, encargado de las matriculas y grados; un mayordomo para las finanzas de la hacienda universitaria; un síndico, que vela por el cumplimiento de los estatutos; y, por fin, maestro de ceremonias, alguaciles, bedeles, bibliotecarios, etc. (66). Trasuntos salmantinos, con algunos retoques de mayor o menor entidad.

(60) *Estatutos y privilegios...*, tít. II, 4 y 5, visitas en 6-8, 10-11.

(61) *Estatutos y privilegios...*, II, 9 a 13, sobre pupilajes y costumbres, tít. 49, 11-12 y 131 ss.

(62) Sobre la jurisdicción, el tít. II, 15-23, así como la real provisión de 7 de enero de 1741, *Estatutos y privilegios...*, 12-13, 222-223.

(63) *Estatutos y privilegios...*, III, 2, 14.

(64) *Estatutos y privilegios...*, tít. IV, 1-3, 6-8, 13-14.

(65) *Estatutos y privilegios...*, tít. V, 1-2, 8-9, y los requisitos en 4, 5 y 7, 25-26.

(66) No podemos descender a detalle, remitimos a los títulos XXXIII-XLIV, LII y LIX, 104-122, 139-144 y 149.

La universidad de Cataluña sintió cierta tendencia a volver a sus antiguos centros. Durante el reinado de Felipe V existe un partido, en los claustros de Cervera, que vive este anhelo, hasta el punto de no gustarles la celebración de las honras fúnebres en memoria de su fundador, según se percibe en algunos textos de Finestres.

Está la Universidad dividida en dos facciones —escribe a Gregorio Mayáns en 1748—: una que tiene por caudillo al corregidor de esta ciudad, contra el cancelario, otra que, no siendo contra el cancelario, tiene la mira al bien y honor de la universidad. Los motivos de unirse al corregidor varios académicos son la esperanza de ascensos y conveniencias fundadas en el favor que éste les promete, como a primo del señor Güell, el odio mortal contra los jesuitas, a quienes trataba el cancelario de dos años a esta parte y la loca pasión a la escuela tomista, y aun en algunos la idea de sacar la universidad de este lugar. Este partido, apoyado del señor Güell, procuró impedir el hacer y publicar las demostraciones que hizo por las exequias de su fundador y fiestas por la exaltación al trono de D. Fernando... (67).

Al pronto dominó el cancelario, pero perdió después, enredado que el proceso de un estudiante apoyado por el corregidor, que gozaba de la confianza del marqués de la Ensenada. El cancelario fue extrañado de la ciudad y Finestres le sustituyó interinamente (68). Con los años remiten estas actitudes contrarias, Felipe V será recordado como magnánimo fundador de aquella universidad (69).

La universidad del Principado ha roto antiguos esquemas. La ciudad tan sólo posee el título honorífico de conservador de aquel estudio, pero el rey era quien detentaba el máximo poder (70). Lérida había sido una universidad dominada por el municipio, su heredera, Cervera se adaptó, con deformaciones al modelo salmantino.

(67) Véase la carta de Finestres a Mayáns de 11 de agosto de 1748, I. Casanovas, M. Batllori, *Josep Finestres*, I, 389-391, también en 14 de mayo de 1763 le dice: «De universidad en Barcelona se habla mucho y muy variamente. Que esta de Cervera se traslade a Barcelona no tiene camino; pero, como aquella ciudad de muchos años a esta parte insta para que se le conceda tener estudios, sin embargo, de haberse despreciado siempre su pretensión, bien podría ser que en el presente gobierno lograra la reintegración de sus antiguos estudios generales... pero, si esto sucediere, en pocos años se acabaría por resolución la de Cervera, siendo contrario a ella todo el principado», II, 257.

(68) Carta de J. Finestres a G. Mayáns de 6 de abril de 1749, I. Casanovas, M. Batllori, *Josep Finestres*, I, 398.

(69) Por otra parte el rey le concedió privilegios de exclusividad, no sólo frente a universidades, sino frente a colegios religiosos, en la real orden de 30 de septiembre de 1722, reiterada por Fernando VI en su real provisión de 12 de agosto de 1746, *Estatutos y privilegios...*, 218 ss., 222 ss.

(70) *Estatutos y privilegios...*, tít. XXXII, 103-104.

Reformas carolinas

La expulsión de los jesuitas tendría fuerte influencia en Cervera. La compañía había logrado cierta presencia en aquella universidad, a diferencias de las antiguas del principado en donde apenas habían tenido fuerza. Prats (71) matiza convenientemente este influjo jesuita en aquel centro catalán, para evitar visiones superficiales de la cuestión. Lograron cierto dominio sobre el primer cancelario Queralt, y siempre presencia a través de los confesores reales —muchas veces se enfrentaron con el claustro—. El número de sus cátedras fue mayor que el de otras órdenes, pues tenían, además de la gramática, una de escritura y lengua hebrea y otra de letras humanas, que las confería el provincial. Tenían algunos partidarios, pero también contrarios. Tampoco puede exagerarse la importancia intelectual de los jesuitas o sus partidarios en Cervera, ni por la altura de sus obras, ni por la novedad de sus posiciones... (72).

La expulsión, con todo, abría, como en las demás, nuevas posibilidades y reajustes, en que no hemos de entrar. La aceptación de la expulsión, va seguida de esfuerzos por suprimir las escuelas en la universidad —no sólo la suarista— y la desvinculación de las cátedras respecto de las órdenes. Pidió el claustro además, que se le diesen todos los bienes que tenían en Cataluña y las mejores bibliotecas de los padres para mejorar la universidad; sólo se les concedió el colegio de Cervera y su iglesia (73).

La universidad nueva se tomó gran interés por el plan de Salamanca de 1771 y se propuso estudiarlo. Lo vieron las facultades y se discutió ampliamente en el claustro. En los primeros tramos de la docencia, lengua latina y griega, los jesuitas habían dejado un amplio vacío, que se buscaba rellenar. En griego se proponía la gramática de Pedro Simón Abril, por estar en castellano, ya que la de Castillo no era suficiente. Más avanzadas consideraban la de Port-Royal o la de Francisco Vergara —en todo caso no se exigía esta lengua como estudio previo a facultad mayor—. En lengua latina también recomendaba que se reforzara esta enseñanza, transformando en vitalicia la cátedra de lenguas humanas. En artes o filosofía, se rechaza el texto de Goudin, pues era tomista, con muchas cuestiones inútiles y la física seguía con un regusto escolástico o aristotélico. Con todo, consideran bien una obra colectiva como la de Juan Bautista Du Hamel, *Philosophia vetus et nova* —Prats tilda la elección de defensa

(71) Es esencial para el conocimiento de la época de Carlos III, de todo el xvm, J. Prats i Cuevas, *La universidad de Cervera*, II, 427-448. También para la época, la *Colección de reales cédulas de su Majestad, provisiones dirigidas a la real universidad de Cervera y mandados observar, inclusa en ellos la Real Cédula de la jurisdicción académica*, Cervera, 1772.

(72) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 435-448, atribuye a Torras y Bagés, Casanovas y Batllori su reivindicación.

(73) J. Prats, *La universidad de Cervera*, 448-460; todas las disposiciones generales se le comunicaron, la extinción de la escuela jesuita 12 de agosto de 1768, o en el destino de sus bienes para esa universidad 21 de agosto de 1769 o que no se defiendan ideas de la escuela jesuítica 4 de diciembre de 1771, *Colección...*, Cervera, 72-74; 123-131, 214-217.

inteligente de viejas ideas—. Al parecer se pretendía, según dicen, «juntar la filosofía escolástica con la experimental» (74). También en medicina fueron tradicionales sus enfoques: rechazo de Boerhaave, por su mecanicismo que les disgusta, prefieren atenerse a sus estatutos. En derecho, en leyes, tuvieron la misma actitud, pues se anclaron en un fuerte romanismo, con apenas introducción del derecho real, con rechazo absoluto del derecho natural. Propusieron a Vinnio y Heineccio, mientras defendían la creación de una cátedra de derecho catalán o municipal, que estudiase las normas que no habían sido derogadas por la nueva planta filipina —se estudiaría como pasantía en el primer año, mientras el segundo se asistiría a decretales en la facultad de cánones—. Es interesante comprobar la fuerza del derecho catalán en una época tan temprana. En cánones, andaba más en línea con las reformas regalistas y episcopalistas de los otros planes, con la presencia de Cironio y de Van Espen, su *Ius ecclesiasticum universum*. El *De emendatione Gratiani* de Antonio Agustín o las Instituciones de Fleury, traducidas por Nasarre completaban; incluso hacían alguna referencia a la importancia que tiene el conocimiento del derecho patrio. Por fin, en teología son antitomistas, a diferencia de lo que aconteció en las otras universidades. Tal vez es la influencia jesuita, o el querer evitar las escuelas, también la tomista. La *Summa* es demasiado antigua y tiene errores, está escrita en un lenguaje inapropiado y es muy extensa. Ante estas propuestas, el consejo respondió con el silencio, creyó que no era necesaria la reforma (75).

Años más tarde, en 1784, con algunas peticiones de que se pusiera en vigor el arreglo de 1772, se hizo una reforma parcial en medicina. Llegó a Cervera el médico de cámara José Masdevall, quien proyectó, de acuerdo con el claustro y con ayuda de Jaime Bonells de la academia barcelonesa, un arreglo que llegó a aplicarse. Era, sin duda, muy avanzado. Proponía una formación básica de los médicos en física experimental, matemáticas y álgebra; como libros esenciales consideraba las Instituciones de Ludwig, Heister para anatomía y Lieutaud para materia médica o farmacología. Introducía un nuevo método para las oposiciones, semejante a Montpellier, sobre aforismos hipocráticos y un segundo ejercicio sobre materias de la respectiva cátedra. Propone la creación en Barcelona, en conexión con esta universidad, de un colegio de medicina práctica que vendría a ser la clínica —como en Madrid, Salamanca o después en el plan de Valencia de 1786 (76).

(74) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 509 la cita; gramática 502-505, artes 506-511. Sobre el arreglo de letras humanas, *Colección...*, Cervera, 51-62, real provisión de 11 de febrero de 1768; la real cédula de grados de 24 de enero de 1770 se le comunica, 132-145.

(75) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, medicina 513-518; leyes 519-524; cánones 525-531; teología 532-537. Acompaña de cuadros sobre cómo quedarían las enseñanzas en cada facultad. El informe en el apéndice, III.

(76) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 540-549; M. y J. L. Peset «Poderes y saberes...» 129.

Curso	Estudios que debían realizarse
1.º	— Fisiología. — Materia médica. — Anatomía.
2.º	— Fisiología. — Patología y Terapia General. — Materia médica — Anatomía.
3.º	— Terapia particular (estudio de las enfermedades). — Materia médica. — Anatomía. — Aforismos de Hipócrates.
4.º	— Terapia particular. — Materia médica. — Anatomía. — Pronósticos de Hipócrates.

Esta fue la reforma más profunda en Cervera, aunque también el poder sobre la universidad tuvo algunas variaciones.

El poder sobre la universidad

Ya vimos sobre Salamanca cómo se cernía el poder del consejo y su intervención continuada. Cervera, en un primer momento, había tenido un protector: Ventura Güell, como intermediario entre los claustros y el monarca. Al cesar éste, todas las facultades pasaron al consejo. Los cancelarios del período parecen personas obedientes al poder central que cumplen sus dictados, con algunos límites. Joaquín Prats ha hecho un análisis de estas relaciones de poder, bajo los cancelarios Rafael Quintana y Aguilar (1725-1762) y Francisco Fuertes Piquer (1762-1789). La audiencia de Cataluña informaba también de los problemas universitarios, muchas veces en la década de los sesenta, pocas en los setenta, sin duda porque ya el consejo era capaz y estaba decidido a intervenir directamente. Cuestiones sobre el monopolio de los estudios que pretendía Cervera y que veía decaer con la graduación de sus alumnos en universidades más fáciles o la impresión de libros en su imprenta, preocuparon a la universidad y motivaron ayuda de la audiencia. En el primer punto, se lograría, tan sólo que no valieran los estudios hechos en colegios y conventos, disposición que hemos visto para Salamanca; el segundo es muy interesante, ya que una real cédula de 1768

ordenó que no imprimiese cartillas y libros catalanes para la primera enseñanza en la imprenta universitaria, pues debía ser en castellano el aprendizaje de las primeras letras. La universidad siguió imprimiendo, bajo el pretexto de que eran para uso particular, defendiendo el catalán en aquellos años de absolutismo (77).

La creación de los directores de las universidades no tuvo tampoco éxito en la cervariense (78). En algún caso, sobre el monopolio de estudios, se advierte que Campomanes hacía y deshacía, a pesar de la idea del director, Nava; el erudito fiscal, junto con el otro, Floridablanca, o el secretario Roda, eran las cabezas y los ejecutores del plan de reformas. Tampoco los censores tuvieron demasiado trabajo en aquellas aulas (79).

La universidad tuvo grandes problemas. En 1768, al suprimir las cátedras de cirugía y anatomía —por creación del colegio de Barcelona— se sintió vejada, pues no sólo se le quitaba el privilegio de que disfrutaba, sino se le suprimía esta enseñanza. La universidad no supo reaccionar, salvo aduciendo sus privilegios o resaltando la importancia de la cirugía latina, frente a la romancista que atribuía a la nueva fundación (80).

Por otro lado, los dos bandos existentes, el tomista y el tildado de jesuita —aunque más parece insulto que verdad— se enfrentaron por las cátedras, según ha estudiado Prats. Se extendió la legislación salmantina a aquella universidad sobre el modo de provisión, aunque el claustro protestase que allí la intervención de la autoridad del cancelario garantizaba la buena provisión; sin embargo, aquellas luchas claustrales mostraban favoritismos del cancelario o denuncias anónimas al consejo cuando se quería evitar que saliese quien no gustaba, con la acusación de projesuita, que siempre significaba una mancha para los reformadores (81).

Cervera fue una universidad en constante reforma, ya que tras su creación, sus estatutos —de 1726, de 1749— continuaron con las reformas carolinas. No tuvo plan de estudios en este momento, tal vez porque ya se había hecho o porque el consejo no quería complicar innecesariamente las situaciones. Hay en ella elementos de renovación, que pugnan por transformar la enseñanza,

(77) Real provisión de 11 de marzo de 1771, *Colección...*, Cervera, 196-198. J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 554-558, 564-575; sobre impresiones, II, 549-554. El privilegio de imprimir, M. Rubio y Borrás, *Historia*, II, 251-254.

(78) Se le comunica, *Colección...*, Cervera, 96-113, como a las demás; quizá el arreglo del archivo para proporcionar datos al director, explique el nombramiento de archiveros, reales provisiones de 22 de marzo de 1770 y 16 de octubre del mismo año, *Colección...*, Cervera, 146-150 y 159-164.

(79) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 575-586.

(80) Real cédula de 15 de diciembre de 1768, *Colección...*, Cervera, 82-90. Sobre su repercusión y escritos del claustro, J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 461-468.

(81) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 586-596; la extensión del sistema de provisión de cátedras puede verse por las reales cédulas de 23 de octubre de 1770 y 17 de enero de 1771 y la real provisión de 14 de septiembre de 1771, *Colección...*, Cervera, 165-173, 175-178 y 210-212, también sobre grado de licenciado 199-205, la real provisión de 25 de mayo de 1771; de bachiller 224-227, real provisión de 23 de marzo de 1772. Algunos papeles de Simancas, gracia y justicia, legajos 940 y 941, los hemos utilizado en M. y J. L. Peset «Política y saberes...», para acercarnos a estas disputas.

introduciendo el libro de Jacquier en filosofía o también obedeciendo la orden que imponía a Villalpando, libro redactado bajo los auspicios del consejo (82). Ni fue una universidad dominada antes por los jesuitas, ni tampoco el pozo de oscurantismo que alguna frase traída por los pelos quiere simbolizar —«lejos de nosotros la funesta manía de pensar»—. Su papel de reunir todas las universidades en los duros años de la nueva planta y su cierta tensión con Barcelona, han desfigurado un tanto sus perfiles. Ahora, con el estudio de Prats, sabemos más sobre su sentido y sus esfuerzos...

III. DOS REFORMAS FRACASADAS: SAN MARCOS DE LIMA Y SANTA ROSA DE CARACAS

Tal vez sea excesivo hablar de fracaso de las reformas carolinas en estas universidades del nuevo mundo. Sin embargo, como ocurre con frecuencia en las americanas, el consejo de Indias fue menos intenso en su acción y las reformas no se llevaron adelante. A diferencia de México, hay en éstas esfuerzos indudables para su innovación, pero, al final, quedaron sin profundo resultado. Se ha de distinguir ilustración y reformas, pues por debajo de una modificación de estructuras o de enseñanzas, hay elementos de renovación en aquellas universidades. Lenta, tardíamente, se encuentran allá las nuevas ideas en las cátedras y los profesores; no obstante, el poder intentó algunos cambios sin lograr su implantación...

La universidad limeña de San Marcos posee buena bibliografía, sin duda (83). La época de la ilustración, sin embargo, no tiene estudios suficientes, más que para asomarnos, un tanto al momento. Era una universidad muy grande en su dimensión —sólo comparable a Salamanca o a México. En 1735 editaba sus constituciones en donde aparecen rector y maestrescuela, claustros, profesores... La selección de sus cátedras, habíase logrado, en el siglo xvii, al desaparecer los votos de estudiantes, a través de comisarios del claustro, en número variable, pero dependían de la misma universidad (84). Estaba en decadencia, sin duda

(82) J. Prats, *La universidad de Cervera*, II, 556-558, muy interesante la escasa incidencia que, como es general, tuvo la real cédula de 22 de enero de 1786, 558-563.

(83) Nos referimos, además de las visiones generales de C. M.^a Ajo, *Historia*, o A. Rodríguez Cruz, *Historia*, I, a las aportaciones de L. A. Eguiguren, *Alma Mater: orígenes de la universidad de San Marcos (1551-1576)*, Lima, 1939; *Diccionario histórico-cronológico de la real y pontificia universidad de San Marcos y de sus colegios*, 3 vols. Lima, 1940-1945; *Historia de la universidad*, 2 vols. Lima, 1951.

(84) Véase los trabajos de D. Valcárcel, *San Marcos en 1780*, *Letras* (Lima), 46 (1951) 25-44; *Reforma de San Marcos en la época de Amat*, 1960; *Historia de la universidad de San Marcos (1551-1980)*, Caracas, 1981, o los artículos de A. Ten, «El convictorio carolino de Lima y la introducción de la ciencia moderna en el Perú virreinal», *Universidades españolas y americanas*, Valencia, 1987, 519-533; «Tradición y renovación en la universidad de San Marcos de Lima. La reforma del virrey Amat», *Claustros y estudiantes. Actas del congreso de historia de las universidades*, 23-25 noviembre 1987, 2 vols. Valencia, 1989, II, 353-364. «Ciencia e ilustración en la universidad de Lima», *Asclepio*, 40 (1988) 187-221. Están impresas las *Constituciones y ordenanzas antiguas, añadidas y modernas de la real universidad y estudio general de San Marcos de la ciudad de los reyes del Perú. En la misma ciudad de los reyes, en la imprenta real, por Félix Saldaña y Flores, en este año de 1735.*

alguna, a pesar de que, a principios del xviii, fue rector el gran erudito y escritor Pedro Peralta y Barnuevo.

El plan del virrey Amat

En los años de la ilustración hay en el seno de la universidad un grupo de personas que quiere la renovación. Los juristas Baquijano y Morales Duárez, el teólogo Rodríguez de Mendoza o el médico Unanue, son un plantel de renovadores que impulsarán hacia cambios, aun cuando fracasen. Su empuje y el apoyo del virrey Amat, que llega en 1762, favorecen las reformas. Era rector Antonio de Boza y Garcés quien concluía poco después; inmediatamente de la expulsión de los jesuitas, el rector y claustro, en 25 de enero de 1768 le pidió que concediera los libros e instrumentos científicos de sus colegios a la universidad, comprometiéndose a abonar el sueldo a un bibliotecario y a organizar las habitaciones precisas para biblioteca. Amat transmitió su petición al rey, quien aceptó, en 25 de octubre de aquel año. Fue nombrado Cristóbal Montaña para el nuevo cargo.

Cumpliendo una real cédula de 9 de julio de 1769 y un decreto del virrey de 15 de junio de 1771, se reunió una junta con el arzobispo Diego Antonio de Parada y el oidor Domingo de Orrantia, junto al fiscal del crimen Jerónimo Manuel de Ruedas y el protector de indios conde de Villanueva de Soto, presididos por el virrey, para dar aplicación y destino a las casas y colegios de los jesuitas. En nombre del monarca consideraron oportuno reformar los estudios mayores y menores del Perú,

porque siendo preciso para conseguirlo aplicar los medios que destruyesen de raíz el desorden, sólo podría lograrse en una oportunidad como la presente, en que los nuevos establecimientos encargados por Su Mag. y facultades concedidas a esta Real Junta, al mismo tiempo que proporcionan los arbitrios, facilitan su ejecución y cumplimiento: con cuya atención después de haber aplicado para Real Convictorio de Estudios una de las Casas que fueron de los Reguladores, se ha proveído de Estudios y Reglas, que sólo podrán producir los útiles e importantes efectos que se ha propuesto, si encuentra en la universidad el fomento que necesita; pues la conformidad y correspondencia que tiene con este cuerpo de quien es dependiente, le trabe por necesidad su decadencia si éste no le sostiene y facilita los medios de su permanencia, lo que no de otro modo podrá verificarse y conseguirse, si no es llevando a debida ejecución muchos de sus Estatutos, y añadiendo y reformando autos que no convienen al nuevo plan de estudios que el tiempo y las circunstancias persuaden ser el más conforme y proporcionado a asegurar el aprovechamiento público, especialmente aquellos que dicen relación al número de cátedras y sus destinos, señalamiento de sus rentas, votación de sus oficiales y maestros, exámenes de los estudiantes, y elección de las materias y autores que deben explicarse con arreglo a lo dispuesto por Su Mag. en su real cédula de 14 de agosto de 1768 al cap. 17: Por

tanto y deseando satisfacer en punto tan importante las intenciones de Su Mag. explicadas en dichas reales órdenes dirigidas a este superior gobierno con fecha 25 de octubre de 1768, en que contestando por medio del excelentísimo señor Conde Aranda los informes que se le dirigieron sobre esta materia, le encarga y ordena que proceda inmediatamente a la reforma de los colegios de esta capital, disponiendo las reglas que se considerasen oportunas para su dirección y el plan de estudios que deba seguirse y ponerse en ejecución y práctica (85).

Tenía orden expresa del conde de Aranda de 25 de octubre de 1768 en que le encarga que proceda inmediatamente a la reforma de los colegios de esta capital, disponiendo las reglas que parezcan oportunas para su dirección y el plan de estudios, para que el rector y claustro de esta universidad las cumplan (86).

El plan de estudios era interesante, por las novedades que establecía, tanto en el gobierno de la universidad como en las enseñanzas. Veámoslo, en una corta síntesis.

1. Es excepcional en las reformas carolinas lo que establece sobre el rector limeño. Admite que sea eclesiástico o seglar, elegido a pluralidad de votos, pero en lugar de ser los consiliarios electores, lo atribuye al claustro pleno, de modo que rompe la estructura anterior —de un sistema de cooptación, que en Salamanca era de alumnos— surge ahora una jerarquía. Pero lo más notable era que, para que sea de probada instrucción y literatura, determinan que haya oposiciones a rector, cosa que no puede hallarse en ninguna de las universidades:

El Rector, sea Eclesiástico o Secular, indistintamente se elegirá como hasta aquí a pluralidad de votos; pero debiendo ser de probada instrucción y literatura, por los nuevos encargos que se le encomiendan, deberá proceder a su elección examen riguroso de los que pretenden serlo, y será aquel mismo que se haya de practicar con los Opositores a las Cátedras, y en la Facultad en que fue graduado: a cuyo fin se pondrán Edictos por término de treinta días: se admitirán a oposición los que se presentaren y se hará la votación del más digno en la misma conformidad que se prevendrá para las Cátedras, con la diferencia únicamente en exámenes y votación, de que ésta se hará por todo el Claustro, y aquél de menor número de Thesis o Proposiciones, y no pasará de término de una hora (87).

Su gobierno durará tres años, con posible prórroga por el virrey si lo considerase oportuno, y recibirá un alto salario. Las obligaciones serán las que

(85) D. Valcárcel, *Reforma de San Marcos...*, 34, el plan 31-45; también *Reformas virreinales...*, 45-59; A. Ten, «Ciencia e ilustración...» y «Tradición y renovación...».

(86) Plan de Amat, en D. Valcárcel, *Reforma de San Marcos...*, 34-35.

(87) Plan Amat, en D. Valcárcel, *Reforma...*, cita en 35, en general están basadas estas páginas en su texto, 31-45. Una versión del mismo en A. Ten, «Ciencia e ilustración...» o en A. Rodríguez Cruz, *Historia*, I.

establecían los antiguos estatutos, en especial asistir diariamente a la universidad para vigilar a los catedráticos y sus lecturas —no podrá serlo un catedrático—, el secretario y los bedeles.

Los consiliarios, siguen nombrados por cooptación, pues en este punto nada se innova; pero necesariamente lo sería el rector saliente, que junto con otro elegido por tres años, actuarían de jueces, junto con el rector actual que tiene la jurisdicción. Este último, tercer juez, deberá hacer también la prueba señalada para ser rector. Se les paga a todos y auxilian al rector en sus tareas. Ha desaparecido el sentido de los consiliarios, que, sin duda, ya estaban fuertemente deformados en las grandes universidades americanas —México también— desde su creación.

2. La enseñanza se haría por 17 catedráticos, a que se reducen todas las existentes, con 3 de filosofía, 5 de teología y otras tantas de derecho, 3 de medicina y una de matemáticas, sin que se llamen de prima o vísperas, sino de primero, segundo, tercero, etc., según los años de cada curso.

Así el honor como la renta ha de ser igual en todas, a excepción de las de Medicina, porque en todas ha de ser igual el trabajo y la pensión; y se supone en los que las obtienen igual la suficiencia; pues todos los Catedráticos de una facultad han de dictar precisamente las diversas materias que comprende, según le corresponda a cada uno su turno en los años respectivos de su Curso, como se dirá después (88).

La dotación será de mil pesos anuales cada una, salvo medicina que sólo cobrarían 500 por ser menor el trabajo, ya que existen menos alumnos. Son cantidades altas, para que no tengan que buscar otros medios, salvo en medicina, en donde la razón principal de su situación inferior era la posibilidad de ejercer. Enseñarán por manuales, conforme a los planes que se habían dado para Salamanca y las demás, para evitar los inconvenientes de que cada uno dicte la materia o puntos que le parezcan. La especificación de los libros a estudiar es, sin duda, novedosa. No depende apenas del plan salmantino o el de Olavide, sino que fueron los miembros de la junta, asesorados sin duda, los que señalaron autores.

En filosofía tiene una posición intermedia, como los diversos planes peninsulares, empezando por Sevilla y terminando por Valencia. Tres años, el primero con su historia por Heineccio, la lógica por el benedictino Gallo Cartier y la aritmética y álgebra por las *Lecciones elementales* del abad de La Caille; el segundo la física general, del mismo Cartier y la geometría, trigonometría rectilínea y secciones cónicas de La Caille; en el tercero, física particular, metafísica y ética de Cartier. Una base clásica, escolástica, pero con ingredientes modernos.

En jurisprudencia, unos prolegómenos, con las nociones de los derechos y

(88) Plan de Amat, en D. Valcárcel, *Reforma...*, 40.

las leyes, así como derecho natural por Heineccio. En segundo año, historia del derecho civil de los romanos por Jacobo Gotofredo y la instituta por Heineccio. En el tercero, el tratado o sintagma de las antigüedades de Heineccio y los títulos de *Pandectas*, según Gotofredo, su *Tesoro*. En el cuarto, la suma de derecho canónico de Canisio. «En el quinto la historia de nuestro derecho español, notando la fuerza u obligación que impone cada uno de los cuerpos de sus leyes, la diversidad de sus materias, distinguiéndolas entre las que corresponden a derecho público y privado. Una noción de las de las Indias, y unas instituciones criminales regladas por las disposiciones de nuestro derecho» (89). Si la modernidad ilustrada consistía en derecho natural y derecho patrio se encuentra aquí bien acuñada. Incluso hay derecho público, como en Granada, y aparece con cierta autonomía la materia criminal, cosa que no hay en otros planes.

En teología —durante sus cinco años— se utilizarían los libros de Cartier, la *Teología universal*, las instituciones bíblicas de Duhamel y algunas obras de Tournely. En medicina se empieza por la anatomía, por el compendio de Heister, tan usual en nuestros planes, con las tablas de Cowper u otras. En el segundo año, las *Instituciones médicas* de Andrés Piquer, 1762, y el tercero los aforismos de Boerhaave, completados por su discípulo Van Swieten. Todos estos libros se usarán hasta que se completen otros que están previstos para las universidades hispanas. Por último, para matemáticas, se dice que duraría la carrera o explicación del catedrático, dos años. En cuanto a los grados, se subraya que deben pagar mil pesos, para el arca, sin que haya propinas a los examinadores. Se hace mediante actos de defensa de cien tesis de la facultad —en filosofía 50—, con defensa de tres horas, sin innovarse demasiado respecto de los estatutos.

Mayor variación existe en relación a las oposiciones a cátedra. Votarán todos los individuos de la facultad, no unos comisarios o delegados del claustro; defenderán cien tesis que han de repartir entre los profesores, y que comprendan una visión de los puntos generales de la materia y a continuación se argumentará sobre las tesis. O sea, tesis y argumentaciones al viejo estilo, pero buscando, en el nuevo, una visión genérica de la asignatura, al señalar tan alto número de tesis a defender.

Hay otros elementos en el plan que nos indican su modernización indudable, conforme a lo que se estaba introduciendo en la península. Los catedráticos que expliquen primero —dice gráficamente— continuarán el año siguiente con segundo y así sucesivamente, que es uno de los postulados de la reforma. Se logra que el profesor no se estanque en una sola materia, al par que conoce a sus discípulos mejor. Y para cimentar ese sentido ilustrado, siente la especial preocupación por algunas asignaturas: la física experimental se hará con experimentos que conducen a hacer más perceptible la lección, con los instrumentos que se han pasado de los jesuitas y otros que se adquirirían en Europa, a donde

(89) Cita en 38, Plan de Amat, *Reforma...*

habrá que enviar dinero. El catedrático de anatomía pasará a sus alumnos por el hospital de San Andrés, para ver las anatomías, doce en total, que practique, el cirujano mayor del mismo.

Todo lo dispuesto por los Capítulos antecedentes de la elección y votación de los Oficios de Rector, Consiliarios y Catedráticos, deberá entenderse para en adelante; pues el nombramiento de los que hayan de serlo por esta vez, queda reservado a este Superior Gobierno, que sabrá elegir los más a propósito en las circunstancias presentes, cuya probada instrucción y doctrina convenga más al desempeño de estos encargos (90).

La biblioteca es la última preocupación de aquel plan que se había generado como consecuencia de la expulsión de los regulares. Los libros habían sido donados a la universidad, con exclusión de los que se mencionan en la real orden. Se construirá una pieza para albergarlos, y otra para los instrumentos y máquinas físicas, y para la experimentación con ellas. Un bibliotecario mayor, elegido en el claustro entre los doctores, con 800 pesos de salario, cuidará de ambos conjuntos. Le ayudaría un bibliotecario menor, con sueldo de 300. Para evitar cualquier malversación, darán fianza de seis mil y tres mil pesos, no permitiendo que se saquen libros. Cada tres años se haría una visita que comprobará el inventario que ha de hacerse, tanto de los libros como de los instrumentos. Por último, el bibliotecario mayor enseñará la historia literaria a todos los cursantes de las facultades (91).

De momento se reservaba los nombramientos y designaría como rector a Joaquín Bouso Varela, quien estuvo durante siete años. Le sucedió a este seglar, un clérigo, Ignacio Alvarado y Perales. En 1783, Baquijano, en nombre de otros 45 claustrales, intentó sustituir al rector, contra quien se habían hecho gestiones cerca del virrey Jáuregui, para que no continuase los tres años que le quedaban y compensar con siete, los mismos que había sido el anterior. En una sesión tumultuosa se enfrentan ambos bandos, se sale el rector, y preside el vicerrector, marqués de Soto Florido, que pretendió que se saliesen Baquijano y sus partidarios, pero al fin votaron todos. Salió aprobada la moción, y el 5 de agosto se reunieron para elegir el nuevo rector, y hecha la votación salió rector el doctor Villalta por 94 votos, contra Baquijano, que sólo consiguió 91, que junto con otros votos desperdigados hicieron 196. Baquijano impugnó el claustro en claustros anteriores, pero la batalla por la reforma estaba perdida. Todavía en 1784, cuando se hace nueva elección de rector —ninguno de los dos anteriores candidatos participaría— saldría elegido el doctor Tagle y Bracho (92). En 1786, después de graves disputas se pide a la universidad un informe sobre

(90) Cita en 40, Plan de Amat, en D. Valcárcel, *Reforma...*

(91) Sobre la biblioteca, D. Valcárcel, *Reforma...*, 42-43, nombramiento de Montañó como bibliotecario mayor, 44. La historia literaria debe entenderse como bibliografía e historia de las ciencias, al estilo de Juan Andrés, etc.

(92) D. Valcárcel, *Reformas virreinales...*, 59-63; también A. Ten, «Ciencia e ilustración...».

la situación y mejoras que se pueden establecer en sus constituciones, que sería aprobado dos años después. Había intervenido Baquijano en su redacción, junto con los doctores de la Quadra, Moreno Duárez y Rivero. El informe es un repertorio de puntos a reformar, pero ya sin el empuje y sentido que tenía la reforma del virrey Amat. En definitiva, la reforma carolina se iba desfigurando, aunque existían gentes con claro sentido innovador en su claustro, encabezados por Baquijano (93).

La ciencia moderna habíase iniciado tempranamente, con la figura de Pedro de Peralta y Barnuevo, a principios del siglo XVIII. La cátedra de matemáticas logró cierto nivel, que conservaba en los años de inicio del reinado de Carlos III, en la figura del Dr. Cosme Bueno. Pero las constituciones de Amat, al no ser aprobadas en Madrid, lograron poca fortuna, pues fueron suspendidas de inmediato, continuando por las antiguas; no se apresta dinero por la junta de aplicaciones, sino más bien se paraliza el curso, y un auto de aquella de 10 de abril de 1772 ordenaba que,

... sigue el Rector la enseñanza en los términos antiguos, dando por vacas las cátedras que hubiesen cumplido su tiempo y pasando a poner edictos a todas ellas para que se lean y obtengan según y como se leían y obtenían antes de que se hubiese dado método diverso para ellas, reservando sólo en lo absoluto el dar grados sin expresar de que en el caso de ser preciso dar alguno, que él debiese practicar en el modo previsto en los nuevos Estatutos (94).

El virrey Guirior en decreto de 28 de julio de 1778 reconocía que las nuevas constituciones estaban abolidas en todos sus extremos. Habían ganado los inmovilistas, y la vida universitaria sigue viejos cauces con el rector Alvarado. Se creó una nueva comisión para que elaborasen nuevas y más perfectas constituciones, sin que nada se sepa después. Apenas en algunos decretos del virrey se perciben elementos ilustrados, al ordenar que se hagan disecciones anatómicas en el hospital de San Andrés o que la cátedra de vísperas de leyes enseñe el derecho patrio en 1779.

Con la llegada de Jáuregui, nuevo virrey, parece, según vimos, que las cosas se mueven y algo parece cambiar. Se le pide informe al rector Alvarado sobre la universidad, y en 1781 leía su *Elogio* del virrey, Baquijano, lo que puede considerarse el comienzo de las luchas e intentos de reformas. Las solicita, al ver en el monarca reinante una esperanza:

Carlos, a quien una pluma honor del siglo y de la nación caracterizaba de Monarca sabio, previene se depuren en la enseñanza las preocupaciones de los

(93) D. Valcárcel, *Reformas virreinales...*, 63-66. Hemos localizado una copia de este informe en el archivo de Indias, audiencia de Lima, siendo de interés por proporcionar una idea de cómo se aplicaban las constituciones de 1735.

(94) Citado por A. Ten, «Ciencia e ilustración...», a quien seguimos en estos datos. También en su artículo «Tradición y renovación...».

partidos, las extravagancias de las Sectas, y los envejecidos absurdos de la Escuela. Ordena que olvidando el servil respeto que de edad en edad se ha transmitido para esos antiguos Dioses de la Filosofía y la Moral, sólo se atiende el clamor de la razón, y la evidencia... (95).

Sin embargo, como en otros lugares universitarios, la renovación científica se refugió en otros establecimientos. La junta de aplicación, con Amat al frente, había concedido la casa noviciado y las rentas de los colegios de san Martín y san Felipe, a una institución nueva: el convictorio carolino. Se nombra director al canónigo José Lasso y Mogroviejo, con dos vicerrectores, once profesores, seis maestros y cinco pasantes, que se distribuyen entre teología, leyes y cánones y filosofía. En sus aulas se desenvolverá una enseñanza nueva, que debía ser complementaria de la universitaria— los grados sólo aquella podía concederlos—. Ante el fracaso de la reforma Amat, los ilustrados se refugian en el convictorio y logran un nivel científico notable, frente a las luchas y el inmovilismo de la universidad.

El plan de estudios de 1787 revela bien esas realidades. Las matemáticas —estudiadas por Benito Bails— o la física alcanzan niveles propios de la ilustración (96). La descripción de sus materias o libros es copiosísima, con referencia a otros planes de la reforma, circunstancia que lo hace interesante y lleno de novedades. En derecho, empieza por hacer un elogio y establecer el derecho natural, como fundamento de toda legislación, como una crítica y jurisprudencia por encima de las leyes positivas. El consejo de Castilla lo había recomendado en 1780, y se imponía por Heineccio, Joaquín Marín y Mendoza, el catedrático de san Isidro, así como Genuense o Schwart o Burlamaqui —los mejores en el campo católico—. En derecho civil habría que estudiar el municipal y propio de cada nación, juntamente con el romano. Realiza una sabrosa memoria de la historia de nuestro derecho y de sus diversos códigos, recordando la legislación de 1713 en orden a que se impusiese su enseñanza en las universidades. Como manuales para el estudio del romano señalaba Mureto, Gravina, Verney, Cujacio y Domat, entre otros muchos, con una erudición y conocimiento que no están en los restantes planes, así como Heineccio. Propugnaba las concordancias con el derecho patrio —método algo antiguo, de principios del XVIII, pero también las *Instituciones* de Ignacio Jordán de Asso y Miguel de Manuel Rodríguez, junto a otros libros de la época como Vizcaíno Pérez o directamente, los textos de *Partidas*, *Fuero Juzgo*, etc. (97). En fin, un plan completísimo y bien fundado en los finales de reinado...

Los aires renovadores de Lima alcanzaron a la universidad de Santiago de

(95) J. Baquijano y Carrillo, *Elogio del excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui y Aldecoa...*, Lima, 1781, 74.

(96) A. Ten, «El convictorio carolino de Lima...». Le agradecemos habernos comunicado una copia del manuscrito del *Plan de estudios* del convictorio, que se encuentra en la real academia de la historia de Madrid, que nos permite su conocimiento y análisis.

(97) Plan de estudios citado en nota anterior.

Chile. Fundada en 1738, esta institución, antes en manos dominicas, tuvo ayuda de Amat, entonces gobernador de aquella zona; se preocupó de la construcción de edificio —con ayuda del municipio— y nombró sus primeros catedráticos a instancia del rector. Se abrieron sus aulas en 1758. Todavía en el reinado de Carlos III faltaba una parte de las obras y las dificultades económicas eran frecuentes en la reciente universidad (98).

Nos interesa destacar la decadencia en que se hallaba hacia 1774, sin apenas enseñanzas, como tampoco o en el colegio de San Xavier: se denuncia «... la decadencia absoluta en que ha encontrado la universidad de la ciudad de Santiago y el colegio convictorio de san Xavier de la misma capital, sin que concurren oyentes ni cursantes, por cuyo motivo estaban las Aulas sin ejercicio, y el colegio de la misma forma por hallarse este último ruinoso, a más de que los padres de familias experimentaban que sus hijos en lugar de adelantarse perdían aun aquella instrucción de política que les enseñaban en sus propias casas» (99). La guerra contra los indios, había suspendido el pago de salarios, y los catedráticos no acuden a sus clases, decía otra fuente. No tenía constituciones propias, que se estaban formando, precisamente en estos años de reformas. Se nombró una comisión de dos doctores que deberían hacerlas con el modelo de San Marcos. Llegarían a redactarse en 1788 y en estas constituciones, diferentes de Lima, parece existir una influencia del plan del convictorio carolino limeño. Por tanto, hay elementos indudables de nuevas materias y libros, que intentan imponerse en aquella universidad menor...

Hay por tanto en aquellas universidades esfuerzos por ponerse al día, en los abiertos años de Carlos III. Más estudiados —más intensos, sin duda— en san Marcos de Lima, menores en Santiago... Al detectarlos, podemos percibir la lentitud y la resistencia a las reformas. Y lo que es más destacable: las diferencias que en cada lugar se dan en la penetración de las nuevas ideas. Estas pueden estar en los hombres, pero con mayor dificultad se acogen por los claustros, por la institución.

Intentos de renovación en Caracas

Caracas fue una universidad tardía. Sobre el colegio seminario diocesano pidió a fines del xvii poder conceder grados y transformarse en una universidad. El proceso fue lento, sin desembocar en la fundación hasta la real orden de

(98) Hemos utilizado, A. Mora, «Atisbos de ilustración en la real universidad de Santiago de Chile», en *Claustros y estudiantes*, II, 99-120.

(99) Informe de 24 de marzo de 1774, AGI, Chile, leg. 156, 13; citado por A. Mora, «Atisbos de ilustración...».

1721 (100). En 1727 se aprobaron los estatutos, que muestran un establecimiento no demasiado desarrollado. Redactados por orden del obispo Escalona, unen seminario y universidad, dejando al prelado como protector y cabeza de aquel centro (101).

El rector era elegido por el obispo, doctor en teología, leyes y cánones, de conocido y limpio nacimiento. Juraba y hacía jurar las constituciones a todos los componentes de la universidad, incluso al cancelario. Los consiliarios —aunque no eligen al rector— eran cuatro conforme a Trento, del seminario, y otros cuatro, dos doctores y dos de cualquier graduación. Se eligen por los salientes, seis días antes de la Concepción de Nuestra Señora —el dos de diciembre—. Las funciones del rector son las usuales en una universidad, aunque limitadas por ser seminario (102).

El cancelario se omitió en los primeros estatutos pero fue conformándose su figura a partir de 1737, en la persona del maestrescuela de la catedral. Recortaba, tal vez, el poder que tenía el obispo en Caracas, al ser nombrado por la corona. Juraba su cargo ante el rector y claustro y sus dos funciones, tradicionales en todas las universidades, fueron dar grados y ejercitar la jurisdicción eclesiástica. Intervenia también en la toma de cuentas al administrador, por rector, consiliarios y secretario. De sus fallos se apelaba al consejo de Indias (103).

Los claustros eran tres: de consiliarios, que apenas tenía más función que asesorar al rector; el restringido de rector, catedráticos y consiliarios de la universidad —sólo cuatro de los ocho— y el pleno o extraordinario en que acudirían los otros cuatro y los doctores y maestros. O sea, que en aquellas fechas aparece ya limitación para los doctores, con fuerte presencia de los catedráticos en la dirección de la universidad (104).

Los estatutos declaraban que las cátedras, hasta 1727, se habían convocado por el obispo y su provisor, acompañados del rector, consiliarios y catedráticos. Ahora se confería esta facultad al rector, pero el obispo no soltaba sus facultades para proveerlas, aun cuando sea con un mecanismo indirecto. Acabados los

(100) La bibliografía esencial sobre esta universidad es la siguiente: C. Parra, *Documentos del archivo universitario de Caracas, 1725-1820*, Caracas, 1930 y *Filosofía universitaria venezolana: 1788-1821*, 2.ª ed. Caracas, 1934; I. Leal, *Historia de la universidad de Caracas, 1721-1827*, Caracas, 1963, junto con sus colecciones documentales, *El claustro de la universidad de Caracas y su historia*, 2 vols. Caracas 1970-1979, *La universidad de Caracas en los años de Bolívar*, 2 vols., Caracas, 1983 y *Cedulario de la universidad de Caracas, 1721-1820*, Caracas, 1965. La real orden de 22 de diciembre puede verse en este cedulario, núm. 1, 51-54.

(101) Las constituciones, fechadas en 8 de mayo de 1727, *Cedulario...*, Caracas, núm. 2, 54-106. Acerca de la organización, I. Leal *Historia*, 22-37, 38-67.

(102) Títulos 1, 2, 3, también 4 y 5 de las constituciones citadas en nota anterior. Véase I. Leal, *Historia*, 44-49.

(103) I. Leal, *Historia*, 49-54; *Cedulario...*, Caracas, núm. 6, 7 y 9, reales órdenes de 7 de julio de 1737, 6 de noviembre de 1740 y 9 de septiembre de 1742, 112-116, 117-128, 134-138.

(104) I. Leal, *Historia*, 54-59, otros cargos que no examinaremos, 54-59; en las constituciones, título VIII. Los claustros primeros están editados por I. Leal, *El claustro...*, I.

ejercicios, se vota, por el procedimiento de cédulas o habas en dos cántaros, por el rector, los cuatro consiliarios del colegio —nombrados por el obispo, ahora sabemos para qué servía aquella distinción— y el catedrático de prima de la respectiva facultad; el obispo también tenía voto, y se celebraba la reunión en su palacio. Incluso interviene en la asignación de puntos, aun cuando esta facultad debió perderla con la creación de un cancelario, algo después. Por lo demás, las oposiciones no tienen especialidades que señalar... (105).

Esta breve nota es necesaria para poder, a continuación, examinar qué ocurrió en aquella universidad en los años de Carlos III. Procedía de un seminario al que se le había concedido por el monarca la posibilidad de dar grados académicos —bula de creación de 1722—. Por tanto, el dominio del prelado, que en principio era como canciller, era muy grande. En el antiguo régimen las corporaciones se crean con peculiaridades únicas para responder a las situaciones existentes.

En 1737 el rey quiso que la dependencia de su persona y de la corona fuera mayor y estableció un canciller. En carta del obispo tres años antes se le decía, en relación a la cátedra de filosofía que,

haviendo vacado la cátedra de Philosophía del Colegio-Seminario de Santa Rosa de la referida ciudad, erecto en Universidad, cuyo gouerno, como Seminario, le era encargado por el Sto. Conzilio de Trento, y como universidad pendía assimismo de su cuidado, y jurisdición por derecho común por las constituciones de ella, y espezialmente por Cédula mia de veinte y cinco de Junio de mil setecientos treinta y dos, se hauía prozedido a su prouisión (106).

Se habían suscitado disputas por falta de algunas formas y de que eran parientes algunos votantes, si bien el tribunal eclesiástico confirmó y negó, además, la apelación al metropolitano de santo Domingo, planteándose un recurso de fuerza por el gobernador de Venezuela, quien pidió autos para remitirlos a la audiencia de santo Domingo, cuando este recurso debería hacerse ante la de Caracas. El gobernador pedía al rey que determinase ante quién había de apelarse en materias de universidad en el futuro. Y que se crease la dignidad de maestrescuela en dicha universidad de santa Rosa de Caracas. Resuelve el monarca que se cree este cargo, con «cuya providenzia se evitarán en adelante los disturbios que en materia de estudios pueden ofrezerse y aora se han experimentado» (107). No se hizo en sus tiempo por no haber esta dignidad en la iglesia catedral, ahora se nombra y en adelante, con todos los privilegios que por el derecho canónico, partidas y las leyes de Indias le compe-

(105) Título VIII de las constituciones, citadas en nota 101; ver también títulos siguientes. Sobre las cátedras a lo largo de la época, I. Leal, *Historia*, toda la parte final. Sobre la bula *Inscrutabili Divinae Sapientiae*, A. Rodríguez Cruz, *Historia*, II, 40-41, edición 520-524.

(106) *Cedulario...*, Caracas, núm. 6, 112-117, cita en la primera. Estas cédulas o reales órdenes se recogen en I. Leal, *El claustro*, I, 122, 127, con la posesión, 129-130; 162-174; 192-196.

(107) Citá en 114-115, de la disposición de 1737, referida en nota anterior.

ten. Cuando el colegio-seminario se hizo universidad «le faltó la razón de seminario» y debe regirse por las reglas que corresponden a éstas. En este caso, a pesar de llevar tres años en la enseñanza el catedrático nombrado, deberá acudir-se al maestrescuela para que decida, ya que tendrá la misma jurisdicción que en Salamanca, dejando en su fuerza y vigor la jurisdicción del rector —quiere decir la potestad administrativa y disciplinaria— para poner edictos de cátedras, convocar claustros, poner sustitutos, dar aprobados los cursos, etc.

Al no ser directamente aplicables las normas salmantinas en este pastiche que se había compuesto, viendo en la práctica los problemas que se suscitan, la corona determinó dar la real orden de 6 de noviembre de 1740, motivada porque al no estar dotada una cátedra médica y habiéndose ofrecido el doctor Francisco Fontes y el bachiller Jaime Llenes, el maestrescuela lo remitió al claustro, quien pidió hiciese algunos ejercicios ante los profesores. El maestrescuela creyó que se usurpaba su jurisdicción y se pronunció en autos contra rector y claustro —cuando es a éstos a quienes compete cuanto se refiere a las cátedras y sus lecturas conforme los estatutos de Salamanca y los de la universidad—. El maestrescuela decía que según la real cédula de 1737 estaban claras las facultades del rector y si en algo discrepaba debería acudir a su tribunal, para que como juez conservador decidiese. Asimismo hacía ver que se ha interpretado de modo siniestro y limitado la real cédula de creación de la maestroscolía (108).

Y enumeraba las facultades del maestrescuela, de forma sucinta, pero del mayor interés para conocer sus funciones:

— Colación de grados, como está mandado en las constituciones 18 de Salamanca y 17 de Caracas —en donde nada se dice—, lo que concuerda con Partidas (1, 6, 7).

— Obligar y ejecutar los estatutos de la universidad.

— Como juez escolástico, entiende de todos los asuntos de los estudiantes y los individuos de la universidad, aunque no en materia de rentas, pues la tiene el administrador que se describe en el título 33, —aunque no se dice que haya juez de rentas—. El maestrescuela participará de la decisión de cuentas con rector, consiliarios y secretarios. Pero al no haber juez de rentas manda que sea conocimiento del maestrescuela los conflictos que se pudieran suscitar.

— Puede atraer a su fuero otros reos, en una distancia de dos dietas, y otros de que tratan los autores.

— También entenderá de todas las cuestiones referidas a las cátedras, pues aunque en principio compete al rector, ha querido confiárselas por la real cédula de 1737 interpretada en sentido estricto.

El rey le apoyaba esencialmente, limitando la misión del rector a convocar cátedras vacantes, dar puntos de oposición, convocar a los vocales para la

(108) *Cedulario...*, Caracas, núm. 7, 117-128.

designación de las cátedras, llamar a claustro —a los que deberá asistir el maestrescuela—. También le confería al cancelario o maestrescuela cuidar del vestido y trajes, velar que no sean demasiados los sustitutos —si bien, determinar si se puede conceder que se lea por sustituto, es propio del rector y su claustro de consiliarios—. Sin embargo, aunque reforzaba su poder no le dio la razón por entero, pues debió acudir a los claustros, para que fue llamado, y además quedaba para el rector aprobar las lecturas sin emolumentos... Tampoco le permitía adentrarse en las finanzas o gobierno económico del colegio-seminario... Sólo podrá intervenir en cuanto tiene la jurisdicción, con lo que le confería una cierta llave en aquellas cuestiones... Le quitaba toda intervención en las cátedras, salvo caso de que se ventile su aprobación o nulidad; como tampoco el que rector o vicerrectores no puedan ser catedráticos, a pretexto de que incumplirían su misión, pues le toca a él vigilar y atender a que se guarden los estatutos y constituciones. Y en cuanto a que son pocos los estudiantes, ya que cursan en los colegios y conventos y luego incorporan los cursos, le encomienda al rector y claustro que no pasen cursos para evitar esta situación. Y por fin, que la propuesta del maestrescuela para que haya tres cátedras de filosofía —con una sólo empieza el curso cada tres años— duda el rey que haya suficientes rentas para poder pagarlas en el colegio. Esta cuestión se resolvió en parte con la creación de una cátedra de filosofía que daría un dominico, junto a a otra de escritura y algo después otras franciscanas (109).

Se había logrado cierta paz con las reales determinaciones, pero el rector volvió a suplicar a la corona que aclarase algunas dudas, que resolvió el rey de forma generosa. La primera, quién confiere grados o juzga en casos de ausencia o enfermedad dilatada del maestrescuela, en que se resolvió que es el claustro quien debe nombrar a uno para que ejerza —hasta que se resuelva—. La segunda, si el grado de bachiller, sobre que nada se dice, se confiere por el rector, a lo que se asintió. La tercera, a quién se hacen las apelaciones del maestrescuela, en que, vagamente, dijo que en cada caso al tribunal que corresponda. La cuarta, si en materia de cátedras y en los actos de la universidad debe preceder el rector, también se admitió. La quinta, sobre si el maestrescuela debía hacer el juramento que se estila en Salamanca, ante el rector, al inicio del cargo, lo que también pareció adecuado y justo (110). De este modo quedaban perfilados ambos poderes paralelos, si bien aquí se inclinaba en favor del maestrescuela que nombraba el rey...

¿Hubo ilustración carolina en Santa Rosa de Caracas? En el discurrir de los primeros claustros nada indica que haya ninguna alteración en la vida de aquella universidad: elecciones de los consiliarios cada año —son doctores y en

(109) *Cedulario...*, Caracas, núm. 8, real orden de 13 de junio de 1742, 129-134; también la de 23 de abril de 1757, núm. 13, 145-148.

(110) Real orden de 9 de septiembre de 1742, *Cedulario...*, Caracas, núm. 9, 134-141, reproducida por C. M. Ajo, *Historia* 305-308, 308-309, sobre ausencias del rector que serán sustituidas por el vicerrector —no figura en el *Cedulario*—.

parte clérigos— bajo la presidencia del rector; algunas dispensas y licencias, una cuestión de preferencias a que tan abocados e interesados estaban entonces... (111). En 1763 por estar vacante la maestrescuela y, de acuerdo con la cédula de 1742, se nombra al deán de la catedral Francisco de Vega; el rector era desde hacía años Francisco de Ibarra, antes había sido vicerrector, a la vez que catedrático de prima de cánones (112).

No puede considerarse novedad el admitir al Dr. Lorenzo Campins para leer medicina por dos años, a cambio de que se le incorporen los grados de doctor en medicina por Gandía y de maestro en artes por Mallorca. Algunos quisieron que se estableciese a perpetuidad la cátedra con algunas rentas, pero no las había suficientes (113). Tampoco que se intente alguna mejora de las rentas universitarias, que siempre habían sido muy escasas; acuerdan que no se necesita la intervención del maestrescuela para decidir sobre los réditos de cuatro mil pesos que tienen a censo —vuelven a renacer viejas cuestiones—. Se daría una parte a cátedra de método en medicina, que completaría al Dr. Campins, otra a la cátedra de cánones que lee *Decretales*, *Sexto* y *Clementinas*, y una pequeña cantidad a los bedeles. Sin embargo, por presión del maestrescuela se quería que hubiesen tres cátedras de filosofía que empiecen cada curso, y como no se ponen de acuerdo deciden informar a Madrid (114).

Aquella tranquilidad se ha de quebrar por intervención del maestrescuela, que se siente limitado por el claustro en sus funciones. Parece ser una cuestión más de la vida académica, pero, no obstante, levantará una lucha de poderes que facilitaría intervenciones regias. Las cuestiones que se suscitaban eran de precedencia a veces, otras de intervención del maestrescuela en el reparto de aquel dinero o un nombramiento de maestro de ceremonias que se había hecho. Los claustros siguieron nombrando un procurador en Madrid y un nuevo mayordomo o administrador, sin que el maestrescuela asistiese. En la rendición de cuentas sí que estuvo y dijo que no debía estar el rector en ese acto, ya que era tío carnal del mayordomo. Les llevó el asunto a su tribunal y pidió que se informase a Madrid, con testimonio de todo lo actuado. La guerra era abierta y la apelación al consejo de Indias indispensable... El rector estaba ausente también, y era el vicerrector quien presidía (115).

Llegaron las primeras disposiciones del rey, en apoyo del maestrescuela, en materia de cátedras de filosofía o en el reparto de los réditos de los cuatro mil pesos que deberían incrementar los sueldos de todas las cátedras (116). También

(111) Remitimos a I. Leal, *El claustro...*, II, en general.

(112) I. Leal, *El claustro...*, II, 37 y 37 bis, 117-119, 119-120. Una cuestión de precedencias en las fiestas por la proclamación de Carlos III, *Cedulario...*, Caracas, núm. 16, 151-152.

(113) I. Leal, *El claustro...*, II, 120-121, 136-141, 141-145.

(114) I. Leal, *El claustro...*, II, 122-131; *Cedulario...*, Caracas, núms. 17, 18 y 19, 152-157. Una descripción de las luchas en A. Rodríguez Cruz, *Historia*, II, 68-71.

(115) I. Leal, *El claustro*, II, 156-158, 158-161.

(116) Real orden de 7 de marzo de 1764 y otra igual fecha, *Cedulario...*, Caracas, núms. 17 y 18, 152-154, 154-156; I. Leal, *El claustro...*, II, 163-169.

solicitaba que se informase acerca de lo ocurrido, a lo que no atendió el cancelario; por fin, dio una real orden de 21 de octubre de 1765, por la que intentaba establecer la paz (117). En ella reconocía que el maestrescuela tenía jurisdicción para entender de los problemas planteados, como juez, pero no podía entrometerse en la distribución de caudales, que corresponde al rector y claustro de esa universidad; la propuesta del rector y claustro no le parece adecuada y, sin que se mezcle el cancelario a hacer otra distribución, da la mitad al catedrático de medicina y la otra mitad a las cátedras de los dominicos...

En el año 1766 un aluvión de reales cédulas intentaba poner algún orden en aquella universidad, lastrada por las disputas entre el maestrescuela y el rector. En 27 de junio declaraba que todo lo referente a rentas corresponde al rector y claustro, y afeaba al maestrescuela haber dispuesto de una cantidad y no haber dado libramiento, así como intentar impedir la reunión del claustro, o haber intervenido en el grado de doctor en cánones, sobre cómo debería haberse conferido (118). Después, una serie de órdenes de aquel año, intentaban poner orden ante los abusos del maestrescuela. Eran éstos, sumariamente: haber convocado claustro directamente sin intervención del rector, cuando es a él a quien compete; o la nulidad de la elección de consiliarios o admitir a grado de bachiller a quien se lo había negado el rector. Estas normas aclaraban un pago de salarios a maestros de ceremonias o limitaba la jurisdicción del maestrescuela, frente al provisor del obispado, en el caso de un sujeto que no quiso cambiar de lado en la procesión del miércoles santo; una incorporación de bachiller o una disputa de competencias con el gobernador; un nombramiento interino de maestro de ceremonias y de vicescancelario o unos roces con el obispado en relación a cómo debe nombrar el consiliario que participa de la votación de las cátedras, conforme a constituciones. También trataban sobre una cuestión de matrículas y dispensa de año a los estudiantes de leyes, o la visita de las cátedras que era una función rectoral, claramente; intervenciones del maestrescuela en los ejercicios académicos para ordenar que se celebren los días de asueto... (119). Una enumeración larga que muestra, primero la pugna que existe entre los poderes universitarios y segundo, cómo se acude al rey como único remedio para aquellas desarmonías. Todavía hay otras cuestiones que continúan por reales órdenes de 22 de diciembre de aquel año, en que se le da la razón al cancelario de no haber admitido los sufragios por el obispo difunto, por no ser miembro de aquella universidad al no haber incorporado sus grados,

(117) *Cedulario...*, Caracas, núm. 21, 159-162, también otra de idéntica fecha, núm. 22, y la de 19 de mayo de 1765, núm. 19, 163-164, 156-157; véase *El claustro...*, II, 169-174, 174-176, con las cédulas 180-185, 185-186, incluso despedida de bedel por casarse con mulata.

(118) *Cedulario...*, Caracas, núms. 23 y 24, 165-167, 168-170, 171-172; I. Leal, *El claustro...*, II, 192-200.

(119) *Cedulario...*, Caracas, núms. 25 a 36, 172-173, 173-174, 175-176, 176-177, 178-179, 179-180, 180-181, 182, 183-184, 184-185, 186-187. Véase también su discusión y copia en los claustros, I. Leal, *El claustro...*, II, 21-250.

pero, por igual razón, le priva de las propinas que exigía como doctor o la concesión de unas borlas gratis a unos religiosos que explican filosofía (120).

La pugna no cesa con el cancelario José Lorenzo de Borges, sigue en los años posteriores, por no admitir un grado o no querer que se den de pobre a religiosos, según era costumbre; problemas de nombramiento del vicescancelario; autos contra la reelcción del administrador de rentas... (121). Todavía se plantean algunas cuestiones menores sobre aquella universidad, así como la de 13 de marzo de 1768 contra las doctrinas del regicidio y tiranicidio, y la recomendación de la obra del valenciano Más de Casavalls (122). El final de la lucha aparece muy enconada, entre el rector Ibarra y el cancelario Borges, acerca de la compatibilidad del primero para ser rector y catedrático; el rey admitiría que pudiese serlo, así como el vicerrector Vargas, que también era catedrático (123). Luego, terminarían las disputas, por muerte del cancelario. Hay que preguntarse si se trata de problemas puramente personales, o por el contrario, responden a desajustes de la universidad. Creemos que ambos elementos juegan, pues no faltan en aquellas dificultades, elementos de lucha entre hombres concretos, que el rey resuelve una y otra vez...

¿La ilustración se desgranaba en meras pendencias? ¿Interesaban más los pequeños problemas entre los poderes universitarios? Sin duda no cabía esperar que surgiese un renacimiento entre las cenizas de luchas clericales que pugnan por mantener sus situaciones o sus poderes. Sólo de la intervención del poder podían romperse aquellas realidades e intentar una nueva posibilidad universitaria. La ilustración no viene del poder, pero, en aquellos momentos éste se alineaba con los sectores más avanzados que podían abrir las aulas a vientos más renovadores. ¿A qué esperaba el monarca para esta intervención? A finales de los años setenta del XVIII parece que se va cambiar aquella universidad-seminario, por una serie de iniciativas públicas...

Al margen de aquellas luchas, que continúan, sólo alguna real cédula para que no se enseñen las doctrinas del regicidio y tiranicidio, nos recuerda las reformas e ideas que estaba haciendo el consejo de Castilla en la península. El fin de aquella situación se produciría por la muerte del cancelario y nombramiento para sustituirle del rector Francisco de Ibarra, con lo que se pudo reanudar la vida usual de la universidad (124).

En 1776 el claustro pediría al monarca que cambiase las constituciones, para evitar «los gravísimos inconvenientes que se advertían en su observancia

(120) *Cedulario...*, Caracas, núms. 37 y 38, 187-188, 189-191.

(121) Reales órdenes de 5 de febrero, 9 de octubre, 7 y 16 de diciembre, *Cedulario...*, Caracas, núms. 39 a 41, 191-193, 193-194, 195-197, 197-198, hay otra contraria al rector por no haber intervenido el maestrescuela, de 10 de noviembre de 1767, en C. Parra, *Documentos...*, 194-196.

(122) Real cédula citada, en *Cedulario...*, Caracas, núm. 44, 200-203, *El claustro...*, II, 252-256.

(123) Reales órdenes de 5 de diciembre de 1769, *Cedulario...*, Caracas, núms. 50 y 51, 212-213, 214-217. Prescindimos de otras menores sobre asuntos de menor entidad.

(124) Citada en nota 122, en los claustros puede verse el cambio y nombramiento de cancelario en Francisco de Ibarra, I. Leal, *El claustro...*, II, 288-292.

con el fin de impetar mi Real Facultad para alterar, quitar, aclarar, ampliar y formar, si fuere necesario, nuevas Constituciones para su arreglo respecto de que se habían visto en la precisión de dispensar en algunos de sus Estatutos, y que no pudiéndose allanar por las que tienen las dificultades que cada día ocurran por lo respectivo a grados, incorporaciones, aumento de cátedras, sustituciones por doctores jubilados, ni en cuanto a las licencias de cátedras, exámenes de grados y plan de estudio, bien que por posteriores disposiciones estaban decididos varios puntos importantes, no contenidos en los estatutos, y tal vez contrarios a ellos, resultaba no poca confusión al mismo claustro y jueces, siendo necesario registrarse con gran frecuencia para su decisión el archivo, a que se agregaba que por haberse creado la dignidad de maestrescuela diez años después de formadas las Constituciones, ejercía el rector funciones que eran privativas de aquella dignidad, de la cual ni aun se hace mención en ellas, de que dimanaban dudas obvias y perplejidad a sus individuos en sus determinaciones en muchos casos» (125).

Pero hay un cambio significativo en los planes reales, a partir de este momento; por real orden de 7 de marzo de 1778 intervendrá a través de otros organismos, fundamentalmente el gobernador de Caracas y la audiencia, bajo pretexto de que van a cambiar los estatutos. Por lo pronto, junto con el obispo, el gobernador debía nombrar una junta que se había de «componer de vuestra persona, de la del referido prelado, del rector de la universidad, del maestrescuela de esa catedral, de un catedrático y un doctor más antiguo de cada facultad, de dos diputados del cabildo de esa santa iglesia, de otros dos del secular, y que en ella se examinen, repitiendo cuantas sesiones sean necesarias y tomándose el tiempo preciso, los estatutos que se hallan formados para gobierno de la universidad y que dejándose los que parezcan oportunos, se trate de los que se deben añadir, reformar, ampliar y suplir por estar confusos o no ser del caso en el día y asimismo del régimen o plan de estudios que se considere más adecuado para los adelantamientos de los estudiantes examinándolo todo y deliberando con madurez, y arreglando este asunto con la forma debida, me daréis cuenta sin ponerlo en ejecución hasta que yo determine lo conveniente» (126).

Ya en 1777 le había pedido informes sobre la creación de una cátedra de latinidad al gobernador. El rector y claustro señalaban la conveniencia de hacerlo, pues en la clase de menores había excesivo número de alumnos —unos 120— y por tanto no aprovechaban a pesar del buen desempeño del catedrático Francisco Méndez y por tanto era conveniente crear una clase de mínimos. Se concedería, por tres años, al bachiller Juan Pablo Marrero que estaba dispuesto a enseñar sin remuneración alguna, a cambio de que se le diese de balde la borla de maestro. Esperaba con el tiempo poder pagarle alguna cantidad, pero

(125) Real orden de 7 de marzo de 1778, *Cedulario...*, Caracas, 233-235, cita en las dos primeras.
(126) La misma orden, *Cedulario...*, Caracas, 234-235.

no se le había dado cuentas por el administrador o mayordomo (127). Ahora se confirmaba, previo el informe del gobernador, como vicepatrono del estudio, aquella cátedra...

También, a través del gobernador, enviaba una real orden, de 17 de septiembre de 1779, en que se hacía ver que según las viejas constituciones, habían de entregar fianza de 2.000 pesos, los que se quisieren graduar de doctores en teología, no siendo ordenados *in sacris*, según la constitución 8 del título 18. No tenían dinero suficiente, por lo que pedían se dispensase de esta constitución, como admitió el rey (128). O también le daba indicaciones para aquellos futuros estatutos, en punto a que cuando se jubilase el catedrático de prima de una facultad, le sustituyese el de vísperas, con el mismo sueldo que tenía, hasta que fallezca, en cuyo momento pasaría a ser de prima con el sueldo completo; la real orden de 22 de septiembre de 1779 indicaba como regla que, para evitar alterados y disputas, accedan de ese modo los demás catedráticos (129). O también pedía informes al gobernador sobre los derechos que pretendía tener el catedrático de escritura, un dominico (130), o para la fundación de una cátedra de filosofía en Cumaná (131). La intervención del rey, a través de una futura reforma de los estatutos se había hecho firme, decidida...

Sin embargo, no cesaron las contiendas —las reformas siempre desajustan situaciones—. En aquel momento se desencadenaba otra lucha, en que tendría que terciar el monarca; en ella habían participado el arzobispo de Santo Domingo, el obispo de Caracas y su provisor y el maestrescuela, rector y claustro de la universidad. La real cédula de 4 de octubre de 1784 ponía final a aquellos problemas. Un escrito del anterior provisor del obispado, Luis de Unzaga y Amezaga, dirigido al secretario real, lo reputaba el rey intolerable y se había hecho digno de castigo, conminándosele a que si hacía otro igual sería eliminado de las consultas de la real cámara y otras penas, de que no se usó por su real benignidad. Se discutía la jurisdicción del maestrescuela, quien había arrestado al rector del colegio conciliar y sus colegiales. El obispo, en su tribunal, liberó a los colegiales, revocó las providencias del cancelario, recusó al secretario de la universidad, excluyó a rector y maestrescuela y habilitó al vicerrector para convocar claustros, así como un notario eclesiástico para que actuase; el rey declaró estos autos del obispo como nulos e intempestivos y contrarios a la jurisdicción del maestrescuela, contra todo derecho y reales cédulas... Le rogaba que en obsequio de la verdadera paz y tranquilidad, se abstuviese de mezclarse, bajo ningún pretexto en asuntos de la universidad y dejase al cancelario sus facultades, sin turbarle en su jurisdicción. En consecuencia son nulos e irritos los claustros de 23 y 28 de noviembre de 1780, convocados por el obispo, con

(127) *Cedulario...*, Caracas, núms. 56 y 61, 224-226, 235-236.

(128) Real orden de 17 de septiembre de 1779, *Cedulario...*, Caracas, 238-239.

(129) *Cedulario...*, Caracas, núms. 64, 65, 69, 74, 75, en 240-241, 241-243, 259-260, 270-271, 272-276.

(130) Real orden de 7 de mayo de 1781, *Cedulario...*, Caracas, núm. 66, 243-244.

(131) Real orden de 27 de septiembre de 1782, *Cedulario...*, Caracas, núm. 67, 244-249.

los graduados y doctores y se deben borrar de los libros, leyéndose en público por el secretario la cédula de erección del maestrescuela y los estatutos de Salamanca, que hacen referencia a su autoridad; se reprende a quienes asistieron y al vicerrector, y no se les multa, pero se les suspende de voz activa y pasiva en los claustros por seis y doce meses respectivamente. Que en cuanto a los insultos que se cruzaron, no vienen probados los que profirió el maestrescuela al obispo, mientras los contrarios son injuriosos y graves; anulaba las censuras que se hicieron contra el cancelario y que se le satisfacía con 2.000 pesos del prelado, y si no los paga que los haga efectivos el gobernador. Anula la remisión y actuaciones del arzobispo de Santo Domingo, pues debían haber apelado al consejo de Indias. El nuevo provisor, Gabriel José Lindo, es asimismo reprendido porque fue quien asesoró al obispo, y se le conmina a cumplir las leyes como buen vasallo. Las quejas del rector contra el cancelario, por haberle anulado el que le acompañen en grado mayor cuatro doctores con insignias y por haber intervenido en materia de cátedras a través de su tribunal se desestiman; está claro en las constituciones que no tiene ese derecho, propio solo del cancelario, y que éste puede intervenir en recursos, según las constituciones de aquella universidad y las salmantinas. Insistía en que el cancelario cumpla las constituciones y le dejaba a su arbitrio las multas contra determinado clérigo que se había negado a declarar sobre el obispo... (132).

Gran interés posee en esta orden la separación que hace el rey del cargo de rector del seminario y de la universidad, elegido por dos años en eclesiástico o seglar, alternadamente, formando nuevas constituciones. El monarca introducirá, por tanto, una situación nueva, para evitar la intervención del obispo en su universidad. Algo semejante a lo que ocurrió en Alcalá de Henares, pues de este modo se deslinda la universidad de otras instituciones sometidas al poder del diocesano...

Todavía habrá otra cuestión sobre en una cátedra de filosofía, entre el obispo y el maestrescuela. El rey se pronuncia por la real orden de 20 de junio de 1786, también en el sentido de una intervención concreta, pero que tendía a fortalecer su poder. Son las cátedras especiales de los dominicos, que proveía el obispo con el maestrescuela; ahora lo había hecho el provisor, Lindo, como delegado del obispo, si bien esto no era posible por ser facultad personal del prelado. Aunque se hubiera hecho la delegación, en ningún caso podía preferirse al maestrescuela, por lo que éste se negó a admitir la votación. El rey la anula y pide se haga de nuevo, con el obispo o si es sustituido, sin preceder el provisor, lo que había determinado que no estuviese el maestrescuela (133).

Mayor resalte posee la real orden de 5 de septiembre de 1786, por la que el monarca concedía bienes de jesuitas, aunque estaban afectos a otras finalidades,

(132) *Cedulario...*, Caracas, núm. 68, 249-258, véase también la 70, 260-261. También I. Leal, *La universidad...* I, 196-207, 224-227.

(133) Real orden de 20 de junio de 1786, *Cedulario...*, Caracas, núm. 71, 262-264.

y eran escasos (134). Por el vecindario y porque se ha de fundar audiencia, interesa dotar mejor la universidad, pero al mismo tiempo supone —con toda claridad— un plan de reforma. Se unían las escuelas de primeras letras y latinidad a la universidad, con una dotación de 600 pesos, o bien se instalarán en la casa de los expulsos. Por lo demás se establecían los salarios siguientes, con aumentos o nuevas creaciones:

<i>Nombre de la cátedra</i>	<i>Antes</i>	<i>Ahora</i>
Filosofía (dominicos)	175	300
Medicina	100	300
Música: No será cátedra	No se altera	Fondos del colegio
Leyes Derecho civil antiguo	150	400
Leyes Derecho real	No había	400
Cánones	150	400
Teología moral	125	300
Escritura (dominicos)	Como estaba	
Vísperas de teología	150	400
Prima de teología		Los que tiene

La reforma está en marcha con la subida de salarios y las advertencias que se hacen en este miniplan de estudios. Es notable la creación de una cátedra de derecho patrio, regida por seculares, que expliquen la legislación municipal de España e Indias. En cánones se hace hincapié en que se explique las decretales, con matiz regalista, en lo que pertenece «en sus títulos a las iglesias de España e Indias por sus privilegios provinciales»; en vísperas de teología se indicaba que explique precisamente la dogmática. Se procurará lograr mayores rentas, en los grados, aunque se admite que se den con indulto o en las vacantes, empleándose en censos. Y al final decía, para que se redactasen nuevas normas.

La universidad se congregará en Claustro para elegir una Junta de los Catedráticos, Doctores o Maestros que fueren más a propósito por su literatura, prudencia y juicio, que por comisión o en su nombre arregle los Estatutos, el indulto de los grados, distribución de horas para la lectura de cátedras, tiempo por que se han de servir, votación con que deben conferirse y la elección del rector y subalternos, teniendo para todo presente las leyes del citado título veinte y dos, libro primero, y las antiguas Constituciones con que se halla erigido desde su fundación; dando cuenta de lo que hiciere a la Junta de Temporalidades o a la Real Audiencia si estuviera ya establecida, para que de acuerdo con el Reverendo Obispo lo modere o extienda, como fuere más con-

(134) Real orden de 5 de septiembre de 1786, *Cedulario...*, Caracas, núm. 72, 265-268. Véase I. Leal, *La universidad...* I, 215-218, 262-264, 266-268, 308-309.

veniente y lo remita a Su Majestad por esta vía para su soberana aprobación con informe individual de la erección, fondos y totalidad de rentas.

No obstante, se suspendió esta reforma, poco más tarde, a fines del reinado, sin dar una razón de aquel corte o final. Por orden de 13 de mayo de 1788, sin duda por otros apremios existentes, se quitaba aquella concesión que apenas si llegó a tener lugar (135). En 24 de agosto, otro eco de la reforma llegaba a Caracas, por una real orden en que aplicaba una parte mínima de la real cédula peninsular de grados, de 24 de enero de 1770,

Enterado el rey de no haber circulado a sus Dominios de Indias la Real Cédula expedida en 24 de enero de 1770, a consulta del Supremo Consejo de Castilla, prescribiendo las reglas que debían observar las Universidades de España en la dación e incorporación de los grados, y habiendo entendido que algunas de América rehusan conferirlos gratis a los estudiantes pobres, frustrándoles el premio a que es acreedora su aplicación y generosa constancia, se ha dignado resolver por punto general que todas las Universidades de América e Islas Filipinas observen inviolablemente el capítulo XIV de la citada Real Cédula (136).

Era la regla, que procedía de la recopilación (1, 7, 6), de dar un grado de pobre por cada diez. Muy poco había hecho la política carolina en torno a una renovación de las letras en la universidad de Santiago de León en Caracas...

En los años del sucesor Carlos IV tampoco hay reformas notables. En algún momento les pide —a tan empobrecida universidad— que colaboren en la edición de obras de botánica de Mutis (137). Hace alguna aclaración en materia de separación de rectores —que ya hemos visto— o reduce los claustros plenos —por la dificultad que había en reunir a los doctores— a sólo el maestrescuela, rector, consiliarios y catedráticos jubilados, lectores de las ciencias mayores —o sea en ejercicio—, dos graduados más antiguos de éstas y representantes de las religiones. Es la reducción de los claustros que habíamos visto en otras universidades: empiezan a desaparecer los doctores. También se minoran las ceremonias de los grados, o en fecha tan tardía, como 1801, se establecían los censores regios para América (138).

En resumen, la universidad de Santa Rosa de Lima fue, en verdad, muy conflictiva. ¿Más que otras en el mismo período? Entendemos que sí por su especial configuración que determinaba dos puntos de fricciones:

1. Una universidad adosada a un colegio seminario —el rector lo era de ambos hasta una fecha tardía— que dependía, en buena parte, del obispo de

(135) *Cedulario...*, Caracas, núm. 76, 276-277.

(136) *Cedulario...*, Caracas, núm. 78, 278-279.

(137) Recordaba la real orden el patrocinio que Carlos III había dado a las artes y ciencias útiles, *Cedulario...*, Caracas, núm. 84, 293-296, es de 17 de diciembre de 1791.

(138) *Cedulario...*, Caracas, núms. 91, 92, 97 y 101, 310-312, 312-314, 320-322, 326-329.

Caracas. Esa era una fuente de dificultades, como hemos podido percibir más de una vez.

2. La omisión de la figura del maestrescuela o cancelario en las constituciones —su posterior adición en 1737 y 1740— hace que no estén bien delimitadas las funciones. De otra parte proceden de impulsos de poder muy diferentes, el obispo *versus* el real cancelario, que chocan, y muchas veces sin una clara delimitación legal de sus respectivas funciones. Se ha hecho por unas reales cédulas y por trasplante del modelo salmantino, que no obstante se establecía en unas condiciones muy diferentes; incluso desde la misma norma no es comparable el canciller o maestrescuela salmantino con el de Caracas.

Entonces, los conflictos son más tensos, más profundos, en una universidad que vive sus primeros pasos en el XVIII y a continuación se va a ver alcanzada, aunque sea de forma mínima, por las reformas. La corona actúa de árbitro, unas veces apoya a unos, otra a otros; está frente al poder del obispo, en cuanto desconoce el poder del maestrescuela, que procede del rey. Por detrás de esas luchas y conflictos hay un juego de poder, para estabilizarse en un sentido, hay unas concretas vivencias de personas que quieren afirmarse en sus cargos...

La corona pensó que una reforma de las constituciones era la vía para remediar esa situación e inocular nuevos planteamientos. No tiene prisa, no buscaba encararse con todas las universidades a un tiempo. El consejo de Indias no es, por lo demás, tan eficaz y decidido como el de Castilla, en donde ya hemos visto la fuerte impronta de un Campomanes. Para reformar las constituciones forma una junta, pero ésta no parece redactarlas; no ceja en su esfuerzo, pero los resultados desbordan el período cronológico de Carlos III. En 1802 da informe a la audiencia sobre el establecimiento de una cátedra de derecho práctico que enseñe el derecho nacional —a petición del rector y claustro, recordando el precedente de 1784 y aportando fondos para su dotación (139). En 1815 ordenaba visitas a todas las universidades y colegios de América para que reformen estatutos y constituciones para mayor adelantamiento (140). Y en 1817, ya en vísperas de la independencia llegaba la reforma, limitada de las constituciones. Se recogía en ellas la estructura establecida en 1784, con un rector independiente y nombrado por el claustro pleno de doctores, siendo incompatible con el del colegio. Todavía estaba pendiente la erección de tres nuevas cátedras: la de derecho práctico y español, que todavía no se ha resuelto, la de matemáticas que hay disputas entre los dos cuerpos de que se dio cuenta a S. M. en 1802; y la de lugares teológicos e historia eclesiástica, que se explica, pero está pendiente de ser fundada (141). No se varía la forma de

(139) Real orden de 3 de febrero de 1802, *Cedulario...*, Caracas, núm. 102, 329-332.

(140) *Cedulario...*, Caracas, núm. 119, 357-358, de 4 de mayo de 1815. I. Leal, *La universidad...* I, 270-272, 333-334, II, 95-97, 105-107, 192-194.

(141) *Cedulario...*, Caracas, núm. 124, 17 de diciembre de 1817, 370-407: sobre rentas nuevas puede verse 123, 369-370.

votación —a diferencia de lo que se había hecho en otras muchas universidades—. Se daban prescripciones que reflejaban modernidad en las materias de las cátedras... (142). Pero era ya una época nueva, embebida en el liberalismo y la inmediata independencia.

Por debajo de las normas latían, sin embargo, las luces de la ilustración. Tal vez menores, en aquel rincón de las Indias, pero se perciben en medicina y en algunas propuestas del claustro. Una cosa son las reformas y otra el nivel científico de cada momento, que se desenvuelve por debajo de las leyes.

En filosofía, las actitudes escolasticistas empezaron a declinar hacia los últimos años del reinado. Newton o Kepler, Copérnico o Lavoisier aparecen en las enseñanzas. Fue el profesor Baltasar de los Reyes Marrero —logró su cátedra en 1788— quien introdujo las nuevas matemáticas y la física; en 1789 se producen incidentes con el hijo de otro profesor, Montenegro, y las disputas en la universidad giran en torno a antiguos y modernos, si bien es verdad que el pleito terminaría sin serle favorable la sentencia del consejo de 1791. En cánones y leyes, ya lo vimos, se pugna por la fundación de una cátedra de derecho real, entonces gran novedad de los planes carolinos; un profesor, Juan Pablo Montilla, la desempeña gratuitamente desde 1774 a 1778. En 1786, con la creación de la audiencia de Venezuela y el colegio de abogados, de nuevo salta el interés por estos estudios y se crea una academia de derecho público español, pero no funcionaría hasta 1790; años más tarde se quiso crear una cátedra de derecho real, en lugar de la academia. En medicina, a pesar de que apenas se revela en las leyes, se muestra también la renovación. Tras una enseñanza rutinaria por Campins, el primero de los catedráticos, el segundo, Felipe Tamariz introduce a Cullen, en 1786, al mismo tiempo que se establece en Valencia. Hay esfuerzos de su parte por crear anatomía, cirugía, química... Mientras, las matemáticas y la física experimental, ya aludimos a Marrero, se intentan establecer en 1786 sin éxito. La mayor parte de los esfuerzos granarían en una época posterior (143).

IV. LAS UNIVERSIDADES JESUITAS

Unos datos sobre Gandía

Poco sabemos de esta universidad, ya que la mayoría de las fuentes se han perdido y las que quedan están muy dispersas. Su creación se debe al duque

(142) Véase el título 9.º, 377-383. Sobre las constituciones de 1817 presentó comunicación M. Peset, a las III jornadas sobre presencia universitaria de España en América, organizados por el profesor Lucena Salmoral en Alcalá de Henares, 1989.

(143) I. Leal, *Historia*, 142-159, 190-211, 220-256, 264-283. Véase también su artículo «La recepción tardía de la ciencia en la universidad de Caracas y la labor del doctor José María Vargas (1786-1854)», *Claustros y estudiantes*, II, 363-378.

Francisco de Borja quien, preocupado por la situación religiosa de su ducado, formado en su mayor parte por cristianos nuevos, se propuso crear una escuela de catecismo para su educación (144). Animado por esta idea escribió a Ignacio de Loyola, fundador y entonces general de la compañía, a la que había quedado muy aficionado siendo virrey de Cataluña, para proponerle el establecimiento de este colegio (145). Ignacio aceptó su oferta el 14 de marzo de 1545, ampliándole además el objeto de la misma: convendría que diese cabida a toda clase de aspirantes y no sólo a los moriscos nuevos (146).

Siempre dentro del deseo de engrandecer espiritual y culturalmente su señorío, el duque, sin cuya decisión jamás podría haberse llevado a término tal obra, deseó que en el colegio se instituyese una universidad (147). Aprovechando el favor que tenía de Paulo III, cuya licencia y autoridad era necesaria para semejante institución, y su amistad con Carlos V, del que era privado y criado (148), obtendría con facilidad de estos dos príncipes la licencia, autoridad, gracias y privilegios que deseaba para su universidad (149).

El 4 de noviembre de 1547, Paulo III expide una bula en la cual erige y constituye en Gandía, universidad de estudio general, donde se leerá lógica, dialéctica, filosofía, teología, escolástica y positiva, y las demás facultades y lenguas que juzgara convenientes el rector que, el prepósito de la compañía eligiese. Los graduados por esta universidad gozarían de los privilegios, indultos, gracias y favores de que gozaban los doctores, maestros, licenciados, bachilleres y estudiantes de las universidades de París, Valencia y Salamanca e incluso Alcalá de Henares; pudiendo alcanzar dignidades, oficios y beneficios eclesiásticos, de la manera en que los obtenían los graduados en otras universidades. Por su parte, el emperador Carlos V confirmó esta bula, en 1550, dándole así su aprobación legal.

Los primeros años no fueron de gran actividad debido a la escasez de alumnos —«no ha sido esta universidad como se esperaba» (150)—, por lo que sus lecciones se acomodaron al número y calidad de estudiantes.

(144) S. Brodick, *Origen y evolución de los jesuitas*, 2 vols. Madrid, 1953, I vol., 186.

(145) «Fundación y progreso del colegio de Gandía» Libro 1.055, sección clero, fol. 9. Archivo del reino de Valencia.

(146) «Epistolae Mixtae» *Monumenta historica Societatis Jesu*, tomo I, pág. 392. Acerca de esta universidad, realiza un exhaustivo estudio, pronto a aparecer, P. García Trobat, a quien agradecemos sus datos para la redacción de estas páginas.

(147) A. Borrás i Feliú: «La fundació del col·legi i de la universitat de Gandia, de la Companyia de Jesús» *Primer Congreso de Historia del país valenciano*, 4 vols., Valencia, 1976, vol. III, 153-164.

(148) M. Batllori, «Carlos V y la Compañía de Jesús», *Estudios Carolinos*, Barcelona, 1959, 139-140.

(149) Publicadas, tanto bula de fundación como privilegio real en G. Escolano y J. B. Perales: *Historia del reino de Valencia*, 3 vols. Valencia, 1878, vol. III, 643-644; la bula y las constituciones han sido editadas por P. García Trobat, Gandía, 1989.

(150) G. Alvarez: *Historia de la provincia de Aragón*, inédito y manuscrito (escrito antes de 1627, año en que muere su autor), cap. 38. Se conserva en el Archivum Romanum Societatis Iesu.

... en el año 53 quitó de hecho los lectores de gramática, quedando los de artes y teología. Y dos o tres años después ordenó que se pussiesen otra vez dos classes de gramática y una de casos de consciencia y se quitassen las demás. En el año 1566 ordenó que se quitassen otra vez las de gramática por ver el poco fruto que se haría con ellas... (151).

Sin embargo, pasados estos primeros años difíciles, pronto sus aulas se vieron engrosadas con estudiantes venidos de todo el reino de Valencia, e incluso de otras partes de la península, ya que aquí los grados resultaban fáciles y baratos. Por este motivo tuvo grandes problemas con la universidad de Valencia que reprobaba con indignación las «tropas de médicos y letrados», que se graduaban en Gandía «con menoscabo de esta universidad de Valencia y de la salud y quietud públicas» (152).

También la universidad de Cervera temió que sus aulas se vaciasen por culpa de Gandía y consiguió que en 1722 Felipe V resolviera declarar en una real cédula, que a pesar de la gracia concedida a Gandía, para que sus graduados pudiesen ser admitidos e incorporados en la universidad de Cervera, no debía entenderse ni practicarse con los catalanes «que hubieren ido o fuesen a graduarse en ella, para los cuales he mandado fundar y destinar dicha universidad» (153).

Desde los primeros momentos contó este colegio-universidad con unas constituciones que regulaban, sobre todo, la vida académica; los aspectos económicos quedaban fuera porque la llevaban los propios religiosos con el resto del patrimonio que la comunidad gozaba en Gandía. Mientras no aparezcan nuevos documentos, las primeras constituciones que se encuentran completas son las elaboradas en 1569 por el padre Jerónimo Roca, entonces rector de la misma, juntamente con los padres Gaspar Barzi, lector de teología, Juan Aguirre y Andrés Manjón, lectores de gramática y Diego Cañizares, graduado en esta universidad (154).

Las constituciones son actualizadas a lo largo de la historia de la universidad por algunos de los rectores que se van sucediendo, modificando algún punto y añadiendo otros. Así, Escolano y Perales, recogen otras mucho más tardías, hacia 1757, que distan mucho de aquellas primeras constituciones. Con todo, siempre las formaron únicamente los regulares, sin publicación ni otra solemnidad «por lo que con razón puede decirse que jamás ha tenido constituciones

(151) Archivo municipal de Valencia libro g-1.

(152) *Bulas, constituciones y documentos de la universidad de Valencia (1725-1733)*, edición de M. Peset, M.^a F. Mancebo, J. L. Peset, Valencia, 1977, 194.

(153) C. M.^a Ajo, *Historia...*, IV, 226-227. Esta cuestión, se trató con más amplitud en torno a la fundación de Cervera en páginas anteriores.

(154) Estas constituciones manuscritas, se encuentran en Archivum Romanum Societatis Iesu, 1441/7, núm. 17, y han sido editadas por Pilar García Trobat.

aquella universidad, ni otro régimen en todas sus cosas que el que quisieron dichos religiosos» (155).

También intervienen en el gobierno y dirección de esta universidad, los procuradores generales, quienes, para asegurar el buen régimen de aquella ordenan en sus visitas —que suelen realizar cada tres años— disposiciones que atañen a la vida académica: horarios, calendarios, normas acerca de cuál debe ser la conducta de los lectores de las distintas facultades, cuidado que deben tener los hermanos estudiantes... (156). Además la incidencia de la *Ratio Studiorum* en el método de estudios seguido en Gandía es clara. En el capítulo 21 de las constituciones formadas en el año 1764, tratando de las cátedras de retórica y latinidad, se dice que, aunque haya tres de estas cátedras, dos de gramática y una de retórica, siendo los jesuitas los que las regentan, no se les ordena por estas constituciones cosa alguna, porque ya está todo previsto en la *Ratio Studiorum* de la Compañía (157).

Intentos de reforma y extinción

Con motivo de la expulsión de los jesuitas, en abril de 1767, las actividades de la universidad quedan suspendidas hasta recibir nuevas órdenes. Se enseñaban entonces las facultades de filosofía, medicina, leyes, cánones y teología, por veintitrés catedráticos, de los que ocho eran jesuitas —se ocupaban de gramática, retórica, filosofía y teología— y los demás canónigos, eclesiásticos, seglares y un religioso bernardo. El alcalde mayor, encargado del destino de las temporalidades de los regulares, expulsados de la ciudad de Gandía, escribe al conde de Aranda para exponerle el grave perjuicio que suponía, tanto para los catedráticos como para los estudiantes, la paralización de la universidad, apremiándole para que acordara lo más conveniente y nombrase en su caso, un nuevo rector o canciller.

La respuesta del conde de Aranda no se hace esperar:

Los catedráticos que han quedado en esta universidad deben continuar en el ejercicio de leer sus cátedras y suplir así para las de gramática como de primeras letras de sujetos hábiles que se hallen en esa ciudad o sus cercanías, por no perjudicar al público y el graduado o catedrático más antiguo suplirá las veces de chancellor o lo hará aquél en quien deba recabar por disposiciones de las bulas y decisiones reales (158).

Una vez despojados los jesuitas del gobierno de esta universidad y cubiertas ya sus vacantes, el claustro elabora un nuevo plan de estudios en 1767, que

(155) Archivo histórico nacional, sección consejos Legajo, 6861, núm. 11.

(156) Archivo del reino de Valencia. *Libro de visitas*, libro 3139.

(157) Archivo histórico nacional, sección consejos, legajo 6861, núm. 11.

(158) Archivo del reino de Valencia, leg. 94, sec. clero.

subsane los errores cometidos por los religiosos y elimine todo tipo de enseñanza que llevase su sello.

El plan era respuesta a la carta orden de 19 de septiembre de 1767, que instaba a las universidades a modificar sus métodos de estudios. En el principio cantaba las excelencias de la universidad y pedían los bienes que habían dejado los regulares para continuar la enseñanza; contaban con el apoyo de la duquesa de Gandía, que completaría las dotaciones si se dejaba en funcionamiento aquel establecimiento —temían ya por su supresión—. Solicitaba la aplicación de las rentas del antiguo colegio y la universidad. Se quería crear una universidad seminario, bajo el patronato del arzobispo de Valencia, para nombrar catedráticos y dar normas. El rector sería al mismo tiempo, del seminario y universidad, así como los profesores, cinco de teología, tres para gramática latina y griego y otros tres de filosofía —los otros, de derechos y medicina sólo serían de la universidad— (159).

Las propuestas de estudios eran sin duda avanzadas. La gramática latina se emparejaba con la castellana —era la idea de Mayáns enseñarla en esa lengua y la de Jovellanos que se aprendieran juntas ambas gramáticas—. Indicaba un autor menor para empezar, Benito Martínez Gómez Gayoso, y después el Brocense, Calepino y Alonso Pabón para la retórica. En lengua griega Pedro Juan Núñez, de tanta celebridad en Valencia, o el Brocense.

La facultad de filosofía seguiría a Jacquier —que después en 1786 veremos en el plan de Valencia y que aunque ecléctico era bastante avanzado, con elementos de Newton, aunque fuese un escolástico—. En teología, aunque esencialmente tomista —lugares por Cano, la *Summa* y el maestro de las sentencias— se completaba con sagrada escritura —Duhamel— fundamentalmente para la predicación, más que para estudios escriturísticos. La historia eclesiástica surgirá tanto para teólogos como para canonistas... En derecho era Heineccio, quien servía de base para los estudios sobre el *Corpus*; no aparecía el derecho natural, pero sí el patrio, por la *Praxis* de Suárez de Paz o las *Variae* de Antonio Gómez, así como los tratados de Puga y Feijoo, que había editado hacía años Mayáns. En cánones autores nuevos, pero no demasiado conocidos...

Por fin, en medicina se regula aparte, en un cuadernillo que venía firmado por el catedrático de anatomía y cirugía Antonio Vivanco. Criticaba la escasa duración del curso, por fiestas y vacaciones, así como el escaso y relajado horario en que se impartía. Proponía un primer año de anatomía y fisiología, para conocer el cuerpo humano, el segundo a la patología o estado morbozo, el tercero a la farmacéutica y calenturas, el cuarto a los efectos y curación, el quinto a la cirugía y el sexto a las obras de Hipócrates. Un plan original, si bien después, al señalar los libros coincidirá mejor con otros planes como Olavide o

(159) Sobre el plan, M. Martínez Gomis, «La universidad de Gandía ante la reforma carolina: el proyecto de plan de estudios de 1767», *Claustros y estudiantes*, II, 45-68.

Mayáns: Heister para anatomía, las *Instituciones médicas* de Andrés Piquer, su *Medicina vetus et nova*, su *Praxis médica*...

En conjunto es un plan que puede competir con otros de la época, ya que los elementos renovadores están presentes y no se avanzaría mucho en los posteriores. Si fue rechazado, es porque se pretendía terminar con aquella universidad jesuita.

No obstante todos los esfuerzos para salvar la universidad son vanos y el problema que desencadenaría su extinción serían los cuatro canongías que desde doña Mariana de Borja y por bula de Alejandro XIV (160) estaban unidas a la universidad para dos cátedras de teología, una de cánones y otra de leyes. Esta misión resultaba onerosa y perjudicial al cabildo, por lo que algunos canónigos en 1768 pidieron a la duquesa de Gandía que les quitara, elevando en el mismo sentido una exposición al presidente del consejo (161). Al vacar una de dichas canongías y proveerla la duquesa presentaron dichos canónigos un escrito en Madrid solicitando la citada separación o la supresión de la universidad.

La comisión, presidida por el conde de Aranda, aunque dio la razón a la duquesa, suprimió por otros motivos —indotación y por razón de utilidad— la universidad el 27 de noviembre de 1772 (162). Los bienes de los jesuitas se habían vendido por la corona...

Este expediente terminó con la real provisión de 22 de septiembre de 1772, en la que se participa a la Real Audiencia de Valencia, la postura tomada en el Real Consejo, sobre la extinción de la universidad. En la real provisión se manda que se extinga la universidad de Gandía, pero guardando las exenciones y prerrogativas de los graduados en ella. El edificio fue destinado a establecer una casa de misericordia (163).

Santa Fe de Bogotá, una difícil reforma

Ante todo hay que describir aquella universidad o universidades —una dominica, otra jesuita— que presentan un modelo que no es usual en las universidades hispánicas. Parece una réplica de Oxford o Cambridge, aun cuando estamos convencidos de que no hay ninguna conexión con éstas: unas universidades que dan grados, y reúnen un conjunto de colegios en donde se imparten las enseñanzas. Ni en la vieja Salamanca, ni en la humanista Alcalá, funcionan de este modo los colegios, aunque sean poderosos los mayores salmantinos o san Ildefonso, el cisneriano, absorba en su seno la complutense o alcaláina. Podrán los primeros dominar los viejos claustros salmantinos, ocupar los colegiales sus cátedras o insertarse en el claustro de diputados que lleva la vida

(160) Archivo del reino de Valencia. Legajo 89 secc. clero.

(161) Libro noveno de recuerdos, archivo de la colegiata de Gandía, pol. 152, 12-XI-1772.

(162) Leg. 6861, núm. 11, archivo histórico nacional, sección consejos.

(163) Archivo del reino de Valencia, Audiencia, Real Acuerdo, año 1772, libro 67, fol. 112, y leg. 86, sección clero.

cotidiana de la universidad (164). En Alcalá, el rector y los colegios gobiernan la vida académica, pero es la universidad quien da las clases (165).

En Santa Fe de Bogotá aparece una estructura distinta, que vamos a describir con breves trazos. En los años setenta del siglo XVIII los dominicos intentaron convertir los estudios de su convento en universidad, para dar grados de artes y teología. Alcanzan en 1580 aprobación de su capítulo general y la bula de Gregorio XIII *Romanus pontifex* de 13 de junio. A la hora de solicitar del rey Felipe II el pase regio o *exequatur* de la disposición pontificia, empezaron los problemas, y el consejo de Indias la limitó a que sólo se dieran grados en lenguas, artes y teología y sólo a los religiosos de la orden. Se lograría avanzar más en los años siguientes (166).

En 1608 un benefactor, Gaspar Núñez, dejó su fortuna para que se erigiese un colegio bajo la protección y administración de la orden de predicadores, y se ceden al mismo los privilegios de la fundación de la universidad. Sin embargo, la real cédula de 17 de enero de 1609 pidió nuevos informes y limitó la cesión por el momento. Se iniciaba un largo pleito con los jesuitas que pretendían tener derecho a universidad. Comienza un largo calvario para los estudios de esta ciudad por la pugna, sin descanso entre las dos grandes órdenes.

Los dominicos habían alcanzado el derecho de graduar siempre que estén a 200 millas de las universidades públicas, por el breve *Charissimi in Christo* de Paulo V en 19 de marzo de 1619, que recibió el pase regio. Los jesuitas, por su lado lo habían conseguido igualmente en 8 de julio de 1621 de Gregorio XV —desde inicios de siglo habían establecido enseñanzas en su colegio máximo y en el seminario de San Bartolomé—. Ahora inauguran la universidad javeriana que empieza también a otorgar títulos, al menos con una licencia por diez años. Se inicia un largo período de pleitos, que no hemos de describir, ya que han sido tratados por la bibliografía (167).

Cuando llega nuestra época, la universidad javeriana y el colegio de san Bartolomé quedan abolidos, y mientras el último se repone, dentro de otras normas, la universidad se quiere sustituir por otra pública que englobase también la de santo Tomás o dominica. Quedaba pues, la situación en estos años, con peculiares formas, que ya se habían gestado en la etapa anterior. Un centro dominico que se empeña en mantener su existencia, a pesar de los esfuerzos oficiales por crear una universidad pública —luego lo veremos—. En él domina el rector del convento y los padres, se dan títulos y apenas una enseñanza

(164) Acerca de la organización salmantina, remitimos a nuestra parte segunda, en donde puede verse la estructura de la universidad y el predominio de los colegios.

(165) Sobre Alcalá, M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayáns y la reforma universitaria...*, 42-49 y «Política y saberes...», 46-49.

(166) A. Rodríguez Cruz, *Historia...*, I, 372-414; 426-445; la bula en el número XV de su colección documental A. E. Ariza, *El colegio-universidad de Santo Tomás de Aquino de Santafé de Bogotá*, Bogotá 1980; J. A. Salazar, *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1946; J. M. Pacheco, *Los jesuitas en Colombia*, 2 vols. Bogotá, 1959-1962.

(167) A. Rodríguez Cruz, *Historia*, II, colección documental XXXIV, ver también, XXXV, XXXVI y XXXVII.

menor. Pero, por otra parte, el colegio de nuestra señora del Rosario —elevado a colegio mayor— tiene las enseñanzas, más o menos desarrolladas. Luego la universidad es un mecanismo de concesión de grados, con mayor o menor rigor, mientras que son los colegios los que enseñan (168).

En la época carolina se quiere organizar de nuevo los estudios, con la creación de una universidad mayor y pública. Pero los sucesivos esfuerzos, fallan en su intento. Siguen funcionando los colegios y la universidad tomista, aunque regulados de nuevo para evitar excesos... Por tanto, la extinción de los jesuitas fue un momento apropiado para la reforma, sin embargo, no pudo lograrse a pesar de los sucesivos intentos que hemos de ver...

El alma de la reforma en Santa Fe de Bogotá fue el fiscal de la audiencia Antonio Moreno y Escandón (169). Estuvo de fiscal en la junta de aplicación de las temporalidades de los jesuitas y, ya en 1768, propone que se establezca una universidad pública, entendiendo por tal que no estuviera aneja a un convento o colegio, que no dependiese de una orden religiosa... En su memoria de 9 de mayo hacía un elogio de Santa Fe y del virreinato, donde abundan los ingenios fértiles y adelantados. Sin embargo, no hay una universidad pública, teniendo que desplazarse hasta Lima para alcanzar grados, si bien se les otorgó la facultad de dar grados a dominicos y jesuitas, pero no tienen suficiente enseñanza, sino la que se destinaba a la educación de sus religiosos, de modo que se aprendía en los colegios de la ciudad o de sus religiones. El colegio del Rosario ha debido esforzarse para que se diese enseñanza en su seno, sin apenas pagar a los maestros, mientras san Bartolomé estaba en manos de los jesuitas, incluso las cátedras de cánones e instituta. Los jóvenes que prometen no tienen más remedio que buscar algún curato o medio de vida, pues los rectores, regentes, examinadores o profesores son regulares. Por estas razones, proponía:

El modo de fomentar el estudio de las ciencias, instruir la juventud y adornar al Reino y al Estado con sujetos capaces de aliviar la república y el gobierno, será establecer en esta capital, estudios generales en una universidad pública, real y con prerrogativas de mayor, bajo las mismas reglas con que se criaron las universidades de Lima y México, respecto a concurrir, si no mayores, iguales fundamentos (170).

En las leyes de Indias —sigue argumentando— pueden verse las gracias con que se favoreció a Lima o a México (171). Ahora se presenta la ocasión de crearla en Santa Fe con las temporalidades. Cuenta con los siguientes bienes:

(168) Datos sobre los colegios en G. Hernández de Alba, *Documentos para la historia de la educación en Colombia*, 7 vols., 1969-1986 núms. 216 y 254, IV, 195-226, V, 377-391. También en su *Crónica del muy ilustre colegio mayor de Ntra. Sra. del Rosario*, 2 vols., Bogotá, 1928-1940.

(169) Véase J. M. Marroquín, «Bibliografía de Don Francisco Antonio Moreno y Escandón», *Boletín de historia y antigüedades* (Bogotá) 23, núms. 264-265 (1936) 529-546.

(170) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 202, 29, en general 26-36. Sobre estas reformas T. Gómez, «La batalla de la universidad pública de Santa Fe de Bogotá (1768-1803)», *Claustros y estudiantes*, I, 255-264.

(171) *Recopilación de las leyes de Indias*, I, 22, 31 y 32 y 35.

1. Censos por un valor de 4.500 pesos, amén de otros 500 sobre la ciudad de Quito, y efectivo de 867 pesos con siete reales. 2. Una obligación de 650 pesos anuales, para sostener las tres cátedras de cánones e instituta, que pueden pasar a esta nueva universidad, pero hace falta mayor número de cátedras, doce en total, por lo que habrá que añadir mayor patrimonio. 3. Para sustentar estas cátedras, convendrá disponer de tres o cuatro haciendas de las ocupadas por los regulares, por ejemplo, Doyma, Tamicera y Fute (172), que se venderían y se impondrían a censo sobre las cajas reales, por un total de 223.162 pesos, un real; existe ya este gravamen sobre el fisco regio, pero se puede pagar a los particulares con el producto de las haciendas y sustituirse en esa deuda, que renta un cinco por ciento al año. Si faltase para esta operación, se podrían utilizar otros bienes jesuitas de Cartagena y Popayán, pues al fin se beneficiarían los naturales de aquellas provincias de la nueva universidad (173).

Por último pedía el edificio —todavía existente, tan hermoso— del colegio máximo que tenían los jesuitas, en donde cabrían los generales para actos académicos, aulas para todas las facultades, capaces para un crecido número de oyentes, y aun vivir algunos catedráticos y oficiales de la universidad. La iglesia podría servir también para aquella novísima fundación. Piensa con optimismo, que los colegios de la ciudad, así como las órdenes contribuirán con la fundación de cátedras, como ocurre en España. Salvo, quizá los dominicos «que por el interés de que se le priva de conferir grados por la facultad que disfruta, podía tal vez manifestar displicencia, que depondrá luego que se haga cargo de los poderosos motivos referidos» (174). La junta de aplicaciones lo informó favorablemente y lo remitió al conde de Aranda...

Escandón se equivocaba: los dominicos enviaron de inmediato uno de sus frailes, Ignacio Buenaventura, a Madrid para rebatir su propuesta. El 9 de diciembre de 1769 insistía el fiscal y hacía ver que sólo en esta ciudad, en Quito y recientemente en Popayán, se conferían grados, pero sin examen riguroso ni atender a cómo han cursado y aprovechado. Apenas aprenden en colegios y conventos algunas materias, sin conocer los autores más adecuados y sin historia y disciplina eclesiástica, sino «al estilo silogístico y modo peripatético, con lo que, sin otras luces ocurre el estudiante que ha cursado poco más de un año la teología o cánones al convento de santo Domingo, que tiene la facultad de dar grados y con certificación de sus particulares maestros y a veces de sus condiscípulos se les admite a examen...» (175). Hace falta una pública universidad para desterrar las tinieblas y para el acertado gobierno de las repúblicas y felicidad de los reinos —las ideas y tópicos de la ilustración están ahí presentes—. No quería el fiscal que regentasen la nueva universidad los regulares, porque si

(172) Sobre las administraciones jesuitas, G. Colmenares, *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada. Siglo XVIII*, Bogotá, 1969.

(173) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 202, 30-32.

(174) Cita en página 33, del documento citado en nota anterior.

(175) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 207, cita 78, en general 77-85.

bien es conocido su mérito —especialmente de los dominicos— no tienen por qué enseñar las ciencias profanas, es más, les están prohibidas. En consecuencia una universidad que las enseña, que tiene otros muchos negocios no es propio del monje, «cuyo oficio es el llanto y no la enseñanza, ni la atención a la seguridad de las rentas, pago de los empleados y demás...» (176). Por tanto, o faltarían o llevarían mal la dirección; quienes gozasen de su favor se aprovecharían de él, como ahora sucede, faltaría la oposición a las cátedras que tuvieran vinculadas, coparían los empleos de rector y otros... La felicidad del estado estriba en que sus miembros ejerzan con propiedad sus funciones, sin alterar el orden político: el labrador en el campo, el religioso en la contemplación, los seculares en el manejo de los negocios del siglo... En suma, se defendía del contraataque dominicano frente a su proyecto.

La junta apoyaba al fiscal, a su nuevo informe que procuraba refutar las afirmaciones que un dominico había introducido en la corte. En verdad, no hubo en los primeros momentos un pronunciamiento decidido por Aranda y Madrid, de modo que se dejó abierta la lucha en torno a la nueva universidad pública (177).

Moreno Escandón, para fortalecer sus asertos atacó por dos vías a los dominicos: una indirecta, sobre el exceso de abogados, y la otra más directa sobre comportamiento del rector dominico de Santo Tomás. Instruye un largo expediente, donde hace ver los perjuicios que ocasiona la multitud de abogados, porque entre ellos hay quienes carecen de los conocimientos que requiere el oficio. Carecen de una instrucción sólida y sólo tienen una superficial noticia de las leyes y no saben derecho patrio ni estilo forense —es un ataque a la vieja universidad—. Por estas razones sería conveniente que, tras la graduación, tengan cuatro años de pasantía y práctica, con estudio de los procesos, de las leyes de Castilla e Indias y que el examen ante la audiencia sea riguroso. Que se eviten los fraudes en la certificación de la práctica. Se admitió por el consejo que bastasen dos años, pudiéndose dispensar del tercero, pero si se demuestra que la universidad de esa ciudad admite cursos indebidos, deberá pasar de nuevo el informe al fiscal para remedio de ese abuso. Entonces, Moreno inició ya la consulta al rector de cuáles son las constituciones por que se rige la universidad, y éste contestó que no las tenía por haberse quemado en un incendio; que la copia existente se la había llevado el padre Buenaventura, que estaba en Madrid, defendiendo la universidad, y que sólo tenían las de Avila que se aplicaron a aquella universidad. La audiencia se dirigió de nuevo al rector, que repite la misma cantinela. Entonces se le requiere para que diga qué cursos se exigen para grado en leyes o cánones y responde que se otorgan con tres cursos de artes y dos de jurisprudencia, con el tercero iniciado, conforme a las bulas y breves papales. El fiscal en este largo expediente volvería

(176) *Documentos...*, IV, núm. 207, 80.

(177) La remisión a Madrid, en 85.

sobre si se admiten cursos mixtos, o sea matricularse de leyes cuando se está acabando artes y cuáles son los procedimientos utilizados para probar los cursos —que entregue los documentos— y que diga si, en algún caso, se confirió el grado de bachiller solo o si siempre se acompaña de licencia o doctorado. El rector niega que se curse a la vez y admite que rara vez se da el de bachiller, y en cuanto a la documentación la pone de manifiesto para que se saque, si se cree conveniente, una copia. Por último, el fiscal hacía resumen de lo actuado sobre exceso de abogados y modo de conferir grados, insistiendo en que no había constituciones y se seguía una tradición difusa; por esta razón, debía providenciarse con nuevas constituciones o reglas, que determinen los cursos y que el bachiller preceda a los grados mayores... El bachiller debe exigir cinco cursos y haber estudiado latinidad y artes y leído diez lecciones; después, el licenciamiento tras otros cuatro años. Las leyes de Indias disponen que se atengan a las constituciones de cada universidad, pero no existiendo, debe atenderse a estas normas que son las de Salamanca, Valladolid, Alcalá o Lima, y a lo que ordenan las bulas de Santa Fe. Los cursos serán por años distintos, sin que se puedan probar los de otra universidad por declaración de condiscípulos, sino ante el escribano y rector, pues se acostumbran a falsear. También reclamaba que se estableciesen aranceles o tasas, pues se les cobra más a unos y a otros menos.

La audiencia en su sentencia de 22 de noviembre de 1770 le aceptaba su argumentación y se ordenaba a la universidad tomista que exigiese cinco años de estudio para el grado de bachiller, como en Lima y México, «de tal suerte que si en adelante se notare su inobservancia, como ha sido la anterior, se tendrán por nulos y de ineficaz efecto cuantos títulos se despacharen...» (178). El padre rector deberá pedir y aplicar las constituciones de Lima, como modelo para santo Tomás...

La junta superior de aplicaciones de los bienes de jesuitas examinó también todo el expediente, frente a las alegaciones del padre fray Jacinto Buenaventura, en queja por los escritos del fiscal. No debía de haber injuriado al fiscal Moreno y Escandón, al señalar éste los defectos de la universidad tomista, pues ya san Buenaventura o santo Tomás hablaron de los defectos del clero, mientras Vives clama contra los defectos en los grados... El mismo padre dominico admite que el rey puede suspender el privilegio de universidad, cosa que no pretende el fiscal, que quiere mantenerla, por la distancia de otras o por hallarse en el centro del virreinato. Su crítica de la universidad es acertada, bastaría traer algún graduado o empezar a revisar libros y papeles. El remedio de todos estos males sería establecer una universidad pública. Por último, repasa la historia accidentada de aquel establecimiento que carecía de fondos y requisitos para su erección. Nada hay contra los religiosos, que pueden opositar a las

(178) Este largo expediente se reproduce en G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 209, 103-135; en el anterior, 208 sobre instalación de la junta de temporalidades, 86-102.

cátedras si gustan, incluso crearlas de particular dotación para sus órdenes como hay en todas las universidades. En la misma resolución se ocupaba de los bienes de jesuitas que podrían servir para la dotación de esa universidad nueva, pública (179).

En 4 de diciembre de 1771 la junta de temporalidades aceptaba las propuestas de Moreno Escandón definitivamente:

la fundación de universidad pública y estudios generales en esta capital, como lugar propio y por todos motivos, el más proporcionado, para que establecidas cátedras comunes, que deberán proveerse a oposición, en los más dignos, sin atender a otro respecto que el de la mayor literatura e idoneidad, celo, goce la instrucción pública, en pura y sana doctrina, sin dependencia, ni obligación a determinado cuerpo; por ser ésto lo que según las circunstancias locales conceptúan más adecuado para que tengan el deseado efecto las soberanas reales intenciones de su majestad (180).

Tan sólo se reservó el voto el arzobispo Camacho, quien se mostró reticente y favorable a la universidad tomista, a quien se deberían conceder los bienes de jesuitas,

La Tomística de esta ciudad ha sido y es de tan sanos principios y doctrina que sólo sigue y enseña la del angélico doctor santo Tomás; con que a consecuencia de dicha disposición no puede establecerse la nueva pretendida universidad; mayormente cuando no haya necesidad, ni utilidad tan ventajosa que prepondere a los perjuicios e incomodidades que en el presente estado del reino causaría dicha universidad, como dejó fundado, sobre que de muchos sujetos ilustrados e imparciales y amantes del real servicio y del bien público, se oyen discursos del todo opuestos a la ponderada utilidad (181).

Habría peligro de que accedieran a las cátedras doctores de la escuela jesuítica, cuando el rey quiere cortar el fanatismo, y sería semillero de discordia. La causa de esta universidad se encuentra pendiente en el consejo, por lo que debe referirse a este supremo organismo la resolución última. Sería mejor dedicar estos fondos a otros fines... El fiscal Moreno hacía ver que la votación en la junta había sido favorable, con alabanzas del prelado que ahora sostiene distinta opinión. Se mantiene en su idea y no acepta que sea excesiva la cantidad que se ha de desmembrar de la real hacienda.

El ayuntamiento de Santa Fe se manifestaría en favor del proyecto del fiscal y la junta, en orden a establecer una universidad pública en donde se

(179) Es un documento muy posterior de julio de 1795; G. Hernández de Alba, *Documentos...*, V, 386-391, en general desde 377, sobre las vicisitudes de aquella universidad por el fiscal director de estudios Manuel Mariano Blaya.

(180) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 212, 153, en general 152-155.

(181) *Documentos...*, núm. 214, 177, en general 176-189, con todas las certificaciones y contradicciones que originó el voto del arzobispo Camacho.

enseñe la mejor doctrina, se comprueben grados y matrículas y se provean las cátedras entre los más dignos; que se apliquen las rentas que fuesen necesarias para este fin, aunque de momento, no puede ayudar hasta que, en el futuro, logre mejorar los ingresos de sus propios y estabilizar sus rentas (182). Sin embargo, los regulares estaban en contra del proyecto, como se desprende de una extensa representación de los franciscanos dirigida al rey, que augura la decadencia en la enseñanza, insistiendo en la idea de que mucho dinero del real erario tendría que dedicarse a este fin. Si subsiste santo Tomás, es innecesaria otra que, por lo demás, al ser más caros los grados no atraería estudiantes. Si se favorece a san Bartolomé, seguirán dominando los jesuitas, mientras decae el colegio del Rosario y otros (183).

¿Cuál era la situación, en suma? Había una fuerte oposición a los designios del fiscal y la junta de temporalidades, en especial por los religiosos. Los informes y peticiones que iban a Madrid no se habían resuelto de forma determinante, y, además, se había incoado un pleito en el consejo de Indias, por vía de justicia, para mantener los privilegios de la tomista... La reforma era difícil...

El plan de Moreno Escandón en 1774

Era un hombre que no se arredraba por las dificultades y en 12 de septiembre del 74, ultimaba su plan de estudios para los colegios de Santa Fe, hasta que se estableciese la universidad pública.

Si es tan difícil prescribir un acertado método de enseñar, como lo manifiestan los sudores que gloriosamente han emprendido los sabios en España, en esta capital llega casi al extremo de imposible, ya porque faltando universidad pública y cátedras comunes, es necesario edificar sin sólido cimiento, ya porque así el escolasticismo como el apego a escuelas es tan tenaz y autorizado, que puede inducir desconfianza de la victoria.

Si las universidades de España, teniendo a la mano la copia de libros escritos en la nación de todas las facultades y también los que han dado a luz naciones extranjeras, todavía no han encontrado obras adecuadas y proporcionadas a satisfacer sus deseos para darlas por pauta de la enseñanza, ¿cómo podría verificarse en este reino, donde es conocida la escasez de libros, particularmente de esta especie y apenas ha llegado la noticia de los autores, más oportunos al intento? Donde el buen gusto de la filosofía moderna, no ha llegado al paladar de los jóvenes y aun se les aparenta como fantasía vana e inútil vanidad, opuesta a la autoridad de los mayores que nos precedieron (184).

Y tras describir la situación de aquella universidad, pasaba a dar normas

(182) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 210, 135-142.

(183) *Documentos...*, núm. 215, 189-194.

(184) *Documentos...*, IV, núm. 216, 195, en general hasta 226.

para cada una de las materias, inspirado en los planes peninsulares que tenía a mano (185).

En primer lugar, la latinidad no tenía más que un maestro y éste no alcanzaba a explicar poesía y retórica. Proponía que los más adelantados actuasen de pasantes. Las lecciones de mañana y tarde deberán recorrer los libros de Fedro, Terencio, Cornelio Nepote, Cicerón y Ovidio, con repaso los sábados y los domingos, de acuerdo con el plan de Alcalá y sin que se pueda establecer retórica, como señala el fiscal en la respuesta a Salamanca.

En filosofía, tan sólo hay una cátedra trienal en los dos colegios, cuando es tan importante purgar de cuestiones inútiles y reflejas —de nuevo Alcalá— la lógica y la metafísica, y aprender en la «física los sólidos conocimientos de la naturaleza, apoyándose en las observaciones y experiencias; en ninguna parte del mundo parece ser más necesaria que en estos fertilísimos países, cuyo suelo y cielo convidan a reconocer las maravillas del Altísimo depositadas a tanta distancia de las sabias academias para ejercitar en algún tiempo la curiosidad de los americanos» (186).

Se empieza cada tres años el curso, los inconvenientes para los que son nuevos o para los reprobados son inmensos. Moreno Escandón aguza el ingenio para lograr que comience cada año la carrera; de momento podrán empezar los que hay, y es de esperar que, entretanto, se cree la universidad pública y podrán comenzar de nuevo en los años venideros (187). Estudiarán en primero la lógica —de octubre a Navidad— por el libro de Fortunato de Brescia, a semejanza de Sevilla y la aritmética, álgebra, trigonometría y geometría por Wolff —de Navidad a fin de curso—. En el segundo la física por el primer autor, pues aun cuando a los eclesiásticos parezca que interesa la escolástica, serán infinitas «las utilidades, que resultarán de esta instrucción en beneficio propio y común en un país cuya geografía, su historia natural, las observaciones meteorológicas, el ramo de agricultura y el conocimiento de sus preciosos minerales, están clamando por la instrucción, que sólo pueden lograr los curas para dirigir a los demás hombres en sus parroquias. Este será el origen de donde saldrá el influjo universal para el fomento de la agricultura, de las artes y del comercio de todo el reino, cuya ignorancia lo tiene reducido al mayor abatimiento» (188). El tercer año, también por Brescia, aprenderán la metafísica, que, con su claridad, podrá avanzarse lo suficiente para dejar tiempo al estudio de la ética o filosofía moral por la obra de Mayáns.

En teología ha de huirse de la escolástica, con atención —conforme a las

(185) Queda evidente que ha manejado Salamanca y Alcalá de Henares, pues los cita; también el plan de Olavide para Sevilla, del que recoge ideas y autores, puede compararse con la edición de F. Aguilar Piñal, Madrid, 1969. Emilio Quevedo nos advirtió que existe una copia de este último entre los manuscritos del archivo nacional de Bogotá.

(186) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 216, 197-199, 199-206, cita en 200.

(187) *Documentos...*, IV, 206, 218-220 al final.

(188) *Documentos...*, IV, 203-204.

ideas ilustradas— de los libros sagrados, los cánones de los concilios, la historia eclesiástica y los santos padres. En el primer año estudiarían por Cano, como en las demás universidades españolas. A la vez se tomarán de memoria a los estudiantes versos de los *Salmos* y lectura del antiguo testamento. En el segundo —estas ideas son propias suyas— se aprende de memoria el evangelio de san Mateo y de san Marco, así como los primeros ocho capítulos de san Lucas, mientras el núcleo principal estará constituido por Lamy, junto a obras de Pedro García Galarza y Martínez de Cantalapiedra. En el tercero —como era de esperar— se memoriza el resto de san Lucas, el de san Juan y los quince capítulos de los *Hechos*, mientras estudian concilios por la suma de Carranza. Un apéndice de los concilios americanos completaría el curso. Y el cuarto año, mientras se aprende el resto de los *Hechos* y las primeras seis cartas de san Pablo, empiezan con las conclusiones de la teología especulativa y práctica; como se han de evitar las escuelas, se enseñaría por Juan Claudio de la Poipe, Duhamel y Abelli. En el quinto se terminarían las epístolas y el *Apocalipsis* y se continuaría el anterior estudio. Como suelen quedarse un año más en los colegios, podrían perfeccionarse en historia eclesiástica durante este período, por Natal Alejandro y Fleury. Incluso algunas nociones de política por el barón de Bielfeld, traducido a nuestro idioma. Sin duda un *curriculum* largo, completo...

En jurisprudencia se unían ambas facultades, por la escasez de medios con que se hallaban aquellos colegios. En los dos primeros cursos estudiarían Instituta civil, sin omitir nada, sino completando con las leyes reales; Vinnio y Heineccio, así como el salmantino Torres, que lleva esas concordancias con el derecho real, completado por las leyes de Indias, así como algunas de Castilla o de Partidas. Su aprendizaje, como todo el plan, es memorista, procurándose que no sólo se tomen de memoria «sin la menor falta los párrafos de la Instituta, para percibir su sentido y explicación, que exornará el maestro, sino también las reglas contenidas en los títulos de *verborum significatione* y *de regulis Juris*, exponiendo sus limitaciones y ampliaciones por lo que contribuye la noticia de estos generales axiomas para fecundar los entendimientos» (189).

En el tercer año se estudia el derecho canónico, con sus fuentes, origen y antigüedad, sacados de los concilios, santos padres y decisiones recibidas con universalidad en la iglesia, advirtiendo los defectos de las antiguas compilaciones —nos recuerda el plan salmantino— conforme a la historia eclesiástica, y los libros de Antonio Agustín, Doujat y, sobre todo, el omnipresente Van Espen.

Estos conocimientos son indispensables tanto a los eclesiásticos como a los seculares, que aspiran a ser canonistas, para que instruidos en la antigua disciplina de la Iglesia puedan restaurarla tomando noticia de los motivos de su decadencia, a que es necesario ocurra casi siempre la autoridad real, ya por lo que le incumbe todo lo concerniente a la disciplina externa, ya por la protección

(189) Teología, en IV, 206-212, jurisprudencia 213-217, *Documentos...*, IV, núm. 216. Cita en página 214.

que presta para la más exacta observancia de los sagrados cánones y casi todo lo que dispone en puntos generales la jurisdicción eclesiástica, requiere para su efectivo cumplimiento la asistencia de la real (190).

En este curso se dará idea de los concilios en la parte disciplinar, y la parte que han tenido los príncipes en su convocación y celebración, con recuerdo del tomo regio de Carlos III para los concilios de América. Regalismo del más puro que, para el nuevo continente, era la afirmación del regio patronato:

El derecho absoluto y universal que compete a nuestro soberano, como patrono y como conquistador de este nuevo mundo, que introdujo en tan remotas distancias la religión católica, con beneficio de la universal iglesia y propagación de la fe.

Los años cuarto y quinto —tal como se dispuso en Alcalá, dice expresamente— se explicarán las instituciones canónicas, por Cironio, Engel y Van Espen, por Fleury. Con cuidado de descartar «muchos principios vertidos por los canonistas ultrarromanos, debe ser mayor el cuidado para satisfacer a la obligación del juramento de no enseñar, ni defender cosa directa o indirectamente contraria a la regalía, con lo cual, ya que de las escuelas no puedan salir con sus manos en la facultad, sacarán a lo menos los estudiantes los elementos precisos para perfeccionarse después en ella y de cualquier modo aprovecharían más de lo que hasta ahora se ha conseguido» (191).

Nada se dice de medicina —indica Moreno— porque sólo ha habido una cátedra en el colegio del Rosario, que se debe suprimir, si bien es interesante que se establezca en el futuro esta facultad, por la necesidad de médicos que existe.

Las reglas generales que se especifican en la última parte del plan llevan el cuño de las reformas carolinas peninsulares. La necesidad de desterrar el dictado y toma de apuntes por los escolares o la posible redacción en el futuro de un curso para ser impreso y estudiado por los individuos de aquella universidad. Entre tanto, se hace indispensable que la junta se sirva comunicar orden a uno y otro colegio, para que sus rectores destinen alguna proporcionada cantidad de sus respectivos fondos, que prontamente se remita a España, a fin de que se compre el número de ejemplares de cada especie de libros que se consideren necesarios y repartiéndose entre los concursantes, se liberen de la pensión de escribir y no malogren el tiempo que han consumido inútilmente en la escritura (192).

También es regla esencial de la reforma que cada maestro siga con sus alumnos los diversos años. Ahora bien, de momento no se alcanzan el número

(190) *Documentos...*, IV, 215.

(191) Citas anteriores en 216 y 217, medicina, 217-218, *Documentos...*, IV.

(192) *Documentos...*, IV, 218.

de cátedras necesario para aplicar este plan. Espera que se logre en dos o tres años la fundación de la universidad pública, su meta. Si no, puede la junta socorrer a los que se apliquen a la enseñanza, en uno y otro colegio, con rédito vencido, es decir, que enseñen gratuitamente en la esperanza de ser remunerados después.

Los exámenes se harán con el catedrático, rector y vicerrector, todos los años, después de las vacaciones, para que se logren buenos resultados. Los aprobados continuarán su carrera, los suspensos deberán quedar en el mismo curso, y si lo fueren por segunda vez serán despedidos de las aulas colegiales. Los asuetos se reducirán a los jueves, y los domingos habrá acto; la duración del curso será hasta 22 de julio, y a partir de este momento se celebrarán los actos de conclusiones. No se admitirán dispensas y se velará por los trajes y lujo de los estudiantes... Como señalaba Olavide en el plan de Sevilla, no se aceptará espíritu de partido y escolástico, sino en la explicación de las materias se aludirá a las diversas opiniones.

No se hará de momento ninguna alteración en el nombramiento de los catedráticos, pero en el futuro, cuando se cree la universidad pública, serán elegidos por el virrey y esta junta superior, para que accedan a las cátedras los más beneméritos e idóneos... Se nombrará un director para que vele por la universidad —conforme al modelo peninsular, pero residente allá—. Velará por el buen funcionamiento y se le pasará lista de matrícula, faltas o asistencias, y acudirá a las aulas para ver que se cumple fielmente. Aunque no haya de hacerse por el momento novedad en puntos y examen, no serán examinadores los padres dominicos y el rector, como hasta ahora, pues no son graduados, y ocupan lugar de los doctores. Más bien asistirán dos catedráticos de cada colegio para que arguyan y voten en los grados. Se formará arancel para evitar la desigualdad en las propinas, y se encargará al director la vigilancia en este punto. Se construiría un arca para la universidad, con tres llaves, aparte libros en donde se recojan las cantidades...

La regalía que el convento de santo Domingo de esta capital disfruta de conferir grados, no comprende la de disponer a su arbitrio de todo lo concerniente a estudios y providenciar sobre los requisitos de su colación y modo de verificarlo; ni tampoco excluye las facultades nativas del gobierno, a quien incumbe como asunto público, en que se interesa la felicidad del Reino, prescribir las reglas oportunas para formalizar las enseñanzas como en España se ha ejecutado en sus universidades. Por estas razones no podrá repararse que usando de ellas y cumpliendo con los reales encargos, lo verifique y que para ello se sirva vuestra excelencia y junta superior resolver que la elección de consiliarios, secretarios, bedeles y demás empleos de la universidad se haga por votación de los graduados, convocándose el claustro y que lo mismo se ejecute en todos los asuntos graves que ocurran y necesiten deliberación. Y por lo respectivo a todo lo insinuado en este plan se han de dignar vuestra excelencia y vuestras señorías aprobar, añadir o reprobar como fuere de su agrado, pues no quisiera el presente ministro que lo que ejecuta por obediencia a superior precepto, que se le ha

impuesto, según lo que le dicta su discurso, celo y amor al servicio del rey y del público, sea motivo de sufrir nuevas calumnias, como las que por iguales causas tiene experimentadas y a que podrá ocurrir la junta con sus altas facultades y superior ilustración (193).

Un plan que es quintaesencia de los castellanos, y en que el fiscal Moreno Escandón regula, de momento, los colegios. Pero con la vista puesta en esa futura universidad que había de ser su criatura. La junta de aplicaciones aprobó la propuesta, ordenando que se trasladase al provincial de los dominicos. Era una reforma transitoria en el pleito que existía contra su universidad (194).

Las cosas fueron muy despacio, de manera que aquel proyecto no pudo ver la luz. La real cédula de 18 de julio de 1778, consideraba útil el establecimiento de una universidad pública, pero no veía adecuados los arbitrios que proponía el fiscal. Mandó establecer una junta —nueva dilación— para que informe de las cátedras que hay y sus dotaciones, de las aplicaciones que se ha hecho de las temporalidades de jesuitas y del estado de los colegios, así como para que altere el plan propuesto, si lo consideraba conveniente (195). Empezó a recoger datos, y en una reunión de 13 de octubre de 1779 realizó nueva reforma que mejoraba la anterior. Empezó nueva resistencia por parte de los dominicos, quienes hacían ver que la junta no podía extinguir la universidad, por ser cuestión que compete al soberano; no se les puede negar la posibilidad de aprobar cursos y de hacer exámenes, sin las prevenciones que establecía Moreno Escandón sobre quienes debían de ser los examinadores, al menos de nombrar el rector cuando faltare alguno. También argüían los dominicos acerca de unas nuevas constituciones, por faltarles, así como del derecho exclusivo del rector en el manejo de la caja de la universidad...

Renovación ilustrada

Celestino Mutis fue el alma de la ilustración en Bogotá, fuera del recinto universitario. Su participación en la expedición botánica, que aquí no hemos de examinar (196) le confiere una prestancia y una actividad en torno de la que gira todo el movimiento renovador bogotano.

Se debe a Mutis el restablecimiento de la cátedra de matemáticas en el colegio de Nuestra Señora del Rosario en 1787. Se volvía a conceder al sabio botánico, como estaba antes de la reforma Escandón, como cátedra suelta en

(193) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 216, 226-227.

(194) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, IV, núm. 217, 227-229; también trae la memoria del virrey Guirior con estos problemas, núm. 218, 230-233.

(195) No hemos podido ver la real cédula que se resume en *Documentos...*, V, núm. 284, 385; véanse páginas siguientes.

(196) Sobre la figura y bibliografía de Mutis, la tercera parte de J. L. Peset, *Ciencia y libertad...*, citado en nota 1.

que aprendan los estudiantes sin que sirva para la carrera o para grados. Francisco Vergara, su discípulo, actuaría como sustituto. El arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora, aprobaba, como presidente de la junta, aquella propuesta y era revalidada por real orden de 4 de marzo de 1787 (197). Mutis presentaba su plan provisional para su estudio y justificaba su establecimiento por el gran interés que tenían para el progreso de la industria, agricultura, artes y comercio. Asimismo, su docencia, serviría para formar sabios para ilustración en su carrera. Por tanto, dividía los alumnos en dos clases, matemáticos de profesión, con asistencia necesaria, y otros voluntaria —esa diversidad estaba en el plan de Mayáns o en general en las universidades de la época. Recordaba Mutis que cuando —en 1762— empezó esta enseñanza, se guió por el libro de Bails, que hoy impera en la península. Del mismo Bails, es, en suma, esa diferenciación de alumnos, y su obra escrita tiene dos versiones, según a quien se dirige. Se explicará durante tres años, de diez y media a doce por la mañana de cuatro a cinco y media por la tarde. Como no hay bastantes libros, habrá que dictar de momento, con detrimento del tiempo precioso que supone.

Deberán encargarse a España los instrumentos comunes del estuche matemático; y entre tanto se valdrán los discípulos de la simple regla y compás para ejercitarse en sus casas en la formación de las figuras y demás operaciones prácticas sobre el papel (198).

Habrán tres actos públicos de conclusiones, y exámenes rigurosos... En fin, las matemáticas quedaban establecidas con altura.

Correspondió al arzobispo-virrey ilustrado Antonio Caballero y Góngora resucitar, de nuevo, los esfuerzos para la creación de una universidad pública, tal como había soñado el fiscal Moreno y Escandón. Después de establecer la cátedra de matemáticas, se dirige al marqués de Sonora, en Madrid, alto funcionario, para pedir aquella fundación: «Los sabios y eficaces anhelos con que premedita vuestra excelencia los establecimientos útiles y la alta y generosa protección con que los fomenta el Monarca, me animan a extender mi celo hacia las otras facultades y artes de necesidad y de industria» (199), empezaba.

Hace referencia a los descubrimientos botánicos y mineros de Mutis y la necesidad de extender las luces a todo el virreinato. Estos motivos le llevan a pedir la extinción o reforma de la universidad dominica, y del método de estudios que se tiene en san Bartolomé y en el Rosario. El viejo colegio jesuita se había restablecido, con el clero secular, y formaba el tercer núcleo de la enseñanza en aquella capital.

Tras narrar las vicisitudes que ya sabemos, desde la propuesta de Moreno

(197) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, V, núm. 230, 102-110.

(198) G. Hernández de Alba, *Documentos...*, V, núm. 231, 110-116, cita en 114; la aprobación real núm. 232, 116-117.

(199) *Documentos...*, V, núm. 234, 121-134, cita en la primera.

en 1768 hasta la inactividad de la junta, que se quedó pidiendo informes, pretende volver a la reforma —después de siete años no se ha logrado nada—. Ahora el ilustrado Caballero propone establecer la universidad con 18 cátedras, a saber:

- 1 De primeras letras,
- 1 De gramática latina,
- 1 De humanidades,
- 2 De filosofía,
- 1 De matemáticas,
- 1 De botánica,
- 1 De química,
- 2 De medicina,
- 1 De derecho canónico,
- 1 Del civil,
- 1 De lógica teológica,
- 1 De historia y disciplina eclesiástica,
- 1 De sagrada escritura,
- 2 De moral (200).

Se suprime, respecto de 1774, una cátedra de civil y otra de canónico, pues se consideran suficientes sendas para su estudio. Pero, sobre todo, se ocupa de los bienes.

El edificio no puede ser ya, como proponía el fiscal, el colegio de san Bartolomé, porque éste ha sido puesto en funcionamiento. Más bien se pondrá en san Pedro que han desocupado los padres capuchinos, y donde hacía poco se había establecido la biblioteca pública. A continuación expone los fondos y haciendas, que según la propuesta primera, habían de servir para el sostén de la universidad —ya lo vimos—. Ahora propone otros medios, pues el patrimonio ocupado a los regulares de la compañía, ya se había enajenado.

1. En primer lugar, 300 pesos que quedan de un fondo concreto de temporalidades, que supone un principal de 6.000, a que se puede añadir 1.200 que resultaban de las cuentas de 1786. Total 7.200 pesos.

2. De las temporalidades de Panamá, donde había fondos para fundar cátedras los jesuitas, se aplicarían 30.600 pesos, estableciendo unas becas en los colegios, para tres jóvenes de Panamá.

3. Dado que a estos colegios vienen en su mayoría jóvenes de Cartagena, Popayán y Antioquia, se podrán gravar los propios de esas ciudades en 400 pesos anuales.

4. El fondo general del virreinato, de temporalidades, podría pagar unos 1.000 pesos, incluidos los 200 de la cátedra de matemáticas.

5. Las rentas de la catedral, decimales, podrían destinar a este efecto unos 1.500 pesos anuales.

(200) *Documentos...*, V, núm. 234, 126.

6. También los obispos sufragáneos podrían dar 1.600 anuales.
7. Las religiones de santo Domingo, san Francisco, Agustinos calzados y descalzos podrían contribuir sosteniendo cátedras, a cambio de borlas de doctor gratuitas.
8. La enseñanza de primeras letras tiene 200 pesos anuales.
9. El bibliotecario, que lo sería de la universidad, otros 200.
10. Del ramo de minas, por la condonación en las amonedaciones concedida en 1771 y prorrogada en 1784 por cinco años, produce un ahorro de 24.000 pesos, se podrían pedir 2.000, repartidos entre todos.
11. El estanco de la quina produciría un millón de pesos al año, de los que se pueden pedir 3.000.
- El resumen sería el siguiente:

INGRESOS

De la Universidad Javeriana	942 pesos
Del colegio de Nuestra Señora del Rosario	400 pesos
De la Fundación de don Esteban Angel, en Pamplona	360 pesos
De la fundación de Panamá	1.530 pesos
Propios de Cartagena, Popayán y Antioquia	400 pesos
Fondo de Temporalidades	1.000 pesos
Rentas decimales de la Catedral de Santafé	1.500 pesos
Rentas de la Mitra	1.600 pesos
Dotación de la enseñanza	200 pesos
Dotación del bibliotecario	200 pesos
Condonación en las amonedaciones	2.000 pesos
Ramo de quina	3.000 pesos
	13.132 pesos

GASTOS

El Rector del Seminario	500 pesos
El Secretario	365 pesos
El Fiscal	200 pesos
Dos bedeles	300 pesos
El bibliotecario	365 pesos
1 De primeras letras	365 pesos
1 De gramática	400 pesos
1 De humanidades	400 pesos
2 De filosofía, a 500 pesos	1.000 pesos
1 De Derecho canónico	700 pesos
1 De Derecho civil	700 pesos

1 De matemáticas	800 pesos
1 De botánica	1.000 pesos
1 De química	1.500 pesos
1 De medicina de prima	1.000 pesos
1 De medicina de vísperas	600 pesos
Para el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural	600 pesos
Para el laboratorio químico	500 pesos
Para el teatro anatómico	500 pesos
Para instrumentos matemáticos y físicos, máquinas, etc.	1.000 pesos

Todo compone: 12.795 (201)

El resto sería para premios y obras, incluso habría más por los grados que se dan. El arzobispo reunía ambos poderes y tenía buen conocimiento de las posibilidades que existían. No gravaba en exceso las rentas reales, sino que aprontaba, sin duda, buena parte de rentas eclesiásticas para erigir la nueva universidad.

En 31 de julio de 1787 proponía un plan de estudios o constituciones para la universidad, que se llamaría *Real Mayor de San Carlos*, en obsequio del monarca. Era una reorganización completa de los estudios y de la estructura universitaria, que, sin embargo, quedaba reflejando vieja organización.

La universidad se compondrá del canciller, del director de estudios, de los tres rectores del seminario y colegios de san Bartolomé y Nuestra Señora del Rosario, de los consiliarios, de seis profesores de cada facultad, del bibliotecario, de todos los doctores y maestros, de un fiscal y un secretario (202).

El cancelario sería el maestrescuela de la catedral, con sus funciones de conferir grados y de policía —no parece estar clara la jurisdicción o fuero—. El director nato es el fiscal de la audiencia, quien preside la universidad y es su protector ante las autoridades; a él se le concede ser juez de las causas graves de los estudiantes seculares, dentro y fuera de los claustros. «Usará de medios suaves pero eficaces, a fin de que los hijos de los artesanos, labradores y personas miserables, así dentro como fuera de la capital, se apliquen al estudio de las artes industriales, si no tienen proporción para seguir otra carrera» (203). Parece que está inspirado en las ideas de Campomanes sobre los artesanos...

Los rectores del Rosario o de San Bartolomé se elegirán como hasta ahora, mientras el del seminario, por votos de director, rectores y seis consiliarios, presentando al virrey para su confirmación. Estos últimos, dice, se han elegido en las universidades de quienes cursan al presente, lo cual es erróneo, pues

(201) *Documentos...*, V, núm. 234, 132-133.

(202) *Documentos...*, V, 235, 135, en general 134-156.

(203) *Documentos...*, V, núm. 235, 136.

deben ser doctores, recomendados por sus virtudes, amor a la patria e instrucción; pueden nombrarse entre abogados o personas particulares del estado eclesiástico o secular que se distingan por su mérito. Los profesores claustrales no son sólo los catedráticos, sino aquellos que hayan obtenido voto en las oposiciones, y los seis se nombran por los rectores y consiliarios... (204).

Después un plan de estudios en que se mostraban las luces que se pretendían implantar en Santa Fe. Un plan que hemos de recalcar su buen hacer, tanto en propuesta de una enseñanza más suave y más directa de los niños, como en las normas que establece para las facultades mayores. En filosofía —por su buena amistad con Mutis— aparecen las ciencias naturales y las matemáticas con todo desarrollo y por los libros más preclaros —Linneo, Bails...—. En teología Cano o Berti, Natal Alexandro o Fleury. Menos encomios merecen sus propuestas para medicina, cánones o leyes, que reduce a escaso tiempo... En leyes es verdad que trae la historia, con Gravina o Gotofredo para el romano, las leyes de Castilla y el derecho público, pero se nota que no es un especialista (205).

No se lograron reformas decisivas en el reinado de Carlos III, ya que no se alcanzó a fundar una universidad pública. ¿Culpa? La oposición de los dominicos, que, en las reformas fueron los aliados del poder; sobre todo, la escasa decisión del consejo para imponerla. ¿Por qué? Creemos que las reformas ilustradas tenían un límite para no despertar enconos y complicaciones en las diversas universidades. Y aunque la supresión de la universidad javeriana y la ocupación del colegio de San Bartolomé propició unas posibilidades de reforma, éstas no se cumplieron después. Una vieja estructura de la universidad de Santo Tomás y los colegios fue más fuerte que los intentos de reforma de Moreno y Escandón primero y del arzobispo virrey Caballero y Góngora después...

V. LOS PLANES DE LAS UNIVERSIDADES CASTELLANAS

Una introducción general

Es importante la legislación que se vierte sobre nuestras universidades en tiempos de Carlos III. En ella se regulan diferentes puntos, de mayor importancia, como es la regulación de los grados o las formas de proveer las cátedras, o también la extinción de las jesuísticas o el juramento contra el regicidio y tiranicidio... Pero las piezas esenciales de la reforma son los planes: una reorganización de cátedras y enseñanzas, una estructuración de las carreras, un método de enseñar, unos libros modernos por donde injertarse en la ilustración... Puede decirse que planes y cambio son una cosa idéntica, sin quitar importancia

(204) *Documentos...*, V, 235, 136-140.

(205) *Documentos...*, V, núm. 235, 143-156.

a los retoques que, en Salamanca o en otras, se introducen sobre los poderes universitarios. Las luchas salmantinas que examinamos, entre el rector y el maestrescuela, nos indican con acuidad que en algunos puntos se estaba profundizando; después, al fin del reinado, en Valencia hemos de ver asimismo una honda mutación por obra del rector Blasco.

En los primeros momentos de la reforma —aun antes de la expulsión de los jesuitas— pensaron los ilustrados Roda o a Campomanes que era posible un plan único para los diversos establecimientos de enseñanza. La memoria atribuida a Campomanes (206), aunque tan sólo se preocupa de líneas generales, es sin duda, una muestra de esta primera y más optimista vía. El encargo a Mayáns de redactar un plan general para todas las universidades está en esta misma línea. Sus páginas respiran ilustración y sirven para entender qué pensaba el erudito y cuáles eran los deseos reformadores de aquel tiempo (207). No lo analizamos aquí, ya que no llegó a ser ley o norma, sino quedó como inspirador y base de los distintos planes que se iban dando a las universidades —su fecha 1 de abril de 1767, nos indica su primacía en el tiempo—. También el plan, del arzobispo salmantino Tavora y Almazán, publicado hace poco por el historiador francés Saugnieux —poco antes de morir, por desgracia— nos habla de materiales preliminares y de esa intención precoz de establecer una norma para todos (208).

Pronto cambian de idea los reformadores. Sin duda, la variedad que tienen las instituciones del antiguo régimen —más o menos ricas, con más o menos cátedras y facultades— hubiera hecho muy difícil la imposición de un solo plan; hubiera sido estrecho para Salamanca o Valladolid, mientras otras universidades menores no podrían alcanzar a establecerlo. La reforma hubiera sido más contestada, al no tener en cuenta la varia situación de cada una de las universidades.

Se prefiere hacer las reformas para cada una de ellas. Y se empezaría por Sevilla, en donde Olavide, asistente entonces, con ocasión de su traslado a la casa que dejan los jesuitas, redacta, con ayuda de algunos profesores, singularmente Zeballos, un nuevo plan (209). No vamos a entrar en su análisis —es pionero y algo diferente a los que después se van a dictar desde el consejo para las universidades castellanas—. Su discurso preliminar señalaba que los dos

(206) *Discurso crítico-político sobre el estado de la literatura de España y modos de mejorar las universidades y estudios del Reyno*, edición de J. E. García Melero, Madrid, 1974, que analizamos en M. y J. L. Peset, «Poderes y saberes...», 76-83.

(207) M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayáns y la reforma universitaria*, en que se publica el plan mayansiano y se hace una valoración de sus postulados.

(208) J. Saugnieux, *La ilustración cristiana española. Escritos de Antonio Tavora (1737-1807)*, Salamanca-Oviedo, 1986, fechado el 28 de julio de 1767. Un análisis de este plan en A. Mestre, «Ilustrados y reforma universitaria: las «escuelas», *Universidades españolas y americanas*, 395-402.

(209) P. de Olavide, *Plan de estudios para la universidad de Sevilla*, edición de F. Aguilar Piñal, Madrid, 1969, el editor estudió también *La universidad de Sevilla en el siglo XVIII. Estudio sobre la primera reforma universitaria moderna*, Sevilla, 1969.

grandes obstáculos para la mejora eran el espíritu de partido o de escuelas, y la escolástica, que había quedado anticuada en las aulas. Sus propuestas son bastante novedosas en las distintas facultades y alcanzaría su aprobación en 1769.

Pero el mecanismo general para la elaboración de planes se desencadenaba en 1770, al unificar el número de años y examen para el bachiller en todas las universidades. El consejo les exige que remitan planes que se ajusten a aquella real cédula y tras dictaminarlos el fiscal, se van aprobando. En 1771 se aprueban los de Valladolid y Salamanca, un año después, Alcalá de Henares, las tres universidades mayores; en 1772 Santiago y dos años más tarde Oviedo; los últimos Granada 1776 y Valencia 1786... Significaban el esfuerzo máximo por elevar niveles e ideas en la enseñanza... (210).

Valladolid se reforma

Fue esta universidad una de las primeras reformadas —junto a Salamanca— y, en consecuencia, fueron decisivas sus valoraciones para la nueva estructuración de las enseñanzas. Formó su plan por la real provisión de 12 de julio de 1770 y en 1771, se le reformaba y se imprimía (211). Las diversas facultades fueron objeto del informe —junto a otras cuestiones— así como de dictamen fiscal.

En gramática querían que se usasen cinco años, los tres primeros en los rudimentos de la lengua latina, y ya desde el segundo la griega; en cuarto año la sintaxis de ambas —Cicerón, Luciano, Jenofonte...— y en el quinto se seguiría, ya componiendo, con Tito Livio, Salustio y Homero. En el sexto la retórica y poesía, a la vez que cursan aritmética, álgebra y geometría, para poder entender los libros de los filósofos modernos. También debían derivar a partir del cuarto en el conocimiento de la lengua castellana. Pedían que se estableciese una cátedra de lengua árabe y otra de matemáticas. Como puede percibirse, había en aquel claustro —que por otra parte se extiende en sus grandezas y profesores del pasado— un buen olfato para los tiempos nuevos, ilustrados (212). El fiscal ordenaba la devolución de las cátedras que habían tenido los regulares de la compañía en el colegio de san Ambrosio, que el consejo mandó se mantuviese en pie, al par que prohibía cualquier otro estudio de gramática en la ciudad. Hacía las cátedras perpetuas y por oposición rigurosa. Por lo demás, le confirmaba el plan tal como lo habían propuesto, exigiendo que no pasen de clase sin

(210) Sobre estos planes, M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, en general, una visión sintética 103-197; A. Alvarez de Morales, *La ilustración y la reforma de la universidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1971; 3.^a ed., 1986.

(211) Se remitió el plan de la universidad en 11 de septiembre de 1770, en julio estaba aprobado, e impreso en aquel año 1771, siendo el primero: *Método general de estudios...*, citado completo en nota 37, de la primera parte.

(212) *Método...* Valladolid, 225-229. Acerca de estas reformas M. Torremocha, «Los estudiantes, los estudios y los grados», *Historia de la universidad de Valladolid*, 2 vols. Valladolid, 1989, I, 83-147.

estar aprobados, ni a facultad mayor si no se examinan de estas materias con rigor (213).

En artes, en cambio, innovó más. La universidad quería mantenerse en la forma anterior, sin más aditamento que convertir la cátedra de filosofía natural en experimental. El fiscal aplicó sus ideas con un curso de tres años que se ocuparía de lógica, metafísica y física. Introduce ya el bachiller diferenciado según a la facultad mayor a que se destine el cursante, pues mientras los teólogos quedarían en esta formación de tipo más tradicional, los médicos estudiarían física experimental y los juristas la filosofía moral por los libros éticos y políticos de Aristóteles (214). Es el esquema de estudios que se introduciría en Salamanca y en otras universidades.

En medicina tampoco va a encontrar eco su propuesta conservadora en los oídos del fiscal Campomanes. Quieren mantener sus cátedras tal como determinaban los estatutos, recordando sus glorias pretéritas, en las excelentes obras de esa universidad, que en un tiempo se imprimieron, tales como las de Mercado, Bravo de Sobremonte, Maroja... En este punto es poca su sensibilidad al cambio, por lo que se les impondrán las propuestas salmantinas.

Para el mayor aprovechamiento en lo futuro, pensamos, señor, muy útil el estudio hipocrático en sus obras genuinas y del Galeno en todo lo que siguió el rumbo de aquel grnde maestro, que es el de la naturaleza o es medio de la observación y experiencia que son los verdaderos fundamentos del raciocinio médico, huyendo de oscurecerle con los muchos sistemas que en todo tiempo se han suscitado, con grave perjuicio del adelantamiento de una facultad tan útil como necesaria (215).

El fiscal, en sus preceptos, admitía el estudio hipocrático —no Avicena, que ha sembrado de barbarie las escuelas— pero prefería insistir en que se estudiase la cirugía con las oportunas disecciones, o las cátedras de simples y aun de química, a la que asistirían los boticarios. Recomendaba la obra de Boerhaave, o la historia crítica de Daniel Leclerc y las viejas obras de Valles...

Donde se lució el claustro vallisoletano fue en derechos. La cercanía de la real chancillería, la magnífica tradición que tenían en esta facultad, explica que sus ideas se extendiesen a Salamanca —según vimos— y a otras universidades. Proponía que se estableciesen cuatro cátedras de *Instituta* —que explicasen, pues no tiene sentido dictar ahora que es difícil añadir cosa nueva a lo que se ha escrito— para formar dos cursos simultáneos de dos años cada uno, de modo que en cada año comienzan dos y terminan dos. Explicarían en ella el texto de Justiniano, introduciendo el derecho patrio, junto a los principios del

(213) *Método...*, Valladolid, 232-235, el consejo 253-254.

(214) *Método...*, Valladolid, 224-225, 235-237.

(215) Cita en 223, del *Método...*, Valladolid, en general sobre medicina 221-224, el fiscal 237-240. Véase la nota 14.

romano. Para este fin, recomiendan la *Instituta* de Berní, así como las *Instituciones* de Torres, que sigue, como Vinnio, uno y otro derecho. Si Berní no pareciese conveniente por estar en castellano cabría utilizar la de Antonio Pérez o el Vinnio. Esta sería una primera introducción que hay que completar con *Pandectas*, pues sólo en éstas se encuentra la materia completa. Podría hacerse su estudio por alguno de los compendios existentes de Zoesio, Heineccio o Wesemborgio que le parece más adecuado; deberá explicarse y realizar disputas sobre su contenido. El *Código* debe completar esta enseñanza, pues las *Pandectas* son fragmentos de la doctrina, mientras que en las constituciones del código justiniano se pueden aprender las constituciones que aquel emperador y otros cristianos dieron para regular las cuestiones. Asimismo, el *Volumen*, en donde se encuentra la parte de derecho público de los romanos, de que es calco nuestra actual monarquía. Serían pues, dos cátedras que explicarían este código —una de código y otra de volumen— por el libro de Antonio Pérez que al reunir los doce libros afecta a las dos. Quedarían las dos cátedras principales que se dedicarían a derecho real o patrio, pero como con cuatro años, según la cédula de 1770 se recibe el bachiller —en los viejos estatutos eran cinco— no se puede poner en este tramo de la carrera de leyes. La solución que se propone y que se impuso, para evitar que queden desiertas, sería ponerlas como estudio de licenciatura, aunque son pocos los que siguen hasta el grado mayor; y sobre todo, que sirvan como práctica o pasantía a quienes han de recibirse en los exámenes de consejos, audiencias y chancillerías... En las pasantías es indudable que pierden el tiempo los que a ellas asisten, sin ningún fruto —hace una buena descripción de lo que significaban—. También sugería la posibilidad de que sirviera para graduarse en cánones... El fiscal aceptaba las propuestas, que se impusieron, según hemos visto, en otras universidades: las cuatro cátedras de *Instituta* seguirían el texto romano, con los comentarios de Vinnio y de Antonio Torres —en lugar del derecho holandés del primero, formarían un cuaderno con las correspondientes anotaciones—. La cátedra de *Pandectas* o *Digesto* seguiría los autores señalados, como también las de *Código* o *Volumen* —sólo en esta última sustituía a Pérez por García Toledano. Después en quinto establecía las dos cátedras de leyes de Toro por Antonio Gómez, el más célebre de sus comentadores, y otra sobre el texto de la recopilación nueva, de sus libros y títulos. Les valdría por dos años de práctica (216).

La facultad de cánones, en sus estatutos, exigía para el bachiller que se cursasen cinco años en sus cátedras. Pero nadie se aventura en ella sin conocimientos de derecho civil romano, pues además están muy unidos los negocios eclesiásticos y los profanos. La misma real cédula de 1770 —origen de los planes— decretaba estudios de cuatro años para el grado menor. Propone que se inicie con dos años de decretales por la obra del padre Murillo, debidamente expurgada, con lo que se sabría todo lo referente a España e Indias; si no le

agradase, podría servir el Van Espen o el Cironio, tan extendidos en aquellos años de reformas. En el tercer año se estudiaría el Decreto de Graciano por Berardi —que es demasiado extenso— o por algún otro compendio en donde se pueda ver la materia de disciplina conciliar, o el Antonio Agustín; se explicará en dos cátedras por la mañana y por la tarde. En el cuarto año, concilios generales y nacionales, cátedras de mañana y tarde por Aguirre y por Cabasucio, mientras se suprimía la cátedra de sexto, cuyos decretales de Bonifacio VIII se podrían añadir a la colección de Gregorio IX y su explicación. El fiscal aceptaba las ideas de aquel claustro sin apenas modificaciones (217).

Por último, en teología, es de nuevo conservador el claustro. Pues no conviene variar, decía, por ser las fuentes limpiísimas y lo contrario sería exponer a maestros y discípulos a que diesen en el escollo nocivo y donde se busca la triaca se encontrase el vaso de ponzoña. En la abolida cátedra de Suárez se explicarían lugares teológicos por la obra de Cano —en esto habría reforma—. Mantenía las escuelas, tan pujantes en aquella universidad, de modo que, en el segundo y tercer año —o en otros— asistían a la cátedra de santo Tomás, dominica, a la de santo Tomás *pro universitate*, la de santo Tomás por los padres clérigos menores, a la de Escoto de los franciscanos o *pro universitate*, la de Durando o la de san Anselmo —en ésta se añadían concilios nacionales—. La cátedra de vísperas en el cuarto año explicaría concilios por Aguirre, en especial Trento. Mientras la Biblia se había cursado en el tercero y en quinto, la de prima leería al maestro de las sentencias, Pedro Lombardo; y enseñaría cómo puede hacerse la oposición con lucimiento. El fiscal no podía admitir estas soluciones, que no ordenaban suficientemente los cursos, con arreglo a la real cédula de bachiller. Tampoco se inclinaría por un voto privado del premostratense Manuel Díez, en que pretendía un curso de cuatro años para la teología escolástica, moral, sacramentaria y dogmática, sin acepción de escuelas. Después dos cátedras de teología moral, durante tres años y las restantes una para antiguo y nuevo testamento, la segunda para concilios generales y particulares de España, la tercera de disciplina y la cuarta de historia eclesiástica. Iba más en línea con el pensamiento que se ha de imponer, pero también difería.

El fiscal simplifica y a un tiempo impone el tomismo que deberá predominar en estos planes. En primer curso no hay problema, pues está de acuerdo en la exposición de los lugares teológicos por Melchor Cano. Después cuatro años, en donde, quitadas las opiniones, quiere que se explique la escolástica con la *Summa* de santo Tomás, sin perjuicio de dar noticia de las doctrinas de Escoto y de los autores posteriores al santo de Aquino. Se nombrarán teólogos que anoten y entresaquen las cuestiones inútiles y reflejas. En el quinto año —dejan sin contar lugares— se expondrá la escritura por los tratados de Martín Martínez de Cantalapiedra. En el sexto asistirán a prima y vísperas, donde se expondrán

(216) *Método...*, Valladolid, 201-214, 240-243, también el consejo retoca algún punto final.

(217) *Método...*, Valladolid, 215-221, 243-246.

concilios generales y nacionales, mañana y tarde, advirtiéndolo que es propio de la iglesia de España y de la regalía del monarca. Algunas advertencias sobre que expliquen sin dictar o que mantengan la hora de poste a la puerta del general o aula, o sobre la lección inaugural, completan sus advertencias (218).

Esta fue en cada una de las facultades la nueva ordenación de sus enseñanzas. Valladolid se mostró acertada en sus propuestas para leyes y cánones, en todo lo demás fue bastante conservadora, siendo el fiscal y el consejo los que introdujeron los cambios. Aunque en algún sector, como en teología, optaron por el tomismo estricto, ya que no se atrevían o no veían las nuevas tendencias existentes; importaba al consejo, aquí como en cánones, personas formadas en beneficio del rey, pero, por convicción, no adujeron autores más modernos o peligrosos —con la excepción de Van Espen, tal vez—. En medicina fue el propio consejo quien por encima del dictamen fiscal aplicó las soluciones salmantinas a aquel centro (219). En general, dieron con estas normas y las salmantinas el cauce por donde habían de discurrir las nuevas universidades. Se había escogido una solución, y más o menos se aplicó a los distintos casos. No se intentó un plan general para todos —eran muy diferentes— pero las líneas generales que se establecieron en Salamanca o Valladolid fueron repetidas, una y otra vez, adaptadas a los establecimientos de ambas orillas del Atlántico. Significaba una renovación, sin duda; unos criterios pedagógicos en el método de enseñar, igualdad de las cátedras, conservación de los actos o las disputas, unos autores más modernos... Regalismo estricto, conciliarismo e historia para debilitar la disciplina eclesiástica nueva o una vuelta al tomismo podrían resumir este intento.

El plan de estudios alcalaíno

La universidad de Alcalá de Henares también fue reformada. Los cambios, al afectar también a san Ildefonso, el colegio en cuyo seno estaba la universidad, fueron más profundos que en Salamanca. Sin embargo, no existe una bibliografía semejante a la de aquella, por haber desaparecido y no sentirse Madrid continuadora de Alcalá a pesar del traslado (220). Hoy se ha perdido la pers-

(218) *Método...*, Valladolid, 194-201, 247-252, además del voto particular de Díez, hay otro de menor interés, con algún retoque sobre éste.

(219) *Método...*, Valladolid, 254-259, si se compara con Salamanca, en la parte segunda, se pueden ver las coincidencias; no las reproducimos para evitar repeticiones.

(220) J. de Entrambasaguas, *Grandeza y decadencia de la universidad complutense*, Madrid, 1972; acerca de una época y un estamento, J. L. Peset, E. Hernández Sandoica, *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, 1985, quienes, en breve, publicarán una historia de esta universidad. Recientemente sobre esta institución trasladada a Madrid, J. M. Pérez-Prendes y Muñoz de Arraco, «Para la historia de una universidad sin nombre», *Claustros y estudiantes*, II, 177-198.

pectiva de su grandeza, de modo que no se concibe que fuera una de las más importantes del orbe hispánico. La fundación de Cisneros tuvo gran esplendor, numerosos fueron sus alumnos y notables —al menos por su número— los profesores. En la época de Carlos III brillaba Alcalá entre las más famosas...

Su plan tiene profundas diferencias con el salmantino. Como en él existe un informe de la universidad sobre el que el fiscal realiza mejoras y cambios; al final, casi no pueden reconocerse sus propuestas para las distintas facultades. Con ocasión de una consulta para variar la cátedra de sexto de cánones y de decretales menores, en dos de instituciones canónicas, el consejo le ordenaba que hiciese un plan nuevo:

Ha acordado así mismo el consejo que esa universidad en el claustro pleno, y en el término preciso de quarenta días forme y arregle, con la posible brevedad y con separación de facultades, un plan metódico para la enseñanza de ellas, arreglándose a la mente de su fundador; pero sin detenerse escrupulosamente en las asignaturas prevenidas en las constituciones, que por ser antiguas, acaso serán menos útiles que las que hoy puedan establecerse, a cuyo efecto podrá suprimir o variar el destino de algunas cátedras (221).

Todos los años empezará curso en cada facultad, que tendrá tres o cuatro años, y seguirían los maestros con los mismos discípulos. Habrá lecciones de mañana y tarde —en éstas repaso— y se explicará sin escribir o dictar, recomendando los autores más adecuados y útiles para la enseñanza de los principios y fundamentos de las ciencias. Se establecerán sin falta, cátedras de filosofía moral para juristas, lugares teológicos; una de aritmética, álgebra y geometría y otra de física experimental, esenciales para medicina.

¡Buena idea de los principios básicos de la reforma! En esta carta orden se especifica que estudien los alumnos con su profesor varios años y que se creen nuevas cátedras propias de los tiempos ilustrados, de las luces. La enseñanza sería panorámica o de principios, con un buen manual al lado y una explicación fluida, que no pretenda componer apuntes o un librito. Si añadimos que se encomendó el poder en aquella universidad a una especie de delegado regio, que fue rector del colegio en todo el período, que informaba de las cátedras y organizó la separación de las rentas entre colegio y universidad —un poder fuerte— comprendemos bien la doble vía de intervención del consejo: enseñanza nueva y poder dependiente (222).

(221) Carta orden de 28 de noviembre de 1770, en *Real provisión*. Alcalá, 1772, véase el título compuesto en nota 37 de la primera parte, cita en 1, en general 1-4.

(222) Acerca de este proceso pueden verse los legajos de la universidad de Alcalá de Henares del archivo de Simancas, gracia y justicia. A través de ellos cabe seguir el desmantelamiento o separación de universidad y colegio. También M. y J. L. Peset, *La universidad española...*, 333-340, sobre sus rentas y «Política y saberes...», 46-49.

Gramática y lenguas

Tras una breve noticia de la historia de estos estudios en Alcalá, la universidad hacía constar que existía, en aquel momento, un solo catedrático y un pasante para la enseñanza latina —que en vano intentaron conseguir los jesuitas en el xvii—. Propone que no se aprenda la gramática en latín, sino que conforme a la propuesta mayansiana, se haga en castellano (223). Otros libros podrían ser Sánchez de las Brozas —muy estimado por Mayáns—, Vosio, Julio César Escalígero y otros, así como uno inédito del profesor complutense Juan Francisco Pastor. Después describe con minucia cómo se ha de realizar la clase, con preguntas, explicaciones, repasos, sabatinas, etc. Las horas o los contenidos de la asignatura y una enumeración de los libros de autores clásicos que deben utilizarse. En fin, prescindimos de mayores descripciones pues es materia menor en el rango universitario...

Había también en tiempo de Cisneros una cátedra de retórica para enseñar mañana y tarde, en que se aprendía la poética, complemento de la gramática. Luego aumentó hasta cuatro por el gran concurso de estudiantes, pero todas desaparecieron con posterioridad. Todavía quedan algunas oraciones que muestran la altura a que estaba la oratoria, cuando en el día suelen decirse extravagancias. En 1734 se repuso la cátedra para Juan Francisco Pastor, pero muerto en 1764 estaba vacante. Convendría reponerla... de este modo se aprendería el bien decir utilizando a Mayáns, Cesena, Pedro Simón Abril o Heineccio (224). Deberán ser examinados de esta materia quienes pretendan cursar facultad mayor, por un tribunal nombrado por el claustro y formado por el catedrático y dos graduados. La lengua griega tuvo gran esplendor, como acredita la *Políglota* y se establecieron becas en colegios ya desaparecidos, que hoy se hallan en el trilingüe. Hubo hasta tres cátedras, pero se suprimieron, salvo el período en que se encargó también Pastor. La utilidad del griego es grande, aunque Feijoo diga que hay traducciones, pues hay que ver los originales o traducirlos. No es verdad que no se vean traducciones de helenistas —grecizantes dice el fraile asturiano— cuando hace poco ha salido el periplo de Hannón cartaginés con admirables notas de don Pedro Rodríguez Campomanes. Conviene que se restaure esta enseñanza para poder leer la Biblia y los santos padres. Los autores que recomienda son la gramática de Port Royal en francés o la italiana de Padua hasta que salga alguna en castellano. El mejor diccionario, dicen, es el de Cornelio Escrevelio, también Budeo, Adriano Junio, Longolio, etc. Parece que tienen buenos conocimientos los autores del plan y están dispuestos a mejorar las enseñanzas. La lengua hebrea —llave de la sagrada escritura, según observaba Martín Martínez de Cantalapiedra, la usa Campomanes para aclarar algunas voces del periplo— también tuvo una y después dos cátedras. Quedó

(223) *Real provisión...*, Alcalá, historia 6-11, cátedras y su enseñanza 11-16.

(224) *Real provisión...*, Alcalá, 18-22, los libros y su valoración en 21.

sin cubrir desde el siglo xvii y sigue vacante a pesar de la orden del consejo de 1763. Hasta la de lengua arábiga que nunca existió, deberá ser erigida; incluso tratan de las posibilidades de la caldea o samaritana (225).

El fiscal Campomanes, en su dictamen o respuesta, resumía la historia de la universidad y de sus cátedras de lenguas, haciendo ver que el claustro clama por su reposición —tal vez exagera un tanto los deseos de aquellos profesores—. De las nueve que existían en el xvi no queda más que una cátedra de gramática y una pasantía, que es transitoria y mal pagada. La supresión es contra la mente de Cisneros y el esplendor y adelantamiento de aquella facultad —incluso la de árabe será útil para conocer etimologías de palabras hispanas, para la historia y para la predicación en el norte de Africa—. «Siguiendo los deseos del claustro de la universidad de Alcalá es el fiscal del dictamen de que deben establecerse» (226). Propugnaba cinco cátedras: dos de gramática para menores y medianos, en que aceptaba como texto la mayansiana, con gran utilización de los clásicos que enumera. Los medianos asistirán ya a griego —por la gramática de Vergara que fue hijo de aquella universidad— a que asistirán también los colegiales grecistas del trilingüe. No se podrá pasar de una a otra sin examen para demostrar conocimientos. La de retórica, de carácter más general, para todos, usará Heineccio, Mayáns, Escalígero... Las de lengua hebrea y arábiga serán para los colegiales del trilingüe, así como para teólogos, una vez terminada la carrera, pero como mérito en oposiciones a prebendas o como calidad en los exámenes de grado mayor, para llenar el reino de escrivistas y sobresalientes teólogos... Señalaba con ese reglamentismo que ya apunta en los ilustrados, quiénes formarían los tribunales y trincas en la oposición a cátedras o los fondos con que se pueden dotar hasta que sean delimitadas las rentas del colegio —fondos de la universidad, pagos de los discípulos o propinas de exámenes, cátedras extintas de gramática en Castilla la Nueva por no cumplir los requisitos legales, algunos beneficios que pudieran agregarse, etc.—. Obliga a tener sabatinas a los catedráticos, así como un acto anual y el de retórica se encargaría de la oración inaugural del curso...

Artes o filosofía

La universidad distinguía entre las cátedras de matemáticas y las de filosofía, si bien el fiscal unificaría estos saberes. Se reconocía que los autores señalados para los tres años de matemáticas eran muy antiguos, aunque célebres les faltaban las partes más modernas... Tendría un primer curso, con cátedra específica, para geometría, aritmética y álgebra; después, el catedrático de matemáticas explicaría en cuatro cursos la trigonometría, aerometría, mecánica, hi-

(225) *Real provisión...*, Alcalá, 24-29, 29-32, 32-35.

(226) *Real Provisión...*, Alcalá, cita en 179, en general 177-186.

drostática, hidráulica, óptica, catóptrica, dióptrica y perspectiva, astronomía, geografía, cronología y gnómica, pirotecnia, arquitectura militar y civil. Tenían los claustrales clara idea de la necesidad de máquinas e instrumentos.

Mas para que se puedan hacer las observaciones se necesitan instrumentos; por tanto, juzgamos que será preciso hacer surtido de máquinas, esferas, globos, y demás concernientes, asignando algún fondo para su perpetuidad y reparo, y para formar, o comprar los que de nuevo se fueren inventando; porque son éstas unas ciencias, que para poder actuarse bien en ellas, necesitan la vista ocular de muchas cosas, que con ella se imprimen mucho más, que con las líneas con que se figuran en los libros (227).

En cambio no saben qué libro recomendar, ya que en su mayoría son muy extensos —Dechales, Wolff, Newton, Tosca...—. Se deciden por el compendio de Wolff, hasta cuando en la universidad se produzcan obras más útiles.

La filosofía se explicaba por ocho catedráticos, agrupados en dos núcleos, para que cada año se inicien dos cursos y sigan en su ascenso a los estudiantes. Los viejos textos establecidos en 1510 están anticuados, era esencialmente Aristóteles. Había también diferentes escuelas, de jesuitas con el probabilismo de Molina o dominicos con la refutación de Báñez. Todo esto ha quedado destruido con las nuevas reformas. Alcalá propondrá que se estudie lógica, metafísica y ética o filosofía moral —en todo caso los médicos asistirían a matemáticas y a física moderna—. Para designar el libro se duda, pues habiéndose visto los mejores no se acaba de ver las ventajas ni en Jacquier, Corsini, Brescia —que es muy largo— Genuense... Hasta que se escriba uno la universidad podría usar el texto de Paris, titulado *Institutiones philosophicae in novum methodum digestae*, al parecer del abate Leridan. Como no tiene física, se puede seguir a Musschenbroek con notas del Genuense...

Describía las cátedras existentes y sus salarios, pidiendo que se aumentasen para que pudiesen mantenerse, así como que se les den premios que les animen en sus tareas (228). El fiscal se congratula de la desaparición de las escuelas y opina, como el claustro, que pueden darse estas materias con menor número de cátedras; tres cátedras formarían un curso, que puede seguir la obra de Leridan, por no ser de partido alguno —lógica, metafísica y física—. Los médicos asistirán también a física experimental, estudiando los filósofos modernos. Los juristas asistirán un año a la cátedra de filosofía moral o ética... (229). Es el bachiller con diversos estudios según las carreras mayores que ya vimos para Salamanca.

(227) Cita en página 38 de la citada *Real provisión*.

(228) *Real provisión...*, Alcalá, 35-40, 40-60.

(229) *Real provisión...*, Alcalá, 187-196.

Facultad de medicina

En esta facultad, el fiscal tiene una idea clara de qué se debe enseñar; la propuesta salmantina se había impuesto a Valladolid y ahora Alcalá. Suprimía la cirugía, pues está cerca el colegio de Madrid a donde pueden ir a estudiar, y configuraba la carrera médica de la siguiente manera. Dos cursos primeros de instituciones médicas, por Boerhaave con los comentarios de Haller y de Van Swieten, con la coetilla de siempre que nunca se hizo realidad: «mientras la universidad no produce una obra mejor». Mientras asistirían los cursantes a la cátedra de anatomía, por el libro de Martín Martínez. El tercero y cuarto curso estudian aforismos de Hipócrates y epidemias, con Valles, hijo de aquella universidad (230).

La propuesta alcalaina era ciertamente muy pobre y confusa. Un elogio al doctísimo Hermann Boerhaave y su *Methodus discendi medicinam* iniciaba su informe, que, a continuación daba noticia del estado de las cátedras y de la escasez de sus salarios; las cuatro de medicina mal pagadas con la obligación de asistir al hospital de estudiantes, sin esperanzas de ascenso... La cirugía y la anatomía, no mejor remuneradas, estaban vacantes desde hacía tiempo. La decadencia se había adueñado de la facultad de medicina de Alcalá.

y las dos de cirugía y anatomía con ejercicio, el que faltará, si a V.A. con su poder, y zelo no les pone dotación competente, con la que no tengan que mendigar; y de este modo sin duda habrá más concursantes, más graduados, más opositores, y mejores maestros, que cuiden con esmero de la enseñanza pública (231).

Facultades de jurisprudencia

Tampoco leyes había tenido excesiva altura en esta universidad, más teológica y clerical. En cambio, cánones sí logró mayor desarrollo. El informe de la universidad empieza por un elogio del monarca, que acomete con estos planes una elevada empresa.

Hija de las más altas ideas que se pueden concebir en el católico zelo, que todos los días nos demuestra el sabio monarca, que dichosamente nos gobierna; propia de un príncipe, que con su mano poderosa nos conduce al destierro de la ignorancia, fuente y principio de los mayores males de una república cristiana; y digna en fin de un legítimo descendiente del gran Luys XIV de Francia, último restaurador de las ciencias de aquel reino (232).

(230) *Real provisión...*, Alcalá, la respuesta fiscal 196-200.

(231) *Real provisión...*, Alcalá, cita en 65, en general 61-65.

(232) Cita en 105 de la *Real provisión...*, Alcalá.

Sigue con ditirambos sobre Luis XIV, que premiaba a los que sobresalían en desterrar la ignorancia, y era consciente de que el imperio de la tierra está ligado al de las ciencias. También el consejo sabe que las naciones más cuidadas de las ciencias y artes aventajan a las demás. y, tras largos párrafos retóricos, busca establecer un plan que conserve las tradiciones cisnerianas que tanto lustre dieron a aquella escuela, y renueve los estudios. Desde Cisneros acá, la decadencia es notoria y el remedio muy necesario. La principal corrupción es que los estudiantes no acuden a las clases, sino se preparan con repasos con quienes no están autorizados para la enseñanza... El daño es grande, pues en jurisprudencia se requiere en los primeros pasos la constante atención de los maestros, los escritos deben auxiliarse con lecciones. Este es un trastorno que sólo se experimenta en esta facultad. Tal vez las materias no correspondan al interés de los alumnos, ni los escasos salarios estimulen a los maestros.

En esta universidad no se dan grados de derecho civil, sino tan sólo de canónico. No hay más que dos cátedras de *Instituta*, que sirven para completar los estudios de los canonistas, pues el fundador Cisneros prohibió que se enseñase el derecho de los romanos. Convendría que se derogase la constitución prohibitiva, para que se enseñen ambos. En París, donde también se prohibió en el siglo XIII, se había introducido con posterioridad, graduándose *in utroque* en este siglo. A la vista de la práctica de aquella universidad, que sirvió de modelo al cardenal fundador, se podrían establecer aquí también los grados en derecho civil. En cánones existen seis cátedras por lo que se puede formar mejor el curso de esta facultad.

Otra cuestión que les preocupa son los salarios, que en algún tiempo estuvieron al arbitrio del rector y consiliarios, hasta que una reforma los fijó. También llamaba la atención hacia el estudio de las lenguas clásicas, tan importantes para esta facultad. Por lo demás, proponía un curso de derecho civil y otro de canónico —entendido por tal una carrera continuada de una y otra materia—. El derecho de los romanos es importantísimo, hasta los judíos y los turcos lo usan, aduce. Ese tesoro de la antigüedad reúne el derecho natural y los principales puntos de la moral: «en una palabra, el Cuerpo del derecho civil es un compuesto de la sabiduría y probidad, de la política y prudencia humana, de la justicia y la equidad». Pero, dado que no tienen tradición, se conforman con que se sepan sus principios y términos, para que les baste para la interpretación e inteligencia de mayores dificultades. Como señaló Justiniano en *Instituta*, hay que empezar por un estudio simple, para pasar a otro más complejo —los dos primeros años se aprenderá aquella, como era general en todas las universidades—. Hay que aprenderla de memoria, para no variar los términos tan precisos y el estilo tan puro que luce. Se puede completar con los comentarios de Vinnen o si se considera mejor Heinecke o con el *Theophilus* de Daniel Galtier, editado por Mayáns. Se hará una paráfrasis de los textos, para que puedan ir aprendiendo a argumentar conclusiones privadas que el maestro corregirá.

Por una parte aquella noble emulación y estímulo del lucimiento, por otra el calor que toma la imaginativa en la disputa, ponen al entendimiento en una provechosa agitación, que conduce mucho para los progresos. Fuera de eso, el llegar a herir la dificultad con aprobación del maestro y circunstantes, hace perceptible el fruto al mismo que lo consigue, a los demás sirve de espuela y a todos los conduce insensiblemente (a) mayor estudio y aplicación, aprovechando duplicadamente la explicación que hiciere el maestro al tiempo oportuno de la disputa: esta explicación siempre es una cosa útil, más no excita, por decirlo así el apetito de la atención de los jóvenes en las lecciones regulares, tanto como quando recae en el ardor del argumento; entonces convence de tal modo y se imprime con tal tenacidad, que se borra difícilmente, y trae otro mayor beneficio, que consiste en despertar el amor al estudio, disposición muy apetecible en los principiantes (233).

En suma, Alcalá se encuentra con su informe dentro de formas arcaizantes de la vieja enseñanza. Sirven para aguzar el ingenio y prender mejor la atención, para valorar al alumno y concederle la cédula de pase en estos primeros años, en que se debería desalentar a quienes no avancen... Al final del segundo año se aprendería, también de memoria, los títulos de *Digesto de verborum significatione* y *de diversis regulis iuris*, incluso algunas reglas de jurisprudencia, de interés para el derecho civil y canónico. En estos dos años se harían concordancias con las leyes reales.

La carrera de cánones la ven más completa los informantes, hay una tradición indudable. Así mismo contemplan con tino la cuestión de las regalías: hay, dicen, muchos autores que sostienen tendencias contrarias a los derechos regios, por lo que resulta difícil ordenar esta carrera y señalar los libros por donde se ha de estudiar. También van a apelar a un estatuto de la universidad de París, sobre que se aprenda previamente la filosofía, las lenguas griega y latina y las instituciones civiles. Señalan dos años de instituciones canónicas, con unas prenaciones para conocer sus conceptos más esenciales, la forma de citar el *corpus iuris canonici*, las rúbricas. Prefiere a Cironio sobre la Paratitla de Andrés Valense, por estar exento de toda idea antirregalista; menor interés le suscita Fleury, a pesar de su valía, por no seguir todas las rúbricas de las *Decretales* o haber omitido algunas... En el año segundo, duda entre los distintos manuales Pedro Gisbert, Engel, Zoesio, etc., por su actitud ante las regalías, su ultramontanismo o la dificultad para encontrarlos.

Tras estos cuatro años, dos civiles y dos canónicos, puede concederse el bachiller, sin atentar a la norma de 24 de enero de 1770, con la defensa de un acto mayor o menor —es decir, más o menos largo en la argumentación—. Podría darse *in utroque*. En las viejas constituciones se exigían doce lecciones, pero se limitaban a repetir las de otros, aparte que según la nueva regulación del bachiller no se pedían (234).

(233) La cita en folio 132.

(234) Para toda esta parte, *Real provisión...*, Alcalá, leyes y cánones 124-148, bachiller 148-151, 151-158.

El informe o propuesta de la universidad también se ocupaba de los grados mayores en esta universidad, para los catedráticos y aquellos que quisieren recibirlos. Para la enseñanza se requiere una formación mucho más completa, para poder disolver dudas o penetrar en los problemas de los derechos. No se trata de un saber práctico —el mismo Cujas, se dice, era ignorante en la dirección de los negocios prácticos—, pues son dos oficios distintos que, «como ramos de un tronco, aunque se dividen a un cierto tiempo, conspiran a un mismo fruto y objeto». Deberían estudiar todo lo comprendido en los tres derechos, civil, canónico y real, y ojalá existiese una obra que compendiasse uno y otro. Estudiarían un primer año, las premoniciones de Doujat, que se ocupa del derecho canónico antiguo, con su historia: en el segundo, los concilios, tomando algún recopilador como Carranza, Cabasucio o Bails, acabando con el de Trento. Los otros dos años —tercer o cuarto de la licenciatura— se dedicarían al derecho patrio, singularmente las leyes de Toro. Una parte general, como tratado de *legibus, interpretatione, et epikeia* o equidad, se seguiría de una noticia general también de nuestra legislación y sus códigos, los autores que sean más interesantes para la práctica o por su doctrina: De este modo podrán oponerse a las cátedras o alcanzar grados mayores... (235).

El fiscal Campomanes se muestra tajante en su arreglo —cuando dictamina sobre Alcalá ya tiene la experiencia de Valladolid para derecho o de Salamanca, según hemos hecho notar, para medicina—. La constitución de Alcalá, dice, prohíbe el derecho civil, pero luego se han fundado cátedras, sin duda con aprobación regia, tanto de derecho romano como de canónico. Los estudiantes apenas concurren al aula más de dos meses al año, sin duda porque, al no ser un curso seguido, no reciben la instrucción que necesitan en las cátedras sueltas. Las ocho cátedras existentes pueden formar un curso de derecho canónico con las prescripciones que constituyen el método de Valladolid. Primero, deberán cursar un año de dialéctica y lógica y otro de filosofía moral. Después pasan a instituciones civiles, dos años con el mismo profesor, por Vinnio, Heineccio, Galtier, Voerdá, todos los propuestos por el claustro. También sería útil la obra de Torres, aunque altera el texto de Justiniano, dado que concuerda con el derecho hispano, como Vinnio con el «derecho belgico». Si hubiese tiempo podrán aprender los títulos de definiciones del *Digesto* a que nos referimos. Luego dos años de instituciones canónicas por Cironio el primero, el segundo por Zoesio y Engel, completados, añade el fiscal, por Van Espen. En el último año se aprenderá de *verborum significatione* de las *Decretales*. Y por lo demás,

Los catedráticos de instituta canónica deberán advertir las regalías de la corona, la protección real en materias eclesiásticas y las costumbres y derecho de España, para apartar todas las falsas ideas de algunos decretalistas: la materia

de censuras, la independencia de la soberanía en lo temporal, la conservación de las facultades nativas de los ordinarios, el derecho de los metropolitanos, las fuerzas y retenciones son asuntos que los catedráticos deben explicar en sus lugares, formando un quaderno usual para los discípulos (236).

Concluidos estos cuatro cursos, recibirán el grado de bachiller de acuerdo con la real cédula de 1770, bien en derecho civil, bien en canónico, pero con diferente examen, porque de no ser así, serían sus bachilleres de mejor condición que los de Valladolid o Salamanca.

El quinto curso es de derecho eclesiástico antiguo por el libro de Berardi, para distinguir las fuentes del *Decreto* verdaderas de las turbias o apócrifas. En el sexto se estudia los antiguos cánones, hasta Graciano —es decir la historia eclesiástica—. Se basa en Doujat y en Van Espen. El séptimo año de cánones se dedica a los concilios, los nacionales por García de Loaysa y los generales por Cabasucio y Bails. El octavo, sería de leyes de Toro por el comentario de Antonio Gómez, que serviría tanto a los licenciados como, en forma de práctica o pasantía, para quienes, acabado el bachiller, querían dedicarse al foro (237). No insistiremos más en el arreglo del fiscal ya que es semejante a Valladolid, cuya propuesta sirvió de modelo.

Facultad de teología

Queda por último esta facultad que había sido el centro en Alcalá de Henares. Cisneros la fundó con la vista puesta en los estudios sagrados, aunque a la altura del xviii no brillaban ya como antaño.

Traía dos dictámenes diferentes, uno del dominico Fray Tomás de San Vicente, el segundo de un monje basilio, el doctor Francisco Navarro.

El primero era esencialmente tomista: las cuatro cátedras de santo Tomás que tiene esta universidad explicarán la *Summa*, eligiendo determinadas cuestiones con las que establece un curso de cuatro años de teología escolástica; cada uno usará el comentador que le acomode, por ejemplo, dice, Juan de santo Tomás que fue catedrático de aquella universidad. La teología moral oscila entre el rigorismo y el laxismo —los dos peligros existentes—. Y se explaya en hacer ver los riesgos de cada uno y las reglas —con Graveson— para evitarlos. Seguiría a santo Tomás en la parte correspondiente de la *Summa*, completada por san Raimundo de Penyafort, Bancel, Besombes, Concina, Más y otros, en su mayoría dominicos. Asimismo la cátedra de *locis teologicis*, fundada sobre la suarista al extinguirla, explicaría por el dominico Melchor Cano —tan alabado, según se recoge, por el cardenal Palavicino—. Su buen latín y buena doctrina, el haber sido maestro de aquella universidad, apoya la elección, pero,

(236) Cita en folio 236, de la *Real provisión...*, Alcalá.
(237) *Real provisión...*, Alcalá, 210-220, 220-223.

(235) *Real provisión...*, Alcalá, 158-165, otras cuestiones 165-173.

en otro caso podría utilizarse Pedro Annato. En escritura se ordena que la cátedra explique el texto o reglas y principios para entenderlo; propone el libro de Lamy, oratoriano, que describe, completando el curso con nociones de oratoria sagrada. En la cátedra de filosofía moral, por constitución se explican los éticos, políticos y económicos de Aristóteles, se atendería al comentario del aquitanense, o por Genuense. Completaban la facultad —que apenas se retoca en esta propuesta— la cátedra del maestro de las sentencias y la de Escoto, que dejaba igual sin suprimir escuelas. Se debería erigir una cátedra de historia eclesiástica, por Graveson y Fleury. Después entraba en materia de asuetos, salario de las cátedras, cédulas de cursos, conclusiones, etc. (238).

En la propuesta del monje de san Basilio se dictaminaba sobre la asistencia a las cátedras o los modos de su provisión. Trataba de la filosofía moral y seguía en forma análoga con algunos detalles o autores que variaban del anterior. Seguía su tomismo, lugares por Cano y un curso por la *Summa* eran la base del estudio de la teología (239).

El fiscal achacaba esa variedad de propuestas al espíritu de partido que tan grave daño ha inferido a las escuelas. Veía en los dos informes el núcleo de una enseñanza semejante a Valladolid y Salamanca, y establecía estudios, en los que el tomismo apenas se veía decolorado por otras opiniones. El primer curso sería de lugares teológicos por Cano; era preliminar y no contaba para el bachiller, que requería cuatro, conforme a la real cédula tantas veces citada. Cuatro años de santo Tomás que se podrían distribuir por ser las partes de la *Summa* desiguales, conforme le pareciere a la facultad. En el quinto, la sagrada escritura por Martín Martínez de Cantalapiedra y por el aparato bíblico de Lamy, por la tarde la teología moral. En el sexto año historia eclesiástica por Natal Alexandro, y en séptimo los concilios por Carranza con lo que se acaba la licenciatura. Precisiones sobre el modo de proveer las cátedras o sobre las academias, terminaban las reglas que proponía el fiscal (240). Todavía se completaron sus indicaciones, ante las dudas de la universidad, por la real provisión de 27 de junio de 1771, referida sobre todo a horarios, métodos y autores, pero no se alteraba la estructura del plan (241).

Las tres reformas de las universidades mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá, que hemos examinado, fueron el paradigma de los cambios. Era el máximo que se podía lograr, dada la riqueza y número de cátedras y enseñanzas que tenían. En las otras no era posible tanto... Había que readaptar estas ideas centrales a universidades más pequeñas, con menores medios.

(238) Primer informe en *Real provisión...*, Alcalá, 66-88.

(239) Segundo informe, 88-104 de la *Real provisión*.

(240) *Real provisión...*, Alcalá, 200-209, consejo 231-236.

(241) Es la real provisión que se halla entre las órdenes de esta universidad, 193-262. Prescindimos de su análisis para no recargar estas páginas.

Santiago de Compostela, 1772

El plan de Santiago es interesante. Es universidad menor, pero reúne buen número de estudiantes de su zona, según se puede observar en las matrículas estudiadas por Isaura Varela (242). No recibe tan acendrada atención como las tres mayores castellanas, sin embargo se le concede un plan tardío. La política carolina fue espaciada, sucesiva, no porque se retrasen algunas universidades en sus informes, sino porque pretendió ocuparse primero y reformar las más preclaras, y después, extender a las otras sus criterios y normas. En el antiguo régimen cada institución es un mundo y, por tanto, había que reformar paulatinamente.

En enero de 1772 se remite una real provisión con el plan de estudios y arreglo de cátedras. Se decía que en el consejo se había visto en noviembre del año anterior el arreglo y reparto de cátedras hecho por el claustro, a incitación del consejo, así como lo expuesto por el fiscal —no se reproduce el original procedente de la universidad, por lo que no es posible juzgar de sus criterios— más bien encontramos un resultado final, que dictó el consejo. Es un trasunto de los planes de las universidades mayores que habían sido objeto de especial consideración por aquellos ministros. Nada existe publicado sobre el plan que permanece inédito en el archivo universitario de Santiago de Compostela (243). Está organizado como los demás por facultades pero, en cambio, por orden de preeminencia.

Teología

Para estudiar en esta facultad se leen tres años en filosofía por el libro de Goudin según propuso el claustro. Después pasan al primer año de teología: la cátedra de lugares teológicos por la obra de Melchor Cano, una hora por la mañana y otra por la tarde. Es curso preliminar y no cuenta a efectos de

(242) I. Varela, «La población universitaria de Santiago durante el siglo xviii», *Universidades españolas y americanas...*, 535-551.

(243) La bibliografía sobre Santiago es escasa, tan sólo mencionaremos el viejo estudio, en que no se menta apenas el plan, de S. Cabeza de León, E. Fernández Villamil, *Historia de la universidad de Santiago de Compostela*, 3 vols. Santiago, 1945-1947.

El plan se halla en tres legajos del archivo universitario con los títulos siguientes:

Año de 1772. Plan de estudios. Mazo 8.º núm. 2.

Real provisión que contiene un nuevo plan de estudios y arreglo de cátedras de esta universidad, el qual se manda cumplir y guardar.

Año de 1772. Plan de estudios. Mazo 8.º núm. 3.

Real provisión por la qual el consejo aprueba el plan de estudios propuesto por esta universidad según va inserto en ella.

Año de 1776. Sobre plan de estudios. Mazo 8.º núm. 4.

Real provisión del supremo consejo por la qual se señala un nuevo arreglo o plan de estudios, señalando salarios y mudando las asignaturas.

recibir el grado, como en las otras universidades. Los otros cuatro cursos se emplearán en la *Summa theologia* de forma ordenada por sus partes: la prima prima, prima secunda, secunda secunda y tertia. «Y para que los discípulos no varíen de maestro, deberán alternar los cuatro cathedráticos en la progresiva explicación de las cuatro partes de la Suma». Daba alguna norma de derecho transitorio, de modo que quienes acaban artes han de estudiar el próximo curso 71-72 —aunque no hubo tiempo para empezar esa aplicación del plan, según las fechas— *locis theologicis*, y los demás que ya estuviesen en teología se acomodarán a los cursos adecuados. Tras esos cuatro años podrán recibir el grado de bachiller.

Tras esa primera formación escolástica, los bachilleres o pasantes de teología asistirán en el quinto —si no contabilizamos lugares— a sagrada escritura, que tendrá aneja la prebenda electoral de la catedral. Por fin, en el sexto a teología moral y en el séptimo a historia eclesiástica. Si recordamos Salamanca u otros planes, vemos que el consejo y sus fiscales tienen clara idea de qué pretenden enseñar. En este nivel pueden recibir los grados de licenciado o doctor (244).

Cánones y leyes

Se configura como un apéndice de teología, la facultad de cánones, lo que constituye la mayor novedad de este plan. Tras cuatro años de teología se puede entrar en ella; o también con dos de leyes, lo que es más usual, como anticipo de la futura unión o fusión de las dos facultades jurídicas. Asisten dos años a instituciones canónicas, para poder recibir el bachiller en cánones. El tercer año cursan en la cátedra de decreto que tiene también aneja una prebenda; en cuarto la de vísperas, a través del texto regalista de Doujat. En quinto se explican historia eclesiástica y concilios generales por Cabasucio, otro regalista. Esta cátedra vimos que se utilizaba también para los teólogos. Se puede recibir ya el grado mayor.

La facultad de leyes tiene un perfil más delimitado. Los aspirantes a esta facultad deben haber estudiado en dos años sùmulas y lógica y filosofía moral. Después dos años de instituciones civiles, como en tantos otros planes, por el clásico Vinnio. Son cátedras que alternan para seguir con los mismos alumnos al igual que en el curso de teología. Tercero y cuarto en cátedras de digesto y código para poder, a continuación, graduarse de bachiller.

En quinto y sexto año asisten a instituciones canónicas, sin cuyos estudios no se puede progresar en la abogacía o la judicatura. En el séptimo estudiarán derecho público, que analiza los tres últimos libros del código de Justiniano. Es verdad que en aquel cuerpo legal se concentra el derecho público romano,

(244) Toda esta primera parte del análisis se basa en la real provisión de 27 de enero de 1772 —primera de la nota anterior— al no ir paginada, no podemos hacer referencias más estrictas.

pero mientras en Granada en 1776 se le daba un sentido más moderno aquí se limita a la tradición romanista. En el octavo y último —después mayor— las leyes de Toro por Antonio Gómez.

Medicina

La formación de los médicos requería un año de sùmulas y lógica, otro de metafísica y animástica —quiere decir el *de anima* de Aristóteles—, con un tercero de matemáticas por la mañana y aritmética, geometría y álgebra por la tarde, y el cuarto de física experimental. Para equilibrar el tiempo con otras facultades, valen los dos últimos por el primero de medicina. El segundo será de instituciones médicas por Boerhaave, con los comentarios de Haller y de Van Swieten —tan frecuentes en estas reformas—. En el tercero la otra cátedra de instituciones por los mismos autores. Mientras, asisten los estudiantes a la cátedra de Martín Martínez. El cuarto cursarán en la cátedra de método por los aforismos de Hipócrates, que al ser largos se distribuyen durante tres años. En este punto pueden obtener el grado de bachiller. Terminada esta fase primera asistirían dos años más a la última cátedra para oír la parte que no han cursado.

De otro lado los cirujanos tendrían una carrera paralela, entrelazada con la medicina. Tras la gramática latina —son cirujanos latinos— asisten dos años a anatomía, como los médicos, y en el tercero y cuarto a la cátedra de cirugía por Gorter.

Artes o filosofía

Por fin se ocupa de la facultad menor de artes. Se establecen, como se había hecho en Salamanca, distintos estudios según sea la facultad mayor en que han de continuar. Para teología, ya vimos, el curso de Goudin con lógica y sùmulas, metafísica y física aristotélica.

La cátedra que se quería erigir de lengua griega, aunque la universidad consideraba que no habría alumnos, se transforma en filosofía moral, para conocer los libros éticos y políticos de Aristóteles y servir para los juristas. Mientras las matemáticas, en cambio, serán para médicos, como también la física experimental. Tampoco se pone lengua hebrea que sólo pudo situarse en universidades mejor dotadas. Como se ve es el bachiller en artes múltiple, dependiendo de la futura facultad mayor a que se aspira...

Completaba el plan el establecimiento de una academia de matemáticas, como ya las había de ambos derechos o de medicina, para los cursantes de esta cátedra y de física experimental. Otra cuestión que había planteado el claustro era que de las treinta y tres cátedras existentes, veintinueve estaban vacantes —era una situación frecuente—. Se nombraban sustitutos, sin necesidad

de oposiciones que cobraban la mitad del salario; el consejo quería que salieran a oposición. También el claustro hizo notar que pocos estudiaban cánones por su longitud; ahora quedaba como las demás y el consejo insistía en su importancia para el ejercicio de la abogacía... Además, los dos cursos de instituciones canónicas, el de leyes de Toro y el de volumen servirían asimismo como práctica...

Pensamos que la universidad no propuso un plan como en otras, sino presentó una serie de observaciones que ahora se contestan y resuelven, como la prebenda de digesto, hace años vacante, y que no se cobra; se dice que se oficiará al arzobispo para que designe sustituto y goce de esa prebenda. Se pedía que las cátedras de prima fueran perpetuas, pero el consejo indica que hay un expediente aparte que ya se resolverá. Por el gran número de vacantes y para agilizar la oposición, piden que se hiciera una conjunta por cada facultad y que resuelvan rápidamente; también preguntaban si se debía opositar a las nuevas asignaturas o a las antiguas. El consejo pide paciencia, que sigan los sustitutos y se hagan las oposiciones para las nuevas asignaturas agrupando sólo las que son iguales, como las de curso o las de instituciones; las demás por separado empezando por las más altas y siguiendo por las otras..., éste era el contenido de la real provisión de 27 de enero de 1772.

Una nueva real provisión de 14 de noviembre de aquel año retocaba y mejoraba aquellas disposiciones. El plan compostelano se da en dos momentos sucesivos, aunque sea uno mismo su espíritu y su estructura. Respondía a una larga representación del claustro en que se le encargó formase el nuevo plan y acordó «en su obediencia, no sólo que con arreglo a ella se imprimiese el que incluya, sino que desde luego se pusiese en observancia... Y a este fin se dividiesen interinamente con tabiques las aulas de que se compone el patio, mientras no se ensancha y se fabrican de nuevo las suficientes al número de cátedras...» (245).

Hacía ver la universidad el problema que se suscitaba para las cátedras de lugares teológicos, escritura y decreto, pues según las concordias con el monasterio de san Martín y la iglesia catedral, sólo estaban obligados sus profesores a explicar una hora diaria. Después presentaba el plan que recogía las líneas vistas pero con especificación de textos y horas en que debería explicarse. Creemos oportuno resumirlo en un cuadro para evitar repeticiones en la descripción de estas páginas manuscritas.

(245) A partir de este punto se recoge la citada real provisión, sin paginar, que es la segunda de la nota 243.

Teología

Año preliminar	Lugares	Cano 9 a 10 y 3 a 4
Primero	1. ^a , 1. ^a	Summa 11 a 12, 4 a 5
Segundo	1. ^a , 2. ^a	Summa 9 a 10, 3 a 4
Tercero	2. ^a , 2. ^a	Summa 9 a 10, 3 a 4
Cuarto	3. ^a	Summa 10 a 11, 4 a 5
<i>Grado de Bachiller</i>		
Quinto	Escritura	Calmet 9 a 10, 3 a 4
Sexto	Teología Moral	Cuniliati 8 a 9, 3 a 4
Séptimo	Historia ecles.	Cabasucio 8 a 9, 4 a 5
<i>Grado de licenciado y doctor</i>		

Cánones

Dos cursos de leyes o cuatro de teología		
Primero	Instituciones	Cironio 10 a 11, 4 a 5
Segundo	Instituciones	Cironio 10 a 11, 2 a 3
<i>Grado de bachiller en cánones</i>		
Tercero	Decreto	Antonio Agustín 9 a 10, 3 a 4
Cuarto	Disciplina	Doujat 10 a 11, 4 a 5
Quinto	Historia y concilios	Cabasucio 8 a 9, 4 a 5
<i>Grado de licenciado o doctor</i>		

Leyes

Primero	Instituciones	Vinnio 9 a 10, 4 a 5
Segundo	Instituciones	Vinnio 8 a 9, 2 a 3
Tercero	Digesto	Heineccio 9 a 10, 2 a 3
Cuarto	Código	Wesembecio 10 a 11, 3 a 4
<i>Bachiller en leyes</i>		
Quinto	Inst. canónicas	Cironio 10 a 11, 4 a 5
Sexto	Inst. canónicas	Cironio 10 a 11, 2 a 3
Séptimo	Derecho público	Amaya 10 a 11, 4 a 5
Octavo	Derecho real	Gómez 8 a 9, 2 a 3
<i>Doctor o licenciado en leyes</i>		

Las cuatro últimas sirven como práctica, sólo harán falta después dos años para recibirse de abogado.

Medicina

Primero	Inst. médicas	Boerhaave 8 a 9, 2 a 3
	Anatomía	Martín Martínez 9 a 10
Segundo	Inst. médicas	Boerhaave 11 a 12, 4 a 5
	Anatomía	Martín Martínez 9 a 10
Tercero	Método	Aforismos 10 a 11, 3 a 4
<i>Bachiller en medicina</i>		
Cuarto	Método	Aforismos
Quinto	Método	Epidemias

Cirugía

Primero y segundo	Anatomía	Martín Martínez 10 a 11
Tercero y cuarto	Cirugía	Gorter 11 a 12, 4 a 5

ArtesTeólogos

Primero	Goudin 7 a 9, 2 a 4
Segundo	Goudin 7 a 9, 2 a 4
Tercero	Goudin 7 a 9, 2 a 3

Los juristas oirán un curso y los médicos dos.

Juristas

Filosofía moral	Aristóteles 10 a 11, 4 a 5
-----------------	----------------------------

Médicos

Matemáticas	Wolfio 8 a 9, 2 a 3
Física experimental	Purchot 9 a 10, 3 a 4

Latinidad y retórica

Retórica	Domingo de Colonia 9 a 10, 3 a 4
Gramática	1. ^a
	2. ^a
	3. ^a
	9 a 10, 30, 2 a 4, 30

Por fin se señalan academias de las distintas facultades los jueves y domingos. Y se daban una serie de reglas para el funcionamiento de aquel plan, para mejorar el anterior o arreglo de las reales cédulas: que las explicaciones en la facultad de teología, en las ocho cátedras sean simultáneas y que cada profesor y doctor haya de presidir un acto de conclusiones cada año, a los que estarán todos obligados a asistir, durante todos los jueves del curso.

En la misma norma se daban algunas indicaciones sobre el edificio de la universidad, que entonces se estaba construyendo,

Os mandamos que luego finalice este curso, comenzéis la obra, disponiendo los generales necesarios para la explicación de todas las cátedras, con arreglo a las horas de su explicación, porque en los mismos generales se pueden explicar en diferentes horas cátedras de distintas facultades, disponiendo también de tres generales grandes y capaces para los actos de la universidad, que se puedan tener a un tiempo en teología, derechos y medicina, y para los ejercicios de oposición a cátedras (246).

Alguna puntualización más sobre la necesidad de convenirse con el monasterio de san Martín y el cabildo de la catedral, para las cátedras que debían enseñar en la facultad de teología, terminaba esta disposición referente al plan compostelano...

La real provisión de 16 de agosto de 1776 (247), completaba el plan, con la traslación de la universidad al colegio que ocuparon los jesuitas, gobierno y administración y método de estudios, de acuerdo con el informe de la universidad de 1770 y dos representaciones del convento de san Francisco y de Fray José Gil de Taboada, benedictino que regentaba la cátedra de prima de teología, que ahora se quería convertir en lugares teológicos, cuando era de escolástica —también el colegio Fonseca se quejaba que habiendo enviado un doctor a la junta que aprobó el plan no se le dejó participar—. Se dieron, oído el fiscal, dos reales provisiones —que ha hemos visto— en 27 de enero de 1772 y 14 de noviembre del mismo año, y ahora, se incrementaban los gastos de la universidad hasta 24.115 reales y el convento de san Gerónimo 30.000. La cátedra que tenían los benedictinos se llamará *de locis theologicis*, pero conservará la categoría de prima, conservando todos sus honores y preeminencias. Recogía la orden general de que todas las cátedras fueren de regencia, bienales, trienales o cuatrienales, según el curso que hubieren de explicar —con exámenes en el final de curso, en julio, para que se puedan proveer a tiempo las plazas—.

Salarios de las cátedras de Santiago

8 de marzo de 1777

Teología

Cátedra de lugares teológicos (prima de la orden de san Benito)	2.200
Cuatro cátedras de curso para la Suma, cada una	3.100

(246) Pertenece a la real provisión de 14 de noviembre de 1772, véase la nota nuestra anterior. La hemos resumido en un cuadro, para evitar prolijidad.

(247) Esta real provisión complementaria es la tercera de las citadas en nuestra nota 243.

Cátedra de escritura, prebenda electoral de la metropolitana iglesia de Santiago	—
Cátedra de teología moral	4.400

Cánones

Dos cátedras de instituciones, cada una	3.700
Cátedra de decreto, prebenda lectoral	—
Cátedra de disciplina eclesiástica	4.500
Cátedra de historia eclesiástica y concilios	5.500

Leyes

Dos cátedras de instituciones civiles	3.700
Cátedra de digesto	3.700
Cátedra de código	3.700
Cátedra de derecho público	4.500
Cátedra de prima de leyes	5.500

Medicina

Cátedra de instituciones médicas, de prima	3.000
Cátedra de instituciones	2.500
Cátedra de método	2.000
Cátedra de anatomía	2.000
Cátedra de cirugía	2.000

Artes

Tres cátedras de filosofía aristotélica, cada una	3.000
Cátedra de filosofía moral	4.000
Cátedra de matemáticas	—
Cátedra de física experimental	4.000

Gramática

Cátedra de retórica	2.500
Cátedra de mayores	2.500
Cátedra de medianos	2.300
Cátedra de mínimos	2.200

Rector y dependientes

Rector trienal, cada año	600
Director bibliotecario	2.200
Tesorero.	
Contador.	
Secretario.	
Bedel.	
Maestro de ceremonias.	

Al final, una nota advierte que no se han puesto las que están en blanco, hasta que la universidad tenga razón más puntual de ellos.

Es el plan diseñado por las reales provisiones de 1772, un reflejo de lo que se había establecido para las universidades mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá: sus dimensiones son más reducidas y es difícil conseguir con las cátedras y medios existentes carreras completas. Se apela a prebendas o a la simplificación de las enseñanzas, porque, otra de las características de la reforma, es que no hay aplicación de rentas nuevas para realizarla. El poder ilustrado no dispone de dinero para las universidades, sino tiene que sujetarse a sus patrimonios, mayores o menores...

La universidad de Oviedo. Plan de 1774

Sin duda, fue una de las menos alcanzadas por la legislación real. ¿Era por su dimensión menor que no fue atendida como las tres grandes que hemos visto? Las reales cédulas se comunicaron aunque estuviesen dirigidas a Salamanca, y se le dio un plan en el año 1774. Pero apenas existe legislación propia para remediar su situación que no era, por lo demás, demasiado brillante (248).

En cuestión de cátedras que tan ampliamente había estado regulada por los reformadores, el claustro de Oviedo recibió aclaraciones y complementos por la real provisión de 3 de abril de 1770 (249). Presentó una representación al consejo, en que, frente al nuevo sistema, recordaba la práctica y norma de aquella universidad: por real resolución de 29 de enero de 1661 se pedía informe para las cátedras vacantes al rector, doctores de todas las facultades, obispo y gobernador de la provincia, «proponiendo cada uno tres en pliego reservado, que por la experiencia y conocimiento del mérito de los opositores, son regu-

(248) Acerca de esta universidad F. Canella Secades. *Historia de la universidad de Oviedo y noticia de los establecimientos de su distrito*, Oviedo, 1868; El incendio del archivo universitario en 1932 hace más difícil que se pueda redactar una historia más moderna.

(249) *Plan de estudios de la real universidad de Oviedo...*, 43-48, citado completo en la nota 37 de la primera parte.

larmente los más acreedores a la cátedra vacante». Es el viejo sistema que tenía aquella universidad, que le parece más adecuado que la nueva regulación. Incluso proponen que se permita votar, además del rector y los jueces del concurso, los doctores o, al menos, cuatro de los seis más antiguos, eligiendo el claustro con el obispo y gobernador. Señalan, además, que en teología, al vacar una cátedra de prima o vísperas se oponen todos y resultaría no haber quien fuera juez... Tendrían que votar o censurar cuatro o seis doctores de cánones y leyes, con algún teólogo que no opositase. Otro tanto ocurriría en leyes y cánones, que se reputan por una sola facultad, por lo que propone que sean los teólogos quienes informen o censuren...

La propuesta fiscal y solución del consejo nos muestra la firmeza con que se imponía la reforma; conceden en los detalles, ya que admiten informes de todos los doctores de las facultades en claustro, pero, sobre todo, el rector y los tres jueces del concurso y la provisión se haría por el consejo. Se permite que, cuando falten jueces de cánones o leyes se escojan de la otra facultad, mientras para artes sean de teología y para teología los de cánones...

Atento a hallarse vacante la cátedra de vísperas de teología y sin leer a ella, se deberán fijar edictos desde luego por el término acostumbrado; nombrar jueces de concurso elegidos por el claustro, y juntos con el rector formar trincas de opositores; dar puntos rigurosos con asistencia de los contrincantes y argüirse mutuamente después de la lección; observando lo demás prevenido en la real provisión de quatro de diciembre del año pasado... (250).

Asimismo se anunciaba una futura reforma en aquel establecimiento. Las cátedras son pocas y es necesario mejorar el sistema de enseñanza y «entre tanto que se toma providencia general sobre este importante asunto, arregle las asignaturas de sus cátedras de el modo que estime más útil y conveniente para el aprovechamiento y enseñanza pública» (251). Todavía había en el consejo dudas acerca de cómo reformar la enseñanza...

En 13 de junio de 1772 —ya en la calle los primeros planes ilustrados— se encomendó al claustro que, a la vista del plan de Alcalá, redactasen el suyo y así lo hicieron ese mismo año. Sin duda, pensaron que por tratarse de una universidad colegial, sería Alcalá el mejor modelo para su reforma. Dictaminado por el fiscal se aprueba el plan en 12 de abril de 1774. Es sucinto, como corresponde a universidad menor y muestra notable influencia de Alcalá y otros planes, aunque su planta no podía compararse con las grandes universidades castellanas.

En gramática apenas se entra, ya que las escuelas de Oviedo estaban en manos de la ciudad o ayuntamiento, quien las cedió a los jesuitas. Ahora, tras la expulsión, recuperó el patronato y se les dio normas para su funcionamiento

(250) *Plan...*, Oviedo, 46.

(251) *Plan...*, Oviedo, 47.

por la real cédula de 5 de octubre de 1767 (252). Sin embargo, se les confería una vigilancia genérica sobre las escuelas de gramática de todo el principado. Imponía como texto la de Juan de Iriarte y recomendaba que se estudiase la retórica.

El curso de artes o filosofía tiene cierta semejanza con otros, pero la escasez de cátedras limita su alcance. Estudiarían con cada uno de los tres catedráticos, tres cursos: dialéctica y lógica, en el segundo metafísica, animástica y filosofía moral y en el tercero la filosofía natural. Se estudiaría —como en Salamanca o Santiago— por el libro de Goudin, «por aora y hasta que haya otro mejor o la universidad le forme, apartando de la enseñanza todas las questionnes superfluas y reflexas que descarta de los estudios filosóficos el padre Fray Benito Gerónimo Feijoo, cathedrático jubilado que fue de esa universidad». En cambio no se puede erigir la cátedra de filosofía moral, por lo que se comprime el programa. No se accede a la propuesta del claustro ovetense, que buscaba la exposición de los libros éticos, políticos y económicos de Aristóteles, con notas de autores más modernos (253).

Se refuerza la cátedra de matemáticas, como pedía el claustro, se deja su estudio a juicio de la universidad, uniéndose diversas rentas para formar su salario. Debería ocuparse también de la biblioteca. En general, los planes castellanos no se preocuparon demasiado de esta enseñanza.

En teología sólo había cinco cátedras, por lo que no podía darse cumplidamente aquella facultad. Se necesitaban siete años por lo que se une la cátedra de moral que daban los dominicos en su convento y pasa a leer lugares teológicos; después cuatro catedráticos explicarán un curso de otros tantos años, la Suma de santo Tomás con referencia a otras escuelas para que los alumnos puedan seguir la que gusten. Utilizarían el *Diccionario teológico* de Próspero Aquila, en donde puede aprenderse historia o las distintas opiniones. De este modo pueden lograr el bachiller en teología.

Los que quisieran continuar el estudio hacia los grados mayores, seguirían otros cuatro años. El primero sagrada escritura que explicaría un canónico de la catedral —se completa la falta de cátedras sin gastar un peso—. Aprenderán prolegómenos, cronología y geografía bíblica; usarán la *Hypotyposes* de Cantalapedra, el sabio hebraísta del xvi. En el sexto año aprenderán teología moral —ahora será el canónico penitencial de la catedral quien se encarga de exponer a Natal Alexandro o a Cuniliati—. Los de séptimo y octavo cursarán en prima que alterna sus explicaciones en dos años: en el primero la historia eclesiástica, con un resumen que se hará, hasta que exista un compendio o manual breve e imparcial, y en el segundo concilios generales, exponiendo «los derechos de España en lo tocante a protección real, jurisdicción e independendencia de la autoridad civil en lo temporal...» (254).

(252) *Plan...*, Oviedo, 2-3.

(253) *Plan...*, Oviedo, 3-4 cita en la última.

(254) *Plan...*, Oviedo, 9-10.

La reforma ilustrada no variaba o aumentaba el patrimonio. Se ocupa de los salarios de las cátedras sobre los ingresos que éstas tienen. Ha aumentado tres cátedras, pero sin dotación —el dominico en su convento o los canónigos en la catedral cobran de sus rentas, sólo les reconoce las propinas de grado—. Las otras cátedras de curso las unifica en su función y dignidad, en salario,

Siendo desigual entre sí la renta de las otras quatro cáthedras, que han de componer el curso entero de theología, atendiendo a ser iguales en honor y trabajo, queremos y mandamos se unan las rentas de todas que componen la cantidad de cinco mil y cinquenta reales y que se repartan con igualdad... (255).

En cánones y leyes ante la insuficiencia de formar las dos facultades completas, prefiere el fiscal establecer cursos comunes a ambas. Los cuatro primeros cursos, hasta bachiller, se componen de dos de instituciones civiles y otros dos de canónicas. Se denominarán de instituciones civiles las de instituta existente, que se explicará en un curso de dos años por Vinnio y Heineccio, terminando con los títulos finales del *Digesto*. Se recomienda la concordancia con el derecho real, por el viejo sistema generalizado en Salamanca desde inicios de siglo (256). En el plan ovetense se encarece, que cuiden «mucho los cathedráticos de advertir a los discípulos de viva voz la variación de nuestras leyes reales, sobre las respectivas materias y textos que explicaren, para que de este modo se vayan instruyendo desde el principio en las diferencias del derecho real y del civil de los romanos». Es más, en las cátedras de derecho real también se recomienda la concordancia inversa (257).

Los dos catedráticos de instituciones canónicas explican por dos años las instituciones de Lancelotti, con notas de Doujat, junto a otros también frecuentes en los planes, Engel —con notas de Gaspar Barthel—, Cironio o Van Espen; expondrán los concilios nacionales, las leyes del reino y la práctica de nuestros tribunales, de que formarán un cuaderno para uso de sus discípulos.

A partir de este momento se bifurca la carrera. En la licenciatura de leyes se explicaría —como en Salamanca, Valladolid o Alcalá— las leyes de Toro y la nueva recopilación, con noticia de los autos acordados o leyes añadidas (258). Las primeras se pueden ver en un curso, pero la recopilación necesita de tres, con lo que quienes asistan a todos la cursarán completa. Ya entonces había aparecido el libro de Asso y De Manuel, pero hasta más tarde no empezará a estudiarse el derecho real por compendio.

Los dos catedráticos de cánones en licenciatura enseñarán, el primero a Van Espen, su tratado histórico sobre los concilios griegos y romanos y su

(255) *Plan...*, Oviedo, la cita en 10-11.

(256) Véase M. Peset, «Derecho romano...», sobre el estudio por concordancias que aparece en éste y otros planes.

(257) *Plan...*, Oviedo, 12-14 cita en la primera.

(258) *Plan...*, Oviedo, 13. Se llamó autos acordados a los complementos del xviii a la Nueva recopilación, aun cuando se recogían también pragmáticas, cédulas, provisiones, etc.

comentario al *Decreto* de Graciano (259). El segundo un año explicaría concilios nacionales por García de Loaysa y el otro concilios generales, advirtiendo siempre cuanto tenga conexión con las regaldas, real patronato, *exequatur regio*, concordato e independencia de la autoridad civil.

Tras estos cursos puede recibirse la licencia o el grado de doctor en leyes, si cursan Toro y tres años de nueva recopilación. Por cursar los ocho años se les conceden tres de práctica, sólo les falta otro para examinarse en la audiencia; también pueden opositar a cátedra con el bachiller y los ocho años... Los que quieran recibir el grado mayor en cánones, oirán el quinto de leyes, es decir, Toro; el sexto en vísperas de cánones y el séptimo y octavo en prima, conforme a los contenidos señalados (260).

En la última parte del plan se regulan varias cuestiones. En primer término la oposición de las cátedras —sólo están exentas la dominica o las de canónigos de la catedral— precediendo edictos, fijados en esa universidad y en todas las del reino, con especificación de asignatura y rentas; las lecciones de punto son en presencia de dos opositores contrincantes.... Son normas de la legislación reformista, sin embargo, recordando las cuestiones que había planteado Oviedo en 1770 se determina quienes debían ser jueces del concurso. Para artes, los catedráticos de teología, mientras que para esta facultad serán jueces los teólogos —como ha quedado con iguales rentas ya no se produce el *cursus* académico, o sea que muchos opositaban para pasar a cátedra mejor dotada—. En prima, donde sí puede producirse, serán censores los catedráticos de sagrada escritura y de lugares teológicos —que habían sido adosados a la enseñanza casi a la fuerza—, y, por fin, el tercero, el catedrático de prima de cánones. Cánones y leyes se juzgarán por las cátedras superiores de cada facultad, si faltaren se nombrarán de la otra. Y se prohíbe que los catedráticos de cánones opositen a leyes y al contrario, posiblemente para evitar que aunque sean facultades muy unidas no se vea dominada leyes por su hermana más clerical. Sigue admitiendo que sus censuras y la del rector se acompañen de los informes del obispo, regente de la audiencia y de todos los graduados conforme se ha usado hasta ahora (261).

Los catedráticos deben presidir anualmente un acto mayor y otro tanto cada uno de los doctores. Estos actos *pro universitate et cathedris* se realizan por estudiantes en días festivos obligando el rector a la asistencia y a que «se hable todo en latín correcto, sin mezcla de palabras castellanas, examinando en el idioma latino a los cursantes, antes de matricularse en artes y otra facultad mayor» (262). Está empezando a extinguirse el latín y las normas se esfuerzan

(259) *Plan...*, Oviedo, 14-15.

(260) *Plan...*, Oviedo, 15-17.

(261) *Plan...*, Oviedo, 17-19.

(262) *Plan...*, Oviedo, 19-20. Acerca del castellano en las universidades, J. Gutiérrez, «La sustitución del latín por el romance en la universidad española del siglo xviii», *Universidades españolas y americanas*, 237-252.

por mantenerlo... Junto a estos actos mayores, otros menores, sabatinas en la facultad de artes y academias en teología y derecho. Se describen con detalle aquellas argumentaciones,

Mandamos se establezcan dos academias en los generales de esa universidad, una para theología que ha de durar dos horas, empleando la primera media hora en la lección que deberá decir uno de los bachilleres o profesores de quarto año, y de ay en adelante, alternando según su antigüedad. Una hora se deberá emplear en tratar, argüir y defender una cuestión de theología escolástica y la última media hora se gastará en tratar de theología moral, escritura y concilios...

La otra academia ha de ser para legistas y canonistas, alternando en estas facultades, de manera que si la academia de una semana fuere de materias civiles la siguiente debe ser precisamente de las canónicas, y sus ejercicios durarán también por dos horas, empleando media en la lección, una en la disputación y argumentos del capítulo o texto que se tratare... (263).

Por fin, al igual que en Salamanca, el fiscal trató de las explicaciones de extraordinario instando al rector a restablecerlas. Otras providencias menores trataban de la duración del curso desde san Lucas a san Juan como es usual. Las cédulas de curso o certificados de asistencia deberían ser vigiladas, expresando en ellas el aprovechamiento; si algún estudiante no asistiera por enfermedad, deberá acudir a casa de su catedrático por un tiempo igual al que dejó de oír.

Hay en el plan de Oviedo una novedad que apenas se encuentra en los planes ilustrados: los exámenes de curso. El rector, al fin de cada año, nombra comisarios de las distintas facultades y examina a los alumnos. Debe cuidar mucho «de la conducta, porte y aplicación de los estudiantes, y si encontrasen que alguno es inútil para el estudio por su entera desaplicación o falta de capacidad, lo expelerán para evitar que pierda más tiempo y que sea dañoso a sus condiscípulos y perjudicial al estado» (264). Como se puede percibir el malthusianismo de los ilustrados no es un resultado, sino un objetivo buscado...

y para este importantísimo efecto queremos se nombren al fin de cada curso comisarios de todas las facultades, los cuales juntos con el rector examinen a todos los estudiantes y se hagan cargo de su aprovechamiento y capacidad, procediendo en estos exámenes, como en los que se deben hacer para pasar de unas cátedras a otras y en el de la latinidad, con el mayor rigor y sin disimulo alguno, encargando las conciencias de los examinadores por los irreparables perjuicios que ocasionan estos disimulos y condescendencias. Todo este cuydado

(263) *Plan...*, Oviedo, 20-21.

(264) *Plan...*, Oviedo, cita en 23.

y aún mayor rigor se deberá poner en los demás exámenes de grados mayores y menores (265).

Todavía los grados están por encima de los exámenes, pero la aparición de este nuevo método de control —tan desarrollado en la época liberal— dejará sin sentido apenas a los grados...

Un plan de una universidad menor, poco dotada, donde el fiscal hace equilibrios para alcanzar el esquema de estudios que se proponían los ilustrados. Al final decía que «en las demás cosas y casos no prevenidos en este plan, os gobernéis por las cédulas, provisiones, reales órdenes y demás que en el asunto están comunicadas a la universidad de Salamanca, haciendo presente al nuestro consejo, todo lo que estimaréis más combeniente en lo subcesivo, según la experiencia vaya acreditándolo» (266).

VI. UNA REFORMA LENTA, PROFUNDA... EL PLAN DEL RECTOR BLASCO PARA VALENCIA

Una universidad de la corona de Aragón

En los últimos años de reinado se completa la reforma de Valencia, como punto final de un esfuerzo. Va a ser difícil, por los poderes que están implicados en la estructura de esta universidad, de tipo municipal —el ayuntamiento es la pieza clave—, fundada a inicios del siglo xvi, a semejanza de Lérida y Toulouse. El cabildo catedral y el arzobispo también pesaban fuertemente sobre las decisiones.

Valencia seguirá un esquema de universidad administrada y gobernada por su ayuntamiento, durante los siglos xvi, xvii y, en gran parte, xviii (267). En general, las *Constitucions del Estudi* del año 1611, así como sus complementos posteriores (268) no explicitan suficientemente su estructura, por dedicarse a

(265) *Plan...*, Oviedo, cita en 23.

(266) *Plan...*, Oviedo, cita en 23-24.

(267) Acerca de esta universidad: M. y J. L. Peset, *Gregorio Mayáns y la reforma universitaria...*, 50-55; M. Baldó, *La universidad de Valencia en la crisis del antiguo régimen*, tesis doctoral, 4 vols. 1982; editada en parte en *Profesores y estudiantes en la época romántica. La universidad de Valencia en la crisis del antiguo régimen (1786-1743)*, Valencia, 1984; J. L. Peset, «Reforma de los estudios médicos en la universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 1786» *Cuadernos de historia de la medicina española*, 12 (1973), 213-264; S. Albiñana, *La universidad de Valencia y la ilustración en el reinado de Carlos III*, tesis de licenciatura, 3 vols. Valencia, 1986-1987, publicada en parte, *Universidad e ilustración...*, citada en nota 22 de la primera parte de este libro.

(268) Nos referimos a las *Constitucions del Estudi general de la insigne Ciutat de Valencia*, Valencia, 1611, que tiene complementos hechos por el claustro mayor, impresas con el nombre de *Constitucions* en 1660 y 1674. También, traducción y adaptación de ellas son las *Constituciones de la insigne universidad literaria de la ciudad de Valencia*, Valencia, 1733, en la que reproducen las bulas papales y decreto real de su erección y posteriores. Una edición crítica en *Bulas, constituciones y documentos de la universidad de Valencia (1707-1724) y (1725-1733)*, edición M. Peset, M.^a F. Mancebo, J. L. Peset, A. Aguado, 2 vols., Valencia, 1977, II, 302-380.

los aspectos menores de disciplina y enseñanza, con apenas algunas referencias a su organización y gobierno. ¿Razón? El que estas constituciones se dirigen preferentemente a la vida interna del estudio, que funciona subordinado a autoridades ajenas al mismo. Si se trata del rector y vicerrector, no ofrecen datos suficientes acerca de su nombramiento; se relacionan las materias a explicar y la forma de los grados, más no el acceso de los catedráticos a sus cátedras, ni la separación entre catedráticos que explican y examinadores de grados. Solamente a través de la práctica usual y de las bulas y privilegios papales y reales, es posible entender el esquema de este tipo de universidad, en Valencia (269).

La autoridad pontificia la tiene el canciller de la universidad, el arzobispo, que con frecuencia o en sede vacante, actúa a través de un vicescanciller. Con autoridad papal tradicional, actúa en los grados y posee jurisdicción académica, si bien va cediendo sus prerrogativas al rector, a medida que pasan los años. Sin embargo, siguen mencionándole las constituciones en la celebración y otorgamiento de grados. La bula de Alejandro VI de 1501, no deja duda ninguna de la importancia del canciller de la universidad de Valencia, tanto para los grados, como en materia de jurisdicción (270). Por otra parte, participa también en el claustro mayor de la universidad, como tendremos ocasión de ver.

Pero el efectivo dominio de la universidad, se realiza por el ayuntamiento, por los jurados de la ciudad de Valencia que, desde el siglo xviii, serán regidores, encabezados por el corregidor. Ellos están presentes desde los inicios y gestiones ante el pontífice: «Sane pro parte filiorum communitatis civitatis Valentiae nobis nuper exhibita petito continebat...», dice Alejandro VI en 1501; o bien Fernando el Católico en 1502: «Quia ut relatu vestri dilectorum, et fidelium nostrorum juratorum, rationalis, et Syndici nostrae civitatis Valentiae intelliximus summopere, et magna cura intenditis, et intenditis in erectione Studii generalis in ista nostra civitate» (271). Pues bien, los jurados del ayuntamiento valenciano son el órgano de gobierno de la universidad, desde su creación y a lo largo de la edad moderna, salvo en los contados períodos —siglo xviii— en que les fue arrebatado el patronato sobre ella. Y también aminora su peso desde el plan Blasco de 1786, a través del cual la universidad se desprende de la tutela municipal en parte (272). El ayuntamiento siempre nombró al rector de la

(269) La síntesis clásica es la de M. Velasco Santos, *Reseña histórica de la universidad de Valencia*, Valencia, 1868. Referidos al xviii, hay que añadir a la notas anteriores, M. Peset Reig, J. L. Peset Reig, «Felipe V y la universidad de Valencia. Las constituciones de 1733»; así como J. L. Peset Reig, M. Peset Reig, «Reforma de estudios en la universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco en 1786», *Primer congreso de historia del país valenciano*, 4 vols. Valencia, 1973-1980, III, 597-608, 767-778. También la documentada reseña de J. Teixidor, *Estudios de Valencia [Historia de la universidad de Valencia hasta 1616]*, edición de L. Robles, Valencia, 1976 sobre los primeros siglos.

(270) Ya en la bula de Sixto V de 1585 —esencial para la organización— se percibe que el arzobispo puede actuar por delegado, *Constituciones*, 1733, 26.

(271) *Constituciones...*, 1733, 4 y 12.

(272) La supresión definitiva del patronato municipal se daría en 1827, M. Baldó, *Profesores...*, 187-200.

universidad, votaba y proveía las cátedras, controlaba y suministraba las rentas para su sostenimiento, salvo algunas, de procedencia eclesiástica, como las dotaciones de pavordrías o las rentas sobre la mensa episcopal de Orihuela (273). También designaba quiénes eran examinadores de los grados, examinaturas que a veces coincidían con los catedráticos, pero muchas veces correspondían a personas ajenas a la universidad, como los abogados de la ciudad para derecho o algún general de las órdenes religiosas. Porque en Valencia los examinadores no tienen por qué ser catedráticos, aunque esta dignidad suele unirse a las cátedras más importantes (274).

Todavía existe otro organismo importante, que matiza la intervención del ayuntamiento. Las bulas pontificias, dentro de su generalidad, son pilares indiscutidos de la universidad de Valencia; no, en cambio, sus constituciones, que las desarrollan y dotan de preceptos a la vida universitaria usual, dentro de las aulas. Existen unas de 1499, que se reforman y amplían en 1561 y 1563, y por fin, las más conocidas de 1611, complementadas después y —en el xviii refundidas y traducidas al castellano en 1733 (275). Pues bien, la regulación universitaria a través de constituciones pertenece al claustro mayor de la universidad. En él, se refleja el origen del estudio general de Valencia, con la participación decisiva del cabildo —jurados, síndico y escribano, así como los cuatro abogados de la ciudad—, el canciller o vicescanciller, el rector y dos canónigos de la catedral. Es el órgano usual, a través del cual, el ayuntamiento regula la universidad (276).

Este es el esquema de la universidad de Valencia, cercano a la mayoría de las situadas en los reinos y principado de la corona de Aragón. Mantendrán mayor autonomía en el siglo xviii, respecto del consejo de Castilla —en provisión de cátedras, por ejemplo—, pero vivirán subordinadas a los cabildos municipales. En el xviii mantendrían su organización, que no se verá sustancialmente alterada hasta el reinado de Carlos III, a excepción de las universidades catalanas, que se reúnen y cambian su fisonomía en Cervera.

En la universidad de Valencia —prosigamos su descripción— los poderes se concentran fuera de la universidad. Al frente de ella, el rector, elegido cada tres años por el ayuntamiento —según dijimos—, pero, precisamente en un canónigo de la catedral, desde la bula de Sixto V de 1585, que concede las

(273) Puede verse, M. Velasco Santos, *Reseña histórica...*, 55-67, 40-45. Sobre pavordrías la bula de Sixto V de 1585, *Constituciones...*, 1733, 22-26. También M. Baldó, *Profesores...*, 3-21.

(274) *Constituciones...*, 1733, 25, ordena lo sean los pavordres.

(275) Las primeras constituciones de Valencia son de 1499, se publican por V. Vives Liern, *Las casas de los estudios de Valencia*, Valencia, 1868; véase A. Gallego Barnés, «La Constitución de 1561. Contribución a la historia del Estudio General de Valencia», *Estudis*, I (1972), 43-84 y A. Filipo, «Las constituciones de la universidad de Valencia de 1563», *Escritos del Vedat*, 13 (1983) 233-259. En general, la documentación valenciana más antigua J. Teixidor, *Estudios de Valencia...*; una etapa del xviii, en *Bulas, constituciones y documentos...*

(276) Sus acuerdos figuran en las series de Junta de Patronato del Archivo del Ayuntamiento de Valencia. Sobre su facultad de modificarla véase la citada bula de Sixto V, *Constituciones...*, 1733, 26.

pavordrías, o cátedras que llevan aneja renta y dignidad catedralicias. El rector, según las constituciones, aparece como la figura principal dentro del estudio. Participa en los actos públicos del mismo, en grados y actos de conclusiones, vigila y determina la enseñanza de los catedráticos, visita las aulas, corrige a los estudiantes y ejerce el fuero académico, decidiendo en los problemas litigiosos y disciplinarios que se le pueden plantear (277). Pero, no obstante, su autoridad emana de su nombramiento por el ayuntamiento, de su posición en el cabildo catedralicio, no de la propia universidad, como podemos ver en Valladolid o Salamanca y, más aún, en las universidades dominadas por un colegio.

Después de él, los catedráticos con escasa fuerza, pues incluso las votaciones de grados corresponden sólo a quienes tengan examinatura. No obstante, algunos de entre ellos son pavordres, lo que les supone —aparte mejor remuneración— una dignidad personal más elevada e independiente. Todos éstos han entrado por oposición y son vitalicios, son —por derecho propio— examinadores y gozan de dignidad similar a los canónigos de la catedral. Pertenecen a las facultades de teología, cánones y leyes, inclinando, pues, hacia aquellas facultades los mejores puestos de la universidad valenciana. Ahora bien, su dignidad no les supone poderes, sólo honra y seguridad. Hasta bien entrado el siglo XVIII no adquieren poder en Valencia los claustros de profesores, si bien es evidente que se reunían y, en especial, en medicina, llenaban una serie de funciones (278).

Por último, una junta de electos —nombrados con el rector y cesando con él— se encargaba de la administración de las rentas de la universidad, aunque éstas provienen y se conceden por el ayuntamiento. Estaba compuesta, como es normal en aquella universidad, por tres catedráticos de teología, cánones o leyes y medicina, así como el síndico o depositario de la universidad. Y asimismo existen los numerosos cargos inferiores, propios de la universidad antigua, tales como secretario, bedeles, alguaciles... (279).

La lentitud de la reforma

El plan no llegaría a establecerse hasta los años de 1787-1788 —se había firmado por el rey en 1786—. Durante los años anteriores un cúmulo de disputas giran en torno a la adopción de un nuevo tablero de enseñanzas en las faculta-

(277) Véase la bula de Sixto V de 1585, *Constituciones...*, 1733, 21 s. Su actuación puede reconstruirse sobre las constituciones de la universidad de esta fecha, así como sobre las anteriores.

(278) Las primeras series de claustros empiezan en 1751, hallándose en el archivo municipal y en el de la universidad de Valencia. Sin duda fueron anteriores, como atestigua, F. Ortí Figuerola, *Memorias históricas de la fundación y progresos de la insigne universidad de Valencia*, Madrid, 1730, 29, o G. Mayáns, *Epistolario*, IV, núm. 236, nota 627.

(279) Sobre electos —así como para una visión general de la estructura universitaria— puede consultarse, F. Ortí y Figuerola, *Memorias históricas...*, 28-30; M. Velasco, *Reseña histórica...*, 40-41. Sobre hacienda más reciente, M. Baldó, *Profesores...*, 5-21, 49-81.

des, una vez expulsos los jesuitas y suprimidas sus aulas de gramática y sus cátedras suaristas. Los poderes centrales necesitan de cierto acuerdo para realizar las reformas, y, en general, para filosofía y teología han admitido —según hemos visto— una alianza con los tomistas. En Valencia, sin embargo, éstos no predominan en las facultades clericales, sino que sigue existiendo un fuerte partido antitomista, en parte descendiente de las posiciones jesuitas —menos de lo que se pretende por sus contrarios—, y, de otra parte, posiciones agustinianas o jansenizantes; incluso aquellos que se sienten ajenos por no haber estudiado con discípulos del santo de Aquino.

La real orden de 12 de agosto de 1768 suprimía las cátedras jesuitas, y el claustro acordó suprimir las tres antitomistas existentes en filosofía, amén de la suspensión de los catedráticos antitomistas y su inhabilitación para opositar en el futuro (280). Estos escriben a Madrid repetidamente, para evitar la postergación a que quiere someterseles. En noviembre de 1769 envían un escrito (281), para que se establezca un plan nuevo para las cátedras antitomistas, aunque algunas reuniones del claustro muestran las enconadas luchas que sostienen con los tomistas. Se percibe en ellas, un avance evidente en las materias, pues todos están de acuerdo en dejar entrar nuevos conocimientos de lógica, filosofía moral, física experimental y, en teología, disciplina, concilios o escritura... Este plan fue enviado a Madrid, pero no se discutió en claustros hasta 1772. Proponía textos agustinianos, el *Apparatus ad philosophiam* de Verney y el *Compendium* de Tosca para filosofía, mientras que para filosofía moral se recomendaba la de Mayans. En general, se trataba de desvincularse de los jesuitas y adoptar posiciones eclécticas... Para teología se recurriría también a Verney, antiescolástico, así como el jansenista flamenco Opstræet o el filojesuita Tournely —aunque éste despertó algún rechazo—. Santo Tomás y sobre todo san Agustín serían esenciales, con los discípulos de este último Foggini o el agustino Lorenzo Berti. Si bien respecto de santo Tomás se completaba o sustituía por Van Est, *In quatuor libros sententiarum commentaria*, ya que se trataba de un autor agustiniano y aun jansenista. Para la teología moral se introducían autores de tipo rigorista o filojansenista, tales como Alexandre, Contenson, Genet, y en particular, Besombes, Lamy, Calmet y Duhamel... En historia predominaba Berti.

La discusión plantea fuertes polémicas, aunque el claustro estaba presidido por un oidor para evitarlas. Y se llega a la elaboración de un nuevo plan, distinto, que se amplía a otras facultades. Para su redacción, dominada por los antitomistas se nombra una comisión, por lo que coincidiría en parte con el escrito de 1769. Se presentan, además, otras propuestas particulares por Gregorio

(280) Véase en *Reales órdenes comunicadas a la universidad de Valencia y mandadas imprimir por el real y supremo consejo de Castilla*, Valencia, 1771. El claustro aludido de 2 de septiembre de 1768, archivo municipal de Valencia, *Junta de patronato*, 1763-1768, 252 v.-254 v. Nombramiento del rector Valda en 16 de diciembre, es antitomista, 291 v.-295 v.

(281) Puede verse en *Junta de patronato*, 1769, 28 r.-70 r.

Mayans, José Matamoros —un extenso informe— y José Albertós, limitados a algunas facultades (282).

En teología empieza por lugares teológicos, pero no por la obra clásica del tomista Melchor Cano, sino por Verney, Tournely y Annato. A la teología dogmática se destinan cuatro cátedras; el texto propuesto es Van Est —o Estío castellanizado— y Duhamel, con lo que se suprime la *Summa* del aquitanense. Los estudios de escritura se harían por Lamy y Wouters, de tendencia antitomista también. La teología moral sigue idénticas inclinaciones, con una buena dosis de historia y disciplina eclesiástica —por Berti—. Los tomistas insisten en santo Tomás, la *Summa*, así como los autores dominicanos tales como Concina, Alexandre, Cuniliati, etc.

La comisión encargada de cánones estableció un curso de cuatro años, con presencia de Ciron o Cironio, Engel, Doujat, Van Espen, Berardi, Antonio Agustín. En este sector, como también en leyes se sigue más la tónica general de las universidades castellanas; la *Instituta* sigue con predominio de Vinnio en el inicio de la carrera de leyes, así como con los comentarios de Kees. En *Digesto* y *Código* aparece Heineccio, mientras se establece ya el derecho real, con estudio de las leyes de Toro por Antonio Gómez —recuérdese Salamanca o Valladolid—.

En medicina, la comisión intenta consolidar a Andrés Piquer, con sus *Instituciones medicas*, y reforzar la enseñanza práctica o clínica. Tras tres cursos de instituciones médicas, se estudian simples o farmacopea, por Piquer también, completado por Geoffroy y por Juncker; para herbolar y hacer prácticas se insiste en la necesidad de un jardín botánico. Después la anatomía, por Heister, autor muy difundido en los planes y la práctica por la *Praxis médica* del catedrático de Valencia Piquer, muy alabada. Por fin, aforismos y cirugía, completaban el *curriculum* médico. Aparecía ya Boerhaave en esta última cátedra, Van Swieten, etc. Autores después centrales en el plan de Blasco. Unas academias de repaso completaban el panorama de los estudios médicos.

En matemáticas, la situación en Valencia era irregular. A principio de siglo Corachán había enseñado con altura y había propuesto modificaciones para introducir novedades, que no se recogieron en las constituciones de 1733. El plan de 1772 no superó aquellas propuestas señalando la obra de Tosca, que era de inicios de siglo, para su enseñanza. No se quería una docencia de matemáticas puras, no hay discípulos para esta cátedra, sino establecerla como complementaria de filosofía, teología, medicina, etc. Tampoco la filosofía que sigue siendo escolástica, presentaba elementos innovadores sobre la *Philosophia sensuum* y los *Elementa mathematica* de Brixia o la *Filosofía moral* de Mayans.

Mayor interés posee el voto particular de José Matamoros, catedrático tomista

(282) Se resume en la orden de enero de 1772, *Ordenes...*, Valencia; en general, realiza un estudio más amplio de estos planes intermedios, S. Albiñana, *Universidad e ilustración...* Sobre Piquer, V. Peset, *Gregori Mayans i la cultura de la il·lustració*, Valencia, 1975.

en aquel entonces. Es un texto muy ambicioso. Cita a Vives para rechazar la filosofía aristotélica, que en Valencia se sigue estudiando desde hace siglos.

Los franceses, por ejemplo, a cuyos trabajos sin duda debe mucho la *philosophia*, abrazaron desde el siglo pasado la de Carthesio y por lo común la han mantenido hasta nuestros días con un empeño que debe contemplarse efecto de la pasión nacional. Porque si bien es verdad que este sabio merece mucha alabanza por haber sacudido el yugo de la autoridad e introducido la libertad de philosophar, sin embargo, desde luego, se dio la más evidente demostración de que no emprendió el verdadero método de phisosophar y que fundó un sistema sobre imaginaciones más sutiles y falsas que verdaderas. Por esto, ya en nuestros días, le han abandonado los más sabios de los franceses, después que el ilustre autor del Discurso sobre la figura de los astros tubo el valor de romper el primero los lasos de la pasión nacional y declararse por Neuton (283).

Reconoce que en los últimos tiempos hay algunos profesores que sostienen posiciones eclécticas y otros que se enfrentan, decididamente, contra Aristóteles. Propugnaba la enseñanza de la física experimental, para lo que se necesita una «buena colección de máquinas», así como lógica, metafísica y ética. Proponía como texto a Jacquier, un ecléctico, entre moderno y escolástico. Se habían editado en Valencia en 1769, sus *Institutiones philosophicae*. Para lógica, seguirá a Verney, *De re logica*, y para física Musschenbroek, sus *Elementa Physicae*, anotados por Genovesi. Incluso se preocupa —cosa que no estaba en el plan de 1772, aunque sí en los castellanos— de las lenguas sabias, el griego o el hebreo.

El plan de 1772 se presentaría al consejo en septiembre y entraría en vigor aquel curso, bien que con limitaciones, por razón económica y de adaptación. No es fácil saber cuál fue su efectiva aplicación, posiblemente no mucha. Había que esperar al definitivo plan denominado del rector Blasco, porque éste fue su impulsor y rector perpetuo hasta los años de la guerra de la independencia...

En 14 de enero de 1784 es nombrado rector de la universidad de Valencia frey Vicente Blasco, canónigo de la catedral y miembro de la orden de Montesa (284). Será el personaje encargado por el poder central de imponer una importante reforma. Nada sucede en los primeros meses del nuevo rectorado, Blasco permanece en la ciudad en el invierno y la primavera de 1784. Pero pronto, en verano e invierno, se traslada a la corte en busca de ayuda para una posible mejora universitaria (285). En 13 de septiembre se encuentra en San

(283) El plan o voto particular de Matamoros lo ha dado a conocer S. Albiñana, *La universidad de Valencia...*, III, apéndice I, 1-81, como una parte del plan de 1772.

(284) J. P. Fuster: *Biblioteca valenciana*, 2 vols. Valencia, 1827, II, 358 ss. Comunica su nombramiento a la universidad en claustro de 19-1-1784, *Libro de claustros de la universidad que comprende desde 1780 hasta 1797* (Archivo de la universidad de Valencia, núm. 72), sin paginar.

(285) Falta en los claustros comprendidos entre el de 20 de agosto de 1784 y el de 6 de diciembre del mismo, ambos inclusive, como puede comprobarse en *Libro de claustros 1780-1797*.

Ildefonso, dirigiéndose al rey. En su carta cuenta el mal estado económico y docente de su universidad y pide los auxilios necesarios para su solución. Urgen, sobre todo, importantes arreglos en la facultad de teología (286). En 15 de octubre firma Floridablanca una real orden, intimando al claustro a redactar un nuevo plan de estudios y reforma económica, que introdujese todas las reformas que Blasco había solicitado.

Al Rector y Claustro de la Universidad de Valencia... Quiere S. M. que se haga un plan de estudios y arreglo general de esta universidad y se le proponga los medios de dotar completamente las cátedras... (287).

Se ha hecho tal y como el canónigo pedía, se han exigido las novedades pedidas y se concederán las que en el futuro solicite. El rey y su ministro están acordes con el rector valenciano. El claustro de la universidad apenas intervendrá en la redacción del plan, y tampoco el patronato de la ciudad, a quien no se dirige la orden, ni se le pide proyecto alguno. Esto hubiese dificultado la rápida reforma, pero motiva continuas quejas del ayuntamiento (288).

En el verano de 1785 comienza la segunda ausencia de Vicente Blasco. Nada sabemos de sus actividades. En claustro de 2 de enero de 1786 se contesta a su felicitación de navidad y se recuerda que se ausentó en agosto para conseguir una importante reforma económica y docente de la universidad. El claustro parece satisfecho con su actuación y acuerda concederle más poderes si los necesita (289). No sería extraña esta satisfacción. Por estas fechas llega a Valencia la real cédula de 16 de diciembre de 1785. La ciudad tenía su derecho de patronato en suspenso desde 1774, en espera de la decisión del consejo; ahora se le devuelve por segunda vez.

Vicente Blasco escribe al claustro de catedráticos en 14 de abril de 1786 (290). Comunica que el nuevo plan de estudios ha sido presentado al rey en 26 de marzo. En esta gestión está de acuerdo con el conde de Floridablanca; le entregó su memorial y plan de estudios en 13 de diciembre del año anterior, pero el ministro no creyó oportuno someterlo antes a la real aprobación. Carlos III, por su parte, parece estar de acuerdo ya en varios puntos (291). El día

(286) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco. Reforma en la universidad de Valencia en 1787», *Analecta Calasanciana*, 15 (1966), 115-117. El mejor estudio sobre este plan —que seguimos en estas páginas— es J. L. Peset, *Reforma de los estudios médicos en la universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 1786*, tesis de licenciatura inédita, Valencia, 1969; publicado en parte en su artículo citado en nota 267.

(287) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 117. En claustro particular de teología de 19-10-1784 se cumple la orden. Se lee en claustro general de 19-10-1784, en *Libro de claustros 1780-1797*.

(288) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 118.

(289) Falta desde el claustro de 19-9-1785 hasta el de 30-3-1787, ambos inclusivos. Se fue en agosto para conseguir un nuevo plan y mayor ayuda económica, según el claustro 2-1-1786, *Libro de claustros 1780-1797*.

(290) Claustro 15-1-1786, *Libro de claustros 1780-1797*, J. P. Fuster: *Biblioteca valenciana*, II, 364 ss.; M. Velasco Santos: *Reseña histórica...*, 124, afirman la intervención de Blasco.

(291) Claustro 18-4-1786 y 9-5-1786, *Libros de claustros 1780-1797*. La carta incluía una de Floridablanca.

30 de abril, Floridablanca comunica al rector que el plan deberá ser revisado por una junta de personas ilustres. Se han conseguido ya algunas disposiciones relativas a las rentas universitarias, pero la parte científica y docente debe ser consultada. Blasco escribe de nuevo al claustro, incluyendo la carta del conde y una relación de las rentas de la universidad, que el ministro le ha pedido (292).

La junta nombrada para examinar el nuevo método de estudios proyectado por Blasco, estaba compuesta por el inquisidor general, que la presidía; don Miguel de Mendinueta, ministro del consejo; don Francisco Pérez Bayer, bibliotecario mayor del rey; el padre agustino Rico; el padre Benito de San Pedro, de las escuelas pías; y los doctores don Juan Gómez y don Francisco Antonio Zunzunegui. Era suficiente la asistencia de uno de los doctores, y lo mismo respecto a los dos regulares. Se les encomienda el estudio del nuevo plan, debiendo luego exponer su parecer al rey, y las enmiendas oportunas, atendiendo a que pudiera aplicarse en el futuro a otras universidades y estudios si el monarca quisiera (293).

En mayo llega a Valencia la real cédula de 22 de enero de 1786. Es una recopilación de multitud de disposiciones generales y particulares —especialmente dirigidas a Salamanca— sobre enseñanza universitaria. Resume la labor legislativa de Carlos III y es el fruto final de la incesante búsqueda, por parte del consejo de Castilla, de un plan general de estudios. Concretamente, la cédula de 1786 se refería a

la matrícula de estudiantes, su asistencia a cátedras, duración de los cursos o años escolares, ejercicios de academias, oposiciones a cátedras, exámenes para pases de unas a otras, número de cursos para grados mayores y menores, rigor con que se ha de probar la suficiencia de los graduados, formalidades y documentación con que han de acreditar su disposición a recibir estas consideraciones académicas... (294).

Es leída en los claustros de finales de mayo, y recibida en la junta de patronato de 10 de junio de 1786. Al terminar su lectura, deciden los catedráticos que informen las facultades y se oficia en 3 de junio al municipio, para que exponga su opinión. Juntamente comienzan peticiones de estudiantes para que se aplique o no respecto a grados. Los profesores deliberan y acuerdan cumplirla por entero, salvo en lo que a esta materia se refiere, a no ser que algún alumno tuviese ya ganados los cuatro cursos de la manera pedida. Por el momento se decide no representar al consejo, y atenerse a lo ordenado.

(292) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 118 s. También claustro 9-5-1786. En el mismo mes se le mandan instrucciones y documentos que ha pedido, claustro 27-5-1786, *Libro de claustros 1780-1797*.

(293) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 121-122.

(294) *Real cédula de S. M. y señores del consejo por lo cual se manda que en todas las universidades de estos Reynos...*, Mallorca, 1786. Sirvió muy extensamente para la *Novísima recopilación*, en su libro octavo.

Transcurrido el verano —en claustro de 28 de octubre, aun sin Blasco—, se vuelve sobre el tema. La opinión que impera se atiene a su cumplimiento o bien cree conveniente consultar al gobierno. Ya que el patronato de la ciudad no ha contestado, se le vuelve a oficiar; si no responde, la universidad tomará su decisión. En claustro de 13 de noviembre, se lee la respuesta del ayuntamiento. Considera que en el oficio de 3 de junio no se le pidió opinión; ahora responde que la real cédula recién dictada no debe cumplirse mientras no se reciba el nuevo plan de estudios. La opinión de los profesores, ante esta contestación, se divide: unos quieren que se aplique, otros están acordes. Sin duda, no llegan a ninguna solución. Y la universidad se limita a esperar la reforma inmediata (295).

En diciembre, el rey firma el nuevo plan, con fecha de 22, pero no se comunicará a Valencia hasta marzo de 1787. En el intervalo, el trienio del rectorado de Blasco finaliza, pero ni el monarca ni su ministro desean perderle como colaborador en aquellos importantes momentos. El ayuntamiento valenciano se reúne y nombra al canónigo Joaquín Segarra, maestro y amigo de Blasco, pero sin su juventud, temple y relaciones. En 16 de noviembre, su protector Pérez Bayer escribía al conde de Floridablanca pidiendo una prórroga por otros tres años, y su carta encontró pronto eco en el poder central. El ministro escribe en 5 de diciembre y su carta se lee en la junta de patronato de 11 del mismo. El rey se halla satisfecho del celo que muestra el rector en la reforma de la universidad, y con el fin de que se realice pronto y bien, manda no se nombre nuevo, manteniéndose a Vicente Blasco hasta nueva orden (296).

En marzo llega el plan a Valencia; el dirigido a la universidad va acompañado de carta orden de Floridablanca de 20 de marzo. Se ordena su ejecución, mientras el consejo de Castilla publica la real cédula pertinente. La lectura del plan se hace, juntamente con la de la carta, en claustro de 24 de marzo y en la junta de patronato del día 26. La universidad decide cumplirlo y agradecerlo debidamente, ya que incluso el mismo día leen carta de Blasco en que pide se agradezca a la ciudad la renta de 8.000 pesos anuales. Así se decide inmediatamente, y el día 30 se acuerda hacer tres retratos del rey, de Floridablanca y del rector, para ser colocados en el teatro universitario. Se anuncia la llegada de Blasco y se conviene en esculpirle un busto. En 14 de abril ya se encuentra éste en Valencia. Cuenta en el claustro, celebrado en este día, su viaje, que, por desgracia, no se recoge en los libros de claustros. Por fin, en 12 de mayo de aquel 1787 se recibe la real cédula, se acuerda su impresión y pasarla al claustro mayor (297).

(295) J. Florensa: «Reforma en la universidad de Valencia a fines del siglo XVIII y el P. Benito Felú:» *Analecta Calasanciana*, XII (1964), 441-442.

(296) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 119-120. También claustro de 3-1-1787, *Libro de claustros 1780-1797*.

(297) J. Florensa: «Reforma en la universidad...», 444. Claustros 14-4-1787, 12-5-1787, *Libro de claustros 1780-1797*.

La implantación

La aplicación de las novedades no fue sencilla, el rector y sus partidarios deberán oponerse, con ayuda de Madrid, a poderosos enemigos. Le acompañaremos unos años —hasta fines de 1793, décimo de su rectorado— para comprobar cómo tuvo que luchar para conseguir la renovación de la universidad valenciana. En el claustro de 30 de septiembre se decide que al día siguiente comiencen las clases. El rector fija, de acuerdo con las nuevas órdenes, las aulas y horarios de explicación. El nuevo plan va a comenzar en las distintas facultades (298).

Por el momento, hasta la primavera, nada sucede. El primer problema importante es el planteado por los estudiantes el 1 de mayo. El motivo es nimio, pero indica claramente la dificultad del cambio. El plan ordenaba que sólo hubiese una fiesta por semana, aun cuando se uniesen dos. Blasco dispone, como rector, que el día de san Felipe y Santiago fuese lectivo y no el jueves, día de la Santa Cruz. Pero el martes día 1, a las ocho de la mañana, hora de empezar las clases, muchos estudiantes pretendieron no entrar en las aulas. Blasco llega, y le piden que ese día fuese fiesta. El les exhorta a que cumplan el nuevo plan, amenazándoles con la pérdida de matrícula. Dentro de la universidad quedaron el rector, los catedráticos y muchos estudiantes de filosofía y teología. Las demás facultades no habían entrado e impedían el paso a los que deseaban hacerlo. Se acercaron entonces unos miñones —unos soldados— y fueron apedreados por los alumnos. Contestaron aquéllos con tiros, y con ayuda de la tropa los dispersaron. Terminó la mañana con tranquilidad. Vicente Blasco agradeció luego al capitán general su colaboración y no aceptó tropas para la tarde. Sin embargo, los estudiantes vuelven armados y enfurecidos, sin duda con ánimo de agredir a los miñones. Aconsejado por el vicerrector, Blasco solicita ayuda militar. Los soldados se enfrentan y disuelven de nuevo a los estudiantes, cogiendo presos a dos de ellos. Al día siguiente, todo se desarrolló con normalidad. El rector, de quien proviene esta descripción, no se decide a culpar a nadie. Admite la posibilidad de que los estudiantes estén de acuerdo con algún catedrático disconforme con el plan, pero nada afirma (299).

Ante el peligro de una nueva revuelta estudiantil, el 15 de mayo, día de san Isidro —día lectivo, según el plan—, la real audiencia y el capitán general advierten a la universidad: el orden público debe ser mantenido, y en consecuencia se ordena a rector y claustro que hagan todo lo posible; se les ayudará con las rondas, si es necesario. Los profesores se comprometen a mantener por

(298) J. Florensa: «Reforma en la universidad...», 444. La fiesta de san Lucas es sustituida por la del primer domingo de octubre, que se constituye como apertura y acción de gracias al rey. Se nombran comisarios para preparar las ceremonias y así se hará en años sucesivos, claustros 14-3-1788 y 1-7-1788, *Libro de claustros 1780-1797*.

(299) J. Florensa: «Hacia el plan Blasco...», 122 ss.

sí solos la tranquilidad; para ello acudirán antes de la hora de apertura y hablarán a los estudiantes (300).

En el curso siguiente vuelven a plantearse este tipo de dificultades, aunque por otros motivos. Un alumno de primero de medicina se enfrenta al catedrático temporal de botánica. Pretende demostrar su incapacidad y éste se defiende expulsándole del aula. El estudiante acude al rector, al alcalde mayor y a la superioridad, pero el claustro y las autoridades respaldan al profesor, quedando zanjada la cuestión. En diciembre, con motivo de las exequias hechas en honor de Carlos III, los estudiantes quieren participar, pero no se les permite. Según órdenes del rey, del consejo de Castilla (301) y de la sala del crimen de la audiencia, no se les debe dejar reunirse, y aunque en el profesorado hay algunos que apoyan el deseo de los alumnos, no se les permite por mayoría (302).

Quizás el problema más importante que se plantea para realizar la implantación del nuevo plan, es el económico. El arreglo de las rentas y dotaciones es una de sus básicas nevaduras. Se allegan nuevos fondos y se independizan del control de la ciudad, se mejoran salarios, se discute sobre ellos y sobre otros aspectos. No hemos creído oportuno entrar en detalles; baste decir que se consigue el mantenimiento sobre dos fuentes importantes, la ciudad y el arzobispado. Esta debía sólo abonarse en casos de mitra vacante, pero el arzobispo Fabián y Fuero comunica estar dispuesto a pagar las 12.000 libras anuales desde el momento de la real firma del plan. Sin embargo, no cumplirá más tarde su promesa, pues pagará los tres primeros años, pero no el trienio siguiente: el claustro, por el momento, nada reclamará. El ayuntamiento cumplirá puntualmente la parte que le correspondía. Finalmente, las propinas de grados, ganancias de impresiones y otras rentas permitirían la mejora de salarios que establecía el plan nuevo (303).

No parece existir problema en la adaptación de estudios anteriores a la aprobación de la reforma. Ni ésta lleva derecho transitorio, ni tampoco es crecido, en claustros, este tipo de cuestiones. Sí, en cambio, origina importantes dificultades el paso de los catedráticos de unas plazas a otras. Aunque en la universidad del XVIII los catedráticos conocían todas las materias de su facultad y cambiaban con frecuencia de cátedras en busca de mayor categoría y sueldo; una reforma tan brusca debía ser compleja. Se originaron muchos conflictos y discusiones, hasta llegar a un acuerdo final. Tal vez los más graves se refieren al catedrático de griego, padre Joaquín Catalá, quien, con este motivo, se enfrenta enérgicamente a Blasco. También aparece la nueva clase denominada de opo-

sitores —únicos que en el futuro podrán aspirar a los puestos docentes—, con paralelas dificultades. Mencionaremos que Félix Miquel no puede ser aprobado como opositor, a fines de 1789, por no cumplir los requisitos exigidos. Es necesario que Madrid y el claustro dicten nuevas normas para conservar derechos adquiridos a antiguos opositores y a los ya catedráticos (304).

Los nuevos libros de texto también motivan cuestiones de interés. Por de pronto, ocurre con el destinado a la enseñanza del derecho natural y de gentes, las *Instituciones iuris naturae et gentium* de Juan Bautista Almicí. Concretamente, se le achacan proposiciones que defienden el regicidio y el tiranicidio, máxima acusación en la España regalista del XVIII. Dará lugar a graves dificultades que desembocarán en un grueso expediente ante el consejo. El texto está a punto de imprimirse, pero estas dificultades retrasarán la empresa. La pronta supresión de esta asignatura en las universidades —1793— solucionará la cuestión. Claro que será también necesario valorar la influencia que el ruidoso problema tuvo —junto al miedo a la revolución francesa— en la prohibición de estas enseñanzas. Otros problemas existen con relación a las obras del catedrático de leyes Juan Sala. Se le concedió real permiso para ausentarse de su cátedra y consagrarse a redactar un importante libro sobre el digesto concordado con el derecho español. Escribió éste y otros varios tratados de gran predicamento hasta mitad del siglo XIX, pero continuamente estuvo en conflicto con el claustro universitario, principalmente por no querer éste adoptar sus libros (305).

En las nuevas órdenes aparece la universidad como encargada de que las obras de texto aparezcan a la venta, mas al parecer se le adelantan en la impresión. Otros editores lo hacen, con licencia del regente del real acuerdo. El claustro opinará que la impresión es mala y por ello nombra inspectores de ediciones. También considera que el beneficio y la vigilancia le corresponden en justicia. Por ello decide iniciar estas impresiones. Sin duda, su calidad sería mejor, pero también los beneficios económicos interesantes. En claustro de 26 de mayo de 1789 se decide emplear 100.000 reales del fondo universitario para esta empresa. Se nombran comisarios que vigilen y corrijan estas ediciones y también un alguacil para guardar los depósitos de impresos (306).

(304) Sobre los problemas de adaptación de cátedras en medicina, claustros de 18-11, 21-12 de 1787, 10-1, 17-1, 27-1, 10-2, 17-2 de 1788, 26-5, 4-7, 8-7, 22-7, 8-10, 18-10, 20-10, 30-11, 6-12 de 1789 y 7-2, 5-12, 12-12, 19-12, 21-12 de 1790, en *Libro de claustros, 1780-1797*.

(305) La supresión en *Novísima recopilación*, 8, 4, 5, y su paso a la facultad de Filosofía en claustros de 11 y 23 de agosto de 1794, *Libro de claustros, 1780-1797*. Sobre Sala y sus disputas claustrales, M. Peset Reig: «La recepción de las órdenes del Marqués de Caballero de 1802...», citado en nota 74 de la primera parte. Una valoración de su obra, G. Buigues, «Algunas anotaciones a la instituta de Juan Sala y su relación con Vinnio», *Claustros y estudiantes*, I, 75-89.

(306) Claustros de 9-12 de 1787, 10-1, 30-9 de 1788, 26-5, 26-6, 4-7 de 1789, 28-1 de 1790, *Libro de claustros 1780-1797*. Véase M. Peset, «L'introduction des manuels d'enseignement dans les universités espagnoles au XVIII^e siècle», *De l'alphabetisation aux circuits du livre en Espagne, XVI^e-XIX^e siècles*, París, 1987, 163-185; L. Esteban, «Textos, impresores, correctores y libreros en la universidad de Valencia de finales del XVIII», *Universidades españolas y americanas*, 109-125.

(300) Claustro 12-5-1787, *Libro de claustros 1780-1797*.

(301) Carta orden del 24 de septiembre de 1757, carta orden de 2 de septiembre de 1772 y otra del capitán general de 1777 en *Reales órdenes comunicadas a la universidad de Valencia y mandadas imprimir por el Real y Supremo consejo de Castilla*, Valencia, 1771, 13 s., 96 s., 130 s.

(302) Claustros de 23-11-1788 y 1-2-1789, *Libro de claustros 1780-1797*.

(303) Claustros 28-5-1787, 27-6-1792 y 11-6-1790, en *Libro de claustros 1780-1797; Plan de estudios aprobado por S. M. y mandado observar en la universidad de Valencia*, Valencia, 1787; sobre rentas, carta orden preliminar sin paginación; salarios, 30 ss.; beneficios de imprentas, 48.

La universidad de Valencia no poseía antigua biblioteca como Salamanca. La donación de Pérez Bayer fue el inicio de la misma. Este, como valenciano y coautor del plan, estaba dispuesto a tan generoso ofrecimiento:

Luego que esté enteramente colocada la exquisita y copiosa librería que don Francisco Pérez Bayer ha dado a la ciudad de Valencia para que la coloque en su Universidad, se nombrarán los bibliotecarios (307).

En definitiva, se inauguraba biblioteca. Se comienzan las obras de acoplamiento y se nombra bibliotecario mayor. Luego, anualmente, se designan dos catedráticos para revisarla conforme al plan (308).

Pero, aunque algunos problemas son fácilmente solucionados, otros se agravan, especialmente desde la ausencia de Blasco a partir de julio de 1789. Los profesores discuten sobre formas de convocar claustros y de admitir memoriales en ellos, así como sobre las jurisdicciones del rector y los catedráticos. En realidad, tras un primer empuje, la continuación de la implantación del plan, los primeros años son duros y de lentas realizaciones. Durante la ausencia de Vicente Blasco, el claustro se enzarza en inútiles discusiones sobre competencias, atribuciones y legalismos. Sólo la vuelta del canónigo revitaliza nuevamente la reforma (309).

Dos interesantes órdenes le preceden, firmadas ambas por el conde de Floridablanca. La lentitud de las innovaciones exaspera al gobierno, sin duda informado por Blasco. La carta orden de 31 de enero de 1790 mandaba que en todas las dudas y problemas que se planteasen con respecto al plan, se obedeciese a Blasco. Con ello se desea una más pronta y exacta consecución de la reforma de estudios, pero a la vez se crea una nueva figura política: el rector representante del poder central. Hasta este momento, todas las universidades nombran sus rectores; Blasco fue también así designado. Pero el rey y su ministro deciden convertirle en delegado del gobierno y lo demuestran al ordenar —como vimos— la prórroga de su mandato, y, más adelante, al nombrarle vitalicio. Es en este momento cuando se produce por vez primera —y única en España hasta el XIX— la cesión de poderes reales a un rector universitario (310).

La otra carta orden es también de gran interés. Firmada con la misma fecha, va dirigida a la junta de gobierno del hospital general de Valencia. Se ordenaba la inmediata puesta en marcha de la cátedra de clínica. Para conseguirlo adecuadamente, deben seguirse las instrucciones del rector. De esta

(307) *Plan de estudios...*, 1787, 25.

(308) Claustros de 21-2, 1-7, 21-7, 9-9 de 1788; también los de 5-7, 24-7, 30-7 de 1785 y 28-1 de 1790, *Libro de claustros, 1780-1797*. Véase, además, *Documentos de claustros, 1783-1789*, en Archivo Universidad de Valencia, sala II, leg. 59.

(309) Falta entre los claustros de 18-7 de 1789 y 9-2 de 1790, ambos inclusive. Las discusiones del profesorado, en claustros 6-12, 20-12 de 1789, 3-1, 31-1 de 1790, en *Libros de claustros 1780-1797*.

(310) Claustro de 7-2 de 1790, en *Libros de claustros, 1780-1797*.

manera, la enseñanza de práctica médica se abrió en Valencia el 1 de marzo de 1790 (311).

En julio de 1791 vuelve a ausentarse. En su nuevo contacto con la corte, consigue la real cédula de 23 de marzo de 1791, que facilitaba a la universidad la impresión de los libros de texto ordenados en el plan. También obtuvo permiso para la construcción del laboratorio químico y el observatorio astronómico:

El rey se ha servido aprobar los planes que para la construcción del laboratorio químico y observatorio astronómico en la universidad literaria de Valencia presentó V. I. rectificados por su astrónomo don Salvador Ximénez Coronado y el arquitecto mayor don Juan de Villanueva, y le devuelvo para que se ejecuten desde luego las obras con arreglo a ellos. Asimismo aprueba S. M. que la universidad adelante los caudales necesarios para la ejecución del fondo destinado para adquirir los instrumentos, máquinas y demás prevenido en el plan de estudios, reintegrando a ésta la junta de patronato en el preciso término de ocho años, según lo convenido por la junta y V. I. y resulta de la certificación dada por el secretario del acuerdo celebrado por aquélla en veinte y ocho de junio de este año... Dios guarde a V. I. muchos años. Palacio, trece de diciembre de mil setecientos noventa y uno.

El conde de Floridablanca
Sr. Rector de la Universidad literaria de Valencia (312).

Mientras tanto, en Valencia, la universidad decide representar al rey. Su claustro médico se queja de que el grado de bachiller se concede tras quinto aquí, y tras cuarto en las demás universidades. Los estudiantes abandonan Valencia en el último curso y van a graduarse a otra. Además, hay un curioso intento de renovación de los actos *pro cathedris* en teología y medicina, con permiso del rector. Pero la oposición encontrada en sus mismos claustros es demasiado fuerte para conseguir el éxito. Por otra parte, el arzobispo Fabián y Fuero, tras pagar durante tres años lo que ofreció, no lo hizo en otros tres. Se produce un importante déficit en la universidad, y los salarios son reducidos a la mitad (313).

Frey Vicente Blasco regresa con nueva energía. En claustro de 30 de septiembre de 1792, tras felicitar al profesorado por los éxitos alcanzados, le re-

(311) Sobre la cátedra de clínica, claustros 7-2 y 21-12 de 1790; otros problemas médicos relacionados en juntas particulares de medicina de 20-2, 18-3, 30-5, 11-6 de 1790, y 17-2 de 1791, exámenes de 24-3, 27-3, 31-3, de 1790 y claustros 21-2 y 24-2 de 1790, en *Libro de claustros, 1780-1797*.

(312) Claustro de 27 de junio de 1792; faltaría Blasco desde el claustro particular de leyes y cánones de 2-7 de 1791 al de 6-7 de 1792, ambos inclusive; véanse también 21-12 de 1791 y 10-4 de 1792, *Libro de claustros, 1780-1797*.

(313) Junta particular de medicina de 30-7-1791, claustros de 21-12-1791 y 27-6-1792, *Libros de claustros, 1780-1797*.

prende por su impuntualidad en las clases, que motiva que los estudiantes también lo sean. Luego intenta repetidamente que el arzobispo cumpla su palabra. Le envía comisiones una y otra vez. Al principio no son recibidas; luego Fabián y Fuero les hace saber que sus arcas están vacías. El rector decide recurrir al rey, pero, antes de su resolución, el prelado abandona la mitra valenciana (314).

El año 1793 marca el fin de un período universitario. Impuesto ya en el trono el nuevo Borbón, inicia su propia obra reformadora. En abril reciben las universidades una real orden expedida por gracia y justicia, pidiendo:

una noticia de la fundación de la misma Universidad con un ejemplar de sus Estatutos o Constituciones, un estado o razón de las rentas que tiene, en que consisten, de las cátedras establecidas y cuáles son de continua y efectiva enseñanza, expresando su asignatura y la dotación de cada una, qué Plan de Estudios se sigue y qué grados se confieren en este Cuerpo literario, qué empleos tiene para su gobierno y para la administración de sus fondos, qué sueldos gozan los que lo sirven y preeminencias, premios o distinciones disfruta la Universidad y sus alumnos (315).

En el informe consiguiente, de 25 de mayo, se puede comprobar la efectiva aplicación del plan Blasco. Sus cátedras, horarios, distribución de cursos o libros de texto, son los ordenados. Las ediciones han sido hechas, pero no las obras, salvo quizás la biblioteca. Pero, sin duda, el plan aún no está consolidado, algunos párrafos nos lo indican. Nadie se gradúa de doctor en derecho, no se asiste a los estudios de mecánica y astronomía y nadie cursa quinto año de medicina. Son problemas graves, pero, en líneas generales, la reforma Blasco triunfaba (316).

Y así se gestó y aplicó en la universidad de Valencia la reforma de 1786. Las innovaciones encajan perfectamente dentro de la política de Carlos III. Se realizó sin la intervención de los organismos rectores de la universidad: ni el ayuntamiento ni el claustro de catedráticos tomaron parte. Fue elaborada por el rector Vicente Blasco, por el ministro de estado, conde de Floridablanca y por una junta de «personas ilustres», entre las que se encontraba Francisco

(314) Claustros de 30-9-1792, 28-4, 25-5, 2-7, 29-7 y 18-12 de 1793 y diligencias de 3-7 y 1-8 de 1793, *Libro de claustros 1780-1797*.

(315) Claustros de 28-4 y 25-5 de 1793, en *Libro de claustros, 1780-1797. El informe en Documentos de claustros, 1783-1789*.

(316) En claustro 29-7-1793 se comunica que van a iniciarse las obras del laboratotio químico y del observatorio astronómico. En medicina el problema es grave: «También se observa que en el quinto año de Medicina que es el tercero de curso y el más importante, queda casi desierta el aula, porque como en esta Universidad no se da el grado de bachiller en Medicina hasta concluir el quinto año, y en otras se da al cuarto, se van los estudiantes, y se gradúan en otras Universidades». Sólo se solucionará cuando Carlos IV ordene que todos los futuros médicos realicen la práctica clínica en Madrid, Barcelona o Valencia. Véase *Libro de claustros, 1780-1793 y Documentos de claustros, 1783-1789*.

Pérez Bayer. Se pretendieron —como en anteriores y posteriores reformas— tres objetivos: fin de la autonomía universitaria, enseñanza uniforme y adaptación a la ciencia del momento.

Sin atacar las bulas papales y constituciones —que quedan totalmente vigentes, pues su derogación era más compleja—, se buscan en Valencia estas tres metas. Para independizar la universidad del patronato de la ciudad, se debilita este control, atacándole en sus tres privilegios fundamentales: controlar los gastos académicos, nombrar al rector y designar a los catedráticos. En primer lugar, dota a la universidad con cantidades fijas pagadas por el ayuntamiento y el arzobispado. En segundo, nombra indefinidamente a Blasco como rector, concediéndole además amplios poderes reales. En tercero, exige a los catedráticos, antes de opositar, una *venia docendi* concedida por la universidad. Con todo ello, el poder real podía actuar más fácilmente.

Pero, a la vez, Madrid busca que la enseñanza sea igual en todas las universidades y suficientemente elevada. Y lo hace a través de varios y complejos caminos. Intenta una restauración de las formas tradicionales de enseñanza, aumentando su rigor y eficacia. Por una parte, la clase ordinaria, dada en latín, y el repaso de la tarde; por otra, las disputas —actos de conclusiones— en que los alumnos se preparaban para los exámenes de grados. Juntamente, algunas novedades: se prohíbe dictar en clase, disminuye el número de fiestas y se conceden premios para estimular el aprendizaje y la docencia. Pero la más importante innovación es la introducción de la enseñanza práctica. Concretamente, es la facultad médica la más beneficiada con la creación de la primera cátedra de Clínica, a imitación de la regentada en Edimburgo por Willia Cullen. También es necesario destacar los proyectos de laboratorio químico, teatro anatómico, jardín botánico y —quizás el único realizado en la época— biblioteca.

Carlos III también intenta dar un mayor rigor a la enseñanza impartida en sus universidades. Para ello unifica y regula los requisitos necesarios para recibir —en cualquier universidad— el grado de bachiller. No nos extenderemos en los aspectos del plan Blasco relacionados con los sistemas de enseñanza y los grados académicos (317). Sólo es necesario destacar que, mientras que en leyes, cánones y teología son necesarios cuatro cursos, en medicina se exigen cinco, lo que disminuiría el número de graduados en esta facultad. También la inexistencia tradicional en Valencia de la licenciatura: tras el bachiller, se accedía inmediatamente al doctorado. El primero era necesario para el ejercicio, el segundo para la docencia. A los futuros profesores, antes de doctorarse se les exige en alguna facultad —novedad importante del plan que estudiamos— asignaturas adicionales.

Por fin, se introducen unos libros de textos modernos —que sustituyen

(317) M. Peset, J. L. Peset Reig: «El sistema de enseñanza en la Universidad de Valencia...», y, sobre la matrícula durante estos años, M. Peset, J. L. Peset y M.ª F. Mancebo «La población universitaria...», citados en notas 2 y 8 del prólogo.

oficialmente la explicación por clásicos— y más o menos iguales a los empleados en otros centros. En líneas generales, las innovaciones pueden reducirse a las siguientes. En la facultad de medicina se debe utilizar a dos grandes sistemáticos, a Hermann Boerhaave y a William Cullen. El mecanicismo del primero y el vitalismo del segundo darían una visión bastante ecléctica de los problemas médicos del momento. En leyes se produce un incremento del interés concedido al derecho patrio, en perjuicio del romano. También se introduce el derecho natural y de gentes, aunque pronto será suprimido. En cánones, la lectura de Van Espen inducirá al estudio de la disciplina conciliar, en contra de la papal. Los teólogos verán, por su parte, terminar el sistema de escuelas y empezar la lectura de la nueva teología positiva, representada por la sagrada escritura, así como de la historia y la disciplina eclesiásticas. No insistiremos más en sus contenidos, análogos a otros planes de estudios ya considerados...

Sin duda, la implantación del nuevo plan no fue fácil. El claustro de profesores, aunque satisfecho con el aumento de salarios, muchas veces no se conformó con la reestructuración de cátedras y el aumento de trabajo. El ayuntamiento, aunque pagó regularmente lo convenido, no veía con buenos ojos la reforma. El hospital negó a Blasco durante meses los enfermos necesarios para la práctica clínica. Los alumnos se manifestaron algunas veces... Pero Vicente Blasco siguió luchando y consiguiendo importantes éxitos. El plan de estudios estará vigente durante todo el reinado de Carlos IV, hasta 1807, y será repuesto en los turbios años de la guerra de la independencia. Y su éxito será tal, que los liberales valencianos pedirán en cortes que sea repuesto durante el trienio constitucional (318). Pero entonces Madrid es suficientemente fuerte y dicta sus órdenes.

(318) La labor de V. Blasco fue alabada desde su misma época, por J. Sempere y Guarinos: *Ensayo...*, IV, 244 y por B. Piñera, en G. Cullen: *Elementos de medicina práctica*, 4 vols. Madrid, 1788-1791, I, en la dedicatoria a Floridablanca, sin paginar. Posteriormente A. Gil de Zárate, *De la Instrucción pública...*, I, 69 s.; incluso el viajero inglés J. Towsend: «Viaje a España hecho en los años 1786 y 1787», en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, III, 1.631 ss., lo describe con amplitud.

Sobre su vigencia posterior C. Riba García: *La universidad valentina...*, 23 ss., 105 ss.; también M. Peset Reig: «La recepción de las órdenes...», 131 s., y «La enseñanza del derecho...», 296 y 298, notas 124 y 127.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

La reforma carolina fue un dilatado esfuerzo para mejorar universidades y estudios. Con el modelo de Salamanca se desperdigó por ambos continentes, en dosis mayores o menores, adaptada a cada situación y a cada caso. En algunos cambió hasta las estructuras de poder, mientras otras veces apenas se reduce a pálido reflejo de las intenciones del poder ilustrado. Tuvo mayor intensidad en la península, mientras en América, aunque hay realidades muy diversas, no fue tan eficaz...

Casi a finales del reinado los ministros ilustrados quisieron retornar a una vía más uniforme y generalizada y con la real cédula de 22 de enero de 1786 (319), extendieron a las distintas universidades peninsulares, normas que se habían dado para Salamanca. ¿Cuáles fueron esas normas que se consideraron las más notables de las reformas? Desde luego no están los planes que eran propios para cada universidad, sino una selección de cuestiones que se les antojaron las más importantes. La eficacia de esta real cédula no fue excesiva, pues, por un lado, las cédulas más importantes se habían circulado a todas y, por otro, no eran adaptables sin más a diferentes situaciones. Queda, pues, la real cédula como un resumen y colofón de toda aquella política que habíase gestado a lo largo del reinado. Después, la revolución de Francia confiere distinta fisonomía a los años de Carlos IV, con otros problemas, otros temores...

Las materias que recogía aquella real cédula de 1786 eran las siguientes:

1. En primer lugar, se regulaba la figura del rector, que sería bienal —en Valencia sigue el trienio o la perpetuidad de Blasco— y debía recaer en doctores o licenciados de teología, cánones y leyes, pudiendo ser de la propia ciudad y opositores, con tal que no lo intenten durante su rectorado. Era cargo obligatorio, de que no se podrían excusar, salvo por ser sustitutos o por tener que oponer u otra justa causa. Se intentaba darle el mayor realce a su autoridad —según vimos en Salamanca—, debiendo jurar todos *de obediendo rectori in licitis et*

(319) Utilizamos edición de Mallorca, 1786. Una buena parte de la real cédula se recogió en la *Novísima recopilación* de 1805, libro VIII.

honestis, cancelario, catedráticos, doctores, licenciados, bachilleres y cursantes, eclesiásticos y seculares y regulares, colegiales individualmente... El cancelier o cancelario, ya vimos, debía jurar dentro de los diez días de ser nombrado el rector, repitiendo el juramento a sus sucesores. También debe hacerlo el juez del estudio, sus notarios, alguaciles y los demás dependientes de la universidad.

Junto con los directores de estudios en el consejo —que no lograrían demasiado peso— y los censores regios, esta política en favor del rector constituía la vía para extender el poder sobre las universidades.

2. En cuanto a la matrícula se especificaba que el cancelario tan sólo debe intervenir para comprobar el traje y decencia de los estudiantes. La matrícula de los regulares en imprescindible para alcanzar fuero académico e incorporación en la universidad, debiendo oír las clases y realizar ejercicios en sus aulas, no teniendo lecciones en sus conventos que coincidan con los días lectivos; tan sólo para filosofía o artes se permitían incorporar cursos de sus conventos, pero en ningún caso para facultades mayores.

3. Se extendía a todas las universidades los días de curso que se especificaban en el plan salmantino de 3 de agosto de 1771, a saber, desde san Lucas al 18 de julio, los domingos y los festivos que se determinaban. Se llevará cuenta de las faltas a clase por los catedráticos, si son quince días se pueden recuperar en el cursillo de verano, pero siendo más no podrán pasar curso.

Se determinaban horarios, de cinco horas para la gramática, de tres para las cátedras únicas por curso, y de una para las que se compatibilizan con otra; en estas últimas, tras la hora, se dedicará otra media a satisfacer dudas —es la vieja institución del poste—.

4. En materia de grados, la real cédula de 24 de enero de 1770 —tan repetida por ser un eje esencial de las reformas— se había comunicado a todas las universidades, por ello no se reitera en 1786, sino otras disposiciones sobre los grados mayores que se habían aclarado para Salamanca.

Ahora se recogen otras disposiciones salmantinas sobre los grados mayores: que la elección de puntos dure hora y media y un espacio de tiempo igual las argumentaciones «sin que el relojero de escuelas pueda apresurar o adelantar el reloj ni por un solo minuto, en este ni en otro algún ejercicio literario de la Universidad, baxo la irremisible pena de privación de oficio de relojero y de la nulidad del ejercicio o acto...». Habrá tres argumentos de bachilleres o licenciados elegidos por el rector, que no sean parientes dentro del cuarto grado, que no vivan en la misma casa ni sea de su propia comunidad —y esto mismo se observará entre quienes arguyen en la capilla de santa Bárbara para el grado—. Las repeticiones se guardarán en la biblioteca de la universidad. Por tanto, repeticiones o grados de licenciado quedan reguladas en estas normas. También se limitaba que entrasen los sustitutos al examen de santa Bárbara como examinadores, pues faltando deben entrar doctores por turno de antigüedad, y si no, licenciados.

Asimismo en respuesta a dudas de Salamanca se establecían reglas nuevas para el grado de licenciado y examen de santa Bárbara. Primera, si era necesaria

la explicación de extraordinario, o bastaba —como se aceptó— que una se hubieran bachillerado o pudieran hacerlo, el trascurso de cinco años o cursos. Segunda, que puedan recibir el bachiller cuando asisten cuatro cursos a cátedras de la facultad, aun cuando no sean las determinadas por estatutos, sino otras que hubieren juzgado más convenientes. Tercera, si se puede admitir en teología a quienes han hecho sus estudios en conventos o casas de regulares, aun cuando no tengan la cédula de asistencia a los cursos de la universidad; se admitiría, hasta que se dio la orden de que los regulares estudiasen en las aulas universitarias, sin admitírseles cursos privados en sus conventos. Cuarta, si los tres cursos tras el bachiller para oponerse a cátedras se cuentan desde que acabaron los estudios o desde el grado y si pueden hacerlo quienes no teniendo el grado se hallan bien instruidos y pueden recibirlo; se admitió que pudiesen presentarse quienes habiendo cursado siete años, han recibido modernamente el grado. Respecto a la facultad de artes se disponía que los catedráticos entren como examinadores, aun cuando no hayan obtenido ellos el grado de maestros. Se declaraba que el colegio de artes estaría formado por los catedráticos perpetuos y temporales y por quienes hayan recibido el grado de maestro con rigor; de momento quedaban también, por su derecho a propinas, quienes en etapa anterior hubiesen logrado el grado de modo formulario e insuficiente, pero éstos no entrarán en los exámenes. Estos también entrarán en las propinas de los actos de medicina, por sus derechos adquiridos, pero los nuevos maestros no, como tampoco los doctores médicos en los actos de artes. Para lograr cátedras de artes no se necesitarán los grados mayores, sino basta el de bachiller, si bien para regencia, pues para las de propiedad —física experimental, filosofía moral, álgebra y matemáticas— será necesario obtenerlos. También limita la recepción de bachiller a claustro pleno, con tres cursos sólo, pues no parece lógico que cursen más los que se reciben de este modo; se requiere certificación del catedrático que, bajo juramento, acredite su capacidad y un examen que dure dos horas y medias, como mínimo, ante diez examinadores por lo menos. ¿No eran demasiadas minucias, más que una reforma? El poder siempre cree que las regulaciones detalladas producen milagros...

Otras disposiciones del plan de 1771 se extendían al resto de las universidades. Que los médicos cursasen necesariamente lógica, metafísica, aritmética y física experimental, y tras tres años de medicina podrían recibir el bachiller. Posibilidades de pasar de la facultad de cánones a leyes y viceversa, tras el bachiller en una puede graduarse de bachiller en la otra, añadiendo dos cursos más. Los teólogos deben cursar como previo, y sin que valga por curso, los lugares teológicos que son preparación para la *Summa*; los estudios de licenciatura son necesarios para quienes han de obtener cátedra y lograr el grado mayor...

En fin, con una minucia reglamentarista se había intentado dar relevancia y rigor a los grados en Salamanca y ahora se extiende a las demás. Pero, ¿era aplicable una situación tan concreta? ¿No estaría fuera de las posibilidades de cada universidad? Por estas razones la influencia de la real cédula fue escasa en los claustros...

5. La otra cuestión que se quiso imponer fue el modo de seleccionar profesores y proveer las cátedras. Rigor en los estudios y buenos profesores constituían las columnas indispensables para la reforma. Se suprimió el turno de escuelas, apelando a la oposición rigurosa, no a la opinión defendida, para otorgar el puesto. Se ordenaba asimismo que las vacantes se anunciaren por edictos en las demás universidades...

La formación de tribunales y trincas —que ya vimos al escribir sobre Salamanca— se proponían para todas las demás. Jueces de concurso se determinaban para las diversas facultades elegidos por los claustros, junto con el rector. Normas especiales para algunas cátedras como filosofía moral, matemáticas y alguna otra. También tenían que enfrentarse a las normas existentes en las diversas cátedras y universidades, si bien en este aspecto la reforma avanzó notablemente...

Estas son las normas salmantinas que se quiso establecer en todos los establecimientos peninsulares de enseñanza superior —a América no llegaron, pues dependía de otro consejo, el de Indias, y además estaba lejana—. Suponía la real cédula de 22 de enero de 1786 el último esfuerzo para la reforma en el reinado de Carlos III.

¿Qué había significado ésta, en sus rasgos más generales? Los contemporáneos la tuvieron por un avance en las ciencias y en el rigor de las universidades; en general; se piensa que se elevó el nivel de los conocimientos y formación de quienes estudiaron en aquellos años —la grandeza de los oradores gaditanos se ha unido a las renovaciones carolinias—. Fernando VII quiso restaurar los planes de Carlos III durante su reinado, con clara intención de retornar a aquella época dorada que ya no tenía sentido en la efervescencia liberal y los enfrentamientos absolutistas...

Las reformas ilustradas tuvieron muy distintos alcances en la península y en América. En España, los animosos esfuerzos de Campomanes y Floridablanca en el consejo de Castilla, o de Roda desde la secretaría de gracia y justicia, lograron óptimos resultados. Numerosas universidades fueron reformadas, todas tuvieron sus logros y sus normas nuevas. Las universidades castellanas o andaluzas, algunas en la corona de Aragón, Valencia con honda variación... En cambio, en América todo parecen esfuerzos infructuosos —aunque alguna menor como Córdoba en Argentina, jesuita transformada en franciscana alcanzase mejor resultado—. Pero México permaneció monolítica, mientras en Lima, la otra grande del continente, la reforma fracasaba.

Cada universidad tuvo sus propios problemas y el poder ilustrado se adaptó a sus circunstancias. Sabía que legislar, sin más, apenas sirve para nada; que desmontar realidades sin proporcionar soluciones de nada serviría. Y actuó con moderación —no con demasiada firmeza— para lograr algunos cambios y recomendar mejoras. Cuando se trataba de una universidad jesuita, pudo suprimirla en Gandía, o intentar una nueva estructura, como en Bogotá. Las dificultades, no obstante, fueron muy graves... Por tanto, el poder carolino —sus ministros— intentaron centralizar y uniformar, pero caso por caso, cir-

cunstancia a circunstancia. Legislaron sobre detalles o dieron planes ambiciosos; otras veces los encargaron sin que diera resultado aquel denodado intento.

Las universidades eran eclesiásticas y, por tanto, había que contar con Roma para cualquier profundo cambio. Era un problema más. El poder absoluto tenía sus contrapesos. Prefirió la reforma a los cambios radicales, retocar antes que reorganizar. Por esta razón, no alteró la organización de las universidades, sino de forma menor, pausada... A través de Salamanca vemos cómo potenció al rector, transformó su sentido y la duración de su cargo. Atendió a los puntos que le parecían decisivos, como es la selección del profesorado para evitar abusos existentes en aquellos recintos universitarios. Pasó su provisión al consejo y al rey, con tribunales de la universidad, para que pudiera ascender el mejor, o de otra manera el que más casaba con las ideas de los gobernantes. Aseguró el grado más importante entonces, el bachiller, mientras retocaba de forma menor la licencia o el doctorado; reguló las matrículas o la asistencia de profesores y estudiantes, y, sobre todo, mejoró las enseñanzas mediante la introducción de libros nuevos en los planes que traían las nuevas tendencias ilustradas. También la forma de enseñar, tanto viejas como los actos y disputas, como un más certero sentido de cómo se deben hacer las explicaciones o formas de saber más visuales en algunas cátedras como la física experimental o la anatomía...

Los diversos sectores del saber —las facultades— fueron distintas, tras los planes de estudio. Se rompieron los turnos o las escuelas, se empezó a destruir la escolástica y se introdujeron nuevos conocimientos. En teología se cayó en un tomismo a ultranza, por la fuerza que tenían los dominicos en las diversas universidades. Los fiscales parecían estar de acuerdo, como si, al apoyarse en los predicadores, lograsen un poder profundo. Sólo en algunas, Valencia o el seminario de san Fulgencio en Murcia, presentan otras posibilidades más agustinianas. Por lo demás, se introducen nuevas maneras de estudiar la escritura, o la historia eclesiástica o los concilios. En leyes empiezan a asomar nuevas e indispensables disciplinas, como es el derecho real o patrio, hasta entonces sólo recogido por los profesores en forma de concordancias con el romano. El derecho natural, en su versión católica, estará presente en algunas hasta su prohibición en 1794 —el guillotinado de Luis XVI en París fue la causa de suprimirlo—. Derecho público o alguna asignatura concreta, como es derecho criminal, hace su aparición. Siguen, no obstante manteniendo una fortísima base de derecho romano. En cánones se impulsa el regalismo y conciliarismo —Zeger Bernard Van Espen es el libro más difundido— para asegurar los derechos del rey frente al pontífice...

En medicina hay que destacar el acento puesto en la anatomía y en la práctica —hasta en México hay indicios—. Después el rechazo del galenismo, a través de un estudio sistemático por Boerhaave y sus discípulos Haller o Van Swieten, junto a ciertas dosis de hipocratismos —los aforismos del médico de Coos seguirán estando presentes—. Por fin, en artes se duda entre una formación escolástica en lógica y metafísica, con filosofía moral, de tintes anteriores, o la

introducción de las nuevas ciencias, de una matemática más moderna —Leibniz, Newton— o de la física experimental. Se optó por una solución media, autores que, a pesar de su formación escolástica tenían en cuenta los nuevos saberes —como Fortunato de Brescia en algunos planes o Jacquier en los más—. También, en las facultades mayores castellanas, se introdujo un bachiller diferente para los teólogos, más clásico, los juristas con la filosofía moral, aunque de color aristotélico, y, en cambio, para los médicos más matemáticas y física moderna...

La ilustración era, vista desde el liberalismo posterior, una situación intermedia o de transición. Siguió desenvolviéndose en los reinados siguientes, en las reformas de Carlos IV de 1802 y 1807 y en las de Fernando VII, ya enfrentada a las exigencias liberales...

INDICE DE PERSONAS CITADAS

- | | |
|--|--|
| ABELLI, L., 194. | ANDERSON, M. F., 14. |
| ADDY, G. M., 21, 22, 37, 47, 59, 65, 97, 103, 105, 106, 116, 131. | AQUILA, P., 229. |
| ADORNO, T. W., 14. | ARANDA, conde de, 20, 30, 160, 183, 188, 189. |
| AGUADO, A. M. ^a , 8, 233. | ARIAS DIVITO, J. C., 138. |
| AGUILAR PEÑAL, F., 21, 193, 203. | ARISTÓTELES, 22, 101, 102, 104, 105, 134, 205, 212, 218, 221, 224, 229, 239. |
| AGUIRRE, véase SAENZ DE AGUIRRE. | ARIZA, A. E., 186. |
| AGUIRRE, J., 182. | ARNAIZ Y FREG, A., 138. |
| AGUSTÍN, A., 114, 118, 155, 194, 207, 223, 238. | AVICENA, 82, 106, 205. |
| AGUSTÍN, J., 106. | |
| ALBIÑANA, S., 22, 233, 238, 239. | BACON, 101, 105. |
| ALBERTOS, J., 238. | BAIL, L., 119, 216, 217. |
| ALBINO, véase WEISS. | BAILS, B., 165, 198, 202. |
| ALCIATO, A., 111. | BALDÓ M., 144, 233, 234, 236. |
| ALEJANDRO IV, 43. | BALSAMÓN, T., 118. |
| ALEJANDRO VI, 234. | BANCEL, L., 217. |
| ALEJANDRO XIV, 185. | BAÑEZ, D., 103, 212. |
| ALEXANDRE, N., 122, 194, 202, 218, 229, 237, 238. | BAQUIJANO Y CARRILLO, J., 143, 159, 163 a 165. |
| ALMICI, G. B., 245. | BARGALLO, M., 144. |
| ALONSO PABÓN, 184. | BARTHEL, G., 57, 230. |
| ALVARADO Y PERALES, I., 162, 164. | BARTOLACHE, J. I., 138, 143. |
| ALVAREZ, G., 181. | BARZI, G., 182. |
| ALVAREZ DE CALDAS, J., 42, 43, 74, 81, 101. | BATLLORI, M., 149, 153, 181. |
| ALVAREZ CIENFUEGOS, 48. | BELLINI, L., 108. |
| ALVAREZ DE MORALES, A., 23, 97, 204. | BERARDI, C. S., 118, 207, 217, 238. |
| ALZATE, J. A., 138, 146. | BERMÚDEZ DE PEDRAZA, F., 115. |
| AJO Y SÁINZ DE ZÚÑIGA, C. M. ^a , 37, 41, 42, 47, 50, 53, 67, 78, 88, 92, 94, 95, 98, 107, 109, 110, 113, 120, 126, 137, 151, 158, 170, 182. | BERNÍ, J., 206. |
| AMAT Y JUNYENT, M., 143, 144, 159 a 166. | BERTI, G. L., 237, 238. |
| AMAYA, F., 114, 223. | BERTRÁN, F., 48, 128. |
| ANNAT, P., 218, 238. | BESOMBES, J., 217, 237. |
| | BEYE DE CISNEROS, M. I., 141. |

- BIELFELD, barón de, 194.
 BLASCO GARCÍA, V., 7, 139, 203, 233, 239 a 248.
 BLAYA, M. M., 191.
 BOEHM, L., 32.
 BOERHAAVE, H., 27, 46, 107, 108, 155, 162, 205, 213, 221, 224, 238, 250, 255.
 BONELLS, J., 155.
 BONIFACIO VIII, 207.
 BORGES, J. L. de, 173.
 BORJA, F. de, 181.
 BORJA, M. de, 185.
 BORRÁS I FELIU, A., 181.
 BOUSO VARELA, J., 163.
 BOZA Y GARCÉS, A. de, 159.
 BRADING, D. A., 144.
 BRANCIFORTE, vitrey, 146, 147.
 BRAVO DE SOBREMONTÉ, G., 205.
 BRESCIA o BRIXIA, F. de (FERRARI, G.), 193, 212, 238, 250.
 BROCNSE, véase SÁNCHEZ DE LAS BROZAS.
 BRODICK, S., 181.
 BROWN, T. A., 147.
 BUCARELI Y URSÚA, A. M.^a, 142.
 BUDEO (BUDÉ, G.), 210.
 BUENAVENTURA, I., 188, 190.
 BUENO, C., 164.
 BUIGUES, G., 245.
 BURLAMAQUI, J. J., 165.
 BUSEMBAUM, H., 48.
 CABALLERO, marqués de, 7, 33.
 CABALLERO Y GÓNGORA, A., 198 a 202.
 CABASUCIO (CABASSUT, J.), 57, 119, 207, 216, 217, 220, 223.
 CABEZA DE LEÓN, S., 219.
 CAINO, N., 20, 25.
 CALATAYUD, P. de, 48.
 CALEPINO, A., 184.
 CALMET, A., 223, 237.
 CAMACHO, A. M., 191.
 CAMPINS, L., 171, 180.
 CAMPOMANES, P. RODRÍGUEZ DE, 21, 31, 32, 44, 48 a 51, 104, 106, 128, 144, 157, 179, 201, 203, 205, 210, 211, 216, 254.
 CANELLA SECADES, F., 227.
 CANISIUS D'HONDT, H., 162.
 CANO, M., 121, 122, 194, 217 a 219, 223, 238.
 CAÑIZARES, D., 182.
 CARABIAS, A. M.^a, 41.
 CARLOMAGNO, 13.
 CARLOS III, 7, 10, 19 a 23, 30 a 32, 37 a 39, 42, 43, 45, 47, 56, 65, 85, 92, 94 a 96, 105, 123, 124, 127, 128, 134, 139, 143, 147, 164, 166, 168, 195, 202, 209, 235, 236, 240, 241, 244, 248, 249, 254.
 CARLOS IV, 7, 8, 27, 30, 31, 37, 47, 92, 123, 139, 178, 248, 250, 251, 256.
 CARLOS V, 37, 181.
 CARRANZA, B., 194, 216, 218.
 CARREÑO, A. M.^a, 140, 143, 145 a 147.
 CARTIER, G., 161, 162.
 CASAMAYOR, P., 67, 82.
 CASANOVA, 20.
 CASANOVAS, I., 149, 153.
 CASINI, P., 14.
 CASSIRER, E., 14, 25.
 CASTAÑEDA, C., 147.
 CATALÁ, J., 244.
 CATALINA II, 29.
 CAVAZZA, M., 29.
 CERVANTES, V., 145, 146.
 CESENA, J. A., 210.
 CEVALLOS, J., 203.
 CICERÓN, 98, 193, 204.
 CIRÓN, I., 118, 155, 195, 207, 215, 223, 230, 238.
 CISNEROS, 210, 211, 214.
 CLAVIJERO, F. J., 138.
 CLEMENTE VII, 43.
 CLEMENTE XII, 151.
 COING, H., 27, 32.
 COLMENARES, G., 188.
 COLONIA, D. de, 224.
 CONCINA, D., 217.
 CONSTANTINO, 54, 55.
 CONTENSON, V. de, 237.
 COPÉRNICO, N., 180.
 CORNELIO NEPOTE, 193.
 CORSINI, E., 212.
 COVARRUBIAS Y LEIVA, D. de, 43, 75, 91, 97, 98, 100.
 COWPER, W., 131, 162.
 CRESCONIO, 118.
 CREUTZ, G. F., 20.
 CROIX, C. F. de, 143.
 CRULLES, marqués de, 140.
 CULLEN, W., 27, 180, 249, 250.
 CUESTA DUTARI, N., 27, 103.
 CUJACIO (CUJAS, J.), 46, 11, 165, 216.
 CUNILIATI, F., 121, 122, 223, 229, 238.
 CUSIO, D., 37.

- DÁVILA, M., 37.
 DECHÁLES, Cl. F., 212.
 DEFOURNEAUX, M., 30.
 DESCARTES, 22, 24, 25, 101, 102.
 DÍAZ, F., 14.
 DÍAZ DE ROXAS, P., 128.
 DIDEROT, 16, 25, 26, 29.
 DÍEZ, M., 207.
 DIONISIO *el exiguo*, 118.
 DOMAT, J., 165.
 DOUJAT, J., 53, 194, 216, 217, 220, 223, 230, 238.
 DUARENO (DUAREN, F.), 114.
 DUHAMEL, J. B., 120, 121, 154, 162, 184, 194, 237, 238.
 DURANDO, *cátedra*, 120, 121, 207.
 EGIDO, T., 48, 57.
 EGUÍA RUIZ, C., 48.
 EGUIGUREN, L. A., 158.
 ELHUYAR, F. de, 138, 144.
 ENGEL, L., 57, 215, 216, 230, 238.
 ENSENADA, marqués de la, 153.
 ENTRAMBASAGUAS, J. de, 208.
 ESCALÍGERO, J. C., 210, 211.
 ESCOLANO, G., 181, 182.
 ESCOTO, D., 120, 121, 207.
 ESCREVELIO, C., 210.
 ESPERABÉ DE ARTEAGA, E., 37, 39, 43, 47, 77, 78, 80, 94.
 ESTEBAN MATEO, L., 245.
 ESTÍO, véase VAN EST.
 EUGENIO IV, 43.
 EUSTACHI, B., 107.
 FABIÁN Y FUERO, F., 244, 247, 248.
 FEDERICO II, 14 a 16.
 FEDRO, 193.
 FEIJOO, B. J., 19, 21, 104, 105, 138, 210, 229.
 FELIPE II, 43, 106, 107, 109, 110, 149.
 FELIPE III, 43, 106, 109, 110, 120.
 FELIPE V, 19, 29, 130, 148 a 151, 153, 182.
 FELIPE ORTOS, A., 235.
 FÉNELON, 15.
 FERNÁNDEZ ALVAREZ, M., 37.
 FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, F., 138, 143, 147.
 FERNÁNDEZ PRIETO Y SOTELO, A., 115.
 FERNÁNDEZ VILLAMIL, E., 219.
 FERNANDO V, *el católico*, 234.
 FERNANDO VI, 47, 78, 153.
 FERNANDO VII, 8, 30, 92, 254, 256.
 FERRER BENIMELI, J. A., 48.
 FERRER DEL RÍO, A., 30.
 FINESTRES, J., 149, 151, 153.
 FLEURY, C., 57, 155, 194, 195, 202, 212.
 FLORENSA, J., 240 a 243.
 FLORENTE, F., 57.
 FLORIDABLANCA, conde de, 31, 50, 51, 128, 144, 157, 240 a 242, 246 a 248, 250, 254.
 FOCIO, 55.
 FOGGINI, P. F., 237.
 FONTES, F., 169.
 FORNER, J. P., 23.
 FUENTE, V. de la, 143.
 FUERO Y GÓMEZ, F. J., 143.
 FUERTES HERRERO, J. L., 43.
 FUERTES PIQUER, F., 156.
 FUSTER, J. P., 239.
 GAMARRA Y DÁVALOS, J. B., 105, 138.
 GALENO, 46, 106, 109, 205.
 GALILEO, 16, 24.
 GALLEGO BARNÉS, A., 235.
 GALTIER, D., 214, 216.
 GARCÍA, J. J., 27, 103.
 GARCÍA CAMARERO, E., 23.
 GARCÍA GALARZA, P., 122, 194.
 GARCÍA MELERO, J. E., 21.
 GARCÍA MERCADAL, J., 20, 27.
 GARCÍA TOLEDANO, 114, 206.
 GARCÍA TROBAT, P., 181, 182.
 GASSENDI, P., 22, 101, 102.
 GAUMONT, E., 15.
 GAY, P., 14.
 GENET, F., 237.
 GENOVESI, A., 239.
 GENUENSE, A., 105, 165, 212, 218.
 GEOFFROY, E. F., 108, 238.
 GIL DE TABOADA, J., 225.
 GIL DE ZÁRATE, A., 37, 250.
 GILIMÓN DE LA MOTA, B., 41, 43, 75.
 GINÉS DE SEPÚLVEDA, J., 104.
 GISBERT, P., 215.
 GONET, J. B., 121.
 GORTER, J., 110, 221, 224.
 GÓMEZ, A., 115, 184, 206, 217, 223, 238.
 GÓMEZ, J., 241.
 GÓMEZ ORTEGA, C., 145.
 GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, E., 143.
 GOTOFREDO (GODEFROY, J.), 162, 202.
 GOUDIN, A., 26, 46, 103, 105, 154, 221, 229.

- GOULEMONT, J. M., 14.
 GRACIANO, 53, 118, 207, 217, 231.
 GRAVESON, I. H. Amat de, 217.
 GRAVINA, J. V., 114, 202.
 GREGORIO IX, 53, 207.
 GREGORIO XIII, 186.
 GREGORIO XIV, 43.
 GREGORIO XV, 186.
 GROCIO (VAN GROOT, H.), 29.
 GÜELL, B., 153, 156.
 GUIDO (DE CHAULIAC, G.), 106.
 GUIRIOR, M. de, 164, 197.
 GUSDORF, G., 15.
 GUTIÉRREZ, J., 8, 231.
- HABERMAS, J., 14.
 HALLER, A. von, 107, 213, 221, 255.
 HEINECCIO (HEINECKE, J. G.), 46, 110, 104, 105, 114, 151, 161, 162, 165, 184, 194, 206, 210, 211, 214, 216, 223, 230, 238.
 HEISTER, L., 107, 110, 155, 162, 185.
 HERNÁNDEZ, F., 146.
 HERNÁNDEZ DE ALBA, G., 187 a 202.
 HERNÁNDEZ LUNA, J., 138.
 HERNÁNDEZ SANDOICA, E., 96, 208.
 HERR, R., 147.
 HIPÓCRATES, 106, 108, 156, 213, 221, 224, 255.
 HOBBS, T., 22, 101, 105.
 HOMERO, 204.
 HORACIO, 98, 99.
 HORKHEIMER, M., 14.
 HUFELAND, Ch. W., 18.
- IBARRA, F. de, 171, 173.
 IBARRA, M. de L., 138.
 IBARRA Y RODRÍGUEZ, E., 69.
 INOCENCIO III, 53.
 INOCENCIO VIII, 43.
 IRIARTE, J. de, 229.
 ISABEL II, 7, 8.
- JACQUIER, F., 105, 147, 158, 212, 239, 256.
 JÁUREGUI Y ALDECOA, A., 162, 164.
 JENOFONTE, 204.
 JESÚS, F. de, 147.
 JORDÁN DE ASSO, I., 165, 230.
 JOVELLANOS, G. M. de, 184.
 JUAN II, 43.
- JULIÁN, J., 39.
 JULIO II, 43.
 JULIO CÉSAR, 98.
 JUNCO DE MEYER, V., 138.
 JUNCKER, J., 238.
 JUNIO, A., 210.
 JUSTINIANO, 46, 54, 82, 111, 114, 214, 216, 220.
- KANT, I., 13 a 18, 23, 29, 32.
 KEES, G., 238.
 KEPLER, J., 180.
- LA CAILLE, N. L. de, 161.
 LAMY, B., 121, 122, 194, 218, 237, 238.
 LANCELOTTI, J. P., 230.
 LANCISI, G. M., 131.
 LANNING, J. T., 138, 140, 141, 144, 147.
 LASANTA, J. Bta., 22, 37.
 LASSO Y MOGROVIEJO, J., 165.
 LAUNAY, M., 14.
 LAVOISIER, A. L. de, 180.
 LEAL, I., 167 a 180.
 LECLERC, D., 205.
 LEDESMA, A., 43, 101, 102.
 LEIBNIZ, G. W., 256.
 LEMASNE-DESJOBERT, M. A., 29.
 LEÓN X, 43.
 LEÓN Y GAMA, A., 146.
 LERIDANT, P., 212.
 LÉSNOTORSKI, B., 21.
 LIEUTAUD, J., 155.
 LINDO, G. J., 176.
 LINNÉ, K., 202.
 LLENES, J., 169.
 LOAYSA, GARCÍA DE, 118, 217, 231.
 LOCKE, J., 22, 101, 105.
 LOMBARDO, P., 120, 121, 207.
 LONGOLIO, 210.
 LÓPEZ, F., 23.
 LÓPEZ DE HONTIVEROS, M., 43, 101, 102.
 LÓPEZ PIÑERO, J. M.^a, 19.
 LORENZANA, F. A., 142.
 LUCAS CORTÉS, J., 115.
 LUCENA SALMORAL, M., 180.
 LUCIANO, 204.
 LUDWIG, Ch. G., 155.
 LUIS XIV, 15, 29, 213, 214.
 LUIS XVI, 255.
 LUQUE ALCAIDE, E., 138, 144, 145.

- MACANAZ, M. de, 19, 127.
 MADRAZO, S., 37.
 MALDONADO, J. M., 146.
 MALEBRANCHE, N., 22, 104, 105.
 MANCEBO ALONSO, M.^a F., 8, 182, 233.
 MANJÓN, A., 182.
 MANUEL Y RODRÍGUEZ, M. de, 165, 230.
 MARAVALL, J. A., 15.
 MARIANA, J. de, 48.
 MARÍN Y MENDOZA, J., 165.
 MARMONTEL, J. F., 20.
 MAROJA, C., 205.
 MÁRQUEZ, J., 65.
 MARRERO, J. P., 174.
 MARROQUIN, J. M., 187.
 MARTÍ, M., 124.
 MARTÍN, V., 38, 40, 74, 82, 88, 97, 102, 119.
 MARTÍN DE BRAGA, 118.
 MARTÍN, J., 130.
 MARTÍN LÓPEZ, J., 106.
 MARTÍNEZ DE CANTALAPIEDRA, M., 122, 194, 207, 210, 218, 229.
 MARTÍNEZ GÓMEZ GAYOSO, B., 184.
 MARTÍNEZ GOMIS, M., 140, 184.
 MÁS, C., 28.
 MAS DE CASAVALLS, L. V., 173, 217.
 MASDEVALL, J., 155.
 MASTRIUS, B., 121.
 MATAMOROS, J., 22, 24, 238, 239.
 MAYANS Y SISCAR, G., 8, 19, 21, 23, 24, 26, 28 a 30, 39, 47, 80, 85, 114, 139, 149, 151, 153, 184 a 186, 193, 203, 210, 211, 214, 233, 237, 238.
 MAYMÓ Y RIBES, J., 26.
 MEERMAN, G., 24, 26.
 MELÉNDEZ VALDÉS, J. A., 116.
 MÉNDEZ, F., 174.
 MÉNDEZ SANZ, F., 37.
 MENDINUETA, M. de, 241.
 MERCADER RIBA, J., 148.
 MERCADO, L., 106, 205.
 MESTRE, A., 19, 203.
 MINTEGUI, J., 116.
 MIQUEL, F., 244.
 MOCINO, J. M., 138, 146.
 MOCTEZUMA, 146.
 MONTELLS Y NADAL, F., 26, 29.
 MOLINA, L. de, 212.
 MONTILLA, J. P., 180.
 MONTAÑO, C., 159.
 MORA, A., 166.
 MORAGO, J., 59 a 62.
- MORALES DUAREZ, M., 159.
 MORENO DE LOS ARCOS, R., 138, 144, 146.
 MORENO Y ESCANDÓN, F. A., 187 a 198, 202.
 MUNÁRRIZ, M., 63, 64.
 MUÑOZ TORRERO, D., 106.
 MURATORI, L. A., 29.
 MURILLO VELARDE, P., 206.
 MUSSCHENBROEK, P. van, 22, 105, 134, 212, 239.
 MUTIS, J. C., 144, 178, 197, 198, 202.
- NASARRE Y FERRIZ, B. A. de, 155.
 NAVARRO, F., 217.
 NAVARRO BROTONS, V., 26.
 NEBOT, J., 19.
 NEBRIJA, A. de, 80.
 NEWTON, I., 16, 25, 101, 102, 133, 180, 184, 212, 256.
 NÚÑEZ, G., 186.
 NÚÑEZ, P. J., 184.
- OCHOA, M. de, 53 a 57.
 OLAECHEA, R., 57.
 OLAVIDE, P. de, 21 a 23, 28 a 32, 193, 196, 203.
 OPSTRÆT, J., 237.
 ORTÍ FIGUEROLA, F., 236.
 ORTIZ DE VILLARROEL, I., 103.
 ORTIZ DE VILLARROEL, J. T., 133.
 ORRANTÍA, D. de, 159.
 OVIDIO, 99, 193.
- PACHECO, J. M., 186.
 PALLAVICINI, O., 217.
 PAN, C. de, 138.
 PANTIN, P., 114.
 PARADA, D. A. de, 159.
 PARRA, C., 167, 173.
 PASTOR, J. F., 210.
 PAULO III, 43, 181.
 PAULO V, 187.
 PELEGRÍN VENERO, A., 59 a 62, 64, 65.
 PENYAFORT, R. de, 217.
 PERALES, J. Bta., 181, 182.
 PERALTA BARNUEVO, P., 159, 164.
 PÉREZ, A., 114, 206.
 PÉREZ, J. M., 103, 130.
 PÉREZ BAYER, F., 19, 128, 241, 242, 246, 248, 249.

- PÉREZ DE OLIVA, F., 43.
 PÉREZ-PRENDES, y MUÑOZ DE ARRACO, J. M., 208.
 PESET ALEXANDRE, J., 9.
 PESET LLORCA, V., 27, 238.
 PESET REIG, J. L., 7 a 10, 16, 19, 21, 23, 24, 26 a 33, 37 a 39, 41, 47, 58, 65, 77, 92, 96, 106, 123, 131, 144, 146, 147, 155, 157, 182, 186, 197, 203, 204, 208, 209, 233, 234, 240, 249.
 PESET REIG, M., 7 a 10, 16, 19, 21, 23 a 33, 37 a 39, 41, 47, 58, 65, 80, 85, 92, 106, 120, 123, 131, 138, 147, 155, 157, 180, 182, 186, 203, 204, 209, 233, 234, 245, 249, 250.
 PETIT-RADEL, Ph., 110.
 PEUERBACH, G. von, 104.
 PIÑERA, B., 250.
 PIQUER, A., 27, 108, 162, 185, 238.
 PLATÓN, 101.
 POIPE, J. C. de la, 194.
 POMEAU, R., 15.
 PRATS I CUEVAS, J., 148, 149, 154 a 158.
 PRIETO Y SOTELO, véase FERNÁNDEZ PRIETO Y SOTELO.
 PUGA Y FEJOO, J., 184.
 POURCHOT, E., 224.
 PTOLOMEO, 133.
 QUERALT Y REART, F. de, 150, 154.
 QUEVEDO, E., 144.
 QUINTANA AGUILAR, R., 156.
 QUIROZ-MARTÍNEZ, O., 19.
 RAIMONDI, E., 32.
 RAMÍREZ, S., 144.
 RAZO ZARAGOZA, J. L., 148.
 RECACHO ALVAREZ, J., 130, 133.
 REEDER, J., 32.
 REVILLAGIGEDO, conde de, 145.
 REYES MARRERO, B., 180.
 RIBA GARCÍA, C., 250.
 RICO, 241.
 RÍO, A. M. del, 138.
 RISCO, A., 29, 32.
 ROBLES CARCEDO, L., 37, 234.
 ROCA, J., 182.
 RODA, M. de, 8, 157, 203, 254.
 RODRÍGUEZ, M. E., 146, 147.
 RODRÍGUEZ ARISPE, P., 143.
 RODRÍGUEZ DE BIEZMA, J. J., 61, 128.
 RODRÍGUEZ CRUZ, A. M.^a, 37, 40, 47, 137, 158, 186.
 RODRÍGUEZ DE MENDOZA, T., 159.
 RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, L. E., 37, 38, 40, 42, 43, 92, 96, 97, 123.
 ROLDÁN, A., 67.
 RONAN, Ch., 138.
 RUEDAS, J. M. de, 159.
 RUEDAS Y MORALES, G., 58.
 RUBIO BORRÁS, M., 148, 151, 157.
 RUISCHIO (RUYSCH, F.), 131.
 RUIZ, S., 37.
 SÁENZ DE AGUIRRE, J., 118, 121, 207.
 SALA BALUST, L., 19, 41, 65.
 SALAZAR, J. A., 186.
 SALDAÑA Y FLORES, F., 158.
 SALGADO DE SOMOZA, F., 56.
 SALUSTIO, 204.
 SAN AGUSTÍN, 28.
 SAN ANSELMO, *cátedra*, 120, 121, 207.
 SAN BENITO, *cátedra*, 120, 121.
 SAN FRANCISCO, *cátedra*, 120.
 SAN JUAN, 194.
 SAN IGNACIO, 181.
 SAN ISIDORO, 118.
 SAN LUCAS, 194.
 SAN MARCOS, 194.
 SAN MATEO, 194.
 SAN PABLO, 54, 194.
 SAN PEDRO, B. de, 241.
 SAN VICENTE, T. de, 217.
 SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F., 99, 100, 184, 210.
 SANTO DOMINGO, *cátedra*, 120, 121.
 SANTO TOMÁS, 28, 46, 54, 121, 122, 155, 191, 207, 217, 218, 220, 223, 229, 237, 238.
 SANTO TOMÁS, J. de, 217.
 SANTOS, M., 133.
 SARRAILH, J., 22, 23.
 SAUGNIEUX, J., 15, 138, 139, 203.
 SCHWAR (SVAREZ, C. G.), 165.
 SECADES, A., 130.
 SEMPERE Y GUARINOS, J., 31, 250.
 SENECA, 98.
 SESSÉ, M. de, 138, 145 a 147.
 SIMÓN ABRIL, P., 154, 210.
 SIMÓN REY, D., 77, 96, 97, 101.
 SIXTO V, 235, 236.
 SMITH, A., 21.
 SONORA, marqués de, 198.

- SOTO, D. de, 103.
 SOTO FLORIDO, marqués de, 163.
 SUBIRATS, E., 14.
 SUÁREZ DE PAZ, G., 184.
 SUETONIO, 98.
 T'SERCLAES, príncipe de, 148.
 TABERNIG, E., 16.
 TAGLE Y BRACHO, F., 163.
 TAMARIZ, F., 180.
 TANCK DE ESTRADA, D., 138, 144, 146, 147.
 TAVIRA, A., 139, 203.
 TEIXIDOR, J., 234, 235.
 TEN, A., 26, 48, 158, 160, 163, 165.
 TERCENIO, 98, 19.
 THOMASSIN, L., 119.
 TITO LIVIO, 204.
 TORREMOCHA, M., 204.
 TORRES, A., 114, 194, 206, 216.
 TORRES VILLARROEL, D. de, 98.
 TOLEDO, F. de, 103.
 TOSCA, T. V., 24, 26, 212, 237, 238.
 TOURNELY, H., 162, 237, 238.
 TOWNSEND, J., 27, 30, 250.
 UNANUE, H., 159.
 UNZAGA Y AMEZAGA, L. de, 175.
 VALCÁRCCEL, D., 143, 158, 160 a 164.
 VALENSE (DELVAULX, A.), 215.
 VALERIO MÁXIMO, 98.
 VALERO GARCÍA, P., 37.
 VALLA, L., 98.
 VALLES, F. de, 108, 213.
 VALRROMÉ, conde de, 85.
 VAN ESPEN, Z. B., 30, 46, 53, 118, 155, 194, 195, 207, 208, 216, 217, 230, 238, 250.
 VAN EST, W., 237, 238.
 VAN SWIETEN, G., 27, 107, 162, 213, 221, 238, 255.
 VARELA, I., 219.
 VARGAS, B. A. de, 173.
 VARGAS, J. M.^a, 180.
 VEGA, F. de, 171.
 VELASCO Y ARJONA, E., 59.
 VELASCO SANTOS, M., 234, 235, 236.
 VELÁZQUEZ DE LEÓN, J., 138, 143, 144.
 VENTURA FIGUEROA, M., 44, 52, 128, 130.
 VENTURI, F., 14, 18, 29, 30.
 VERGARA, F., 154, 211.
 VERGARA, F., 198.
 VERNÉY, L. A., 26, 165, 237, 238.
 VESALIO, A., 107, 131, 132.
 VILLAFANE, M., 106.
 VILLALPANDO, F., 105.
 VILLALTA, J. M., 163.
 VILLANUEVA, J. de, 247.
 VILLANUEVA DE SOTO, conde de, 159.
 VINNIO (VINNEN, A.), 46, 114, 155, 194, 206, 214, 216, 220, 223, 230, 238.
 VIRGILIO, 98, 99.
 VIVANCO, A., 184.
 VIVES, J. L., 99, 104, 239.
 VIZCAINO PÉREZ, V., 165.
 VOERDÁ, N. de, 216.
 VOLTAIRE, 13, 15.
 VOSIO (VOSSIUS, G.J.), 210.
 WEISCHEDEL, W., 14.
 WEISS, B., 131.
 WESTENBERG, J. O., 206, 223.
 WHITAKER, A. P., 138.
 WINSLOW, J. B., 131.
 WOLFF, Ch., 22, 29, 105, 133, 193, 212, 224.
 WOUTERS, M., 238.
 XIMENES CORONADO, S., 247.
 ZENÓN, 54.
 ZOES, H., 206, 215, 216.
 ZUNZUNEGUI, F. A., 131, 241.
 ZÚÑIGA, J. de, 40, 41, 43, 74, 91, 96 a 98, 101, 109.
 ZÚÑIGA Y ONTIVEROS, F., 143.

Pedidos y suscripciones
MINISTERIO DE JUSTICIA
CENTRO DE PUBLICACIONES
Gran Vía, 76, 8.º
28013 MADRID
Teléfono 247 54 22

PRECIOS DE ESTA REVISTA
(I.V.A. incluido)

ESPAÑA:

Suscripción anual: 4.700 pesetas.
Número **57 (1988)**: 1.500 pesetas.

OTROS PAISES:

Suscripción anual: 5.350 pesetas.
Número **57 (1988)**: 2.000 pesetas.